

JOSÉ IGNACIO GARCÍA MARTÍN

**DONDE
NADIE
HABLA**



Editorial
Hijos del Hule

**DONDE NADIE
HABLA**

**José Ignacio
García Martín**

Editorial Hijos del Hule
©José Ignacio García Martín, 2020
©Editorial Hijos del Hule, 2020



1ª edición digital

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo del los titulares de la propiedad intelectual.

Aula de Escritores — Editorial Hijos del Hule

Sant Lluís 6, bajos - 08012 Barcelona

E-mail: info@editorialcronos.com

www.hijosdelhule.com
www.auladeescritores.com

A Sibia. Por lo que no está escrito.

Primera parte
El punto Jonbar

Por supuesto que es la primera vez que se ve obligado a hacer algo así. Su resistencia, por tanto, le debe también algo a la inexperiencia. Pero a ellos no les importa, claro. La mano del tipo flaco de pelo castaño aplastándole la nuca como una prensa; el cuello se dobla como un tallo maduro y su frente aterriza en el regazo del otro, el moreno con la marca de nacimiento en la barbilla, hoy escondida tras los matojos de una barba incipiente. Es más abajo. Ya lo sabe. No hace falta que se lo repitan. No es información; es pura crueldad retórica. La misma mano, ahora se diría que con delicadeza, lo toma de la papada y empuja hacia arriba, le obliga a levantar la vista y a mirar el rostro del otro en contrapicado, sus dientes de hiena, sus ojos brillantes de euforia, el mentón velludo como un ariete que anuncia el derrumbe de su fortaleza. De nuevo esos cinco dedos, esta vez como garfios que se clavan en la coronilla, y después un cachete, en la curvatura baja del cráneo, *agáchate*, ya sabe lo que significa, y también que esta vez más le vale aterrizar donde debe.

Cierra los ojos porque es lo que hacemos todos cuando el pánico aparece de frente como un vagón descarrilado, como si la oscuridad interior pudiera borrar también el mundo tangible. Aprieta los párpados mientras repite aquella macabra reverencia. Se resiste a despegar los labios desde el inicio del movimiento, y lo hace al fin al notar el contacto del miembro contra una comisura. Respira hondo y abre la boca en un paroxismo grotesco, de sala de cine infecta, de retrete de estación de autobuses. Pero la carne tensa y abotargada de lujuria simiesca que ha empezado a engullir no está unida al cuerpo de un vejestorio baboso. Tal vez sea un médico que salvará vidas, o un hombre de negocios que gobernará un imperio mercantil, o un profesor al que adorarán sus alumnos. La distracción de elucubrar dura poco. La arcada sobreviene cuando el extremo del apéndice erecto roza el fondo del paladar. Respira hondo. Oxígeno. Todo el que pueda almacenar. Si vomita está perdido. No contaba con ello, pero el miembro se dilata aún más entre sus fauces, esa lombriz tibia y viscosa descansando en la alfombra de la lengua, engordando a cada palpitación y cerrando el paso del aire a la cueva. Entiende que puede morir lo mismo de asfixia que de asco. Es imposible frenar la náusea, los jugos enfebrecidos que erupcionan. Como sabe que de una u otra forma ya está condenado, decide rendirse, y en el páramo de la claudicación surge un brote de orgullo, quizá de ira, y entonces aprieta los dientes.

Todo va bien hasta que se empapan los zapatos. A partir de ahí, la humedad muta en epidemia de frío y sube como una enredadera apresurada desde los pies hasta la raíz del último pelo de la cabeza. El esfuerzo por aprovechar el cobijo de las cornisas y las bases de los balcones echado a perder en un segundo, nada más pisar aquel maldito charco y comprobar que tanto la piel del zapato como su suela están lejos de ser impermeables. Hay que seguir arrimado a la pared, no obstante, pues no solo la lluvia que viene de arriba es una amenaza. Están también las balsas que se forman junto al bordillo, y esos conductores hijos de puta que pisan el acelerador aposta para regar a los peatones incautos.

Al doblar la esquina, la farola atornillada a la pared ilumina una porción de la fina cortina de agua que arrecia en diagonal, al capricho del viento que deja en ridículo incluso a los que caminan sujetando su paraguas. Por supuesto, Fernando no lleva paraguas, y esta mañana eligió la prenda equivocada, el tres cuartos de paño azul en lugar de la cazadora náutica, que abriga más y encima tiene capucha.

Otro coche se acerca por detrás, ha girado en la esquina igual que él. Le sorprende que no haya acelerado, y aun así Fernando se frena; prefiere dejarlo pasar y aguardar medio minuto más parado en la acera, guarecido ahora bajo la marquesina de una discoteca cerrada. Está a apenas dos manzanas de casa. Es cuestión de una carrera decidida; cuatro zancadas, tal vez otro charco pisoteado, pero ya está, fin de aquella pesadilla pasada por agua.

El conductor debe de andar despistado, puede que desorientado o confundido por el chaparrón. Es bastante normal aquí, en esta ciudad donde casi nunca llueve. Y si encima lo hace de esta manera, inesperada y torrencial, de pronto todo se desconecta o se estropea, los semáforos y los cerebros, los desagües y los teléfonos, y después los andenes del metro inundados, y los embotellamientos kilométricos en las salidas y las calles del centro, el caos, la gente se atrinchera en sus casas, como si la lluvia fuese ácida o corrosiva, y los pocos que quedan vagando por ahí son los solitarios o los conductores perdidos.

En vista de que el coche se ha detenido en mitad de la calzada —Fernando imagina que su ocupante consulta un plano o el GPS, o quizá tan solo trata de ubicarse mentalmente en el espacio—, decide cruzar a la otra acera rodeando la parte de atrás del vehículo. Es una calle estrecha y de única dirección para el tráfico. No hay peligro pese a que la visibilidad es mínima y el agua la convierte en nula, y en frente hay un portal para meterse y afrontar la última cuenta atrás antes de emprender la carrera definitiva hasta casa.

Da un salto para no hundirse en el foso que se ha formado en paralelo al bordillo, y en ese instante escucha el motor del coche, igual que el rugido de una fiera a la que alguien ha despertado de su siesta en el momento menos apropiado. Los faros traseros le lanzan una cegadora bocanada amarilla. Fernando se queda paralizado a medio cruzar. Está a dos metros de la acera —de ambas aceras—, pero no salta, ni corre. No se mueve. La lluvia lo abofetea como si fuera cómplice de aquella luz impertinente, y de nuevo se oye el bramido de las tripas del coche, y a continuación la peste del humo, y su nauseabundo sabor reptando garganta abajo. La nube que lo envuelve es más tupida, prácticamente sólida. El agua, el humo, el susto.

Es difícil saber qué parte del crujido le corresponde al parachoques y qué parte a las rodillas: el

acelerón marcha atrás ha sorprendido a Fernando, que se ha desplomado en el asfalto empapado igual que un árbol talado por la base del tronco. Con las piernas partidas y presa de un dolor que lo acerca al desmayo siente los bajos del coche deslizarse por todo su cuerpo, llevándose en el arrastre jirones de ropa y algún generoso pedazo de piel. Se ha golpeado en la nuca al caer, pero parece que le duele más la frente, que es la zona con la que se ha ensañado el extremo delantero del coche en el final de su maniobra.

Fernando sigue tendido sin poder moverse y sin acertar a adivinar qué está pasando. A menudo basta repetirse la letanía «es un sueño, solo es un sueño» para que de inmediato despertemos temblando en nuestra cama y con la boca desollada por la sed. Ojalá; pero duele demasiado para ser una pesadilla.

De nuevo aquel ruido, el motor enfurecido. Fernando sabe lo que viene a continuación.

No se equivoca. El coche repite la maniobra, esta vez en sentido inverso. Se prepara como puede para volver a soportar la fricción de los bajos contra su piel, pero el conductor tiene otros planes. El movimiento no ha sido simétrico respecto al anterior. Aquel tipo ha debido de dar un volantazo a la derecha, lo que significa que, tras el acelerón, una de las ruedas delanteras ha trepado por su pecho y le ha aplastado, como mínimo, unas cuantas costillas. Mejor no pensar en los órganos que hay debajo de aquellos huesos abollados. De hecho, solo queda aire para agonizar en estertores, que se apagan cuando una de las ruedas traseras atraviesa las piernas fracturadas de Fernando como si se trataran de dos insignificantes baches.

Aún no han dado las once de la noche. Según como se mire, todavía es temprano, aunque este barrio se desaloja y se repliega en sí mismo a partir de las ocho y media, cuando cierran las últimas tiendas. No digamos ya si llueve sin descanso desde media tarde.

Nadie va a encontrar el cuerpo de Fernando hasta bien entrada la madrugada. Será el conductor del camión de la basura.

Si el calendario tuviera siempre razón, debería hacer más frío. En apenas una semana se han alternado todas las estaciones del año: primero lluvias, luego viento, ahora calor. Ruth ha aguantado cerca de una hora con la cazadora puesta para que no se le vea el apósito del brazo derecho, pero ya sabe que no va a soportarlo ni cinco minutos más. Bien mirado, lo mismo da que los pesados de sus compañeros le pregunten por el apósito o que empiecen a insinuar cualquiera sabe qué chorradas por el simple hecho de no quitarse esa cazadora de piel marrón, que en estos días acostumbra a pasar más tiempo en el coche que sobre su cuerpo. Cuando está de servicio, la inspectora Ruth Cuevas sabe que va a terminar sudando. Una parte de ese sofoco casi crónico proviene de la tensión, claro, y otra tal vez de las calorías, a las que da asilo con la misma facilidad con la que se las quita de encima cada día base de disciplina. La gimnasia sin guion también es efectiva, y las calles están llenas de escaleras por las que subir y aceras por las que correr.

Rendida a su previsible naturaleza, Ruth libera primero el brazo izquierdo de la manga de la cazadora, y con esa mano libre extrae del bolsillo interior la media chocolatina que le queda. Usando solo los dientes —la práctica hace el talento— apresa la porción de chocolate, y con una sacudida enérgica de la mandíbula la introduce completa en su boca, que comienza a agitarse dejando claro que, en ese preciso instante, masticar es una prioridad por encima incluso de respirar. Con la lengua se repasa los labios y las comisuras para rebañar los restos delatores y evitar de paso el enésimo chiste burdo y carente de imaginación que sin duda le regalaría uno de sus queridos colegas. A estas alturas la afecta poco, pero aun así prefiere no ceder, no darles el gusto. Como en todos los trabajos en los que no ser un hombre es una excepción, Ruth nunca sabe lo que significa en realidad una sonrisa, un guiño o una broma. Su instinto policial, unido a su condición femenina, encuentra detrás de cada gesto un objetivo no confeso, un indicio de otra intención más retorcida y taimada. Desde luego que está más que vacunada contra toda esa colección de chanzas de saldo y lugares comunes caducados. Son, a lo sumo, picaduras de mosquito, nunca mordeduras de serpiente.

Justo ahora, Toribio cruza por delante de ella, la mira de reojo y le lanza una media sonrisa sin dejar de avanzar hacia su posición, junto al semáforo que está frente al portal que vigilan. Ruth se queda impasible, como si Toribio fuera un desconocido. Prefiere llevar las medidas de precaución al límite, aunque todo está a punto y no deberían demorar más la entrada en acción.

Se guarda el envoltorio arrugado de la chocolatina en el bolsillo del vaquero y termina de sacarse la cazadora. Este último gesto le provoca un ramalazo de dolor en el brazo. El puñetero tatuaje. El apósito no es solo para esconder que, pese a ser un dibujo sencillo, está aún a medias. También oculta que el tatuador no ha podido pasar de delimitar el contorno porque la herida se ha infectado. Ese trozo de gasa blanca sujeta con esparadrapo es, además de un escudo, una venda.

Ya sin la cazadora, no caben disimulos. La cartuchera queda a la vista de cualquiera. La lleva enganchada al cinturón, como los pistoleros de las películas. La otra manera habitual de sujeción, rodeando el hombro y dejando el arma a un costado, le recuerda al acople de un brazo ortopédico. No le gusta. Duda si atarse la chaqueta a la cintura haciendo un nudo con las mangas, o bien perder unos últimos segundos en ir hasta el coche y dejarla allí.

Todavía hay tiempo, por lo que decide caminar los pocos metros que separan su posición del lugar

donde ha aparcado. La cazadora en la cintura podría resultar un estorbo fatal en caso de tener que usar el arma. No es una prenda de gran valor en el mercado de la moda, aunque para ella guarda un significado que justifica su afán por cuidarla como si fuera una mascota. Es la chupa con la que se estrenó de paisano, el uniforme del primer día en que no tuvo que ir de uniforme.

Antes de abrir el coche mira a un lado y a otro. A lo lejos, observa la posición de Toribio en el semáforo. Con su cráneo pelado y sus hechuras de pendenciero de taberna, es el clásico policía cuya efectividad se basa en que es más macarra que los propios delincuentes. Así como Ruth llegó al cuerpo por la vía administrativa, siempre ha tenido la impresión de que su compañero es de los que no tuvieron más opción que elegir entre uno u otro lado de la ley. Hay más agentes que provienen de esa disyuntiva de lo que la gente piensa. Y, en un sentido meramente práctico, no hay nada como un policía entrenado en territorio enemigo. De hecho, y por raro que parezca, son los que terminan «cantando» más a pasma. Toribio lleva una camisa de cuadros remangada, un pantalón vaquero gastado y con numerosos desgarros —uno de ellos tan grande que, cada vez que dobla la pierna al caminar, escupe la rodilla entera, igual que un conejo asomando la cabeza por la boca de su madruguera— y unas playeras blancas, baratas, bien distintas a las que lleva ella, que son negras y de una marca que viste a deportistas de élite. En eso Ruth no escatima; para ella el calzado es la parte más importante de su atuendo de servicio.

No se han puesto chalecos antibalas porque la posibilidad de que los sospechosos vayan armados es muy remota. Llevan más de un año investigando y conocen a aquellos miserables como si hubieran compartido con ellos las vacaciones en un crucero. Pese a todo, en el instante en que Ruth arroja la cazadora al interior del coche piensa que deberían ir con chaleco hasta los guardias que ponen multas, y que quizá no haya sido buena idea dar por sentado que el peligro será mínimo. Sucede a menudo que los delincuentes que merecerían un balazo en las pelotas son los últimos que manejarían una pistola o un mísero cuchillo de cocina. Pero quién sabe.

De nada sirve ya lamentarse. Tiene un par de chalecos en el maletero, pero son cuatro. Además de Toribio —que continúa apoyado en el poste del semáforo y ahora fuma un cigarrillo—, Palencia y Jotajota esperan en el otro coche, aparcado en la calle perpendicular, en la esquina por la que en menos de un minuto debería aparecer el último sospechoso camino del portal. Los otros dos, tal y como les han confirmado los agentes que han llevado a cabo la vigilancia nocturna, ya están arriba. Si todo sucede según lo previsto, una vez el tipo entre en el edificio, Palencia y Jotajota lo seguirán, esperarán a que tenga tiempo de entrar en el piso —el entresuelo interior—, subirán a continuación, llamarán a la puerta usando la contraseña que han verificado esa misma noche —la cambian dos y hasta tres veces al día— y fingirán ser dos potenciales clientes. Una vez dentro, Jotajota recibirá una llamada en su móvil —hecha por Toribio desde su posición en la calle—, simulará que es un asunto privado y urgente y se disculpará ante Palencia y el sospechoso. Saldrá al descansillo con la excusa de la llamada, y ahí estará ya Ruth, con la pistola entre las manos y salivando como un depredador hambriento. Toribio cruzará al otro lado de la calle y esperará afuera, en el portal, por si el sospechoso descubriera el pastel, se escabullera y consiguiera zafarse del asedio de los otros tres agentes. Los otros dos compinches deberían ser presas fáciles, acorralados allí dentro. Está todo estudiado y planificado de forma exhaustiva. No hay razón para prever que justo ese día los sospechosos tengan pensado cambiar su rutina. Tampoco debería aparecer nadie más, ningún potencial cliente durante el escaso tiempo que durará la operación. La atención al público se presta a partir de las diez, con lo que solo una inoportuna casualidad podría haber llevado a un niño hasta ese piso precisamente hoy, y aun así Ruth echa mano de una letanía pagana para conjurar los efectos de un rezo.

El lugar se anuncia como ‘Aventurama. Colonia estival’, y aparenta ser una empresa especializada en organizar actividades durante los periodos de vacaciones escolares. Para ser exactos, dicha empresa existe, las colonias de verano y las actividades promocionadas se llevan a cabo en un recinto cerca de

la sierra de Guadarrama. Hay monitores acreditados que se hacen cargo de los niños y los llevan de excursión por la montaña y a nadar en la piscina del recinto o en el mismo río, les enseñan a montar a caballo, a ordeñar vacas y dar de comer a otros animales, les imparten nociones básicas de agricultura y despiertan su conciencia ecológica, juegan con ellos al fútbol, montan gymkhanas al aire libre y se lanzan en tirolina; también hay karaoke después de las cenas y sesiones de cine, en fin, la promesa de un soñado interludio para los padres urbanitas que tienen que continuar trabajando y buscan una solución para no tener que soportar la venganza cerril de unos mocosos encerrados en casa el día entero. Hay muchas empresas que ofrecen lo mismo, pero ‘Aventurama. Colonia estival’ ha jugado bien la baza del marketing, ofreciendo precios baratos e incluso realizando sorteos que se traducen en estancias gratuitas. Los niños vuelven encantados. ¿Qué queda, pues? Tan solo añadir el rótulo de final feliz. Pero no.

Hay una fuente de financiación paralela. Es la que permite esos llamativos descuentos y sorteos sin poner en riesgo la liquidez de la empresa. El equipo de la inspectora Cuevas descubrió que durante sus periodos de recreo, los responsables de ‘Aventurama. Colonia estival’ filmaban vídeos y hacían fotografías a escondidas a los niños. La mayor parte de ese material estaba tomado durante las horas de piscina o baño en el río, también en las duchas comunes —la infraestructura de la estancia es lo más parecido a un cuartel militar: barracones con literas, baños colectivos... Por alguna razón, a los niños les encanta y les resulta divertido—, e incluso se llegaron a interceptar fotos y películas que mostraban los pabellones durante la madrugada, donde se veía a los pequeños durmiendo. Los monitores estaban a priori libres de culpa, pues el material provenía en su mayoría de cámaras ocultas. No obstante, había un monitor que podría estar conchabado con los responsables, y aunque sus fotos estaban hechas también en secreto y sin que los niños sospecharan nada, la ventaja de su presencia física en el campamento favorecía la posibilidad de captar determinados planos imposibles para las cámaras ocultas. Ni que decir tiene que eran estas fotos las más cotizadas por los verdaderos clientes VIP de ‘Aventurama. Colonia estival’, entre los que la policía ya había identificado a seis individuos con antecedentes por delitos sexuales o con denuncias o sospechas relacionadas con agresiones y abusos a menores.

Por fin. El individuo aparece. Camina por la acera a cuyo costado se suceden los ampulosos escaparates de tiendas de ropa y de zapatos, marcas que el cien por cien de la gente conoce y solo el cinco por ciento se puede permitir. Es Ruth quien pasa ahora al lado de Toribio y se para justo a su espalda, lo suficiente para que si al tipo le da por mirar al otro lado de la calle no pueda reparar en su cartuchera y lo mande todo al traste. En este barrio los sospechosos parecen ellos. Toribio, con su aspecto patibulario, y ella, con su camiseta negra básica —la manga corta le cubre solo la mitad del apósito, tendrá que prepararse para las coñas que vendrán después (bienvenidas sean; significará que el plan ha sido un éxito)—, sus tejanos y su pelo negro tan corto y peinado hacia adelante; parecen ellos los fugitivos que se han inmiscuido en el paraíso impecable de las personas decentes. Los transeúntes se dividen entre los que pasan de largo como si los dos agentes fueran invisibles y los que racanean una mirada reticente de soslayo. En otro contexto u otro momento, Ruth los maldeciría a todos ellos, pero hoy se siente contradictoriamente feliz porque va a extirparles ese montón de maligna ponzoña de su modélico y lujoso decorado. Nadie se merece esos vecinos, ni siquiera esa gente que pisa la acera con zapatos que le pagarían el alquiler de un año o que pasea perros cuyas correas, lazos y chalequitos de cuadros llevan grabados los mismos logos que brillan con insultante obscenidad en los escaparates y las fachadas de las tiendas.

Palencia y Jotajota ya han salido del coche. Ellos dan mejor el pego en esta zona. Para parecer un par de degenerados pudientes a ojos del sospechoso deben ir ataviados como respetables hombres de negocios: entender este mundo implica que hay que empezar por reconocer que está enfermo. A Palencia se le nota que solo usa traje cuando va de boda. De todas formas, Ruth confía en que el sospechoso no será tan perspicaz. Jotajota luce el dos piezas con más desparpajo, se mueve bajo la

chaqueta como si fuera en chándal, aparenta una naturalidad que Ruth desconoce si se corresponde o no con sus hábitos privados. Jotajota es reservado hasta los límites del autismo. Lo más íntimo que Ruth conoce de su ayudante es una foto de su mujer y un carné de alérgico a la penicilina.

Todo transcurre como una versión auténtica de la película que ha imaginado durante los últimos días. Perfecto. Tras darle una disimulada palmada en la espalda a Toribio, Ruth cruza a la acera de enfrente. Una mujer sale del portal con una niña de la mano y la inspectora se sobresalta un segundo. No es nada. Es la tensión y la concentración, las ganas de que empiece la acción para que termine cuanto antes. Ruth no puede decir que disfrute exactamente haciendo su trabajo. Le compensan las consecuencias y las razones por las que lo lleva a cabo, pero llegada a este punto de su carrera ya no le queda más remedio que admitir que nunca se va a acostumbrar del todo al peligro. Tiene compañeros que se alimentan del riesgo, que lo necesitan y hasta lo invocan adrede cuando no hay motivos para que aparezca. Ella lo asume como precio inevitable, y la mejor manera de sobrellevarlo es pensar lo menos posible en ello.

Sube el tramo de escalera hasta el descansillo del entresuelo. Huele a cocido, a guiso de olla exprés, igual que olían todas las escaleras cuando ella era niña, y aunque es demasiado temprano y debería oler a café, o a churros, la nariz de Ruth lo agradece, se siente de pronto extrañamente protegida, como si aquella experiencia olfativa compensara el olvido del chaleco antibalas. Le parece oír las voces dentro del piso, Palencia y Jotajota fingiendo venir de parte de uno de los socios *especiales* de 'Aventurama. Colonia estival', hablando de millones de euros que se ensuciarán al transformarse en contenidos virales para el deleite de internautas pervertidos. En breve tiene que sonar el móvil de Jotajota, éste aparecerá y ella irrumpirá para poner fin a la pesadilla.

La pinta del fulano al que han seguido hasta el piso daría grima aunque se dedicara al noble oficio de la pediatría. Puede que en este sentido ella cuente con ventaja respecto a sus colegas masculinos. La astucia para identificar a esa clase de individuos es una habilidad que necesita en su trabajo tanto como en su vida personal. Están por todas partes: en el piso de al lado, en el supermercado, en los bares y las discotecas, algunos están casados con sus amigas. Suerte que ella cree saber distinguirlos con apenas dos o tres detalles.

Ahí está. Jotajota sale por la puerta con el teléfono pegado a la oreja. Se detiene en el umbral, todo bien calculado para que la puerta no termine de cerrarse, con la espalda o tal vez con el culo haciendo de tope. Por la rendija se escapa el murmullo de la conversación interior como una ráfaga de aire viciado. Lo que dice Jotajota para disimular no tiene mucho sentido. Debería haber ensayado mejor esta parte de la escena, aunque el sospechoso parece ocupado con Palencia, que como alumno resulta más aplicado y del que Ruth no duda que ha preparado su papel igual que si se jugara una plaza en un estreno de Broadway. En los ojos, o más bien en las cejas de Jotajota, lee la señal de aprobación, todo en regla, todo avanza respetando cada línea del guion. Adelante.

Está tentada de dar una patada a la puerta e irrumpir con una entrada cinematográfica, pero finalmente se contiene. Empuja con el lado derecho del cuerpo —mierda, el brazo, lo ha olvidado otra vez— y la puerta cede hasta quedar de par en par.

—¡No te muevas! —grita Ruth, mirando a la cara al tipo que tiene ahora delante, sentado a una mesa semivacía en la que solo parece haber espacio para un par de expositores de folletos publicitarios y un teléfono.

La entrada de la inspectora coincide con el movimiento de Palencia, que hasta ese momento permanecía sentado frente al sospechoso en una silla que cae de lado a causa de la fuerza que le imprime al gesto de ponerse de pie y mostrar su arma —a Palencia sí le gusta la pistolera al hombro, la sobaquera—, al tiempo que advierte:

—¡Los otros dos están ahí!

En situaciones como ésta, suele ayudar que la palabra *ahí* vaya acompañada de algún ademán que indique una ubicación exacta o al menos una dirección. No obstante, la seguridad de Palencia al

decirlo le confirma a Ruth que en aquella oficina no hay más espacio que el que ocupan ahora y el despacho anexo, a su derecha; solo esa pieza puede corresponderse con el lacónico *ahí* de su compañero.

—Quédate con éste —le ordena a Palencia—. ¡Jotajota!

—Aquí estoy.

—Conmigo.

Según se desplaza hacia la habitación contigua, Ruth le dedica al sospechoso una nueva mirada que es un veinte por ciento de rutinario reconocimiento y un ochenta por ciento de jactancia. La cara del tipo es una apología de la ficha policial. Lleva las gafas de siempre, unas de diseño antiguo, como de piloto de helicóptero o poli de carretera de película; horribles, si bien es lo que menos daño hace a la vista cuando se le mira directo al rostro. Las mismas cosas que en un individuo anónimo podrían inspirar indistintamente risa, pena o hasta ternura, puestas en el retrato de aquel miserable solo alcanzan a provocarle arcadas. Ese pelo mortecino y aplastado hacia un lado, la boca pequeña por la que asoma el fragmento nauseabundo de una cuadrícula amarillenta, esa papada que lo rebaja en la escala evolutiva y lo avejenta, aunque es más que probable que el tipo no haya cumplido los cincuenta. Lleva una camisa blanca abierta como si su pecho peludo y sudoroso fuese motivo de orgullo. Las mangas le quedan tan cortas que parece que se esté encogiendo de hombros todo el rato. Entre sus dedos Ruth ha distinguido cinco anillos, tres en una mano y dos en la otra.

—Las manos quietitas ahí, campeón —le espeta Palencia al sospechoso, que había hecho un amago de despegar las palmas de la mesa.

El despacho ocupa un espacio mayor que el de la entrada. Tal como ha corroborado Palencia, hay dos hombres, de pie, con las manos en alto, rodeados de una ingente cantidad de material de oficina. A primera vista Ruth ha inventariado un par de impresoras, al menos tres ordenadores y otra máquina más grande al fondo, que podría ser una fotocopidora o uno de esos modelos que compilan todas las funciones informáticas imaginables, desde el escáner hasta el fax. No parece haber rastro de cámaras o equipos de fotografía y cine, lo cual no prueba nada, aunque a Ruth le hubiera encantado encontrarlos entre las piezas del bodegón.

El más alto de los dos hombres lleva un polo de color celeste. Difícilmente llegará a los treinta. Puede que no tenga ni veinticinco. El castaño de su pelo es vulgar, y la barba displicente que le desciende por las mejillas no es suficiente para disimular la calidad pésima de su piel, una verbena de cráteres y puntos rojos. Los ojos están abiertos como si su dueño poseyera la capacidad de suspender a voluntad la función del pestañeo. El polo, que desaparece con pulcro anacronismo al llegar a la cintura del pantalón blanco de pinzas, tiene la bandera española ribeteada en el borde de los cuellos y las mangas. El otro también parece joven. Va con un pantalón corto gris, de tela de chándal, y unas zapatillas de deporte que se ven muy gastadas. No lleva calcetines y tiene las piernas flacas y lampiñas, como las de un adolescente. La mitad superior es pura contradicción: una sudadera roja de manga larga con la imagen de un personaje de cómic o de dibujos animados como único adorno. Si en la calle se nota el calor, ahí dentro es aún más acusado. No conforme con ello, el chaval tiene la capucha de la sudadera puesta sobre la cabeza. Que se asfixie le trae sin cuidado a Ruth —que no le hablen a ella de sudores—, pero no va a permitir que le muestre solo media cara, ese mentón anguloso y esos labios que, se fija ahora, no paran de moverse, como si estuviera tarareando una canción en susurros.

—Tú —dice de pronto Jotajota, que parece poseer la capacidad de leerle la mente a su jefa—, la capucha fuera. Y cuidadito con las manos.

El chico obedece. Lo hace con parsimonia, como si su cabeza fuese el hallazgo final de un truco de magia. Introduce ambos pulgares en el holgado espacio que queda entre su cráneo y la tela, y tira de ésta hacia atrás muy despacio, acompañando la caída hasta que la capucha se descuelga por completo y queda suspendida a su espalda. Hay una cosa que no ha dejado de hacer. Continúa moviendo sus labios, sin emitir sonido alguno. Aquel mudo parloteo empieza a desquiciarse a la inspectora. Va a

decirle que pare, pero al ver la expresión de sus ojos —ahora ya puede ver el rostro al completo, y no se equivocaba: es solo un chaval— se da cuenta enseguida de que hay algo que no funciona.

—¿Qué? —pregunta entonces Ruth, dejándose llevar por el instinto.

La voz del chico continúa siendo insuficiente. Puede apreciar el roce del susurro contra el aire, pero es incapaz de descifrar lo que el joven quiere decir.

—¿Qué? —repite en tono crispado. Pretendía sonar autoritaria, aunque le ha salido un gallo que delata su inquietud.

—Otro —acierta a pronunciar el joven, logrando superar de una vez la barrera del ultrasonido.

—¿Cómo? —insiste Ruth, todavía confusa, mientras nota que Jotajota la observa, contagiado de su desconcierto.

—¡Hay otro!

Un estallido pone fin al simulacro de diálogo, y entonces sobreviene el caos como preámbulo de una nueva sucesión de estallidos similares al inicial, más un repertorio posterior de crujidos y otras variedades estrepitosas que hacen imposible la asociación de cada ruido con el objeto que lo provoca. Ruth se ha lanzado al suelo en un acto reflejo, hacia adelante, igual que si se zambullera en una piscina. Desde su posición actual controla el cuerpo del joven, que está tendido boca abajo, no sabe si herido o indemne (el color de la sudadera no ayuda). Cree reconocer también los zapatos de Jotajota en medio del ajetreo a ras de suelo. Al otro tipo lo ha perdido de vista. Quizá haya aprovechado para huir, en cuyo caso espera que Palencia lo haya frenado. Apostaría el dinero que no tiene a que ha sido un disparo, pero necesita una prueba más concluyente. Se arrastra medio metro hasta situarse detrás de una de las impresoras y aprovecha la maniobra para ratificar que Jotajota no ha sido abatido y que el chaval permanece acostado e inmóvil. En ese preciso instante confirma algo que ya temía. El sobresalto de aquel estallido y su acción consecuyente —aquella especie de zambullida en seco— han descontrolado sus movimientos y han hecho que se le escapara un tiro. La pistola le quema en la mano. Sabe que es un ardor que supera al del proceso físico de la detonación. Pero no puede detenerse a dudar ni a lamentarse. Será otra preocupación más que habrá que dejar para después, sumada a las que ya lleva acumuladas. Al pensar en esto, de pronto se acuerda del apósito y se mira el brazo con ánimo de derrota, y sin embargo la venda sigue ahí, milagrosamente blanca.

Guarecida tras la improvisada trinchera que supone la impresora, se atreve a asomar la cabeza para captar una panorámica lo más amplia posible del escenario. Al lado izquierdo, entre una montaña de pantallas y carcassas revueltas, está Jotajota. Ha usado el cuerpo del hombre del polo celeste como escudo. Con el brazo izquierdo lo rodea por el pecho, mientras con la mano derecha sujeta la pistola. El tipo no ha variado su perpetua mueca de susto o asombro. Continúa mudo, y sus brazos caen ahora lánguidos a ambos costados. No parece que esté herido. De algún modo, y aunque le haya tocado suplir las funciones del chaleco antibalas, es como si Jotajota fuera ahora su guardaespaldas. Jotajota mira hacia donde está Ruth y sacude la pistola en el aire, en dirección al lado opuesto de la habitación. Ella sigue el gesto con la mirada y repara en una puerta blanca y cerrada, con un boquete considerable a pocos centímetros del picaporte. Un descuido imperdonable. Pero cómo imaginar algo distinto. Los del turno de noche lo han confirmado: «hay dos dentro, falta el otro». Iban tan empecinados en pillar a tres fulanos, que cuando han salido las cuentas se han despreocupado de todo lo demás. De hecho, y así como el tipo de la entrada y el del polo celeste son con seguridad los sospechosos que buscan, los rasgos del joven de la sudadera roja no concuerdan con la descripción detallada en el informe. Aun así... tienen que ser tres. Se supone que han vigilado durante toda la noche. ¿De dónde ha salido el otro?

—¡Policía! —grita Jotajota—. ¡Salga de ahí!

Ruth ya está de pie. Se ha escorado a la derecha para eludir en lo posible la trayectoria frontal de aquella puerta cerrada y agujereada. Seguro que es el cuarto de baño, o tal vez un almacén. Maldita sea. No eran delincuentes armados. No lo eran. Esos malnacidos son criminales de la peor calaña,

pero en ningún momento de la investigación han aparecido las armas, ni siquiera la más mínima manifestación de violencia, ni un simple puñetazo, ni un mísero azote.

—¡Todo controlado por aquí! —exclama Palencia desde la entrada.

Que el joven del jersey rojo no se mueva empieza a ser preocupante. Ruth no olvida esa bala escapada. Si se detiene a pensarlo más de un segundo, el vértigo será insoportable.

—Salga y tire el arma —dice ahora Ruth, sin gritar pero asegurándose de que quien sea que esté detrás de aquella puerta puede oírla con claridad—. Nosotros no tenemos prisa. Y somos más.

No hay contestación. Ruth va a lanzar una tentativa más, y si no hay reacción tendrá que improvisar. Antes que nada, le dirá a Palencia que se lleve al pez gordo. El del polo patriótico no parece muy peligroso. No estorba como escudo improvisado, y tal vez puedan usarlo como objeto de chantaje. Seguro que al levantarse aquella mañana no ha imaginado que el destino que le esperaba era convertirse en el comodín de la pasma. Y está el chico. El chaval de la capucha. Todo en él es una molesta incógnita (la peor de todas, la que le conectaría directamente con la bala perdida del arma de Ruth). La inspectora ya ha dado por sentado que el tercer sospechoso es el que se encuentra encerrado tras la puerta blanca.

—Eh, chico —se oye decir de repente—. Eh, ¿estás herido?

Jotajota no disimula su estupor. Frunce el ceño y después ladea la cabeza en dirección a la puerta. Sin duda es ahí donde está la prioridad.

Un nuevo estruendo resuena tras la puerta cerrada. Esta vez es un ruido diferente, no tanto una detonación como el estallido de algo que se rompe en múltiples pedazos.

—¡Alto! —grita Ruth, que se ha girado de medio lado al oír el estallido, y enseguida ha recuperado la posición y ha avanzado un paso empuñando la pistola en dirección a la puerta—. ¡Vamos a entrar!

Ahora sí se escucha el estampido característico de un disparo. Suena como lejano, no tan claro como el anterior, o eso le parece a Ruth, seguido de un golpe fuerte aunque más bien opaco, como el ruido que hace la basura cuando cae desde el contenedor para formar parte de la montaña de desperdicios en el remolque del camión.

La inspectora ha dado un paso final y está ya apoyada contra la pared, pegada al marco de la puerta. Jotajota, que al producirse el último estallido ha empujado hacia delante al tipo del polo azul, ha imitado el movimiento de Ruth y es su reflejo en el lado opuesto de la puerta. Al del polo no se le ha ocurrido salir corriendo. Está tan asustado que se ha quedado de rodillas, con el tronco encorvado y las manos en la nuca, como en postura de oración.

—¡Vamos a entrar! —insiste Ruth, y luego se dirige a su compañero—: Jotajota, quédate con estos dos, y comprueba si el de allí respira.

Llegó el momento de los golpes de efecto. Da una patada a la puerta y ésta se abre a la primera; es un contrachapado del rango más bajo. La fuerza de la patada ha sido inversamente proporcional a la resistencia de aquella madera prosaica, y eso le ha jugado una mala pasada a la rodilla derecha de Ruth. Guillermo, que jugaba al fútbol hasta no hace mucho, se lo ha recordado alguna que otra vez: dar una patada al aire puede hacer más daño que recibirla de un contrario. Ha sido como intentar patear un globo con la misma potencia que emplearía para hacerlo con un balón. Da tres pisotones con firmeza, casi como una bailarina de flamenco. Duele. Molesta lo suficiente como para olvidar el escozor del tatuaje infectado. Mierda. Puta mierda.

En efecto, es el cuarto de baño. Uno muy pequeño y básico. A un lado, el lavabo; al otro, el retrete. Delante, una ventana con marco de aluminio y una lámina de cristal reventada. La ventana es sorprendentemente amplia para un váter, cerca de un metro de alto, y a lo ancho sobrepasa seguro el medio metro. Los restos que aún quedan enganchados al marco indican que el cristal es esmerilado, un modelo vetusto pero efectivo para preservar la intimidad sin renunciar del todo a la luz natural. El tipo ha escapado por ahí, pero ha tenido que reventar la luna porque la ventana está trabada. En el

lugar donde debería ir el pomo o la manivela solo hay un agujero con una pieza de hierro incrustada.

Con cuidado para no cortarse, Ruth saca primero la mano que empuña la pistola, y después asoma la cabeza. El patio de luces se extiende hacia arriba en un entramado imposible de cuerdas de tender. Abajo, un tejado de uralita cubre la mitad del espacio. La otra mitad es una franja de suelo cuadrículado del color de la arcilla, sobre el cual Ruth distingue un cubo de fregar, una maceta con una planta de grandes hojas verdes y algo parecido a un goteo que podría ser un rastro de sangre. Hay pedazos de cristal desperdigados por toda la superficie del tejado, y también han caído algunos al suelo, los ve brillar más abajo, la mayoría alrededor de la enorme maceta de cerámica.

En décimas de segundo planea su salto. Usará la uralita como escalón, y alcanzará así el suelo en dos tiempos. Es un entresuelo. Una altura salvable con facilidad para alguien entrenada como ella. Solo hay dos inconvenientes. Uno, la previsible fragilidad de la uralita, que podría vencerse al caer encima. Y dos, la rodilla. Si no consigue un aterrizaje limpio, la avería puede ser grave.

Con la culata de la pistola golpea los restos de cristal que aún siguen fijados al marco y rodean la ventana como los dientes de un dinosaurio. Tercer inconveniente: habrá que tener cuidado para no cortarse al caer.

Allá va.

Utiliza la pierna izquierda como único punto de apoyo al pisar sobre el tejado ondulado, que tiembla y, por un momento, amenaza con provocar un efecto trampolín. Por suerte, la uralita aguanta y Ruth concluye su salto cayendo en cucullas sobre las baldosas del patio. Dentro de su rodilla herida se desata una verbena nerviosa que culmina en un dolor paralizante. La inspectora grita y encadena media docena de exabruptos. No hay analgésico posible, pero gritar le da un borbotón extra de combustible que le permite incorporarse y alcanzar la puerta que comunica el patio interior con el portal del edificio, que está entreabierta.

Con la vista nublada por las lágrimas que brotan cada vez que da un paso, y los oídos colapsados por los sonidos atropellados que se cuelean desde la calle, a Ruth ya no le queda reserva sensorial para buscar alivio en los olores de la escalera. Apunta con la pistola hacia los bultos borrosos que se agitan en el extremo izquierdo del portal, junto a los buzones y el contenedor de la basura.

—Lo tenemos, jefa.

Es Toribio. El poli Stanislavski. El más chungo, el más peligroso; más aún que los propios delincuentes. Solo la llama *jefa* cuando hay detenidos delante a los que impresionar. Apunta con su arma al sospechoso, que está sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el primer peldaño de la escalera y las manos en la nuca. Cuando uno sabe lo que ha hecho o es capaz de hacer un tipo como aquél, termina viéndolo inevitablemente como un monstruo. Pero Ruth —con la visión ya limpia y el peso del cuerpo cargado sobre la pierna izquierda para darse un respiro— tiene que reconocer que es uno de tantos, un paseante invisible entre la muchedumbre, el típico individuo al que se sonríe con cortesía si se nos sienta al lado en el autobús o nos pregunta por el nombre de una calle. Va con una camisa de cuadros azules abierta, que muestra la camiseta que hay debajo, de color naranja y con unas letras rojas grabadas que simulan un neón y cuyo mensaje en inglés Ruth no se molesta en traducir. Una horrenda franja de tela blanca asoma entre el bajo del pantalón y los mocasines marrones, pero ni siquiera eso es motivo de sospecha más allá del crimen estético.

Bien distinto es lo que blande ahora Toribio ante sus ojos, igual que un trofeo de caza. Es un fusil. Ruth lo reconoce porque no es el primero de esa clase que ve. Un cetme del ejército. Un arma que dispara balas del tamaño de un bolígrafo, y esa que su compañero ha requisado es la culpable del boquete de la puerta de arriba. Identificar aquel fusil le trae de nuevo a la mente la estampa del chico de la sudadera roja abatido. Es humana. Por mucho sentido del deber que haya jurado es tan débil como cualquier ser humano, y mentiría si no reconociera que, puestos a elegir, prefiere que la hipotética bala perdida pertenezca al cetme y no a su pistola. Todavía no sabe quién es ese chico y qué hacía allí. Tiene pinta de informático. Está convencida de ello, y puede que sea solamente porque lo

ha conocido en esa habitación rodeado de ordenadores e impresoras. Aunque también está su forma de vestir. Los estereotipos no son recomendables para los escritores, pero a los policías les facilitan la tarea más a menudo de lo que se piensa. Guillermo es informático. Quizá de ahí parta su preocupación excesiva por aquel joven desconocido, su apresurada presunción de inocencia para alguien a quien el contexto debería situar de entrada más cerca del bando de los sospechosos. A lo mejor es una transferencia interesada, la convicción de que Guillermo nunca estaría involucrado en algo como lo que acaban de dismantelar.

—Buen trabajo, Toribio.

Él se limita a guiñar un ojo y, acto seguido, le entrega el cete a uno de los dos policías de uniforme que acaban de entrar en el portal. Mientras avanza cojeando hacia la salida, la inspectora observa la multitud creciente que se agolpa en torno al edificio. Ha distinguido un coche patrulla y, al fondo, las luces de una ambulancia, que ya ha silenciado la sirena, girando por encima de las cabezas histéricas de los curiosos.

—¿Solo estáis vosotros dos? —le pregunta Ruth al otro agente, que se ha quedado detrás de Toribio.

—Viene otro coche.

Da una palmada amistosa en el hombro del policía uniformado, que le sirve a su vez a Ruth para darle otro breve descanso a la rodilla maltrecha. Mira de reojo al sospechoso, y advierte por primera vez que tiene una marca violácea que le recorre la mandíbula desde el mentón hasta la oreja. Puede que la marca de Toribio, su firma en esta obra. O quizá se lo ha hecho al tirarse por la ventana. Tiene otro ronchón en la coronilla. Se le nota bien porque va muy rapado, toda la cabeza por igual, al uno, el dos como máximo, estilo militar. Las cejas gruesas podrían ser una sola que cruza de un lado a otro de la frente, por encima de sus dos ojos pequeños, marrones, vulgares. Con todo, el tipo se permite mirarla con cierta suficiencia y una media sonrisa que se abre hasta estallar en una carcajada ronca y efímera, poco más que un bufido, una ventosidad.

—Lo tienes controlado, ¿verdad? —le pregunta a Toribio, para darle a su vez el gusto de reafirmarse.

—Ya sabes que, si por mí fuera, éste no salía ni de aquí.

Controlado. A Toribio le puede un poco la bravuconería, el orgullo de barrio, pero es de lo más útil para el oficio, así que, cómo no perdonárselo. Y, en este caso concreto, también agradecerse.

La salida de la inspectora coincide con la entrada de dos enfermeros.

—Hay un herido arriba —les indica, en el pertinente tono protocolario, exento de emoción alguna; cualquiera lo diría si supiera la preocupación que le bulle dentro por el estado de aquel joven.

Por suerte no hay reporteros. No tardarán en llegar, eso seguro. Atraviesa la congregación de transeúntes, que hacen preguntas atropelladas, no está segura de si siempre dirigidas a ella. Sea como fuere, las ignora. Su atención está dedicada en exclusiva a la unidad móvil del SAMUR, aparcada tras el corrillo de curiosos.

La ambulancia tiene las puertas traseras abiertas, preparada para cuando los enfermeros vuelvan con la camilla. Dentro hay una sanitaria. Es una chica menuda, con un cabello dorado que Ruth intuye precioso cuando no lo lleve recogido en una coleta. Tiene unos ojos verdes y algo felinos que hacen pensar en idiomas intrincados e inviernos colmados de nieve, pero nada más hablar su acento remite a los cálidos vientos del sur más cercano.

—¿Puedo ayudarla, agente?

Es una de esas situaciones en las que corregir a la otra persona y aclararle que es «inspectora» y no «agente» sonaría como un acto arrogante y desconsiderado.

—Pues sí. —Ruth se sienta en el estribo de la ambulancia y toma aire unos segundos antes de decidirse a subir para que la enfermera pueda atenderla.

Se oye entonces el inconfundible crepitar de un intercomunicador. Los *walkies* que usan ellos suenan igual. De hecho, todos suenan así, como una freidora en la que se cocinan palabras en lugar de patatas. La enfermera se gira para agarrarlo y contestar. El *walkie* está encima de un pequeño maletín transparente que contiene un equipo desfibrilador. Ruth atiende a la conversación, está ansiosa por saber, aunque el diálogo de la enfermera se limita a los monosílabos afirmativos.

—¿Todo bien arriba?

—Sí, bueno —responde la sanitaria, mientras le tiende la mano para que pueda subir a la ambulancia a la pata coja—. Hay un herido con una hemorragia, puede que de un balazo... Así que ha habido tiros. Vaya.

—Tiros —repite Ruth de forma mecánica. Se esfuerza por no parecer tan culpable como se siente, y eso pasa por quedarse muda, o casi.

—¿Y eso?

El dedo de la enfermera está estirado a dos centímetros de su brazo derecho. El rectángulo de gasa luce como recién puesto, como si no hubiera acompañado en todo momento a su portadora durante la escena del tiroteo y el salto al vacío. Ruth se lleva la mano al apósito y presiona hasta notar el ardiente dolor, que sigue allí pese a que le ha salido un firme competidor en la pierna del mismo lado.

—No es nada —le aclara Ruth, con un poso de vergüenza, como si aquella pequeña venda ocultara una travesura infantil aún impune—. Ya estaba aquí antes.

La enfermera, un dechado de dulce discreción, asiente y le muestra una sonrisa que es el reverso rutilante de la que unos minutos antes le ha escupido el detenido en el portal.

—El problema de verdad está aquí —añade la inspectora, con la mano puesta sobre la rodilla.

—De acuerdo —dice la chica del SAMUR, que, con un gesto de ambas manos, le indica que se remangue el pantalón.

A medida que la pernera del tejabo va subiendo pantorrilla arriba, lo primero que le viene a la mente a Ruth es la fecha exacta de su última depilación. Ha sido ayer. Seguro. Piensa en esta banalidad cuando su vida ha corrido peligro y cuando es probable que deba dar explicaciones sobre una bala perdida. Y qué. Se alegra de que en su interior, más allá del sentido del deber, del celo profesional, del servicio a la justicia, todavía queden resquicios de la mujer que hay debajo de la chupa de cuero, de la cartuchera y de la placa.

Lo ha hecho en la calle como un hombre adulto y eso lo convierte en un criminal. Va con casi veinte años de retraso. Y además empieza a darse cuenta de que el método no ha sido tampoco el mejor. Demasiado drástico. Una chapuza, incluso. Puede que la consecuencia sea la deseada, pero el modo de llegar a la misma tiene que ser diferente. Para cumplir sus verdaderos deseos debe recrearse en el proceso. Es fácil pensarlo ahora, claro. Él no es un delincuente. A la mierda la retórica del código penal.

Por absurdo que parezca, la lluvia le impide pensar con claridad. Es una interferencia que se enreda en sus cavilaciones. Conduce por la carretera casi desierta, ya debe de estar a diez o quince kilómetros del centro de la ciudad. Se nota porque el resplandor metropolitano ya no alcanza para iluminar el camino y son los faros delanteros los que le muestran metro a metro aquello que tiene enfrente, como si cada línea de la carretera, cada pedazo de asfalto y cada arbusto de la cuneta se materializase en el preciso instante en que es enfocado.

Ha sopesado la opción de pararse en el arcén o en un descampado para tranquilizarse y tratar de vencer el molesto repicar de la lluvia contra sus ideas.

No.

Mejor seguir. Ya no puede estar lejos.

Espera que el mal tiempo no afecte al supuesto funcionamiento normal del desguace. Le dijeron que permanecía oficialmente cerrado durante la noche, pero con la consigna adecuada y la cantidad conveniente en efectivo no debería tener problemas. En esto también se acusa el hecho de ser un delincuente ocasional y no un villano de carrera. Todo ese universo del trapicheo y los negocios ilegales no solo le es ajeno, sino que le provoca genuino miedo. La gente como él crece y vive creyendo que las zanjas que esconden cadáveres se cavan en el suelo ignoto de otros planetas; que jamás tendrá que relacionarse con los que duermen en la calle o cierran sus acuerdos con billetes marcados, con los que transportan alijos incrustados en el recto o los que aprovechan la quietud de la madrugada para quitarte lo más valioso que posees, aquello que guardas en la caja fuerte o que duerme junto a ti en la misma cama.

En su mundo lo más importante es lo que se ve. Por eso el crimen no ensucia ni demacra la piel. No da miedo. A lo sumo, provoca ira, y también envidia. Nada de brazos acribillados por agujas ni de hemorragias truculentas. Él no es un ingenuo. Sabe que un apretón de manos o el simple baile de una pluma estilográfica sobre el papel han llevado a la cárcel a alguno de aquellos elegantes señores que tomaban café de vez en cuando con su padre. Y aun así, nunca le dieron miedo. Más de uno daba grima, es verdad. Pero lo prefiere. Tiene que reconocerlo. Él mismo se enfrenta de vez en cuando a decisiones que están al límite y no le asustan más allá del riesgo de perder su empleo. No es lo mismo manejar las matemáticas como mercancía peligrosa que tener que vérselas con pistolas, jeringuillas, navajas y papelinas. Él nunca ha tomado, pero algunos de sus amigos sí, y hasta la coca se la compraban a un tipo que olía a perfume caro y vestía con una camisa de sastrería con las iniciales de su nombre bordadas en el pecho.

Le han recomendado asimismo que en cuanto tome el desvío que lo llevará al desguace apague las luces del coche y aminore la marcha para evitar cualquier tipo de estridencia. Confía en que las

escasas farolas que salpican el trayecto le basten para identificar el maldito desvío. Sabe que antes tiene que pasar una rotonda. Tiene que ser esa. Una rotonda como un ovni aterrizado de emergencia en cualquier parte; un capricho urbanístico de esos que él conoce bien por lo mucho que le alegraron la vida y la cuenta corriente a su padre durante tantos años.

A menos de cien metros de la rotonda está la salida de la autovía. La localiza bien pese a la oscuridad, y nada más girar reduce la velocidad. Es un camino pedestre, un aviso de clandestinidad que no sabe si es una garantía de éxito o un reclamo para quienes quieran desenmascarar el chanchullo. No se atreve a apagar los faros. Va con las cortas y está seguro de que no ha llamado la atención. Para su alivio relativo, a esas horas la carretera parece un túnel desierto.

Enseguida lo ve. Parece una enorme nave industrial descubierta —las cumbres de las montañas de coches desguazados asoman por encima del vallado del local—, de muros de chapa que a la luz de los faros disimulan como pueden su lepra roñosa. Ahora sí, apaga las luces y detiene el auto. No sabe qué tiene que hacer. Se ha parado a unos metros de la puerta. Por alguna razón, intuye que es mejor no acercarse. Lluve con enjundia bíblica, pero si no baja él, está claro que nadie va a ir a preguntar. Busca en la guantera y revuelve por debajo de los asientos por si encuentra una bolsa de plástico para la cabeza. El paraguas está en el maletero. Había otras cosas más importantes en que pensar.

Se decide a salir. La americana se cala en el breve trayecto desde la puerta del conductor hasta el maletero. Lo abre y coge el paraguas, cuya utilidad una vez abierto es más que nada simbólica. No descarta que las gotas estén atravesando el precario escudo de tela negra. Siente los zapatos devorados por el barro. Con pesadas zancadas llega hasta la entrada del desguace. No hay nada parecido a un llamador; menos aún a un timbre. Cierra el puño de la mano libre y lo mantiene alzado unos segundos. Si no viniera de donde viene, cualquiera diría que está a punto de arrancarse a cantar *La Internacional*. Todo da igual ya. Imposible echarse atrás. Golpea la chapa del portón de entrada. Dos series de tres golpes. Para esto no le han dado clave ni contraseña alguna. El ruido de la lluvia acribillando la chatarra es tan potente que resulta imposible saber si alguien se acerca a abrir. ¿Habrán oído su llamada? Prefiere aguardar. Mejor que el nervioso sea solo él.

En la superficie del portón se distingue la silueta rectangular de una puerta más pequeña. Imagina que quien sea que le abra aparecerá por ahí. Y no se equivoca. Después de un ruido que rompe la monótona percusión de la tormenta y que provoca que el inmenso portón tiemble de punta a punta como si fuera a derrumbarse, la puerta se abre.

—¡Sí!

El monosílabo es más elocuente de lo habitual. No hacen falta más letras para saber quién maneja el cotarro y con quién no valen ni bromas ni excusas.

—Buenas noches... Mire, hablaron con usted... —titubea, el miedo le domina—. Bueno, tal vez fuera con otro... Vengo... Me dijo que viniera...

—El Opel —dice el tipo, tajante, como si no valiera otra respuesta.

Habla con un acento indistinguible. Puede que de Europa del Este, aunque podría ser marroquí, o tal vez israelí. Aquí también se nota cuáles son sus círculos habituales. Todo lo que no sea español o inglés, mejor o peor pronunciado, le suena a bárbaro. No puede verle la cara al tipo. Lleva un impermeable negro o de algún color oscuro que se funde con la noche y que desprende un insolente olor sintético. Así debe de oler el petróleo crudo, se dice, mientras observa aquel chubasquero que es en realidad una capa con capucha, por eso no ve los brazos del hombre pero percibe su movimiento agitado bajo el plástico.

—Pasa —ordena el tipo—. Te han dicho el dinero, ¿eh?

Al intentar pasar, se queda bloqueado porque el ancho del paraguas excede los límites de la puerta. Se siente ridículo. El otro va delante, y no ha visto su torpe movimiento como de cine cómico. Menos mal. Las varillas del paraguas han invertido su posición y ahora apuntan hacia el cielo. La tela negra se ha rasgado y cuelga de un lado, a punto de desprenderse de la estructura metálica. Más que un

paraguas, parece que sostenga una antena de televisión en la que se haya quedado enganchado un harapo volado de un tendedero. Ya no hay solución. Arroja el paraguas al suelo, con un gesto de rabia un tanto estúpido, y entra por fin.

En el lado izquierdo hay una caseta, algo más grande de lo que suele ser una garita de vigilante. Supone que se meterán ahí a completar la transacción. Por el momento, el tipo que le ha abierto la puerta está parado de espaldas a él; es una sombra fantasmagórica en medio de la cortina de agua. De la caseta sale de pronto otro individuo. Es flaco y parece un anciano. Va con un mono de trabajo y con la cabeza descubierta. Lo ve bien porque a la entrada de la caseta hay un casquillo con una bombilla encendida. El viejo tiene el pelo canoso y desgredado. En un segundo será una plasta empapada.

Los dos hombres empiezan a discutir a voces. Nada más inquietante que una bronca acalorada en un idioma que no se entiende. La lógica le dice que aquella discusión no tiene nada que ver con él, pero quién sabe. En medio del intercambio de presuntas diatribas, la puerta de la caseta vuelve a abrirse y esta vez sale alguien corriendo. El viejo y el del impermeable tardan en reaccionar. Pasan dos, tres segundos mudos, congelados. Entonces, el del chubasquero —que le saca tres cabezas y dos cuerpos— grita algo tan rebosante de rabia como para que el idioma sea un simple adorno, y el anciano echa a correr detrás del fugitivo.

Él los ve perderse, al perseguidor y al aventajado fugitivo, primero confundidos con la masa de chatarra del fondo, y después tragados por la oscuridad. Algo parecido a los ladridos de un perro se une al follón. El rumor de la lluvia, no obstante, sigue siendo el sonido que se impone a todos los demás.

El agua ha calado la ropa y empieza a atravesar la piel. No tardará en llegar a los huesos. En nada comenzará a temblar por el frío, y no quiere que su anfitrión pueda pensar que es por el miedo. El tipo del impermeable negro se da la vuelta y le dirige otra vez la palabra.

—Entra el coche. Nos vemos ahí —dice, señalando la puerta de la caseta, que se abre y se cierra movida por el viento, y cada vez que choca contra el marco suena como si fuera a resquebrajarse en un millón de astillas.

Según vuelve hacia afuera para subir al coche piensa por un instante en huir. ¿Huir de qué? En realidad, ya está huyendo. Escapar de aquel lugar es decir adiós a su coartada. Debería asustarle más lo que ha hecho que lo que está a punto de hacer.

Al sentarse al volante es consciente de hasta qué punto está empapado. Nada más presionar el asiento con las nalgas el agua se ha expandido y ha recorrido su cuerpo como si tratara de crear su propio aparato circulatorio. Siente mojados hasta los dientes. Duda de nuevo antes de decidirse a encender o no las luces. El portón del desguace se desliza hacia un lado empujado por el tipo del impermeable, que le hace una airada seña con la mano para que acerque el coche. Todo lo que se desprende de aquel fulano huele a peligro y a mala hostia. Decide no encender las luces y arranca.

Ya dentro, y siguiendo una nueva indicación de aquel monstruo, aparca el coche a un lado, más o menos en diagonal a la caseta, y delante de lo que parece una grúa o, más probablemente, uno de esos vehículos oruga con un brazo mecánico terminado en un enorme imán para mover los autos desguazados. Entre que para y apaga el motor, al otro ya le ha dado tiempo a cerrar el portón y volver corriendo a cubierto. Del coche a la caseta hay apenas cinco pasos que suman unos cuantos pegotes de barro a los pies y otros tantos litros de agua por todas partes.

Aquel cuchitril cuenta con el espacio justo para una mesa metálica de color gris y cubierta de papeles y lo que parecen piezas de motores, un archivador del mismo color que la mesa con dos cajones cerrados y el hueco del tercero vacío, una papelera de la que sobresale un manojo de banderas arlequinadas, como las que se usan en la meta de las carreras, y un perchero donde cuelga el impermeable negro, que gotea como es de esperar y ha formado ya un charco visible en el suelo, forrado con esas láminas de plástico que imitan con más intención que acierto los suelos de madera.

Hay también por ahí una silla de estructura metálica y asiento de piel, con una raja vertical que parece una boca sarcástica que se ríe de él mientras enseña una buena tajada del relleno de espuma amarillenta. Encima del archivador hay un radiocasete de doble altavoz. Es lo que le coge más a mano. No está seguro de por qué lo ha inventariado de ese modo, tal vez por culpa de las películas, pero sea como sea lo va a tener en cuenta por si se viera en la necesidad de improvisar un arma contundente para defenderse de una hipotética agresión.

—Venga el dinero —dice el extranjero no identificado, que sin el impermeable aparenta aún mayor envergadura. Lleva una camiseta blanca sin mangas y con el cuello dado de sí, y un pantalón negro (salpicado de grumos de barro que chorrean como restos de vómito) embutido en unas botas de goma verdes. Está de pie y con los brazos en jarras. Tiene los hombros peludos, y alrededor de la muñeca derecha brilla un reloj de oro que debe de pesar tanto o más que el radiocasete—. Rápido y terminamos —cada palabra que sale de su boca suena a orden inquebrantable, incluso cuando su limitado vocabulario hace difícil la comprensión literal de lo que quiere decir.

—De acuerdo —responde él, intimidado, casi afónico.

Se levanta los faldones empapados de la camisa y agarra el sobre que lleva sujeto entre la barriga y la cintura del pantalón. El paquete se nota húmedo, aunque no parece que el dinero pueda haberse estropeado. El que está a punto de convertirse en su socio se rasca la cabeza, un gesto que bien puede equivaler a lo que la mayoría de la gente expresa relamiéndose. El tipo está pelado por los lados y tiene una franja de pelo negro que nace en la frente y se pierde coronilla atrás. No es una cresta. Recuerda más a la parte suave de las piezas de velcro.

—Dame —vuelve a ordenar, alargando su brazo velludo.

—Está todo —aclara él sin necesidad. Da un paso adelante y le entrega el sobre al tipo, que saca el fajo y lo observa como si fuera capaz de calcular la cantidad sin separar los billetes.

—Bien —dice, y se guarda el dinero en un bolsillo—. Ahora quieto. Para la foto.

Al margen de lo extraño que está siendo todo, no deja de ser raro que sea él quien entrega la mercancía y además el dinero. Lo normal en una transacción comercial es que se produzca un intercambio. Pero él no va a poder ver lo que esa operación le dará a cambio. Tiene que confiar, sin más. No hay otra opción. Así son las cosas en esta versión del mundo. Y por si eso no fuera bastante, aquel tipo le sale ahora con lo de la foto.

—¿Foto?

—Claro. Yo te hago una foto. Solo por seguridad. Pero no pasa nada. ¿Verdad que no pasa nada?

—Bueno, no —dice, casi tartamudea—. ¿Me quedo así?

El tipo ha abierto el primer cajón del archivador y ha sacado una polaroid.

—Así —afirma, y acto seguido saca la foto.

Mientras la máquina escupe la fotografía, el tipo lo observa sonriente y con los ojos vidriosos. Sin mirar el resultado, arranca la instantánea de las entrañas de la cámara y deja ambas sobre el archivador. Se oye de nuevo el ladrido del perro mezclado con los impactos de las gotas sobre el tejado de la caseta.

Quiere preguntar por el coche, si lo van a desmontar ya o lo dejarán para mañana, cuando escampe o sea de día. Pero no puede. El pánico se lo impide. Quiere largarse de allí, y tampoco se atreve. No hasta que aquel mostrenco vuelva a ordenárselo.

—¿Bien? —acierta a decir al fin, alzando los brazos como si le apuntaran con un arma.

Se oye entonces un golpe no demasiado fuerte, aunque revelador de que algo puede haberse roto en pedazos. Él se gira de forma instintiva y ve aparecer al viejo del mono por la puerta —que vuelve a estrellarse contra el marco al cerrarse, provocando otra vez aquel crujiente y desagradable sonido —, solo, calado hasta la última cana y jadeando.

Se repite la escena de unos minutos atrás. El intercambio de gritos entre uno y otro. Ya sabe que la

bronca no va con él, pero teme convertirse en un daño colateral. Sobre todo teniendo en cuenta que el otro tipo debe de haberse escapado. El viejo lo mira con aire desafiante y después se dirige al bigardo. Seguro que le ha preguntado quién es y qué hace ahí. No puede saberlo porque ambos continúan hablando en ese idioma que siempre suena hostil. Salir corriendo es lo primero que se le ocurre. Ya tienen el dinero y el coche, además de la foto, que por sí sola tampoco es que sea mucho, pero ellos sabrán por qué lo hacen. Son los criminales expertos; el novato es él. Sí, podría echar a correr. Si corre no van a perseguirlo. Aunque tampoco sabe por qué corría el otro hombre, el que ahora está huido.

Y entonces cae en la cuenta de que ha olvidado algo fundamental. Ya no tiene coche para volver a casa. Contaba con la parada del autobús nocturno, como a un kilómetro de distancia, más allá de la rotonda, pero con lo que no contaba era con este clima infernal. En otras circunstancias podría plantearse la posibilidad de arrimar un poco más de dinero y tratar de sacarles a aquellos miserables un coche usado, aunque fuera un casajo.

El viejo le ha puesto una mano en el hombro y él no se ha atrevido a sacudírsela, como sin duda habría hecho en otro lugar y con cualquier otro extraño. Ese simple gesto parece ser la señal de que la bronca queda anulada, o como mínimo aplazada. Ahora el gigantón vuelve a mirarlo con esa sonrisita burlona, y aunque no puede ver al viejo porque está a su espalda, nota en el temblor de la mano sobre su hombro los espasmos de su más que probable risa socarrona y afónica, igual que la de aquel perro de los dibujos animados que veía cuando era niño. ¿Es posible que esté sucediendo de nuevo? Otra vez él en el centro de todo, pero nunca como el protagonista heroico, sino como el cordero para que los demás celebren su ritual sádico. Si es así, lo único que habrá logrado con su acto criminal es cerrar el mismo círculo que empezó a trazarse hace casi dos décadas. Y si es verdad que las tragedias están condenadas a repetirse como parodias, está a punto de convertir su causa en un ridículo sainete.

Comprueba, como ya lo hiciera entonces, que ser un individuo es muy diferente a ser la pieza individual de un mecanismo colectivo. La gran maquinaria es el mejor de los refugios, la garantía de impunidad para los cobardes. Si te quedas aislado, da lo mismo el entorno, da igual si el lugar donde sucede el escarnio es el elegido a voluntad, el recomendado por obligaciones de clase y de casta. Al llegar todos son iguales, pero pasados los días —y a veces ni eso; es solo cuestión de minutos— el contexto termina por crear su propia estructura, sus propios estratos, sus propias leyes. Lo supo en su momento, pero nunca quiso compartirlo. Con nadie. En casa era obvio que debía ocultarlo. Tampoco se atrevió pasados los años, ni siquiera cuando su ex se lo puso en bandeja y quiso animarle a leer sobre aquel italiano que sobrevivió al holocausto y acabó aniquilado por su propia supervivencia. Incluso una víctima de aquel episodio abyecto desmentía la romántica idea de que los oprimidos o perjudicados por una tragedia común tienden por norma a la solidaridad y la compasión con sus semejantes. Muy al contrario, el autor reconocía que cuando el cautiverio en Auschwitz se convirtió en una costumbre, se inició al mismo tiempo una especie de proceso de selección natural espontánea entre los prisioneros, es decir, algo así como un reflejo de las personalidades innatas de cada cual en aquel entorno circunstancial, dando lugar a un modelo de sociedad alternativa en la que se discriminaba a los más débiles o menos útiles. Todo ello respondía a las leyes elementales de la supervivencia, al margen de las consignas fascistas de los secuaces de Hitler. Era espeluznante pensar en aquellos presos más vulnerables o menos espabilados que sumaron a sus temores más justificados —la cámara de gas, las ejecuciones sumarias— el miedo hacia quienes en teoría consideraban sus iguales.

Nada más distinto a él y a su cotidianidad que ese cementerio de automóviles y sus dos facinerosos regentes, y sin embargo el sentimiento está ahí, replicado, calcado en su esencia aunque la puesta en escena se haya reinventado.

Se oye una nueva serie de ladridos, esta vez más fuertes, como si el perro estuviera más cerca o bien se empleara con mayor energía. El grandote hace un gesto sacudiendo la cabeza, el mentón

apuntando igual que un dedo índice hacia la puerta, y el viejo le contesta con otra retahíla de frases ininteligibles entre las cuales él cree distinguir la palabra *Cadillac*, aunque tal vez sea un simple capricho fonético o eso que los traductores llaman un falso amigo. Sea como fuere, el viejo sale. Al abrir la puerta, el ruido de la lluvia contra las montañas de chapa roñosa se cuele en el cuchitril. Quedarse no augura nada bonito, pero salir supone casi un acto de masoquismo.

Debe esperar una consigna, un permiso, la confirmación de que sus socios dan la operación por cerrada y es libre para marcharse. Es una conjetura basada en los códigos del hampa de su memoria televisiva. No cuenta con nada más consistente. Lo que seguro no desea es conocer el desenlace de la trama que discurre en paralelo a su chanchullo. El perro se ha callado. Imagina al fugitivo abatido, desgarrado por los mordiscos sobre un charco de sangre que la lluvia va tiñendo de rosa y aclarando hasta volverlo invisible. O tal vez el animal esté atado y su misión se limite a dar la voz de alerta. De pronto el panorama de agarrar una pulmonía en aquella inhóspita parada de autobús no suena tan mal.

—Yo tengo toda la noche. Tú no sé —dice al fin el mostrenco, sin perder aquella sonrisa de depredador. Se seca la cara con la parte baja de la camiseta y vuelve a mostrar su rostro sardónico y amenazador.

—Gracias —acierta a responder él. Nunca la vergüenza ha tenido tan buen sabor—. Bueno... Adiós.

Aún desconfía al darle la espalda al tipo para abrir la puerta. Quizá ha cometido alguna clase de descortesía al no ofrecerle la mano. Cómo va a conocer él de qué manera se cierran los negocios en este otro mundo. Lo único que quiere es abandonarlo, atravesar aquel portón como un niño de cuento que regresa a casa decepcionado con lo que ha encontrado al otro lado del espejo.

Lo primero que ve al salir es el esqueleto del paraguas, como un fósil abandonado en un charco. Está aplastado. Le ha debido de pasar por encima al meter el coche. Juraría que ahí atrás el tipo está diciendo algo en su idioma, pero no se va a dar la vuelta para comprobar si se dirige a él o si ha vuelto a entablar discusión con el viejo.

Hay como mucho un kilómetro y medio hasta la parada del autobús. Sabe que se le hará largo. La lluvia no da tregua, y la humedad se ha instalado como inquilina fija en la tela y en la piel; la siente en cada articulación y cada corva. Cuando da un paso y dobla una rodilla se le hiela la sangre. Empezar a temblar es cuestión de unos metros. Tiene que compensar el malestar físico con la evidencia del avance en sus planes. Mientras camina a tientas hacia donde imagina que se encuentra la parada, se dice que lo más complicado ya está hecho. Si no hay arma homicida no hay crimen. Esto también lo ha sacado de las películas, pero suena tan verosímil que a la fuerza tiene que ser cierto.

Tiene mérito ser una vergüenza para todo el mundo y seguir vivo, haber superado las ganas de mandarlo todo a la mierda tantas veces, haberse resistido al impulso de poner en práctica la película que tantas largas y tenebrosas noches ha proyectado tu imaginación, agotado y tumbado sobre un charco de tu propio sudor, rendido ante el poder inquebrantable del insomnio, deseando que sea ya el día siguiente para reunirlos a todos y delante de sus bocas abiertas reventar en mil pedazos de carne y vísceras, bañarlos con tu sangre salpicada y estrellar las astillas de tus huesos contra sus cráneos, clavarlas en sus ojos atónitos y hacerles sangrar también.

Pensamientos que van y vienen, que se entibian con las luces tenues del amanecer y que se desinflan al contacto con las distracciones más banales. Así se sobrevive, se aguanta todo, y muy de vez en cuando se cuele el destello de una ilusión entre medias de tanto espesor y tanta mugre. Se desvanece lo bueno y lo malo, la esperanza con la misma celeridad que el miedo, y así se sobrevive, sí, buscando razones, o aunque solo sean excusas.

Lo que ha hecho anoche podría ser una de esas excusas. La cuestión es hasta cuándo durará su efecto motivador, pues una vez consumado el plan, qué queda.

Le ha vuelto a costar dormir, esta vez por motivos diferentes a los habituales. El temor a las pesadillas, por encima de cualquier otro. No han aparecido, aunque sabe que vendrán tarde o temprano. Las pesadillas son parientes del azar más que de la razón. Van por libre y tienen sus propios planes. Saben esconderse, pero nunca olvidan. Ellas eligen cuándo te visitan. No puedes evitarlas; como mucho, presentirlas, pero de qué sirve eso.

Se ha levantado con la nariz taponada y estornudando en series muy seguidas. El autobús tardó menos de lo que temía, lo que no evitó que llegara a casa temblando de frío y envuelto en una cortina de agua que le oprimía como si fuera un material sólido. Se dio una ducha caliente y se metió en la cama arropado hasta la coronilla. No ha pasado frío durante la noche. El problema es que el frío ya estaba viviendo dentro de su organismo desde hacía horas.

El primer informativo que ha visto es el de las ocho de la mañana. No han dicho nada. Lo normal. De todas maneras, los programas a los que debe prestar atención son los otros, los más livianos, los de las «grandes damas de la mañana» y esos otros del cotilleo. También los de sucesos, y esos polémicos de los fines de semana.

Se arranca de un mordisco ese puñetero pellejo que sobresale junto a la uña del meñique de la mano derecha. El bocado se ha llevado más carne de la prevista, y ahora escuece. Esas pequeñas molestias desquician el doble que los grandes dolores. Se chupa el dedo herido, que todavía conserva el sabor de la mermelada del desayuno. La mesa está cubierta de migas de pan tostado. El café ya frío dentro de la taza, y al lado el tarro de mermelada abierto. La tapa está en el plato, no sabe por qué ni cómo ha ido a parar ahí, como si fuera un desperdicio, en medio de más restos de pan y atravesada por el cuchillo, que tiene el filo pegajoso y rebozado de una amalgama de migas, mermelada reseca y grumos de mantequilla. Ha desayunado sin hambre, pero al mismo tiempo relajado, como adormecido por una extraña sensación de alivio que se le ha mezclado con la deuda de sueño. Ya no es la tensión que le atenazaba el estómago estos días de atrás. Apenas come nada decente desde hace semanas, y se ha acostumbrado.

No tiene el cuerpo ni el ánimo para pensar en labores domésticas. Se levanta de la silla, recoge de cualquier manera la taza, el plato y el cuchillo y los arroja al fregadero. La familia crece, pero de momento no apesta. Tapa el frasco de la mermelada y lo agarra junto con la tarrina de mantequilla. A la nevera, donde la familia, por el contrario, suma pérdidas que no se recuperan. Lo poco que come lo come fuera. Un bocadillo, un plato combinado mustio en cualquier bareto, una hamburguesa o un pincho, y si le puede la pereza, un sándwich de esos que vienen envasados y que puede comerse mientras camina por la acera y sigue dándole vueltas a todo y a nada a la vez.

Abre el grifo de la pila de la cocina y pone el dedo meñique bajo el chorro de agua fría. Enseguida siente el alivio, el dedo dormido, insensible, durará unos segundos y luego volverá el escozor. La cocina es como el escaparate de una tienda de electrodomésticos incrustado en un extremo del pequeño comedor, la estancia principal del estudio donde ahora vive de alquiler. Está no obstante bien equipada. Nevera, un pedazo de encimera coronando una hilera vertical de cinco cajones, tres fogones de vitrocerámica y horno eléctrico, el fregadero y debajo las puertas que tapan el hueco del cubo de la basura. El extractor de humos es potente, aunque tampoco es que lo haya comprobado en la justa medida. Todos los electrodomésticos y accesorios alineados con disciplina de izquierda a derecha, donde la lavadora cierra el desfile.

El resto de la vivienda es un único espacio, a excepción del cuarto de baño, ubicado en el extremo opuesto de la cocina. Tiene lo que necesita, que no es mucho. Un sofá de tres cuerpos que se convierte en cama de matrimonio —en su pensamiento, esa palabra está proscrita; para él, el término es *cama doble*—, un mueble que ocupa casi toda la pared perpendicular a la cocina y que tiene armario ropero, cajones, espacio para el televisor (el suyo es pequeño y se ve ridículo en medio de aquel enorme hueco pensado para los modernos plasmas gigantesco), y estanterías donde ha colocado su paupérrima biblioteca. Antes leía con cierta asiduidad. Le gustaba el rato después de la comida, y también en la cama, para atraer a ese sueño que ahora se ha vuelto su enemigo. No era un lector pretencioso ni demasiado prolijo, pero del mismo modo se enganchaba con facilidad cuando el libro le interesaba. Apenas se ha traído una veintena de volúmenes a su nuevo piso de soltero. Novelas convencionales, de las que se compran en los aeropuertos.

Además del sofá cama, tiene una mesa extensible con la base de cristal grueso y las patas de madera. La tuvo que armar él mismo. El de la tienda de muebles le dijo que podría montarla sin ayuda de nadie y en menos de dos horas. Le llevó un día entero. Terminó con la mitad de los dedos en carne viva. Igual que el meñique, que ya vuelve a escocerle pasado el efímero alivio del agua fría. Las sillas son blancas, aunque no a juego con la mesa. Lo eligió todo de forma apresurada, para quitárselo de encima. No calculó bien los plazos de entrega y tuvo que dormir las dos primeras noches en el suelo, acostado sobre una especie de lasaña de colchas y mantas para evitar la dureza del parquet. Si papá le hubiera visto.

Tiene bastante luz natural, pues el muro que culmina en la entrada del baño es todo él un ventanal de tres hojas, sin apenas marco, casi todo cristal. No ha puesto cortinas. El piso da a un aparcamiento privado, con lo que la manzana de enfrente es un gran espacio diáfano, libre de la posibilidad de ventanas indiscretas. Por la noche baja la persiana hasta el tope, y listo. La luz artificial del estudio es una hilera de cuatro halógenos incrustados en el techo; más que suficiente. El cubículo de la cocina tiene su propio fluorescente, lo mismo que el baño.

El apartamento no está mal, es prácticamente nuevo y no ha tenido que irse muy lejos del barrio. La idea era quedarse cerca, pero no tanto como para cruzarse con *ella* un día sí y otro también.

Además, le dieron la opción de plaza de garaje y cuarto trastero. A la primera renunció, y ahora no le queda más remedio que celebrar su inesperada clarividencia. En cuanto al segundo, prefirió aceptarlo por unos pocos euros de más y convertirlo en el columbario de su vida anterior, un desbarajuste de cajas y bolsas de ropa.

Necesita otra ducha caliente. El baño tiene el tamaño de un ascensor de hotel. Los saneamientos

son tan lustrosos como los electrodomésticos de la cocina, y la ducha, rodeada de una mampara de metacrilato de dos cuerpos, tiene múltiples opciones de chorro y un regulador de vapor.

Los objetos hablan un idioma distinto al que le susurran sus pensamientos. No es un estudio de lujo, pero tampoco barato. La mayoría de los empleados de cualquier trabajo no podrían permitírselo si tuvieran que pagarlo solo con una nómina. Pero él se siente un indigente, un excremento.

Va a esperar un rato antes de mandar el mensaje a su compañero para decirle que no irá a trabajar. Hasta ayer era un proyecto de mentira pueril y desnuda, pero esta tos cavernosa ha irrumpido hoy como un cómplice ganado en la pedrea del destino. Desde luego que su percepción sobre lo que está bien o está mal necesita una revisión.

¿Quién decide eso? Los límites del bien y el mal. A lo mejor nunca llega la culpa, ni el arrepentimiento, y puede que no lleguen porque en verdad no le corresponda. Que pueda llegar a sentirse mal no significa que no haya hecho lo correcto, o que el destinatario de sus actos no lo mereciera. Por el momento, de lo único que empieza a arrepentirse es de no haberlo hecho antes. Esto es así. Va y viene. Ahora es de día, acaba de empezar la jornada, va a regalarse de nuevo el placer del agua caliente, y aunque parece que el resfriado ronda con ganas de quedarse a vivir una temporada en sus entrañas, toca seguir intentándolo. Hoy tampoco se va a rendir.

Tira la camiseta y el pantalón de pijama con los que ha dormido en el cesto de la ropa sucia, junto a la taza del váter. Ahí está lo que llevaba puesto anoche, hecho una pelota, todavía húmedo. Piensa en quemar esa ropa, un gesto pelicularo. O no tanto. No puede relajarse. Se siente libre, pero no significa que esté a salvo. Esto no ha hecho más que empezar.

Se ha revelado que el hombre se llama Fernando, que tiene treinta y nueve años y que pertenece a una de esas familias de las que, o se habla bien, o no se habla. Así lo remarcan en cada informativo y en cada programa matinal. En estos últimos se le dedica al suceso una atención mayor, con conexiones en directo a la puerta del hospital donde está ingresado Fernando, en coma desde que fuera atropellado hace dos noches por un conductor que se dio a la fuga. Esta fue la primera impresión, nada más examinar el cuerpo encontrado por los empleados del servicio de limpieza del ayuntamiento. Los médicos identificaron marcas inequívocas de neumáticos en la piel de Fernando, si bien la hipótesis del atropello se ha confirmado gracias a la grabación de seguridad de una peletería situada en la calle perpendicular a la del suceso.

Los magacines de la mañana también extienden los ecos del caso a sus mesas de debate, en las que, además de periodistas especializados en la crónica negra, suelen intervenir con frecuencia abogados, agentes de policía o de la guardia civil, exdelincuentes y hasta víctimas o afectados de crímenes o delitos de contrastada repercusión en el conocimiento popular.

Del herido se sabe que está soltero y en paro. Según cuenta uno de sus tíos, convertido en portavoz de la familia desde que atendiera la primera conexión en la entrada del hospital, a la desgracia que de por sí supone una agresión como la que ha sufrido su sobrino hay que sumarle el hecho de que es el propio Fernando quien cuida de su padre octogenario y enfermo, lo que le convierte en el nuevo patriarca de ese núcleo familiar compuesto en su totalidad por hombres desde que su madre falleciera prematuramente por culpa de su débil corazón. Los dos hermanos de Fernando también se graduaron en la universidad, pero carecen del carácter emprendedor de su hermano mayor, que a los veintitrés años ya se había casado y, recién licenciado en Empresariales, había montado su primer negocio.

Al tío de Fernando se le nota cómodo en el papel de indignado, y puede intuirse que el inquebrantable gesto hosco de su rostro lo acompaña incluso durante las horas de sueño. O es que acaso ha ensayado mucho y bien ese papel. De una u otra forma, se ha metido en el bolsillo a los reporteros y los presentadores de los programas de la mañana. Claro que el atropello de Fernando es una noticia terrible, no solo por las consecuencias que ha causado en la víctima, sino también, y por encima de cualquier otro motivo desde la perspectiva periodística, porque hay un culpable que sigue libre y aún sin identificar. Pero no es esa la razón por la que en menos de cuarenta y ocho horas el caso de Fernando ha ganado progresivamente cuota de pantalla. Toda la notoriedad se debe a la astucia sensacionalista de su tío, abogado de formación aunque no llegara a ejercer nunca como tal y pasara su vida laboral ligado al negocio de la exportación marítima. Sin él, sin su constante rictus de irritada decepción, sin esa mueca reaccionaria que reclama lo suyo por encima de todo lo demás y expone su sufrimiento como si no lo hubiera siquiera parecido en ningún otro lugar del mundo; sin esa conjunción de afán de protagonismo y legítimo derecho a protestar que tan bien funciona delante de una cámara, el atropello de Fernando habría quedado comprensiblemente eclipsado por las decenas o acaso cientos de sucesos que recopilan las cadenas cada día, algunos de ellos tan graves como el asesinato de familias enteras, agresiones y crímenes contra menores o bebés, maltratos y violencia doméstica con resultados que, si se suman, apuntan al genocidio.

El primer plano de aquel hombre de escaso pelo canoso, pobladas cejas negras y papada batracia que declama con la modulación de un político experto y se enjuga a cada rato la frente siempre goteada de sudor, esa foto de carné vale cientos de miles de espectadores, y en las televisiones lo saben.

Mañana, el tío de Fernando irá en persona a uno de esos programas. Formará parte del elenco de la mesa de debate, aunque antes se someterá al interrogatorio condescendiente de la presentadora. No necesita preparar gran cosa. Ya sabe lo que va a decir. Lo que debe decir. No importa si las fuerzas del orden tienen prioridades, si hay que buscar a terroristas o a estafadores a gran escala, a presos peligrosos fugados o a violadores. Si representa bien su papel, ya no será solo él quien alce la voz; será la ciudadanía al completo quien pida justicia para Fernando. Y no pedirá justicia, sin más. Será «justicia ya». Algo así. Apremiante y contundente.

Ya sabe que le tocará recordar a la audiencia despistada o todavía ignorante la historia ejemplar de su sobrino. El chico que a los veintitrés lo tenía todo, su negocio, su mujer que era además la novia de toda la vida (de la corta vida; se conocieron a los quince años), su familia orgullosa. Algo fue mal de manera inesperada. El socio con el que Fernando había puesto en marcha su empresa se la jugó, gestionó el dinero en beneficio propio y al cerrar el primer año de actividad Fernando descubrió que su negocio era un simulacro, que había estado invirtiendo días de su vida y todo su dinero en un proyecto fantasma, mientras su socio administraba en paralelo su estafa y su salida del mapa.

Tiene que ser cuidadoso al relatar el siguiente episodio, la manera en cómo el carácter de Fernando se fue envenenando hasta pudrirse. Sabe que la mayoría de la gente lo comprenderá, entenderá que un joven pierda la cabeza producto de la rabia y de la vergüenza por haber sido engañado de esa manera. Tampoco hace falta entrar en más detalles. La conclusión, lo que importa al fin y al cabo, es que en un año y medio Fernando se había quedado sin empresa y sin esposa. Fue ella quien lo dejó. Con razón o sin ella, pero así fueron las cosas.

Y aquí llega entonces el repunte, el golpe de efecto, el giro épico que ponen a la historia y a su protagonista en el lugar que su tío cree que merecen y que la cadena de televisión espera por el bien de sus cifras. Será cuando explique que, tras unos meses de comprensible desorden en su vida, su sobrino recobró la cordura y la ilusión para encauzar de nuevo sus pasos por la senda correcta. Es aquí, y no antes, cuando debe aprovechar para aclarar que en su familia el dinero nunca ha sido una preocupación. Que incluso el padre de Fernando se había ofrecido a refinanciar su idea empresarial, o bien a invertir en otro proyecto diferente, todo para que su hijo saliera adelante, pero él se negó. Describirá a su sobrino Fernando como un hombre tenaz y maduro desde muy joven edad. Alguien capaz de renunciar al apoyo económico de una familia desahogada en lo material y con una red de contactos lo suficientemente nutrida como para evitar la cola del paro y aun otras humillaciones de las que solo las paredes de ciertos despachos podrían hablar como testigos de cargo.

Tarde o temprano tienen que conocerse algunos detalles sobre el origen familiar de Fernando. En dos días los periodistas no han tenido tiempo de recabar más información, principalmente porque el foco de atención está en el cuerpo herido, en los huesos rotos y el estado de coma, en el aspecto truculento de la noticia, pero a medida que transcurre el tiempo querrán saber más, si quieren mantener la historia en primera línea informativa harán falta más secretos, más personajes, más carne en el guiso. El tío cuenta con que los males de una familia pudiente no conmueven al espectador de la misma manera que los de la verdadera gente corriente y de clase trabajadora, y por ello ha manejado con tiento cada dato aportado. Es la base de su estrategia. Un peatón atropellado, un conductor fugitivo, una víctima debatiéndose entre la vida y la muerte, un culpable no identificado, una familia que ha perdido a la madre y que puede perder al más valioso de sus baluartes. Confía en que dos días serán suficientes para que esos mensajes apilados conformen el muro que todo espectador vea cuando se asome a la pantalla de la tele, y que al mismo tiempo deje en segundo plano (y además

oculto) el resto de los detalles sobre los congéneres de Fernando.

Si fuera un futbolista, estaría de baja. Se ha lesionado el ligamento lateral externo. No necesita cirugía, según le han dicho los médicos, pero sí reposo. Tampoco hace falta que camine con muletas: la receta es calma, cuidado y, en unos días, otra revisión. Ruth se ha empeñado no obstante en seguir activa. Prefiere trabajar en la oficina, aunque no pueda participar en acciones de campo. Si se queda en casa no parará de darle vueltas y se torturará inútilmente repitiendo en su cabeza la escena e imaginando desenlaces imposibles.

Las últimas cuarenta y ocho horas han sido movidas y agotadoras, entre traumatólogos y trámites internos. Ha entregado la pistola y se ha sometido a las entrevistas reglamentarias. Es el protocolo, se repite para no dejar escapar un temor que podría desbocarse. Es verdad, las normas lo exigen. Los expertos en balística han recogido las pruebas de las instalaciones de 'Aventurama. Colonia estival', y si todo va como debe, en breve confirmarán de qué arma salió la bala que mantiene al chico de la sudadera roja en estado grave, aunque, según parece, fuera de peligro.

Después de estar un rato sentada, la rodilla se resiente al dar los primeros pasos. Se acerca cojeando a la zona de las máquinas de bebidas. De normal, no soporta a según quién, pero con el dolor le sobra todo el mundo. Algunos más que otros, a decir verdad. Alrededor de la máquina de café están Ortega, Sordo y Kung Fú. Justo tres de esos a los que mandaría a investigar crímenes intergalácticos si fuera posible. Les lanza los buenos días al pasar, sin ganas y sin mirarles siquiera. Ella va a la máquina que está a continuación, la de las bebidas frías. Ha oído el murmullo atropellado que le han devuelto como respuesta, pero no es capaz de separar cada frase y asignarla a su interlocutor, tal es el interés que le despiertan esos tipos a los que no le queda más remedio que llamar compañeros.

Selecciona el batido de chocolate, introduce la moneda, pulsa otra vez el botón y la botella rueda hasta el dispensador en la parte baja de la máquina, chocando contra la chapa y haciendo un ruido exagerado e impertinente. Mejor el ruido que las voces de los que están al lado. Agarra el batido y lo agita, como siempre, antes de abrirlo, y mientras lo hace se da cuenta del fallo. Cierra los ojos de esa manera que deja claro que lo que desearía cerrar en realidad son los oídos.

Ya oye las risas. Las mismas carcajadas ponzoñosas y pueriles de siempre. El gesto de agitar la botella es un gag infalible para aquel trío de cabestros. De pronto Ruth siente ese hastío, ese cansancio que nunca termina de irse, esa pereza de un mundo decadente de chistes de la edad de piedra. Ortega, Sordo y Kung Fú son esa clase de gente que no ha renovado el repertorio desde que tenían diecisiete años. Son tan grotescos que deberían darle pena, pero solo le dan asco.

Toribio y Palencia no son precisamente dos cómicos sutiles de la exquisita escuela británica (lo de Jotajota es caso aparte; su discreción extrema abarca también el ámbito de las bromas). Pueden ser soeces y básicos, pero ya sea porque trabajan con ella o bien porque ella se ha acostumbrado a su compañía, no recuerda que le hayan faltado nunca al respeto. Eso no. Sus chistes son igual de malos y manidos, cutres y zafios, pero a ella la tratan como a *uno* más; y no va a quejarse. Tal vez se equivoque, y aun así sigue observando un abismo antropológico entre su equipo y esos tres palurdos

de la máquina de café.

Igual que en el colegio. Así tenía que ser. Llega el profesor y los gamberros enmudecen y se dispersan. La fanfarronería se aplaca y cede su lugar al patético ejercicio del peloteo. Las hienas se han convertido en polluelos. La testosterona, que hace un segundo era una presencia sólida y viscosa, se ha esfumado, o mejor dicho se ha transferido en su totalidad al cuerpo del comisario, que nada más aparecer junto a las máquinas ha soltado un desabrido «¿Qué hay, muchachos?», y después ha ido directo a lo que le interesa:

—¿Cómo va esa pierna, Cuevas?

La pregunta le ha pillado a Ruth en plena engullida. Traga, se relame con todo el disimulo que puede, y contesta:

—Bien, según para qué.

Ha sonreído tras decirlo, y el comisario la ha imitado. Dentro de su ambigüedad, mejor ese «Bien, según para qué» que un «Mal, según para qué», que en el fondo quiere decir lo mismo pero habría envenenado la connotación.

—Tranquila —añade el comisario, que mantiene la sonrisa—, no tengo pensado mandarte por ahí a dar brincos en algún tiempo. ¿Tienes un minuto?

—Sí. Claro. —Mira con un ojo dentro de la botella de batido, igual que si intentara localizar un cuerpo extraño flotando en el cacao—. Un sorbo y estoy.

—Oh, no, no hace falta... —El comisario se gira hacia la máquina de café. El trío insidioso ha desaparecido con el sigilo profesional de la policía secreta, aunque Ortega, Sordo y Kung Fú sean poco más que moscas cojoneras de yonquis—. Yo también me quiero tomar un café.

Si no hay necesidad de que se trasladen al despacho del comisario, se dice Ruth, es que lo que va a contarle no será gran cosa. Es un alivio. Ahora se arrepiente de haber apurado el batido de un solo trago.

El aspecto externo del comisario constituye un pasatiempo cuyo premio es acceder a cierta información sobre su vida privada, que él, según intuye Ruth, jamás se avendría a revelar. Su corte de pelo dice que no ha cambiado de peluquero en décadas (el color parece haber conocido todas las fases de la degradación que va desde el negro hasta el blanco), y también delata que es el único territorio estético que aún le pertenece en su totalidad, junto al afeitado (innegociable), ya que en todo lo demás se nota que es uno de esos hombres que fueron criados en el prejuicio ancestral que excluye la coquetería del argumentario masculino esencial, y en consecuencia delega en su mujer las funciones relacionadas con el armario ropero. Hay algo entrañable en esa camisa rosa de corte demasiado entallado para el tronco displicente y la panza de menú del día y vino con gaseosa del comisario. En ese fracaso de envite a la modernidad, Ruth vislumbra el amor de la esposa, el deseo cumplido a medias de que su marido sea el hombre atractivo que a ella le gustaría que fuese. Algo menos evidente en los pantalones, más clásicos y de un marrón insípido —mucho leche y poco cacao, se dice Ruth—, aunque sin duda elegidos por la misma mano que se ha ocupado del vestuario al completo. Ruth no recuerda haberle visto nunca los calzoncillos a su jefe, pero está segura de que el conocimiento del comisario sobre su propia ropa interior no es mucho más vasto de lo que ella posee a base solo de conjeturas.

—En fin, Cuevas. —Al jefe no le importa beberse el café de un único sorbo, como si en vez de degustarlo lo utilizara para calmar la sed—. Ya te he dicho que no quiero que andes correteando por ahí hasta que te recuperes, pero tampoco voy a tenerte encadenada a la mesa, contestando el teléfono y mareando papeles. Imagino que tú tampoco quieres...

—No, no. Preferiría que no... —La botella de plástico vacía baila entre sus dedos. Para arrojarla a la papelería tendría que darle la espalda al comisario, y no es el momento. Además, él sostiene también el vaso de café vacío en una mano, aunque en su caso el plástico es tan liviano que ha quedado aplastado igual que un pedazo de papel dentro del puño—. O sea, que sí, que no puedo correr, pero

tampoco estoy en una silla de ruedas.

—Eso mismo —dice el comisario, y ahí está otra vez esa sonrisa, que parece tan ensayada que Ruth imagina que devolverá a la comisaría junto con el arma reglamentaria el día que se jubile—. Verás, es un tema del ayuntamiento. Bueno, viene de más arriba, del ministerio. Eso a ti te da igual. Lo importante es que te necesito para dar unas charlas en unos colegios. No muchos, no te asustes. Creo que serán tres, a lo sumo cuatro.

—Colegios.

—Sí, pero no pienses en críos. Son colegios mayores, universitarios. Es una campaña de divulgación. Para concienciar a los chavales sobre la cosa esa de las bromas... ya sabes, lo que les hacen a los novatos. Te acompañará otro agente, por supuesto, aunque aún no he decidido quién. Lo que sí tenía claro es que te quería a ti. Primero, por lo de tu rodilla. Pero tampoco te voy a engañar; creo que si hubieras estado bien te lo habría encargado igual.

—Pero... ¿Charlas? —La botella se le escurre entre los dedos, cae al suelo, y tras un rebote desganado sale rodando hasta perderse debajo de la máquina de café—. ¿Usted cree que soy la más indicada?

—Si te digo la verdad, no estoy seguro. —El comisario también hace como que no ha visto caer la botella—. Hay otra cosa. Aparte de las charlas, quiero decir. Será solo la primera. Eso me han dicho. Solo en la primera charla. Van a ir de la tele, a grabar. No todo. Un rato solamente, para un programa.

—Ostras.

—Sí, eso mismo. Pero no te hagas ilusiones. Lo más seguro es que se os vea solo de lejos.

—Es un consuelo.

—Me alegra oírlo. —Era cuestión de segundos que el café se escapara por las grietas del vaso aplastado y le pringara la mano.

—Ahí, detrás —le indica Ruth, como si el comisario no hubiera visitado nunca aquella zona de su propia comisaría.

—Resumiendo —continúa, mientras encesta el plástico triturado y pegajoso en la papelera—, tú y otro compañero os vais de gira por los colegios para decirles a los chicos que estudien y amorticen el pastón que se gastan sus papás en vez de dedicarse a putear a los novatos.

—Niños bien, supongo.

—Claro. Niños pijos, gente de dinero. Son los peores. —Ha sacado un vulgar pañuelo blanco de hilo del bolsillo del pantalón para limpiarse las manos; Ruth duda que esa prenda haya pasado el filtro asesor de su mujer. Más bien parece otro de sus pequeños anacronismos, en este caso no uno consentido, como esa raya indeleble en el costado derecho del cabello, sino una especie de capricho clandestino—. Me van a mandar la documentación, así que tranquila. Me han dicho que ahí viene todo, lo que tenéis que decir, el tiempo que tenéis que tardar en decir cada cosa, y hasta las preguntas que os van a hacer. De verdad, parece más de lo que es. Va a estar chupado. Sé que lo de la tele impone un poco, pero piensa que es grabado y no en directo. Si algo sale mal, lo van a cortar. Y hay que pensarse lo de la cara emborronada y la voz distorsionada. Lo hablaremos también.

—En otro momento, le diría que tengo que pensarlo, pero supongo que ahora no sirve de nada.

—Escucha, Cuevas. Te confieso algo. Otra vez. —Ahora el comisario parece interesado en asegurarse de que nadie lo escucha. Mira a un lado y a otro, girando el cuello como si fuese un fugitivo. O un paranoico. Ruth se sigue preguntando por qué no han tenido esa conversación en el despacho—. Lo primero son tus dotes como policía, y tu conocimiento. Que no te quepan dudas. Lo segundo, tu salud; esa rodilla. Pero no nos engañemos. Cuando me han confirmado que iba a estar la tele, he pensado en ti porque eres la única persona de mi equipo cuyo físico no me haría sentir vergüenza ajena si lo veo en una pantalla, y eso me incluye a mí, por si te lo preguntabas. No es la

razón por la que trabajas aquí, pero en este caso todo suma.

—No sé qué decir. —A Ruth le incomoda la aclaración del comisario por lo que pudiera tener de cumplido encubierto. A las salidas de tono de Kung Fú y compañía está acostumbrada. Lo de su jefe es distinto, por inédito.

—Es la verdad. En este caso tengo que ser lo más objetivo posible. ¿Alguna pregunta?

—Bueno. —No es normal que se muestre tan nerviosa. A estas alturas las jerarquías en la comisaría son poco más que una competición para ver quién grita más. Y luego están las autoridades oficiosas, el respeto que imponen individuos como Toribio. Hablar con el comisario de tú a tú podía ser motivo de inquietud años atrás, pero ya no. Ni siquiera considerando que entre aquella manada de formalidades pudiera haber asomado un piropo descarriado—. Bueno. Me pregunto si... —Lo que de verdad le gustaría preguntar no va a salir de sus labios. Y de repente ya sabe el porqué de su extraño nerviosismo. Cuando el comisario ha aparecido en la máquina de café y le ha dicho que quería hablar con ella, por un segundo ha creído que se avecinaba el momento en que el peor de los temores da lugar, de forma paradójica, al mayor de los alivios. Aun sabiendo que el chico de la sudadera roja está fuera de peligro, Ruth necesita que le confirmen hasta qué punto debe preocuparse o desentenderse del asunto. No es tan difícil. Tal vez el comisario sepa ya si esa bala provenía del cete o de la pistola de su subordinada. Con tanta discreción lo único que consiguen es que cualquiera parezca culpable. En el fondo, Ruth esperaba que su jefe pusiera fin al enigma. Estás en un lio, Cuevas. O tranquila, Cuevas, la bala es del fusil de aquel tarado. Lo que sea. Desde luego que no se imaginaba ni por lo más remoto que de lo que iba a hablarle el comisario era de grabar un programa para la televisión—. Me pregunto si va a seguir el mismo criterio para elegir a mi acompañante.

—A qué te refieres exactamente.

—Ya sabe. Si me acompaña un agente...

—Espera. —El comisario le ha puesto una de sus manos entre la clavícula y la base del cuello, una parte del cuerpo que delimita la zona neutral con el territorio abierto a todas las interpretaciones. Lo ha hecho, no obstante, con un paternalismo nada forzado, la caricia facultativa del médico que termina por no distinguir la piel humana de la carrocería de su coche—. Acompáñame al despacho. Si me ha llegado ya el correo, te doy la documentación para que te la puedas ir mirando.

Detrás del comisario y en torno a la máquina expendedora se ha formado un nuevo corro. Un policía de uniforme, más otro de paisano y una mujer con traje chaqueta. Puede que esa sea la razón de que prefiera continuar la conversación en su despacho. Ruth no puede eludir la sospecha de que el final de la charla será en privado porque, en efecto, su jefe va a contarle por fin cómo están las cosas respecto al chico herido en el tiroteo del otro día.

—Vamos —invita el comisario, aunque se queda quieto hasta que Ruth emprende el camino y toma la delantera. Lo hace por galantería, y también por respeto a su lesión. Que sea ella quien marque el paso.

El trío de la máquina improvisa un desabrido saludo colectivo al verles pasar, que Ruth corresponde con una imitación nada apasionada y el comisario con una inclinación de la cabeza que inspira sobre todo condescendencia.

—¿Qué te preocupaba, entonces?

No es «preocupar» el verbo adecuado. O sí. Pero no para el tema que les atañe en ese momento. Ruth está a punto de sucumbir a esa debilidad verbal para confesar lo que le quita el sueño. A punto, nada más.

—Era solo que, si es un agente, es decir, un hombre el que me va a acompañar a dar esas charlas, pues... bueno, me pregunto si aplicará el mismo criterio, o sea, si en ese caso le dará igual que sea un tipo feo, como Ortega, aunque preferiría que no fuera Ortega, ya puestos... no sé si me explico.

—Sí, sí, entiendo.

El comisario camina un paso por detrás de Ruth. Puede sentir su aliento en la nuca y también el olor de su colonia mezclado con la presencia espectral de su última comida; algo con ajo, seguro, y que el café no ha sido capaz de aniquilar.

—¿Y?

—Pues si te digo la verdad, no lo he pensado.

—Así que le da igual. Quiero decir, en el caso de mi acompañante, no importa tanto si queda bien delante de una cámara.

—Tampoco es eso. Pero, ya digo, no se me había ocurrido.

—Está bien. Ahora que ya lo sabe, ¿qué me dice?

Han alcanzado el final del largo pasillo y doblan a la izquierda. Ruth se para ante la puerta entreabierta del despacho del comisario, pero éste vuelve a tocarla —esta vez en el costado, de nuevo una mano aséptica que se pasea por el relieve de las costillas— y la invita a pasar.

—Por favor.

—Gracias.

Ruth se queda de pie delante del escritorio del comisario. Él se sienta en su sillón y mira la pantalla del ordenador mientras desliza el ratón por el único espacio diáfano que queda en la mesa repleta de carpetas, papeles sueltos y accesorios de diversa (y dudosa) utilidad.

—Joder —refunfuña el comisario—. Ahora les llamo y les digo que me lo manden. —Se gira para mirar de frente a la inspectora, y se la encuentra allí plantada, como esperando una orden—. Ah, claro. Me decías...

—Mi compañero.

—Por supuesto. —La sonrisa. Esa puñetera sonrisa—. Déjame que lo piense, pero intentaré que esté a la altura, ¿de acuerdo?

—No me saldrá ahora con eso de que usted no entiende de hombres porque es un hombre y que no sabe distinguir entre un tío guapo y otro feo.

El comisario la observa con los ojos entornados. Son tres o cuatro segundos eternos, antes de que vuelva a hablar:

—¿Tú qué crees, Cuevas? Me miro cada día en el espejo. Sé de sobra a lo que te refieres. ¿Crees que llevaría esta camisa si no supiera que estoy realmente guapo con ella?

Imposible saber cuánto de sarcasmo y cuánto de sinceridad hay en esas palabras. Ruth prefiere no tensar más la cuerda. Definitivamente, el comisario posee algo distinto, un poder natural e invencible detrás de su aparente indiferencia.

—Y que no se me olvide —añade entonces el comisario—, aunque creo que ya te lo había dicho: buen trabajo. Lo de aquellos degenerados. Meter en chirona a los malos siempre da gusto, pero con algunos dan ganas de montar una fiesta, ¿no te parece?

—Ya lo creo —dice Ruth, a quien el cambio de tema de su jefe vuelve a poner en alerta—. Si por mí fuera, los castraría a todos.

—Quién no, aunque... bueno, creo que es un poco más complicado. ¿No te sientas?

—No, no, de verdad. Parece mentira, pero de pie controlo mejor el dolor. Hasta que no te pasa no te das cuenta, pero es un auténtico coñazo sentarse con la pierna siempre estirada. La rodilla descansa, claro, pero cuando te levantas te duele el culo, la espalda, los riñones. Es mucho más incómodo de lo que imagina.

—Como quieras.

—¿Por qué ha dicho eso?

—¿Qué cosa?

—Que es complicado. Para mí, pocas cosas me generan menos dudas.

—Ya. No es que no comparta tu opinión. No es por eso... —Ruth cree detectar el momento en que el comisario va a dar por terminada la conversación, pero se equivoca—. Lo que yo pienso es que cuando pillamos a uno de esos bastardos es porque, en el fondo, hemos llegado tarde. —El comisario ha dejado de lado el ordenador para mirar de frente a Ruth desde su sillón—. Mira, Cuevas, no hay dudas en cuanto a lo que cualquiera le haría al violador, al pederasta al que trincamos por haber abusado de una pobre criatura. Por el amor de Dios. No hay nada que pueda atenuar algo así. Ya puestos, te juro que incluiría en la castración a algunos de los abogados que los defienden. Pero, en fin, piensa ahora en lo que acabamos de lograr. En vuestra operación, que todavía estamos celebrando. Yo también noto cómo a según qué elementos se les derrite la piel de envidia —esta frase merece un guiño, otra vez uno de esos gestos que el comisario sabe gestionar tan bien y que trasladados a otros sujetos justificarían el uso del arma reglamentaria—, permíteme que me cuelgue esta medalla, por la parte que me toca. Ya me como bastantes marrones por la misma razón... Bueno, eso, esta vez hemos pillado a los que trafican con ese material... impresentable. Digámoslo así. Correcto. También podemos afirmar que cogimos a los malos. Mi preocupación, pese a ello, y a eso iba, son los que están en medio. Esos... babosos. Todos esos zumbados que se pajejan mirando niños en ropa interior o en pelotas. Es repugnante, Cuevas. Lo es.

—Qué quiere que le diga. De hecho, ya se lo he dicho antes.

—Por supuesto. Ahora bien, tú igual que yo sabes que a esos no podemos trincarlos. Podemos juzgarlos moralmente si queremos, pero no legalmente. Supongo que me explico.

—Ya sé. Tendrían que ser otros quienes les rebanaran los huevos, por así decir.

—Más o menos. Sí; esa es la cuestión. No son delincuentes. Si te cruzas con uno por casualidad, conviértelo en un eunuco de mi parte, me harás un favor a mí y a todos. Y ya está. Ahí queda todo. Mi duda: ¿son siempre estos individuos los que terminan cometiendo el delito, los que abusan o incluso acaban matando a los pequeños? ¿O son solo enfermos retorcidos que no pasan de pringar el teclado de su ordenador? No sé tú, pero yo no lo tengo claro, y me jode.

—Nunca me lo había planteado así, la verdad.

—Tampoco hace falta. Ahora, digo. Hay otras prioridades. Te lo cuento para que sepas ver el valor de lo que habéis hecho. El mundo está repleto de gente que merece un enema de lejía cáustica. Bien lo sabes igual que yo. Pero a nosotros nos pagan para pillar a los malos. Y lo hemos hecho, Cuevas. Estos hijos de puta eran los malos.

Tres, cuatro, cinco, seis segundos. Ya está. Por un instante Ruth había creído identificar el espacio justo para intercalar su frase —¿qué hay del chico herido?— en mitad del discurso. Pasado ese impulso fugaz, ya no se va a atrever.

—Gracias, comisario —dice, y se queda firme, en espera de que el jefe la devuelva a sus ocupaciones.

Al tío de Fernando se le presenta como un hombre corriente que solo desea justicia y el bien de su familia. El programa, aparte de torpedear sin descanso los cimientos de la presunción de inocencia, posee en la acumulación de tópicos una de sus infalibles fórmulas de captación de interés. El público es más permeable a lo que ya le suena. Retener las mismas sentencias que lee cada día en los mensajes virales del móvil, del correo electrónico o de la cuenta de la red social que sea no requiere esfuerzo. Para qué pedir más complejidad. Da la impresión de que el placer del telespectador tiene algo de masoquista, que aquello que busca cuando sintoniza el programa no es la resolución del caso abierto sino la dosis necesaria de indignación para sentirse comprometido y decente. Por eso al tío de Fernando le interesa más mostrarse enojado que abatido. Ya habrá tiempo para las lágrimas.

Se ha puesto una americana azul de corte anticuado —que suma a favor de la predisposición compasiva al otro lado de la pantalla; en el código mediático, el gusto por la estética no suele casar bien con la escenificación de la tragedia— encima de una camisa blanca corriente, sin corbata. Los puños se escapan con protagonismo excesivo por las mangas de la chaqueta, cubren los dorsos de ambas manos y solo dejan al aire los dedos, que tantean la mesa como si fueran los de un ciego. Es una mesa con forma de media luna, en torno a la cual se congregan cada mañana los cuatro o cinco tertulianos, más la presentadora del programa. Hoy están solos ella y él, el invitado especial, el portavoz de la familia que tiene encogidos los corazones de medio país y que nos representa a todos como ciudadanos del estado de derecho. Algo por el estilo. La grandilocuencia es efectiva precisamente porque impone el valor del ruido sobre el del contenido.

Toca recapitular: Fernando. En coma y sin variación desde el día del atropello. El pronóstico no es alentador, pero todavía hay razones para mantener la esperanza. Su padre fue un empresario relevante del sector turístico, un alto directivo de una mayorista de viajes que vivió su esplendor en los años 60 y 70 del pasado siglo, en plena fiebre del turismo playero nacional. A principios de los 90 rompió el vínculo con sus socios (él era partidario de expandirse adquiriendo una cadena hotelera, mientras que el resto del consejo prefería invertir para poseer su propia línea aérea) y siguió vinculado al sector, de forma más modesta, aunque siempre comandando su propia empresa. Fernando tuvo la oportunidad de trabajar desde que era casi un niño en el negocio familiar, pero prefirió estudiar la carrera de Empresariales en la universidad privada (a esta ventaja no quiso renunciar), que terminó con notas más que aceptables. Cumplidos los veintitrés, como ya es sabido, se une a un compañero de estudios para probar suerte en un negocio relacionado con el auge tecnológico, en concreto con la informática aplicada a la inversión financiera y la contabilidad. Quizá la inercia triunfal de esta decisión fuera la que le impulsó asimismo a pedirle matrimonio a Marionna, con quien llevaba ya cerca de siete años de noviazgo.

La presentadora finge tener que hacerlo por obligación, aunque es con seguridad la más interesada en que el tío de Fernando —que a estas alturas ya ha pasado a ser para el público «el tío Jaime»— rememore el instante en el que todo se viene abajo, el descubrimiento de la estafa por parte del socio y el posterior divorcio de Fernando. La retahíla pomposa de rigor no se hace esperar: la vida te pone

a prueba, convertir las crisis en oportunidades, el orgullo puede más que la desgracia, solo se levanta el que antes se ha caído...

De esta manera, el último tramo de la biografía de Fernando hasta el fatídico día del atropello se inicia con un viaje a Estados Unidos. Una vez asimilados los dos duros golpes recibidos en el plano profesional y sentimental, Fernando cruza el océano y confía en que su alto nivel de inglés le bastará para encontrar una forma de ganarse la vida y establecerse sin demasiados problemas en otro continente. Al poco tiempo, las noticias que llegan de su sobrino desde América son fabulosas. A pesar de haberse negado a recibir ayuda económica de su padre, esta vez Fernando no le ha sido del todo infiel a la familia, pues sus nuevos planes de prosperidad empresarial se enmarcan en el sector hostelero. Comienza en Dallas, como miembro del equipo gerente de un centro de negocios que incorpora a su oferta alojamiento y restauración; luego lanza un par de envites sin éxito para instalarse en la costa de California, y en menos de cinco años consigue por fin dirigir su propio resort en el Caribe Mexicano.

Pocas veces ha regresado a España desde entonces, y casi siempre por motivos relacionados con su familia. La muerte de su madre estuvo a punto de hacerle replantearse su futuro, y entre su padre y el tío Jaime lo convencieron para que volviera a México, a seguir disfrutando de su merecido éxito. Así ha sido hasta hace dos años, cuando los síntomas de la enfermedad de su padre se agravaron y Fernando sintió el deber de estar a su lado. El resort de México ya no le pertenece al cien por cien, pero sigue figurando como socio en minoría y aún le saca algún rédito. En estos dos años, la dedicación casi exclusiva a su padre le ha impedido encontrar un empleo a la altura de su potencial, según cuenta con amargura el tío Jaime. ¿Por qué no probar otro negocio, aquí? Es lo que quiere saber la presentadora, que añade a la mesa la incógnita de por qué Fernando no ha vuelto a casarse.

Hubiera preferido no tener que responder a eso, lo que no significa que el tío Jaime no esperara la pregunta. Tiene que echar mano de otro recurso, por lo que le consta, bastante efectivo de cara a la audiencia: ay, montar un negocio aquí, ahora... Es el momento de aparcarse momentáneamente el drama individual y centrar el discurso en el plano reivindicativo. No hay que nombrar a ningún político ni a ningún partido en concreto —no todavía; ya se verá si procede más adelante—; se trata de sacarle provecho a la difusa generalidad de la palabra *país*. Este país, que ya no es lo que era. Este país que ya no reconoce el talento ni premia el esfuerzo. Este país en el que los ladrones se enriquecen y los delincuentes moldean las leyes a su conveniencia. Este país que da más derechos y facilidades al extranjero y saquea al autóctono a base de impuestos y trabas administrativas. Nada más sencillo que imaginar a una multitud jaleando al tío Jaime desde el comedor de sus casas. Tampoco va a emplear por ahora la palabra *mafia*, ni *corrupción*; se las va a guardar en su voluminosa manga blanca por si hicieran falta al final de la partida.

Claro que sí. Parece la que la presentadora le da la razón. No es fácil arriesgar en esta época. Los mercados siguen inciertos y frágiles, el consumismo es una cortina de humo, un placebo que no impide del todo vislumbrar que la temida crisis sigue plantada ahí detrás. No son buenos tiempos para los emprendedores honrados, se lamenta el tío Jaime. Dicho esto, se reafirma en su convicción de que si su sobrino consigue despertar del coma y reintegrarse en la vida activa sin secuelas muy graves, tarde o temprano volverá a lograr lo que se proponga. Se pide un aplauso al escaso público presente en el plató. El tío Jaime confía en que la ovación marque el final de la entrevista, pero la presentadora no ha olvidado la otra cuestión que le interesa.

¿Por qué no se ha vuelto a casar? Solo él lo sabe. Son una familia tradicional en todos los sentidos, aclara el tío Jaime, y eso tiene que ver también con el hecho de que entre hombres de distintas generaciones no se hable de según qué cosas. Eso sí, está seguro de que si Fernando sigue soltero es porque él así lo ha decidido. Ofertas y oportunidades no deben de haberle faltado. Que nadie lo dude. Pero a veces un solo revés lo marca a uno de por vida. O, quién sabe, a lo mejor es que ha decidido volcar todas sus fuerzas en el trabajo, refugiarse ahí y protegerse contra otra posible decepción. Hay

una cosa que sí es clara: la prioridad hoy por hoy no es ni la situación laboral ni el estado civil de su sobrino. Lo perentorio, lo de veras grave y urgente es atrapar al malnacido que lo arrolló la otra noche y lo dejó tirado en la calle al borde de la muerte.

Si tuviera que responder a la dichosa pregunta, diría que la felicidad no fue creada para alegrarles la vida a los humanos que la poseen, sino para generar la envidia de quienes no pueden permitírsela. Nota como su odio se despierta y crece al observar a tanto quejica, a tanto taimado, a tanto pusilánime, a esa gente que abomina de nimiedades laborales o insignificancias domesticas sin saber que eso es lo más cerca de la felicidad que van a estar y que, por el contrario, el camino que les alejaría de la misma puede ser tan extenso que, llegado a cierto punto, hace inviable la posibilidad de regreso.

La piel que bordea las fosas nasales le arde y en la zona fronteriza del bigote empieza a despelljarse. La celulosa de los pañuelos desechables es pura lija después de sonarse los mocos más de cien veces. Por mucho que pueda predecirlo, es incapaz de evitarlo. Es el resfriado de otoño, que ya tuvo su réplica en mitad del verano por culpa de algún aire acondicionado excesivo en una cafetería o en un centro comercial, y regresará en invierno por el mero hecho de seguir respirando. Siendo tan vulnerable al acecho de ciertos virus, debería haber tomado precauciones anoche. La debilidad del delincuente inexperto. Otra vez aquello.

Después de la justicia no llega el orden, sino el vacío. La justicia debería ser lapidaria, la guinda o el broche, y sin embargo a él le queda casi media vida por delante de tormentos y pesadillas. Por ello, y aunque ha pretendido esquivar esa certeza, de algún modo sabe que la salvación está en la continuidad. Lo que ha ocurrido en la madrugada de ayer tendría que ser el comienzo. Así que ahora no le queda más salida que rebuscar, que investigar con mayor ahínco, encontrar motivos y objetivos concretos para que esto no se acabe, para que su vida no termine y para no verse obligado a finalizarla él mismo de manera voluntaria y radical. En fin, es la otra opción, la que a veces se impone por el peso descomunal de lo obvio, tal vez la verdadera venganza que necesita para saldar cuentas con el mundo.

Cuando vuelve sobre esta idea, el hilo del pensamiento se desmadra, se reproduce en múltiples cabos y luego se agolpa, se amontona en un ovillo enmarañado y tupido, la mente se bloquea y es como si cada neurona pariera una espesa gota de sudor, y todas ellas acordaran un suicidio colectivo arrojándose al exterior desde cada poro de la piel.

Para que uno pueda cobrarse lo que le deben en la justa medida, el daño causado tendría que ser equivalente, y eso no atañe únicamente a las consecuencias. También a la forma de infligirlo.

Con las herramientas adecuadas se pueden hacer cosas increíbles. Con unos buenos alicates, por ejemplo, se pueden arrancar uñas de cuajo, igual que si fueran pétalos de margarita. En cualquier cuarto de baño hay un cortaúñas con el que se pueden seccionar pezones o taladrar párpados. La dimensión del dolor es a menudo inversamente proporcional a la magnitud del acto que lo provoca o al tamaño del miembro que lo sufre. Es lo mismo que este maldito resfriado. Le saca de quicio, lo altera y le molesta como ningún otro mal, y no es debido a su gravedad. La cuestión es que un sencillo catarro afecta a lo más común y funcional, la garganta que arde como el infierno cada vez que la saliva se desliza por su superficie desgarrada, los oídos que silban como una olla a punto de explotar y convierten cada sonido en algo sucio y difuso; la nariz, por supuesto, desollada por fuera y anegada por dentro. Y después esa especie de demencia febril constante, ese duermevela cansino que

no cura ni el sueño, ese agotamiento crónico que impide pensar con claridad. Es mejor romperse un brazo —él ya sabe lo que significa; los dos brazos y una pierna, todos más o menos en la misma época—; al principio duele, nos ha jodido que duele, pero es un momento, luego te ponen la escayola y de lo que uno sufre es sobre todo de aburrimiento.

Está claro. Mejor ir sumando. La tortura antes que la ejecución; pequeñas lesiones, poco a poco, y sin pausa. Mejor mil achaques constantes que un solo golpe grandioso pero que se evapora al poco tiempo. Lo que jode un padraastro en un simple dedo, o esta puta faringitis, pero multiplicado, hasta el infinito si puede ser.

¿Cómo es posible que no se muera ese hijo de puta? ¿Por qué no ha muerto todavía? Esa es la palabra. *Todavía*. Porque lo hará. No le ha triturado los huesos y las vísceras con las ruedas del coche para que siga respirando su maldito aliento.

Después de ver varias veces el vídeo de seguridad de la peletería y diseccionar hasta el último fotograma en busca de detalles, la policía ha extraído algunas conclusiones que ayudarán a establecer un rumbo más certero en la investigación.

Se trata de una grabación de muy mala calidad, en un blanco y negro ramplón y de escasa nitidez. Pese a ello, la marca y el modelo del coche han sido confirmados. No así el color, aunque los matices y texturas de la imagen han permitido al menos que los especialistas puedan descartar unos cuantos colores de la lista de posibles. La matrícula está fuera del ángulo de enfoque de la cámara. Del conductor apenas se ve más que una sombra borrosa que objetivamente nadie asociaría con una silueta humana. Parece claro, por otra parte, que no hay más pasajeros en el vehículo; eso sí lo han visto con claridad los examinadores de la prueba.

Lo más relevante del vídeo, no obstante, tiene que ver con la secuencia de los hechos. Para empezar, hablar de atropello es ya incorrecto. La película de la cámara de seguridad revela que hay ensañamiento e intención. No es el típico caso del conductor despistado o cegado por la lluvia que no ve al peatón que cruza por donde no debe. Fuera del corsé de la retórica legal, se puede empezar a hablar de intento de asesinato.

Cuando un portavoz de la policía agrega esta novedad al caso ante las decenas de micrófonos que lo asedian en los pasillos de la comisaría, el tío Jaime está camino de los estudios de televisión para su tercera aparición en dos semanas. Su presencia en la mesa de debate empieza a adquirir los hábitos de una sección fija del programa, y en este caso las noticias merecerían la emisión de un monográfico.

Por desgracia, en el apartado médico no hay novedad. Pinta mal. El dilema sigue siendo el de si despertará o no del coma, pero si pasa más tiempo sin que haya síntomas de recuperación, la familia tendrá que sustituir esa disyuntiva por la de decidir entre una versión longeva y vegetal de Fernando o desconectar el enchufe y terminar con las dudas y los sufrimientos.

Y como era de esperar, una vez servido el nuevo material informativo en su recipiente catódico habitual, para todo el mundo, y eso incluye a la presentadora, a los tertulianos y, cómo no, al tío Jaime, ya solo cabe hablar del *asesino*. Cuando alguien en el debate se atreve a matizar el término y recuerda que hay que hablar del «sospechoso» o del «agresor no identificado», recibe como respuesta un aluvión de miradas y juicios reprobatorios. Basta ya de eufemismos, de corrección política en favor de los criminales, llamemos a las cosas por su nombre, le espetan. Todos han saltado ofendidos por ese supuesto exceso de fidelidad al concepto de presunción de inocencia, pero se equivocan. Lo que ese tertuliano ha intentado recordar con su pulcritud dialéctica es algo mucho más obvio: que Fernando aún sigue vivo.

Es inútil. La maquinaria se ha puesto en marcha y solo parará cuando revienta. La presencia del tío Jaime en los platós sigue siendo una baza favorable, pero ahora hay que ampliar el espectro. Los periodistas ya andan escudriñando todos los recovecos posibles, haciendo cábalas sobre candidatos; buscando, en definitiva, razones para querer asesinar a Fernando.

Como el puto Michael Douglas. Así tendría que ser. Así deberían poder solucionarse los conflictos en la vida real. Un día te tocan los cojones, o te hartas sin más, o recuerdas que hay alguien que te jodió la vida hace tiempo y que ahora disfruta de su felicidad o de su estupidez —lo mismo da—, que se ríe y se divierte, que trabaja y que folla, o que malgasta su impunidad de la manera que sea, cualquier alternativa será injusta, porque a esa gente habría que silenciarla a golpe de bate de béisbol. Cómo le gusta esa película, desde siempre, desde el primer día que la vio; lo que significa. Y eso que la conexión con su propia realidad apareció al cabo de los años. Basta de aguantar que nos estafen, que se rían de nosotros, que nos den por el culo y tengamos encima que dar las gracias. Su ex la detestaba. No por nada que tuviera que ver con él. Simplemente, aborrecía las películas en las que se exhibía la violencia como fuego de artificio. Pero es que esta es diferente. Uno no puede quedarse en la superficie. Quién no ha tenido un día de furia como aquel. Ojalá fuera uno solo. Lo que ocurre es que estamos amansados, amaestrados.

La propia decisión de estudiar en la universidad forma parte de ese fenómeno colectivo. Se da por hecho y nadie lo cuestiona en una familia como la suya, porque tener dinero lo facilita y de algún modo obliga a ello. Los oficios artesanos y los servicios públicos son para los mediocres y los descastados. Y por eso no sirve una facultad cualquiera. Por eso, el colegio privado, amén de caro, debe estar vinculado a un organismo o poder que comparta los valores que dictan las normas de su hogar, pero, sobre todo, las normas de su vida en sociedad. Poco importa que en casa no se rece y hasta se blasfeme; que se incurra en pecados flagrantes y, de manera clandestina y silenciosa, cada cual sospeche del resto que, en el fondo, comparten la impresión de que Jesús, visto a ojos del nuevo siglo, no se diferencia mucho de aquellos a los que llaman *perroflautas* mientras almuerzan con el informativo televisado como música de fondo.

Menos aún importa que papá, arquitecto de formación, se enriqueciera comprando terrenos y construyendo edificios en lugar de diseñándolos. Esa leve distorsión del, por lo demás, recto mandato familiar, fue el motivo de que no se tomara la más mínima molestia en madurar la elección de la carrera en la que se iba a matricular. Es verdad que por entonces los ordenadores todavía le rendían mayor pleitesía al cine de espías que a la legión de los electrodomésticos, y por descontado que si él hubiese sentido algún tipo de auténtica vocación por una profesión, esta habría sido la de los expertos en computadoras, pero era ir a la universidad durante cinco años del mismo modo que a la iglesia cada domingo: porque era lo que había que hacer.

Elegió Empresariales quizá porque era lo previsible y lo más popular entre sus amigos de la época. Bien mirado, sonaba también a comodín, a salvoconducto para dedicarse, llegado el caso, a lo que le diera la gana. Trabajar para su padre era un paracaídas guardado en un compartimento etiquetado con la leyenda «Abrir solo en caso de emergencia». Con lo que no contaba era con que su vuelo se iba a estrellar tan pronto.

Una de las primeras escenas que presencié, nada más ser arrojado a las fauces de la bestia camuflada tras el respetable disfraz de Colegio Mayor Universitario Cid Campeador, fue la vejación pública de un joven que podría haber sido su clon. A la vuelta de la entrada principal del centro había una zona de aparcamiento, no muy grande pero con espacios señalizados para coches y motos, más

un área para vehículos de descarga y una parcela sembrada de césped delimitada por un bordillo idéntico al de las aceras. Sobre la hierba, tumbado bocabajo y con los brazos en cruz, yacía aquel chico, pelirrojo y con la espalda salpicada de pecas. Conservaba los pantalones, pero de la prenda que llevara sobre el torso no había rastro. Estaba descalzo, y en el momento en que llegó él —acompañado de otros dos novatos a los que un grupo de veteranos había reclutado en el vestíbulo del colegio y conducido hasta el aparcamiento—, sendos muchachos le lanzaban los zapatos que acababan de quitarle contra su cabeza cobriza y temblorosa. Sin duda el chaval gritó, de dolor o de miedo o de todo a la vez, pero él no lo pudo advertir porque era mayor el estruendo de la celebración, vítores como filos de sierra y carcajadas que parecían surgidas de gargantas primitivas, incapacitadas para la articulación del verbo.

Enseguida otro ruido acaparó el protagonismo. Detrás de ellos, alguien había encendido un motor. Al darse la vuelta, vieron acercarse a un chico que guiaba una moto en caballito, la rueda trasera apoyada en el asfalto y la delantera girando en el aire. La moto rugía como una fiera a la que le hubieran arrebatado sus cachorros cada vez que aquel tipo —un muchacho delgado y de hombros caídos, con un polo de manga corta a rayas horizontales verdes y blancas, con una media melena castaña y un bronceado que no se adquiere solo en días festivos— movía la muñeca derecha adelante y atrás para darle gas. El corrillo se abrió para dejar paso, y entonces el melenudo del polo a rayas dejó caer la moto hasta que la rueda de delante se topó con uno de los hombros del pelirrojo, y desde ahí la deslizó espalda abajo hasta volver a tocar el suelo una vez salvado el bache de las nalgas. Mientras el artista admiraba su obra —un brochazo negro y grueso que humeaba sobre aquel lienzo blanco y pecoso—, alguien lanzó un tímido grito de espanto que enseguida murió enredado en un nuevo brote de jaleos al verdugo. El motero, con una sonrisa contenida, alzó entonces una mano y su entregado público enmudeció. Un gesto de emperador romano y a la vez de director de orquesta. Porque eso era lo que había ordenado con su batuta invisible: que, tras la algarabía, todo el mundo centrara su atención en un sonido más tenue, una melodía desafinada y cacofónica que, sin embargo, ponía la nota triunfal.

Los quejidos de la víctima arañaban el tenso silencio como un chirrido de maquinaria oxidada. No eran gritos furiosos. Se parecían más al llanto de los bebés. Nadie gime así en público, y es por pura vergüenza. Hasta él se habría reído de aquel pobre diablo si sus gimoteos fueran el lastre de un amor perdido o un examen suspendido. Pero aquello era diferente. Iba en serio. Fue la primera vez que entendió lo que era cagarse de miedo. En sentido literal. Que el organismo se descontrole hasta tal punto. ¿Por qué lo habían llevado a él y a los otros dos allí? ¿Solo para que lo vieran, o es que iban a ser los siguientes?

Nada peor podía suceder ya, pensó como endeble consuelo, hasta que vio lo que vino a continuación. Con la moto acostada sobre la hierba, el flaco del polo verdiblanco dio una nueva orden a sus secuaces. No necesitó para ello armar una sola frase coherente. Tan solo una palabra —«Vamos»—, y acto seguido todos los integrantes del corrillo imitaron su movimiento: se bajaron la cremallera de la bragueta, sacaron sus pollas y comenzaron a orinar sobre el lomo chamuscado del pelirrojo. Aunque los había visto nada más llegar, de pronto todos aquellos cascos vacíos de cervezas de litro cobraron un sentido esencial en el contexto. Estaban desparramados por el suelo, algunos de ellos rotos en pedazos. Esto añadía al efecto diurético otra posible utilidad. Si aquellos energúmenos eran capaces de desollarle la espalda a alguien con la rueda de una moto, no debía de costarles demasiado trabajo encontrar qué hacer con unos trozos de vidrio afilado.

Para que la víctima no se moviera mientras recibía el baño de orines, cuatro veteranos lo mantenían fijo al suelo, dos pisándole las manos y otros dos los tobillos. Por supuesto que el chico se retorció y gritaba, pero sorprendentemente daba la impresión de no hacer ningún intento de escapar. Aquello daba más miedo que la propia escena. La idea de que, destruido el honor, lo siguiente que iba a perderse era el instinto. Así funcionaba. Primero derribaban las barreras externas, la compostura, la

reputación; pero no era suficiente, tenían que seguir excavando hasta llegar a lo más profundo, la dignidad, el instinto de supervivencia.

Al precipitarse sobre el surco labrado en la espalda, la orina iba borrando parte del rastro negro del neumático y dejaba al descubierto la herida, un río de carne licuada y al rojo vivo, igual que lava, que descendía en paralelo a la columna vertebral. El crepitar de la piel bajo aquel diluvio infecto era como el de una hoguera avivada con finas ramas. El chico pelirrojo había dejado de gemir. Tampoco se movía ya. Tal vez tiritaba, pero desde donde él lo observaba no podía estar seguro. Y entonces escuchó la voz de un veterano, su aliento tibio rebotándole en la nuca: «Tomad nota, pardillos. Por si acaso, yo iría acostumbrándome a dormir bocabajo».

Se quedó tan quieto como si se estuviese haciendo el muerto en vez del sordo. El corrillo se disgregó entre rebuznos, y dos de los veteranos cargaron con el fardo del herido. Él seguía inmóvil, congelado. Por un instante pensó que a lo mejor se había vuelto invisible, pues todo el mundo cruzó ante sus narices sin prestarle la más mínima atención. Supuso que las alimañas regresaban al edificio del colegio, a sus clases o bien a sus cuartos, en el caso de los internos. De los otros dos novatos se había desentendido, aunque quizá permanecieran allí, igual que él, petrificados por el pánico. El murmullo se fue disipando, y aun así la sensación de que aquel veterano agorero continuaba acechándolo no desaparecía. El tiempo ha desvirtuado la precisión del recuerdo, pero no sería extraño que hubiera estado así, sin mover una pestaña y viendo crecer la hierba, diez, veinte, o quizá varias decenas de minutos.

El primer pensamiento que logró abrirse paso fue una especie de verificación mental de que en efecto había tramitado la prórroga por estudios. Si no se hubiera matriculado en la universidad no habría podido solicitar dicha prórroga para demorar el momento de incorporarse al servicio militar. La clase de bienvenida que suelen recibir los novatos en los cuarteles no era ningún secreto. Él nunca le había dado la menor importancia al asunto, y aunque hacer la mili era sin duda un engorro, la idea de posponerla no tenía que ver con el miedo a sufrir las gamberradas de los veteranos. ¿De verdad iba a ser peor el campus de estudiantes que el barracón de reclutas?

Hay un mirlo blanco, diminuto, frágil, en medio de aquella bandada de oscuras aves de mal agüero: los teléfonos móviles eran todavía ciencia ficción, y eso evita que hoy pueda circular por internet la grabación de cualquiera de sus múltiples humillaciones. Lo más desconcertante es que no importa quién sea uno antes de introducirse en ese infierno. Parece que sí, que puede intuirse o preverse, pero nada de eso. Da igual si aquel pobre muchacho del pelo rojo era el ligón, el empollón, el colgado o el cobarde del instituto. Da igual lo mucho o poco que lo quiera su familia, que lo admiren en su barrio o en su círculo de amistades, si es el líder de su equipo de fútbol sala o si gana concursos de canto o de artes plásticas. El número de esta lotería es la fecha de ingreso en la facultad, y siempre toca.

A él, unas cuantas veces. Su balance particular es nutrido y variado, incluye reintegros y premios gordos. La primera novatada fue leve en comparación con otras que llegaron después. Pero esa primera putada, con independencia de su grado de violencia o ensañamiento, es clave, es la que determina la clase de novato que serás, los ojos con los que te mirarán tus depredadores, la etiqueta que les indicará si ya basta o si serás un filón para su retorcida imaginación. Ojalá le hubieran aleccionado sobre ello. Nadie lo hace. Todos los consejos y advertencias giran en torno a la conveniencia de la carrera o el colegio escogido, a las salidas profesionales, a las relaciones interesantes o inconvenientes que pueden establecerse en el entorno universitario. Fruslerías. Deberían haberle advertido de que en menos de cuarenta y ocho horas iban a borrarle el nombre y la sonrisa. Antes de cumplir el segundo día de curso, ya le habían arrastrado a uno de los baños y allí, con una máquina de peluquero, le habían rapado la cabeza, los brazos, las piernas, el rastrojo ralo del pecho y el vello del pubis, y cuando la aberración estética parecía culminada, a algún veterano se le ocurrió que sería divertido pasar la maquinilla también por las cejas.

Lo abandonaron al cabo de un rato de deleitarse viéndolo llorar y temblar acurrucado en el suelo,

entre dos lavabos. Las lágrimas cesaron ante el horror de contemplarse en el espejo, pálido y lampiño como un duende o un engendro diabólico, como el vampiro Nosferatu. Ya no lloraba porque una fuerza invisible lo estrangulaba; tampoco era capaz de gritar, su boca abierta y su rostro desencajado componían un cuadro espeluznante e imposible de digerir. Se habría quitado la vida ahí mismo si hubiera reunido el valor.

Peor que soportar las miradas y las burlas el siguiente día de clase, peor que verse obligado a no sacarse la gorra durante semanas, peor que tener que disimular la ausencia de cejas con el trazo burdo de un lápiz de rímel de su madre, peor que todo eso fue que, al volver a casa convencido de que encontraría comprensión, solidaridad y ansias de justicia, lo que halló fue ese rictus severo de papá que en su idioma silencioso significaba «Sé un hombre», mientras los ojos en penumbra de mamá le susurraban «Haz caso a tu padre».

Otro compañero novato, resignado o quién sabe si defensor de la tradición y por tanto deseoso de sumar días para pasar al bando de los abusones, le había aconsejado que buscara una fórmula evasiva, un truco de la mente para aislarse mientras lo vejaran. Sin mucha fe lo intentó, semanas después del episodio de la depilación, con el cráneo ya enmoquetado por el primer rebrote firme de cabello y sin sentir aquel insidioso escozor en la ingle por primera vez en muchos días. En esta ocasión, el comando veterano, formado por cuatro individuos entre los que no podía faltar el flaco de pelo castaño, irrumpió en la biblioteca vulnerando las normas de cautela y respeto. Él estaba pasando apuntes a limpio en una mesa alargada, de la que tan solo un cuarto de hora antes se habían levantado tres alumnos de otro curso que consultaban gruesos libros de arte o arquitectura, y que habían dejado sobre la mesa sin devolver a la estantería, algunos de ellos abiertos.

Al oír los pasos que se aproximaban levantó la vista de sus folios y supo que tocaba despertar del sueño de paz para volver a vivir la pesadilla de cada día. Lo de ser capaz de concentrarse en algo tan poderoso que lo alejara del escenario y hasta del dolor físico era pura fantasía de místico aficionado. Tal vez quien los observara desde algún otro rincón de la biblioteca como un espectador desinteresado sí que podría relatar la anécdota tomándose licencias narrativas al gusto, contar lo sucedido como si fuera el videoclip de una canción pop juvenil: los cuatro chavales que rodean la larga mesa, los papeles esparcidos por el aire y planeando a cámara lenta, los gruesos volúmenes de arte aplastando las manos del chico que está sentado, medio bolígrafo desapareciendo en el interior de una oreja, las risas escenificadas pero amortiguadas con los dedos sobre los labios para no llamar demasiado la atención en ese lugar dedicado al estudio.

La primera sorpresa fue que, de los cuatro visitantes, solo tres eran veteranos. El cuarto, un chico no muy alto, de pelo moreno grasiento y repinado, con unas gafas redondas de montura dorada y un mapa de sudor estampado en la pechera de su camiseta roja, lo miró a los ojos como pidiendo disculpas mientras le obligaban a sentarse en la silla libre que había a su derecha. A esas alturas ya tenía claro que, aparte de llevar a cabo la novatada en cuestión, sus agresores disfrutaban alargando los prolegómenos. Lo intentó. Nadie podría decir que no lo hiciera. Incluso cerró los ojos cuando comenzó a ver sus apuntes volar por encima de la mesa como octavillas lanzadas desde un avión. Repasó lo más deprisa que pudo el repertorio almacenado en su memoria musical; daba igual el tema, bastaba con que fuera uno que le gustara. ¿Por qué no podía ser el protagonista de un vídeo musical? Su sacrificio pura ficción, manierismo y filtros de luz para impresionar a los más jóvenes; la canción es triste, trágica, pero la belleza de las imágenes lo compensa, una argucia un tanto hipócrita pero efectiva, por qué no él...

Imposible. Alguien debió de apretar el botón *stop* y el peso de aquel grueso tomo cayó sobre sus dedos. La música cesó de golpe. La de su cabeza. Fuera, alrededor y dentro de sus oídos, el soniquete de siempre, las risas de hiena, los graznidos de los buitres carroñeros. «Daos un morreo. Vamos». El larguirucho melenudo habló y todos corearon su ridícula berrea. Había otro que también parecía tener influencia sobre el resto. Lo reconoció de otras veces. Llevaba el pelo muy corto y era moreno

de piel. Casi tan alto como el de la melena castaña, pero de complexión más atlética. Tenía un antojo en el lado izquierdo de la cara, justo en la curvatura del mentón, parecía la cabeza de un caracol. «Y bien de lengua, ¿eh? Al que no meta bien la lengua se la lavo con gasolina. No os preocupéis si os da asco. Luego os la cepillamos bien con la escobilla del váter». Claro que daba asco. Era repugnante. «Más lengua. ¡Más!» Sabandijas forcejeando en una cueva de babas. Un borbotón ácido le subió por el esófago y no tuvo más remedio que devolverlo a las entrañas a pesar del ardor. Si vomitaba le iban a obligar después a comérselo. Lo había visto hacer en el comedor con otros pardillos. Tirar sus platos llenos al suelo y hacerles comer como perros. O atarles las manos a la espalda y hundirles la cabeza en la ensalada aliñada con saliva de veterano o en los espaguetis con salsa de detergente. O mangan de la cocina pescado crudo o vísceras —esta sí le tocó a él: sesos de cordero— y hacérselos masticar bien para saborearlos antes de tragarlos. O si no, alubias o garbanzos sin cocinar, que tenían que engullir enteros como si fueran pastillas.

Supuso que la escasa resistencia que ambos mostraron, sumada a la ausencia de vómito o cualquier otra respuesta más histriónica, debió de decepcionar al trio de abusones. El flaco dijo «Falta pasión», a lo que el del antojo en la barbilla apostilló «Claro. Es que no hemos decidido bien cuál de los dos es la chica». El tercero no añadió nada, pero entornó los ojos de forma que corroboraba lo que su compañero de torturas acababa de decir, como si pudiera leerle el pensamiento. «Arriba», ordenó entonces el flaco, «vamos, novatos». Obedecieron como cabezas de ganado carentes de la capacidad de discernir si en verdad su creador determinó que su destino era reencarnarse en bolsos de viaje y ristras de salchichas.

De vuelta al cuarto de baño. El templo de la vejación. Los colocaron firmes contra la pared del fondo, como si a continuación fuese a aparecer el pelotón de fusilamiento. El moreno del caracol en la quijada, que se había ausentado un minuto, regresó con un artilugio en la mano. Era una perforadora de papel. Al verla, el novato de gafas chilló igual que la piel de una pizarra rasgada por la uña afilada de una vedette. «Vaya, parece que ya está claro quién es la nena», se mofó el flaco, y los otros se apresuraron a sujetar por los brazos al elegido, que había hecho un amago de huir. Justo eso fue lo que él pensó. Ahora, se dijo, confiando en que la atención de los veteranos estaría entregada de pleno al otro infeliz. Por supuesto que se equivocó. Nada más dar la primera zancada en dirección a la salida del baño, el flaco lo trabó con el costado y lo hizo caer contra uno de los lavabos. El golpe fue contundente. Al chocar contra el borde del lavabo, sintió cómo el pómulo se chafaba igual que una mandarina que explota y suelta su jugo ácido a través de los lagrimales. «Luego vamos contigo, listillo», le espetó aquel bastardo enjuto, pero él prefirió quedarse tendido, jugando a fingir que se hacía el desmayado.

Del chico de gafas no supo nada más hasta el día siguiente, cuando lo vio con un llavero colgando de cada oreja mientras deambulaba cabizbajo por el camino de la alameda, un sendero de tierra que se extendía de una facultad a otra dibujando el plano laberíntico del campus. Se dijo que le obligaron a llevarlos durante una semana, y no solo en las clases. Alguna que otra noche, un par de veteranos invadió su habitación para asegurarse de que dormía con los pendientes puestos.

En cuanto a él, lo condujeron desde el baño hasta el cuarto del tipo del antojo. El compañero de habitación no estaba, así que lo tendieron en el colchón que descansaba sobre la cama desnuda y le ordenaron que no se moviera. Era la primera vez que estaba en el cuarto de un interno, y la impresión fue como de irrealidad, semejante a la nebulosa y a la narrativa imprevisible de los sueños. La habitación parecía una celda, una pieza con dos mitades idénticas y simétricas, las camas contra las respectivas paredes laterales y en medio las dos mesillas; estanterías a cada lado y debajo los escritorios, más un armario empotrado de dos cuerpos. Los espacios de pared libres de muebles, salpicados de imaginería postadolescente y lúdica, deportes y desnudos femeninos como argumento preferente; futbolistas, motocicletas y mujeres impostando una voluptuosidad grotesca y, en cierto modo, pueril. El decorado de una película gamberra, con la única salvedad de un tendedero metálico

entre cuyas varillas raleaban pedazos de tela, calzoncillos y calcetines, y lo que parecía una camiseta de baloncesto. El veterano obediente y silencioso rescató del desorden del escritorio de su compinche una botella de plástico a la que le habían seccionado la mitad superior y servía ahora de tarro para guardar las pinzas de tender. Se la entregó al flaco y este dictaminó su siguiente mandato: «La ropa. Fuera. La camiseta, los pantalones, los gayumbos. Todo». Rígido como un cadáver sobre el colchón, él tardó unos segundos en dar indicios de comprensión. «Es por tu bien», amenazó el flaco, «si no te desnudas tú, lo haremos nosotros, y no respondo... Sobre todo por este», dijo, y se volvió hacia el moreno, que regurgitó una de sus abyectas carcajadas y contagió al tercer miembro del comité, a quien entonces escuchó por vez primera pronunciar una frase: «Venga, novato, haznos el *striptease* y yo pongo la música». El trote porcino de las risas taladró por enésima vez el maltrecho silencio. Se incorporó y, sentado en la cama, comenzó a desvestirse. La promesa del veterano se cumplió. Primero fue solo uno, pero al rato sus colegas lo acompañaron, y cuando él se quitaba el último de los calcetines aún continuaban tarareando aquella melodía universal que todo el mundo reconoce como la banda sonora del *striptease*. Observó compungido la ropa amontonada a los pies de la cama, como si contemplara el vertedero de su honor definitivamente condenado a ser pasto de las llamas. Lo mejor y lo peor que somos habita debajo de la piel y los huesos, y lo bueno o lo malo que los demás ven en nosotros está por encima, pensó también por enésima vez; la piel desnuda es como un chiste de curas o de políticos, la risa o la ofensa dependen de quién se tenga delante. Yacer desnudo en la cama de una residencia universitaria es el sueño recurrente de cualquier estudiante al que la virginidad aún le ronda —ya sea por despedida reciente o por anhelo urgente de pérdida— como el dios pagano que adoctrina sus deseos y sus decisiones. La fantasía pervertida para siempre cuando, en lugar de una joven igualmente apremiada e inexperta, se comparte la intimidad con una terna de jueces sumarísimos y fanáticos del castigo como rito de supremacía.

«Tumbate, novato». Las órdenes van y vienen, se repiten. Resulta más inquietante cuanto más mecánico, pues en la improvisación existe por fuerza el riesgo del error. Pero llega un momento —entendía por fin la aparente indolencia del chico pelirrojo que sirvió de pista para la moto— en que da igual la dimensión del daño, porque lo único que uno desea es que se acabe todo de una puta vez. Mejor ser Cristo que Sísifo.

Era de esperar que las pinzas de la ropa jugaran un papel principal en su nuevo martirio. Una vez se hubo tumbado, le ataron las manos al cabecero de la cama con un cinturón. Él pataleó y se revolvió por pura inercia zoológica. Para que no se oyeran sus gritos, le obstruyeron la boca con un calcetín (por favor, que fuera uno de los suyos), y después le inmovilizaron los pies enredando un cable alrededor de los tobillos y sujetando un extremo al somier. El flaco sostenía el tarro de las pinzas en la palma de su mano, como si fuera un cáliz, y con idéntica solemnidad anunció por fin lo que se disponía a hacerle: «Bueno, a ver cuántas aguantas. Que sepas que hubo uno que soportó más de una docena».

Inútil tratar de llevar la cuenta. A partir de la segunda pinza, el tiempo, el espacio, las matemáticas y cualquier clase de lógica concebible por una mente sana se había desintegrado en el corazón del tornado que emanaba de su boca. El aullido inicial reventó con la carga del dolor por sorpresa, pero el siguiente fue un alarido agudo y en minúsculas, tan fino como el hilo de una tela de araña. Cuando la mordedura de la tercera pinza, además del escroto, atrapó parte de un testículo, sintió que perdía el conocimiento. Rezó para que sucediera. Pero no. Estaba condenado a ser el testigo exclusivo de su propio sacrificio. Supuso que llegarían la cuarta, la quinta y todas las demás pinzas. Y el dolor, como si fuese una criatura invocada en aquel ritual, campó a sus anchas por diferentes e insospechadas zonas de su cuerpo. Luego, el periplo se detuvo y el ajeteo dio paso a una presión descomunal que iba a atravesarle el vientre y sin duda atravesaría también el colchón, y el suelo, y terminaría aterrizando en el vestíbulo o el comedor de la planta baja. Vomitó y casi se ahoga con sus propios deshechos. Poco le importaba ya que se lo hicieran comer a la fuerza. Antes de sumergirse en un

duermevela que lo tuvo a las puertas del desmayo durante unos minutos interminables, se le ocurrió deslizar el filo de una mirada por la mitad inferior de su anatomía, y allí atisbó sus genitales como una vaina enorme y morada, como la cáscara de una fruta carcomida por la pulpa putrefacta que se abre camino empujada por el baile de los gusanos.

Las secuelas se prolongaron durante semanas. Las superficiales (de los daños más profundos aún puede dar cuenta). Mear se convirtió en el doloroso enigma de comprobar si la excreción arrojaría un alud de alfileres o una cascada de ácido sulfúrico. Eyacular fue un verbo inmediatamente proscrito, esta vez no por la mojigatería beata que llevaba prendida desde la cuna como si fuera un tercer apellido; pero la naturaleza no entiende de leyes escritas ni de prescripciones racionales, y cuando el plasma sano le henchía el sexo por accidente o por veleidad animal, la otra sangre, la todavía oscura y enferma que teñía el saco de su vergüenza, rebullía y martilleaba con contundencia casi sólida.

Cuando intercambiaba el relato de sus torturas con otros novatos —por lo general, de manera clandestina, escondidos como fugitivos en un recoveco de la lavandería, u ocultos tras la maraña boscosa de la alameda—, le sorprendía la gran cantidad de estos que mostraban una tibia conformidad, a veces demasiado cercana a la completa aceptación. Muchos de ellos, como sin duda aquel que le recomendó el entrenamiento de la fantasía como técnica de evasión, esperaban incluso el paso al siguiente curso para que sus agresores los legitimaran como miembros de su miserable ejército.

De las atrocidades que oyó en boca de otros desgraciados como él, recuerda sin necesidad de esfuerzo el condón de esparadrapo que casi deriva en gangrena, o el muchacho al que opacaron los cristales de las gafas con pintura negra y le hicieron creer que cruzaba la autopista, cuando en realidad no lo habían sacado de las instalaciones del campus (el chico tuvo un desvanecimiento y estuvo a punto de sufrir un infarto). A otros los desnudaban y rapaban como hicieron con él, y luego les untaban de mermelada de arriba abajo y les obligaban a rodar por la arena del parque para que quedaran rebozados. Otra práctica recurrente era la del novato mueble: lo ponían a cuatro patas en el suelo para que los veteranos pudieran jugar a las cartas usando su espalda como tablero. Cocinar carne o huevos en una sartén usando los dedos como tenazas, apagar cigarrillos con la lengua, engullir un litro de agua con sal de un trago (y si no, ya se sabe: todo lo que se expulsa debe devolverse al interior, da igual en cuál de los tres estados de la materia), beber champú o directamente del inodoro sorbiendo con una pajita, tachonar el cuerpo entero con grapas, blanquear los dientes con tipp-ex líquido, usar como esponja una fregona empapada de agua con lejía, colocar a dos novatos como palos de portería mientras los veteranos juegan una pachanga cuyo objetivo no es marcar goles, sino estrellar balonazos en los postes...

Silencio.

La *omertà* que abarca más allá de los muros del colegio mayor. Los profesores, y hasta los propios padres, compinches, cómplices de la barbarie en aras de preservar la tradición y mantener intacto el cerrojo de la caja fuerte. Si se expulsa a un alumno veterano por maltratar a un novato se pierde demasiado dinero. Como mucho, se le sanciona con unos días de castigo. Si es el humillado quien decide abandonar, no tiene derecho a devolución, y además hará lo posible para ocultar el desagravio. Nadie quiere ser señalado, menos aún volver a ser identificado como blanco fácil. La desgracia es contagiosa. Vade retro. Expulsar a un veterano es escupir sobre su insigne apellido, es reconocer el escándalo y arriesgarse a perder las matrículas presentes y futuras. Hasta papá y mamá podrían verse afectados. Así que se trata de aguantar, de asumir el trance como peaje inevitable, porque todo grupo exclusivo posee sus rituales de iniciación, y pertenecer a la estirpe de los que estarán en la primera fila del patio de butacas cuando Dios anuncie el gran espectáculo final no puede ser fácil, menos aún gratuito. No es un invento de los ricos, como sostenían los obreros y los gandules que trabajaban para su padre y malmetían a sus espaldas. Este es el tipo de mandatos que aparecen ya en las escrituras sagradas, y él no tiene la culpa de que el destino les dé a unos prebendas y a otros limosnas.

No hay, por tanto, cómplices ni socios en esta empresa. Se trata de soportar el daño y la injusticia, y también de aprender a soslayar la amenaza, porque el mejor general es el que arrastró sus huesos por el campo de batalla antes de aposentar su glorioso culo en el despacho del Estado Mayor. De ahí que papá se avergonzara de su debilidad y que mamá, con toda seguridad, incluyera en el argumentario de sus plegarias la garantía de que la virilidad de su primogénito no era una pieza defectuosa. Los hombres no lloran de miedo, igual que no pasean caniches ni pintan sus coches de rosa.

Pero pasan los años y no hay recompensa. Aquello no fue una inversión, sino un gasto inútil. Todo ha ido progresivamente a peor. Y ahí está Michael Douglas, indignado, fuera de sí porque esa cataplasma viscosa que le han servido no se parece en nada a la hamburguesa de dos pisos que se yergue como un rascacielos neoyorquino en la foto promocional que luce encima del mostrador. Estafadores. Siempre engañando. ¿Es o no es razón más que justificada para sacar el arma y liarse a tiros?

La tos lo saca de este bucle insidioso. Retumba cada vez desde más adentro, como el eco de un tren que se aproxima por el túnel de su pecho. Ha empezado a expectorar. Ojalá pudiera sacarse así de encima cualquier otro mal. Un simple esputo, y se acabó.

Y aquel hijo de puta que sigue aferrado a su mierda de vida. Si supiera cómo, se colaría en el hospital y desenchufaría la máquina que lo mantiene vivo. Aunque, bien pensado, eso sería un acto piadoso. A lo mejor está sufriendo —ojalá—, una agonía hierática y muda, quién puede saberlo. Debería morirse. Si de verdad existe una mano más poderosa que la voluntad del hombre, esos dedos deberían apretar el botón necesario, o hundirse en la garganta del moribundo para despacharlo de este mundo de una vez por todas.

No es solo por él. Es en honor y en memoria de los juzgados y condenados por la ley del silencio, la hache muda en un alfabeto plagado de erres dobles que rascan y rasgan como sierras mecánicas o ruedas de motocicleta.

Como en esas películas de extraterrestres infiltrados entre los humanos, a veces cree reconocerlos entre la multitud. Sus semejantes. De incógnito. Esa manera esquiva de mirar, esa desconfianza, esa timidez recalcitrante que los convierte en seres hoscos y huraños. Los mira y a veces basta un parpadeo o un espasmo del entrecejo para identificar a los que son como él, a los otros marcianos, los que se mearon en la cama hasta que hicieron la mili (donde seguro que se repitió el calvario), los que tienen poluciones de adolescente aún a los cuarenta, los que padecen desarreglos fisiológicos y sexuales, miedos tan banales que da vergüenza reconocer, sufrimientos que no inspiran compasión, sino a menudo burla y aun alergia. La gente que huye, que quiere vengarse del mundo.

Se ha creado un grupo oficial en Facebook, que tiene el visto bueno de la familia. La cuenta de Twitter @SomosFernando ha sumado más de un millón de seguidores en veinticuatro horas, y el hashtag #JusticiaFernando, creado en paralelo a la emisión más reciente del programa matinal en el que apareció por primera vez el tío Jaime, se ha mantenido como *trending topic* y no tiene pinta de dar facilidades para perder su liderato.

Más seguridad en las calles. Que se atrape a los culpables de los delitos. Que no entren por una puerta y salgan por otra. Que cumplan sus condenas íntegras. Las fórmulas que circulan por las redes se repiten en la franja inferior de la pantalla, el lugar que los programas reservan para reproducir los mensajes que los espectadores envían por SMS o publican en Twitter, soflamas de cien caracteres y con una ortografía herida de muerte que desacredita cualquier argumento.

Hasta los hermanos y las cuñadas de Fernando, que habían permanecido al margen de toda notoriedad, concedieron una brevísima entrevista para el informativo de la noche de la televisión pública el pasado sábado. No dijeron nada que no hubiera repetido su tío en todas sus anteriores intervenciones, pero el mero gesto de dar la cara y apoyar la causa en favor de su hermano ha contribuido a que este caso en particular se haya ido colando en las agendas de la práctica totalidad de cadenas y programas.

El clima de indignación impuesto por los medios y el clamor justiciero que flota en el ambiente traen consigo los consecuentes perjuicios para la investigación policial. Al filtrarse las mínimas características confirmadas del coche del presunto agresor, un Opel Astra Sedán de color oscuro metalizado, en los últimos dos días se han multiplicado las llamadas a comisaría (aparte de las recibidas en los programas de televisión, que se cuentan por miles) para dar pistas que en su mayoría resultan infundadas y en su totalidad, inútiles.

Poco se ha dicho sobre por qué Fernando se encontraba aquel día y a esa hora en el lugar donde fue atropellado. Estaba a pocos pasos de su casa, sin paraguas pese a la tormenta, lo cual no era raro, pues llevaba fuera desde el mediodía, y aquella mañana había amanecido seca y despejada. Su padre estaba pasando esa semana en casa de su hermano menor, y por eso Fernando había programado varias citas para esos días, ya que por lo general la atención a su padre le impedía ausentarse por tiempo prolongado. Desde hacía unos meses, además, Fernando había recuperado la relación con algunos de los antiguos compañeros de la universidad. Gracias a las redes sociales no había perdido del todo sus amistades, pero la distancia física de los años en México había reducido progresivamente tanto la frecuencia como el número de contactos.

El tío Jaime contó esto uno de esos días en los que nada había que añadir salvo la repetición sistemática de las consignas ya aprendidas y sobadas: la petición de colaboración ciudadana, el llamamiento a las autoridades para que no relajaran la búsqueda del culpable, el panegírico por entregas del sobrino en coma, a quien se aludía de un modo tan elegíaco que era como confesar que ya se le daba por muerto.

Animado por la presentadora, el tío Jaime aprovechó aquella comparecencia sin nada real que contar para dirigirse a los amigos de Fernando que estuvieran viendo la televisión y pedirles que colaboraran aportando cualquier información, cualquier dato, por insignificante que les pareciera,

que pudiera dar alguna pista sobre la identidad del *asesino*. Más allá de la genuina preocupación por resolver el caso de su sobrino, el tío Jaime empezaba a darse cuenta de que, si pasaban los días y no aparecían pruebas concluyentes, se abriría la veda del rumor y la conjetura gratuita, y que aquello no iba a beneficiar en absoluto ni a la investigación ni a la reputación de Fernando. El tío Jaime temía que las cadenas se quedaran sin material que exprimir y comenzaran a recibir ofertas de individuos vagamente vinculados con el caso pero capaces de afirmar lo que fuera a cambio de unos miles de euros.

Fue al mencionar a los amigos y compañeros de estudios de su sobrino cuando el tío Jaime explicó que, hacía cosa de un mes, Fernando había asistido a una cena de antiguos alumnos, de la que había vuelto muy contento por los contactos recuperados y también, al parecer, ilusionado porque eso le abría las puertas a una vida social que tenía casi abandonada desde su regreso de América. Aunque todos aquellos viejos amigos estaban casados y tenían hijos, Fernando había ido apañándose para verlos, tomar algo de cuando en cuando, e incluso tantear posibilidades de trabajo. Era más que posible que hubiera alguna mujer, tal vez un proyecto de romance por ahí, quién sabe. Y sobre el día del suceso, lo más que habían sabido tanto el tío Jaime como el resto de la familia era que Fernando iba a comer con dos de esos antiguos amigos, y que probablemente se enredarían después tomando algo hasta la noche.

Todo esto lo cuenta para rellenar espacio, por hablar de algo, por mantener el nombre de Fernando en el hilo de funambulista que es la actualidad mediática, pero no es consciente de que, a medida que lo relata, está aguzando el instinto olfativo de los cazadores de exclusivas.

Casi nunca coge el ascensor. En todo caso, si se lo encuentra abajo, al entrar al portal, y ni siquiera así. Un tercer piso es menos que un precalentamiento para alguien preparado como ella, pero subir y bajar escaleras es el ejercicio menos recomendable para una rodilla en cuarentena.

Una ventaja de ir en ascensor es que reduce las posibilidades de cruzarse con el cretino del segundo derecha. En el año y medio que lleva viviendo aquí ha ido registrando e interpretando todos sus encuentros. Le ha hecho su ficha particular (cabello blanco y bigote negro, estatura infantil y vestimenta de capataz trasnochado), y ya posee un informe oficioso que casi la autoriza a emplear la fuerza en nombre de la justicia. Guarda con delectación vengativa cada una de las miradas babosas que el tipo le ha echado a su busto o a su culo cuando se ven en el descansillo. También lo ha visto más de una vez acompañado de su mujer, siempre con esa expresión tensa de quien se esfuerza en aparentar normalidad, cuando es justo la normalidad lo único que debería fluir por su propia inercia sin necesidad de que nadie la subraye.

No es una sospecha. Es un pensamiento que está ya varios escalones por encima de lo sospechoso o conjetural. Solo falta que lo pille un día. Hoy no va a ser, pero ya llegará. Lo sorprenderá en pleno ataque de furia, con la mano alzada o blandiendo el puño delator. Bastaría un insulto. Un exabrupto del catálogo ordinario, de esos que por escupirse a diario acaban pareciendo de fogueo. Pero ella no olvida. Registra, suma y sigue. Lo pillará. Lo agarrará seguro porque ya es capaz de notar su presencia hasta cuando ésta se disfraza de ausencia; cuando el asqueroso la observa —está segura— desde el otro lado de la mirilla al pasar por el rellano, antes de afrontar el último tramo de escaleras. Otras veces diría que es la esposa quien atisba desde detrás de la puerta, sin atreverse a abrirla y pedirle ayuda. Ya te enterarás, hijo de puta; a ver qué cara pones cuando sepas que este culo pertenece a la inspectora de policía Ruth Cuevas.

El ascensor está bajando. Tampoco estaría mal que apareciese el vecino con sus modales viscosos, su bigote de retrato en sepia, su aliento de confidente rastrero y sus pupilas de filo de sierra. O mejor que sea su mujer; muchas veces el momento de la verdad coincide con el momento más inesperado —Jotajota dice que los interrogatorios deberían hacerse sin avisar y por la espalda; la verdad es una dama coqueta, y si le das tiempo para arreglarse, se te presenta con todo el maquillaje puesto y la bisutería bien acoplada—. Si se la encuentra de frente, a solas, desprevenida, quién sabe.

No es ella. Es otra señora que debe de rondar los setenta. Le da las gracias a Ruth mientras ésta sujeta la puerta del ascensor para que pueda arrastrar el carrito de la compra sin riesgo de colisión. Una vecina bien informada es otra opción a considerar, se dice, y enseguida censura su propia ocurrencia; «sácate el uniforme, por favor», le reprocharía Guillermo. Así es. Afloja, Ruth.

Entra en casa y cierra empujando la puerta con la espalda. Se queda ahí, apoyada, de pie con las llaves en la mano. Ruth llora del mismo modo en que otros sudan. No hay convulsiones ni histrionismos de ninguna clase. Las lágrimas manan de sus ojos y se deslizan como la cera derretida por el tronco de una vela. Lloro por todo, por lo que acumula y por lo que libera. A veces la razón es más poderosa que el miedo, y se dice que lo principal es que el chico va a salir vivo, y que eso sin duda atenuaría el castigo en caso de que esa bala sea en efecto hija de su negligencia. Esto en el último extremo. Otras veces le domina el temor a que el asunto trascienda, a que algún gaceticero

hambriento de méritos pueda encontrar en el suceso una tajada sabrosa para saciarse, que la salud del joven de la sudadera roja se traslade a las cabeceras de los informativos, a las mesas de debate y a los platós.

Hay una manera de que todo cuadre y de que esta angustia pasajera no sea más que el precio para conseguir lo que en el fondo desea. Hace tiempo que se siente fuera, pero no tiene aún el valor para salir, necesita que alguien la empuje. Durante un segundo, esta mañana, en el despacho del comisario, imaginó que sucedería. No fue así. Guillermo ya hace bastante tratando de tirar de ella, aunque el empujón tiene que ser desde dentro, claro.

Cómo echa de menos no tenerle ahora en casa. Guillermo lleva ya dos semanas en Frankfurt, en una especie de seminario formativo de la empresa; según él, un suplicio inútil de fanfarria proselitista. Encima tiene que dar las gracias, pues se supone que es una oportunidad que solo ofrecen a empleados destacados o con proyección. A ella no le suena del todo mal, aunque sea incapaz de imaginarse a Guillermo emocionado porque pueda aspirar a un despacho propio o un flamante coche de empresa. Aunque por circunstancias bien diferentes, ambos parecen encontrarse en un lugar parejo respecto a sus motivaciones y expectativas profesionales. Mucho antes de esa maldita bala que todavía no ha terminado de extraerse Ruth de su conciencia, él ya estaba planteando el giro, el movimiento de ficha, el jaque a la maquinaria, todo eso tan suyo, tan encantador a veces y tan gratuito otras, la misma razón por la que Ruth lo envidia y al mismo tiempo lo juzga, esa peculiaridad de su carácter que lo hace atrevido a la vez que ingenuo.

Vivir todavía en casas diferentes les concede esos espacios donde se puede hacer en soledad aquello que al otro le aburre o aun le enerva. Además, la intermitencia del contacto físico dota de un aliciente extraordinario a los días en que se encuentran o duermen juntos. Compartir techo provocará que tarde o temprano haya franjas comunes que invadan territorios hasta entonces privados y sometidos al único capricho de su dueño. Algo que tiene que ver por igual con el contenido de la nevera que con la cadena elegida para ver el informativo de la tele, con el día en que se programa la lavadora o con la posibilidad de tener una mascota. Lo que sí quedó claro es que la demora en ponerle fecha a la mudanza compartida no es una cuestión de desconfianza —Ruth tiene una copia de la llave de Guillermo, y él, por supuesto, tiene otra copia de la de ella—; si todo funciona bien, no hay por qué apresurar ninguna decisión, aunque hoy, maldita sea, qué endemoniadamente lejos está Frankfurt.

El piso de Ruth es más grande; daría para dos adultos y un niño no muy mayor. Un espacio infrautilizado que se amolda sin embargo a la excéntrica rutina de la inspectora Cuevas. La mitad orientada al exterior —que suma una habitación doble y otra sencilla, más un recibidor semicircular rematado en un armario empotrado que recorre el muro de una punta a otra— tiene de vivienda lo mismo que el cuarto de artículos decomisados de una aduana cualquiera. Viejos muebles, colchones y cajas sin desprecintar conforman una especie de proyecto abortado de hogar, amontonado no se sabe bien si en espera de la próxima mudanza o de la pira definitiva. La vida doméstica de Ruth transcurre en los escasos metros cuadrados que se reparten la cocina, el baño y un salón desangelado, donde un sofá siempre metamorfoseado en su versión cama reivindica con mullido silencio la convicción de su dueña de que a casa se va para comer, dormir y poco más. La ventana da a un patio sombrío y tiñoso, un cementerio de lánguidos cables y poleas sin cuerdas que se asoman desde las repisas de los ventanucos como gárgolas prosaicas. Entre las nueve y las once de la mañana el patio recibe una bocanada de claridad que es como el vómito de cuatro rayos de sol mal digeridos. Para cuando Ruth llega a casa lo principal es que las bombillas no estén fundidas.

Da igual que hoy haya regresado un poco antes. El piso está oscuro porque esa es su condición natural, el peor escenario para un día melodramático como este. La lejanía de Guillermo solo puede compensarse con su presencia virtual y cibernética. Por eso Ruth no espera a ponerse cómoda, a cambiarse de ropa, a limpiarse el rastro de las lágrimas. El ordenador portátil está sobre la mesa —un

tablero estriado y grueso fijado a un bastidor de hierro negro—, lo abre y lo enciende. Flexiona la rodilla dos, tres veces; molesta, aunque el dolor es remoto, como un eco de sí mismo, como si su proceso de evaporación no progresara hacia fuera sino hacia lo profundo del hueso. Aparece en la pantalla el aviso de batería baja, pero hay autonomía suficiente para consultar el correo electrónico. Después, mientras se desvista y se asee, lo enchufará y lo dejará cargando.

Cada vez que Guillermo viaja, que no es muy a menudo, se mandan mensajes por WhatsApp para saludarse, mantener un mínimo contacto, intercambiar alguna broma; por la noche, cuando los horarios de ambos pueden compaginarse, una breve conexión vía videoconferencia para verse las caras y oírse las voces unos minutos. En pocos años, la tecnología ha acelerado el paso del tiempo, ha desvirtuado el significado de lo actual y lo antiguo, y sin embargo ellos mantienen la costumbre de enviarse e-mails. Ruth y Guillermo saben por igual que el correo electrónico es algo ya tan demodé como la correspondencia ordinaria, como las cartas plegadas dentro de un sobre y las tarjetas postales, al menos en lo relativo a la comunicación íntima o no profesional, pero esa fue la manera en como ellos se cortejaron, su forma de aproximarse y explorarse en lo más profundo durante aquellos primeros días en los que todavía eran demasiado comedidos en lo carnal.

Ruth siempre se enfrenta a la pantalla del ordenador preparada para recibir una extensa digresión, o, según el día, algo parecido a la página arrancada (o avistada de manera furtiva) de un diario personal. A ella le gusta porque es lo que más se acerca a tener una conversación de verdad. El laconismo obligado del WhatsApp reduce el intercambio a un traspaso de información sin alma. Perfecto cuando se trata de conocer un dato, de confirmar, de cotejar, de avisar. Las videoconferencias acostumbran a ser el desarrollo en detalle de los titulares anticipados por WhatsApp. En parte es por el cansancio, por la hora tardía a la que suelen conectarse, pero también porque la posibilidad de abrir la bandeja de correo en cualquier momento del día y encontrarse con el regalo de un nuevo mensaje es un capricho romántico al que, por ahora, no quieren renunciar. Cuando, como esta noche, Ruth lo echa de menos, el mejor lugar para recolectarlo y traerlo a casa es el vasto sembrado dialéctico de uno de sus e-mails.

La página de correo entrante muestra en negrita una docena de desperdicios comerciales, entre los que no le cuesta distinguir el único mensaje dirigido de verdad a ella. Es la respuesta al e-mail que le envió desde la comisaría a primera hora, y que él ha debido contestar al mediodía, en la pausa para comer.

GuilermST77

Para: RuthC

Asunto: Socorro! 😊

Pues sí, ya lo ves. No me equivocaba... Socorro!!!!

Un rollo. Una comedura de tarro total. Lo que más me jode es que parezca que nos tomen por idiotas. Ya sabes, que si la tecnología es el futuro, que si los informáticos hemos hecho más pequeño el mundo, que si gracias a nosotros hoy es posible lo que hace apenas una década era ciencia ficción... cojonudo. Pero mientras oigo eso yo pienso que los profesionales mejor pagados del gremio son los que diseñan los virus para las mismas empresas que luego se forran vendiendo los antivirus y los que inventan sistemas antirastreo para que los degenerados puedan seguir delinquiendo en la sombra, tú sabes mejor que yo de lo que hablo...

En fin, no me enrolló, que ya me conoces. Qué tal tú? Bien lo del tatu?

Y lo demás... Has pensado en ello? Se te va ocurriendo algo?

Un beso.

P.D. Una tienda de mascotas, una pastelería, una agencia de viajes... también me vale un gimnasio ;) ... y un parque de atracciones?

Ruth lee el texto dos veces (en la postdata se queda colgada casi un minuto y medio) antes de empezar a escribir su respuesta.

RuthC

Para: GuilermST77

Asunto: RE: Socorro! ☺

Qué tal, mi salvador del mundo...

No sé qué decirte. No he decidido nada, o mejor dicho, creo que sí...

Había planeado contarle todo, el principio y el fin del episodio de la bala misteriosa, su nueva misión como reeducadora de niños abusones, y de pronto una mezcla de pereza y prudencia le agarra los dedos. Se da cuenta de que lo que necesitaba ya lo tiene, la manifestación —aunque sea diferida y transcrita— del talante de Guillermo, la constancia de que siguen conectados y la certeza de que contar con él es aún más eficaz que el hecho de tenerlo físicamente a su lado en este momento. La simple lectura de su e-mail ha facilitado el desahogo, y con ello se ha atenuado el impulso confesor. Para qué contagiarlo a él; bastante puteado parece estar también allá, entre tanto trepa, tiralevitas y charlatán titulado. De lo nuevo ya hablarán cuando vuelva, o quizá en el correo de mañana, si ella se siente algo mejor.

Relee lo poco ya escrito, y continúa:

A ver si me aclaro. Verás, estoy en ello... Quizá algo juntos... quién sabe. Tú mismo me has dicho cien veces que no tienes alma de empresario... ¿crees que yo sí? Quiero decir, sería nuestro dinero, el que de hecho no tenemos...

No lo sé. Pero sea lo que sea, mejor lo hablamos tranquilos cuando vuelvas. Me temo que me llevas varios cursos de ventaja en la carrera de la utopía...

Recuerdos a tus alemanotes y cuidado con la cerveza.

Y no te quemes con lo de siempre, que no merece la pena. Es un sueldo. Piensa eso. Ya está.

Por cierto, al tatuaje le queda todavía un poco. De verdad que no quería darle tanta expectativa, pero se ve que tengo la piel demasiado sensible... Y oye, no te montes películas. Es una cosa muy simple, y es para mí. Lamento si te habías hecho ilusiones, pero tatuarse el nombre del novio es de presos, no de polis.

Un beso. R.

P. D. ☺

El móvil vibra en el bolsillo del pantalón y deja escapar una especie de tañido computarizado y ahogado por la tela vaquera. Lo saca y lo coloca sobre la mesa. Ocupando toda la mitad inferior de la pantalla, una ventana blanca avisa de un mensaje entrante. Toca y lee: 'Mañana. OK. Sobre las cinco'.

Resopla. No le apetece nada. En otras circunstancias es lo último que haría, quedar con Mad. 'OK',

responde ella, y se queda mirando el móvil, unos segundos, como si fuera posible detener el tiempo, o aun borrar el último instante.

Algo ha cambiado en la manera de promocionarse de los políticos. El concepto clásico de campaña electoral ha quedado obsoleto, y llenar una plaza de toros o un polideportivo en un mitin solo garantiza que te van a seguir votando los mismos de siempre. Para conseguir nuevos votantes hay que moverse por otros cauces, ya no se puede vivir de espaldas a internet y a los medios de comunicación emergentes, y alguien se ha dado cuenta por fin de que hay que salir de la caverna, de que el telediario atrae la cuarta parte de audiencia que un programa de entretenimiento, y que —tomen nota, subrayen y marquen en negrita— el voto de un espectador de programas de cotilleo cuenta lo mismo que el de cualquier otro en el escrutinio electoral.

Ya no es raro ver a los políticos colocarse un delantal y un gorro de cocinero para ser entrevistados mientras rebozan pescadillas o amasan croquetas. Otras veces aparecen en camiseta y pantalón corto y charlan con su entrevistador mientras ambos hacen *jogging* por un parque o una céntrica avenida de la ciudad. Y también se ha visto a algún que otro candidato participando en un programa de cuentachistes, formando parte de un debate con niños de primaria, vomitando grumos de su precario inglés en un simulacro de karaoke o respondiendo a las preguntas audaces de un muñeco de ventrilocuo.

De hecho, se trata de salir, de hacerse ver, de aparecer. No hace falta hablar de nada importante, y si se puede evitar la política, mejor aún. Por otra parte, los llamados asuntos de interés social son un caramelo al que resulta complicado resistirse. Aprovechando la rueda de prensa de un acto oficial, el consejero de turismo y deporte de la Comunidad ha expresado su solidaridad con la familia de Fernando Pardo y su deseo de que la justicia se cumpla con toda la contundencia que sea necesaria. Uno de sus asesores —el que estaba a su izquierda— le ha susurrado algo al oído, y entonces el consejero ha añadido que, por supuesto, su mayor deseo es que Fernando salga del coma y se recupere por completo. Llegado a este punto, ya no ha podido frenar y ha declarado que hay un puesto de trabajo en la consejería esperando a Fernando para ayudarlo a rehacer su vida después de este terrible trance. «Su experiencia en el sector de la hostelería y el turismo le avala, y podría colaborar con nosotros como asesor externo, o ya veremos de qué otra manera que sea provechosa para todos», ha dicho, antes de, ahora sí, dar por finalizada su intervención.

El corte de la rueda de prensa ha recorrido todos los espacios informativos de la parrilla, y también los matinales y vespertinos de variedades. Cualquiera se imagina que no es más que un puro efectismo, un órdago antes de la partida, una triquiñuela populista. Lo ha hecho un político de derechas, y eso pone a la oposición en el compromiso de tener que salir a la palestra, de igualar o superar la oferta, o bien de tirar por tierra la boutade de su contrincante. Lo que no pueden permitirse es quedarse quietos y callados.

En el público, sin embargo, el efecto es menos determinante. De entrada, los portavoces oficiosos de la oposición política —algunos son periodistas, otros diputados o concejales habituales en las mesas de debate— ya se han apresurado a poner en tela de juicio los motivos del ofrecimiento más allá del evidente artificio electoralista del consejero. Dicho de otro modo: han instado a la opinión pública a preguntarse por qué ese partido y no otro es el que quiere a Fernando en sus filas.

Esos resúmenes hagiográficos y cansinos sobre la vida de Fernando que se repiten a diario en la tele le dan ganas de vomitar. Alguna que otra vez, mientras los ha visto con la única finalidad de recargar sus reservas de rabia y sus ansias de venganza, se ha entretenido verificando o tachando cada dato, como quien rellena mentalmente una quiniela, y la conclusión es que su vida y la del moribundo no son tan distintas. Padres enriquecidos con la construcción y la especulación inmobiliaria, planes de futuro diseñados desde antes de la fecundación y basados en rígidos preceptos morales (lo cual no bastó para evitar que resultaran finalmente infructuosos). A él también lo dejó su mujer. Y a él también, cómo no, le hubiera gustado licenciarse en Empresariales. Una aspiración que comenzó a desintegrarse ya en las primeras horas de estreno en la universidad. Muchos de sus contemporáneos conducen descapotables y son ejecutivos, empresarios, hombres de éxito en sus trabajos. Ellos sí fueron capaces de soportarlo. Algunos, es sabido, pasado el primer año ascendieron en el escalafón y se ganaron una plaza en el regimiento de los abusones. Él no pudo. No fue capaz ni de terminar el curso. La vergüenza de la casa. Para que el fracaso no fuera absoluto, se matriculó en un módulo menor de formación profesional y se buscó un empleo de perfil medio-bajo, entre otras cosas porque cuando la inspección judicial llamó a la puerta del despacho de papá, las vacas gordas se volvieron famélicas en cuestión de pocos meses.

Por eso la justicia, la de verdad (la justicia escrita es un simulacro, un sucedáneo interesado) está de su lado. El país entero llora a los pies de la cama de Fernando en vez de consolarlo a él, y eso no es justo. Lo que tampoco va a hacer es esperar de brazos cruzados a que el energúmeno estire la pata. Mientras aguarda a que se produzca la noticia, nada le impide seguir tratando de restablecer el equilibrio, cobrarse los intereses que le deben.

Las bestias del campus actúan en manada, eso sí, y él está solo. Debe tenerlo en cuenta. Está decidido a perpetrar su próxima ejecución cara a cara y cuerpo a cuerpo, por lo que esta vez no contará con la fuerza adicional y la protección del coche. Hacerse ayudar por terceros no solo complicaría su situación con la ley; lo peor es que sería incongruente. Cargar con todas las culpas le corresponde solo a él, del mismo modo que el placer de la venganza consumada será un manjar en exclusiva para su paladar.

Es una víctima, se repite. O mejor: la víctima —la verdadera víctima— es él. Fernando, en el mejor de los casos, es una secuela. No hay peor enfermo que el que no quiere curarse, pero aun así yo ya os he extirpado un tumor, y voy a hacer lo mismo con los otros dos, se dice de nuevo, febril, y al mismo tiempo envalentonado. Es una víctima de segunda clase, y eso duele. Los alpinistas congelados o despeñados, los corredores corneados en los encierros, por ellos se llora, se reza y se decretan lutos institucionales, por mucho que en realidad sean víctimas de su propia temeridad, cuando no de su simple estupidez. Y aquellos que vuelven de la guerra tullidos o envasados en madera. Pero los que sufrieron como él están condenados a esconderse, a ocultar su estigma, porque nadie quiere formar parte de los síntomas, la enfermedad son los otros. Su desgracia fue primero vergüenza, y después culpa. Pero ya no. Durante mucho tiempo ha sentido que su papel en la vida era similar al del esbirro que debe probar la comida del dictador por si está envenenada. Pero no. Ya no. Se acabó. Sus crímenes ya no son una excepción. Ahora son un ingrediente innegociable. Antes, el género de la vida

cotidiana era la comedia costumbrista, pero ahora es la novela negra. La culpa no es suya. Ya no.

La tos se estrella contra su pecho y siente que los pulmones se contraen como dos papeles arrugados. La baja por enfermedad no está contemplada en el espectro de sus nuevos planes. Pero tendrá que ir al médico, por si acaso. Está tumbado bocarriba en la cama, con los brazos extendidos. Esa postura inconsciente y casual lo ha transportado sin embargo al Cid Campeador. Un forcejeo en el suelo, un galimatías de extremidades y huesos que se agitan y entrechocan. Está en inferioridad, y por eso mueve los brazos y las piernas sin control, a ciegas. Así es hasta que alguien consigue sentarse sobre sus rodillas. Esto facilita que otro lo agarre por las muñecas y, de este modo, entre ambos logran neutralizar la acción de sus puños y sus pies. Era en el polideportivo. Lo acostaron en el suelo de la cancha de baloncesto. Ve a Fernando de pie, botando el balón, un sonido que retumba dentro de sus oídos y se expande por todo el cráneo. Se siente como si lo hubieran atado a las vías del tren y escuchara de fondo el traqueteo de un convoy que se acerca. El esbirro de la mancha en el mentón le inmoviliza las piernas, y el otro, por detrás, le ha atado las manos al mástil que sujeta la canasta. El juego es sencillo. Fernando lanza desde la línea de tiro libre. Él, boca arriba, sujeto de pies y manos, con la cara apuntando a la cesta, lo que significa que si Fernando acierta, él recibirá como premio el beso del balón. Si es en la mejilla o en la boca, dependerá de lo ágil que esté para esquivar la trayectoria de la pelota. No lo tiene fácil, pues sus propios brazos estirados apenas le permiten girar el cuello. No se acuerda de si son tres o cuatro los tiros que falla. No es relevante. La cuestión es que, cuando encesta, él ladea el rostro todo lo que puede, aunque el balonazo es imposible de evitar. El impacto le fractura la nariz. Menos de lo que se temió en un principio y de lo que la aparatosidad de la hemorragia sugiere. Entonces no se podía mover. Aunque no hubiera estado atado, sabe que tampoco habría sido posible defenderse. Pero ahora es distinto, se dice. Ya no está sometido a la ley oficiosa del campus, al gobierno bananero de los veteranos.

Da un respingo y luego se dobla hacia un lado. Algo viscoso en el fondo de la garganta le impide respirar. Apoya la palma de la mano en el suelo y saca medio cuerpo fuera de la cama, como si fuera a vomitar. Por fin tose. No es aire. No solo eso. Es como si fuera a escupir escombros. Los esputos son más sólidos que líquidos. Mañana voy al médico, se repite, y la orden tropieza en su mente con otro mantra mucho más poderoso: voy a conseguirlo.

Fernando Pardo es en realidad Fernando Pardo Díaz del Río. La distancia entre la solidaridad y la sospecha era solo de diez letras. Porque cualquiera que teclee «Díaz del Río» en un buscador de internet se encontrará con resultados que vinculan ese apellido con imágenes y declaraciones en su mayoría controvertidas, todas ellas pertenecientes al abuelo materno de Fernando. La frase «Creo en el terrorismo de estado bien hecho» se repite en decenas de entradas que enlazan con noticias almacenadas en las hemerotecas virtuales de periódicos tanto locales como nacionales. Esta cita de un ya jubilado Hilario Díaz del Río se recogió en el transcurso de un acto celebrado el 20 de noviembre de 1989 en el Colegio Mayor Cid Campeador, que homenajeaba a algunos de sus exprofesores y que suscitó la polémica y, en consecuencia, el interés de la prensa debido al intento de sabotaje por parte de un grupo de jóvenes ajenos al centro, que habían irrumpido en mitad del acto en protesta por la exhibición de símbolos fascistas y anticonstitucionales en aquella ceremonia. El ínclito Díaz del Río, además de profesor de Derecho Internacional, había escrito durante una época una columna semanal en el diario *Ya*, y desde su tribuna había ejercido como voz incómoda y desdenosa en los primeros años de la transición, por lo que, pese a no ser lo que de normal se conoce como un personaje público, tampoco era un completo desconocido para los medios, y de ahí que los periodistas que acudieron a cubrir los incidentes del colegio mayor se fijaran en él a la hora de recopilar opiniones. En aquel momento, no había mejor vertedero en el que hurgar que el escándalo del caso GAL, sobre el que un reportero inquirió al jubilado profesor, quien entró al trapo con la consabida frase e insistió en calificar los hechos como «la chapuza propia de un gobierno de esta índole».

Si se amplía la búsqueda al banco de imágenes, destaca una de Hilario Díaz del Río junto al padre de Fernando, ambos con gabardina y con el brazo derecho alzado, suegro y yerno en primera línea del público que contempla el paso de un desfile que parece el del Día de las Fuerzas Armadas. Todos los contenidos relacionados con el abuelo de Fernando tienen que ver en mayor o menor proporción con su filiación ideológica, y el hecho de que en algunos de esos textos y fotos aparezca también el padre, ha propiciado que cada vez más periodistas, presentadores, tertulianos y opinantes espontáneos encuentren un eslabón entre el hombre que está en coma y la oferta del consejero de turismo y deportes.

Las escasas imágenes de Fernando que se habían estado utilizando hasta ahora como acompañamiento a las noticias de prensa o en las enormes pantallas de los platós de televisión eran instantáneas cuya única misión parecía ser la de conmover al espectador a través de la identificación directa. Fotos de un niño montado en una bicicleta que aún lleva las ruedecitas auxiliares enganchadas en la rueda trasera; un bebé que intenta armar un castillo de arena en la playa ante la mirada de completa adoración de su madre; es decir, un niño como lo han sido todos, ni mejor ni peor, podría ser el hijo de cualquiera que esté en ese momento frente a la pantalla de su televisor. Hay alguna foto de adolescente, junto a otros amigos vestidos de futbolistas (él está en la fila delantera, posando agachado y al lado del chaval que sujeta un trofeo que se supone han ganado), también se ha utilizado a menudo una en la que salen chicos y chicas, ellos con el uniforme del instituto y ellas vestidas con un estilo más informal, pero no hay alcohol ni tabaco ni tampoco gesto alguno de cariz sexual. Se ha enseñado también el retrato de aquella boda que desembocó en un matrimonio efímero

y frustrado, aunque el rostro del novio —el de la novia se ha mostrado siempre borroso— sea un compendio casi insultante de ilusión y satisfacción. La imagen más reciente que se ha visto en los medios —la exclusiva por mostrar al Fernando agonizante se cotiza más que ninguna otra, pero aún nadie ha sido capaz de conseguirla— es una fotografía profesional, un posado en su despacho del resort que regentaba en México, en el que se lo ve sonriente, con traje beige y camisa rosa, sin corbata, de brazos cruzados y con unos mocasines blancos sin calcetines. Todo ha estado medido para que esas fotos dejaran claro que ni el éxito ni la condición social de Fernando son tan acusados como para que no pueda ser reconocido como «uno de los nuestros».

A lo largo de semanas cualquiera ha podido expresar su opinión o lanzar su mensaje de solidaridad sin que ello haya influido en el enfoque unidireccional que el tratamiento informativo del suceso ha tenido desde su ocurrencia. En la última jornada de la liga de fútbol de segunda división, un jugador se sacó la camiseta tras marcar un gol y enseñó el texto estampado en la otra camiseta blanca que llevaba debajo, y que decía FERNANDO DESPIERTA. Hasta los aficionados del equipo rival lo aplaudieron, y el árbitro que le mostró la tarjeta amarilla lo hizo con cara de estar pidiéndole clemencia.

Y entonces, un político mueve ficha y no solo cambia la partida. Cambia el juego en su totalidad. Nuevas reglas. Para empezar, el segundo apellido, y de ahí en adelante se rompe el pacto tácito de no agresión. Así funciona esto: entrar en coma y despertar son los extremos noticiables. La muerte también, como es lógico. Pero lo único que puede hacer atractivo todo ese periodo intermedio cuya duración sería incalculable es encontrar al conductor, al *asesino*, o bien, mientras tanto, que venga un político e invierta la posición de la mirilla.

Con las primeras sospechas y acusaciones relacionadas con el historial ideológico familiar y la presunta afinidad de Fernando con dicha tradición, la tela protectora se ha empezado a rasgar. Primero entrarán los bichos de aguijón pequeño, aún con precaución, pero será cuestión de días que las picaduras den paso a las dentelladas.

Una vez más se ha despertado a deshoras, a media tarde, con el cuerpo envuelto en su ropa empapada sobre la cama encharcada. Su rastro en internet, las posibles pistas que se puedan hallar sobre su identidad; eso es lo que tiene en la cabeza nada más abrir los ojos y reubicarse en el mundo real, tal vez porque ha estado soñando con ello.

Ese fue el origen, el comienzo de lo que ahora prevalece como única motivación para abandonar la cama cada día y no dejarse consumir por la simple erosión de las agujas del reloj. Esta moda exagerada y morbosa del reencuentro gratuito. Tan aplicados son sus principales instigadores que fueron capaces de llegar hasta su inhóspito perfil, que era poco más que una cáscara sepultada en la montaña de desperdicios de un vertedero. Eso le parece a él internet. Un cuchitril inmenso que tiene un diez por ciento de almacén y un noventa por ciento de basurero. Abrió su cuenta de Facebook cuando aún estaba casado; un capricho conjunto alentado por su ex, y que, en su caso particular, duró lo que tardó en confeccionarlo. Ni siquiera añadió una fotografía. Lo que sigue figurando, todavía hoy, es que su estado civil es el de un hombre casado. Así lo vería quien accedió al mismo para dejar la invitación y proponerle que se agregara a un grupo de compañeros del curso de Formación Profesional. Y él, que había accedido desde el ordenador de la empresa precisamente para darse de baja en la red social, dudó, se lo pensó, y aunque no aceptó nunca la invitación, descubrió que esa ilusión cibernética de retorno al pasado podría ofrecerle una inesperada vía para ajustar las cuentas pendientes.

No fue ninguna sorpresa encontrar un grupo de alumnos del Colegio Mayor Cid Campeador. Para ser exacto, no un grupo, sino decenas. Se inventó a Gustavo Gil, tomando nombre y apellido al azar de un listado de clientes, y con esa identidad creó un perfil alternativo en Facebook. Lo siguiente fue la solicitud para ser miembro del grupo del colegio mayor, cuya aceptación tardó menos de veinticuatro horas en producirse (él había temido que el administrador del grupo investigara a cada solicitante y descubriera por tanto su mascarada). No le interesaban los de su promoción, obvio; aparte de que su presencia allí fue fugaz, su intención era reconocer a ciertos individuos de uno o dos cursos anteriores. Le llevó unos tres días, y cuando identificó a Fernando no recordaba su nombre, pero una foto hizo que se fijara en sus ojos, en la manera de combinar una mirada y una sonrisa, y no tuvo ninguna duda. Los ojos son nuestra caja negra, el recipiente que esconde todas las pruebas, la mejor manera de desentrañar la verdad que no se muestra. De los otros dos no halló nada, ni imágenes ni comentarios alusivos que pudieran ayudarle a identificarlos.

El deseo inicial, no obstante, era aún ambiguo. Para ser sincero, en aquel primer instante su recorrido por el álbum de Fernando no era un rastreo para poder darle caza, sino la búsqueda un tanto supersticiosa de indicios de una vida insustancial, vulgar, o, ya puestos, miserable. Lejos de eso, el perfil de Facebook de Fernando lo mostraba siempre en el contexto de un éxito profesional o una celebración del tipo que fuera (ahora se ha dado cuenta de que son esas mismas fotos las que han acompañado la narración de su agonía en los programas de televisión). Poco sabía él del funcionamiento de las redes sociales, y esta carencia, unida a su obsesión por el personaje concreto, impidió que llegara a la evidente conclusión de que cualquier cuenta de Facebook que visitara le iba a ofrecer básicamente lo mismo. Ya daba igual. Aquel cabrón no merecía exhibirse de ese modo. No

cuando él se había convertido en un coleccionista de fracasos antes de enfrentar la hipotética crisis de los cuarenta, que debería estar aguardándolo con avidez caníbal detrás de la última hoja del calendario.

Existe la mala suerte, y las decisiones equivocadas, y las compañías mal elegidas. Muchos achacarían sus insatisfacciones y sus desgracias a cualquiera de esas probabilidades. Tal vez no se equivocarían. Para él hay otra explicación, y nunca como aquel día, mientras reventaba la caja negra de Fernando y volvía a inhalar el hedor de sus días de universitario, tuvo claro dónde había nacido su vínculo indestructible con la mala fortuna. Ellos le obligaron a abandonar los estudios y a convertirse en un hombre menos ambicioso. Ellos le inocularon el virus de un miedo que se manifiesta hasta en las decisiones más banales. Ellos dañaron de forma permanente su maquinaria emocional y lo incapacitaron de por vida para la estabilidad. Así, en ellos está el germen de su primera ruptura sentimental, de que sus novias sucesivas lo dejaran por tipos más brillantes y prometedores, de que su forma de amar sea una mezcla de desconfianza y demanda de auxilio, de que todavía hoy le avergüence su desnudez aunque no quedaran cicatrices ni taras visibles, de que su matrimonio fracasara porque el marido mediocre no pudo redimirse transformándose en padre.

La medicina nunca confirmó una relación estricta de causa y efecto entre las vejaciones y la fertilidad nula de su semen. Tampoco negó categóricamente que pudiera estar ahí, al menos, el origen, o tal vez un porcentaje del diagnóstico general. Él lo tuvo claro enseguida. Del mismo modo que se convenció de que las vigas precarias de su matrimonio se desmoronaron hasta hacerse escombros tras esta última revelación. No hizo falta entonces recurrir a internet. El episodio de la felación se reproduce de manera nítida e instantánea. Es cierto que, hasta el reencuentro con los ojos de Fernando vía Facebook, sus rasgos —como los del resto de veteranos— eran algo así como un boceto apresurado, una pintura rupestre. «Si te portas bien, le ponemos yogur», dijo el malnacido, y poco más pudo hacer él. Todavía hoy se cuestiona hasta qué punto debió aguantar, o si, por el contrario, morderle su asquerosa polla a aquel hijo de puta fue lo correcto, a pesar de todo lo que pueda haber desencadenado a partir de ahí. Fue la penúltima novatada sufrida. La última, improvisada aunque nutrida con partes del repertorio ya conocido, se la infligieron los dos compinches que quedaban en pie —el bastardo del antojo en la cara no tuvo más remedio que correr en busca de ayuda para no condenarse a vivir en el futuro como un eunuco—; la primera reacción visceral, no calculada, reventarle a patadas. Le sacudieron sin descanso, uno a cada costado, durante un buen rato. Ya en el instante en que decidió apretar los dientes supo de algún modo que podría no salir vivo de allí. Es quizá por ello que aquellas patadas no las recuerda como algo contundente sino más bien como el malestar de una enfermedad que va adquiriendo protagonismo desde el interior y cuya corriente dolorosa se va expandiendo hasta conquistar el último aliento. Sin embargo, sus agresores debieron percatarse de que lo que había hecho (puede que no tanto el mordisco en sí como la insubordinación que ello suponía) merecía un daño mucho más sofisticado que una vulgar paliza. A partir de aquí, es ínfimo el grado de concreción del material que aún conserva su memoria. Queda, por encima de todo lo demás, el horror al despertar del desvanecimiento o aquella especie de doliente duermevela y observar de nuevo sus genitales aprisionados, devorados por un enjambre de pinzas mucho mayor que el de la vez anterior.

Nunca más volvió a pisar el campus. En casa todo se fue también a la mierda, pero aun así la sensación del día posterior fue de alivio, casi de libertad absoluta, a pesar del dolor, de la vergüenza, del espanto. E igualmente comprobó que algunas de las reacciones físicas se siguen reproduciendo al enfrentar los ojos de Fernando, ya sea en una foto de baja calidad hecha con un móvil de los de antes. Él está cuerdo, y una persona en sus cabales no puede tener miedo de una fotografía. Otra cosa es que el miedo que uno lleva dentro se revuelva y se embravezca cuando le enseñes según qué imagen.

Mantuvo la extraña rutina de revisar el grupo de antiguos alumnos durante un tiempo, un par de semanas, en un ejercicio medio masoquista que, poco después, se revelaría también como los

prolegómenos de su demorada venganza. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Si hasta la escasa agitación social de su etapa post universitaria se había manifestado años después en forma de invitación, cómo no iba a suceder lo mismo entre los ínclitos exalumnos del Colegio Mayor Cid Campeador.

Una).

El evento se montó como si fuera una boda. Los organizadores reservaron un salón de banquetes cercano a la plaza de Las Ventas y cerraron un menú, más una barra libre de copas hasta la madrugada. Aquel que no pagara por adelantado se arriesgaba a quedarse sin cenar. Poco le importaba a él nada que no fuera volver a verlos, a los tres. Desde luego que no pretendía hacerles nada ahí, delante de todo el mundo; lo que terminó siendo un plan era aún un impulso, un deseo irrefrenable de encarar el mal que había emponzoñado sus días para convencerse definitivamente de que la única posibilidad —si es que acaso quedaba alguna— de quedar en paz pasaba por aplicar la justicia más antigua del mundo, la que paga la deuda de sangre con más sangre.

Quedaban veinte días para el encuentro, y a medida que se acercaba la fecha, los nervios fueron afectando paulatinamente a su ánimo, su concentración, sus movimientos. Dormía cada vez peor, menos horas y más dispersas a lo largo de la noche. El hambre aparecía y desaparecía a su antojo, ajena a toda regla o necesidad real. De repente le asaltaban miedos ingobernables en los lugares más inesperados. Durante aquel periodo fue, por así decir, un agorafóbico casual y un paranoico aficionado. No era capaz de seguir la trama de una película sencilla, y menos aún dedicarse a tareas que exigieran un mínimo de habilidad o atención. Se sucedieron las pequeñas torpezas domésticas y más de una vez se sorprendió empezando a cruzar un semáforo sin haber mirado antes el color del muñequito, o bien, si iba en el coche, acelerando antes de comprobar si algún peatón atravesaba la calle en su legítimo derecho. Pudo haber muerto atropellado, embestido por un camión o volcado en la cuneta entre hierros retorcidos; asfixiado por el gas o abrasado por los fogones descuidados, envenenado por tragar algo indebido o despeñado por las escaleras. Cualquiera de las maneras habría sido siempre culpa suya.

Imaginó que todo era producto de esa clase de nervios que preceden a los grandes momentos. Los del actor debutante o el homenajeado humilde. Solo el mismo día, cuando por fin se decidió a bajar del coche y observar la entrada del salón de banquetes desde la distancia, descubrió que siempre había sido el miedo, solo el miedo, ese que despertó al curiosear el Facebook del colegio mayor y que día a día se había ido nutriendo y agrandando en sus tripas.

Era ya anochecido, pero la fachada del local, presidida por un simulacro de columnata de templo griego, estaba iluminada como si aquel edificio fuera realmente un monumento emblemático de la ciudad. Apostado en la esquina, observó durante un rato a la gente que llegaba y se saludaba a la puerta. Algunos entraban y otros se quedaban fuera, fumando o esperando para dar la bienvenida a los que faltaban por llegar. Los saludos eran siempre efusivos. Abrazos, besos y exclamaciones que alcanzaba a oír con nitidez desde su posición alejada. Cualquiera de los que habían ido apareciendo podría haber sido uno de ellos. Estaba convencido de que no le quedaría más remedio que llevar hasta el final su engaño. Tendría que calmarse, dominar sus nervios en estampida y atreverse a ser recibido por aquella comitiva de anfitriones sobreexcitados.

Y entonces lo reconoció. Llegaba solo, caminando desde el lado izquierdo de la acera. Se detuvo unos cuatro o cinco metros antes de alcanzar el corro congregado a la entrada, extendió los brazos como si aspirara a abarcarlos a todos con su abrazo, y enseguida recibió la respuesta colectiva. Cómo pudo haber siquiera sospechado que no lo iba a identificar, que tal vez lo confundiera con cualquier otro invitado de los que seguían apareciendo sin descanso. Era él. Inconfundible. La franja temporal acusada en su fisonomía, aunque sin demasiados estragos —menos pelo, o más corto; imposible saber si el color castaño se mantenía o había sido invadido ya por las canas. Delgado como siempre habitó en su memoria, pero ya no tan espigado; la parte superior de su espalda dibujaba una curva que en

otro cuerpo habría delatado a un hombre derrotado. Para él, sin embargo, era el proyecto de la giba de un ogro, la clase de deformidad que hace más temible al monstruo—; qué raro, y qué espantoso al mismo tiempo, que fuera algo inmaterial e innombrable lo que terminara colocando el nombre de Fernando en aquel cuerpo, y no al revés. Era como si hubiera advertido su llegada una décima de segundo antes de verlo físicamente allí. Las piernas comenzaron a temblarle como lo haría su simple reflejo en las ondas marinas. Aun sabiendo que la noche y la distancia lo hacían invisible, se ocultó por completo tras la esquina y, apoyado contra la pared, trató de devolverle la firmeza a sus pantorrillas y el aire a sus pulmones. Ahora solo escuchaba la algarabía amortiguada de la entrada del salón, pero la sensación de peligro no se evaporaba. Antes de caer de rodillas y correr el riesgo de no poder incorporarse, reunió el aplomo suficiente para volver a meterse en el coche. La idea era arrancar y salir de allí a toda velocidad. Para ello, primero tenía que recomponerse. Peleó para no asfixiarse y para que el pánico no lo descompusiera como a un terrón de azúcar. El parapeto del coche le ayudó a calmarse. Observar la escena desde la cabina del auto ya no parecía tan peligroso. Se quedó mirando al grupo hasta que se disolvió por completo cuando los últimos miembros pasaron al interior. En esa comitiva final estaba Fernando.

No tenía prisa. Había ido hasta allí con la intención inicial de quedarse, de ser uno más de la fiesta. Así pues, tenía tiempo para pensar, para madurar lo que fuera que finalmente terminara decidiendo. Suponía que aquella cena con barra libre posterior se iba a prolongar hasta el amanecer. Y confirmó, antes que nada, que iba a centrarse en Fernando. Fue allí, durante las horas que pasó encerrado en el coche, donde lo que ahora ha adquirido la condición de plan o aun de misión, empezó a gestarse con auténtica seriedad. Iba a esperar hasta la hora que fuese. Si le costaba dormir en la cama, menos aún se iba a quedar frito allí, después del susto inesperado y del estado caótico en que había quedado su organismo tras el avistamiento lejano de su viejo torturador. Esperaría a verlo salir, y después lo iba a seguir. Así se planean los golpes. Así preparan los delincuentes expertos sus crímenes.

No es fácil adivinar la edad de este tipo, con ese pelo teñido de amarillo pálido, las gafas de montura de pasta morada y ese suéter fino de rayas horizontales, como los que usan los gondoleros venecianos. A lo mejor se ha arreglado así para salir en la tele y no es este su aspecto habitual. Parece un creativo publicitario o un diseñador de interiores. Cualquiera de esa clase de profesionales cuya vestimenta hace pensar que su mayor temor es que se les pueda confundir con un oficinista del montón. Su manera de hablar y su gestualidad son amaneradas, huelen a sobreactuación, pero al mismo tiempo el tipo se muestra seguro en su discurso, lo defiende con aplomo, sabe de lo que habla.

Responde al nombre de Reyes K., y ha aceptado ser entrevistado porque, según dice, cree que su testimonio podría aportar cierta ayuda para resolver el caso de Fernando Pardo Díaz del Río. Insiste en ello porque no va a dar pistas sobre el presunto culpable, sino que es del propio Fernando de quien nos relatará un episodio que tiene que ver con su vida privada.

Reyes K. es uno de los propietarios de la web Maxisingle.com, dedicada a la organización de citas y eventos para solteros. Nada más ser presentado, se le pide que resuma la actividad de su empresa y el modo de proceder con sus clientes. Lo primero es bastante claro. Basándose en la información recopilada a través de los formularios que rellenan los interesados, se realizan estudios de compatibilidad y se proponen encuentros por parejas o bien actividades en grupo. Se paga una cuota mensual que, según Reyes K., es mínima y no implica compromiso de continuidad. En cuanto a los formularios, hay una parte que por razones obvias no puede revelar. Sin embargo, se aviene a explicar sin titubeos aquello que más le llamó la atención de las respuestas de Fernando.

Que llevaba algún tiempo sin relaciones duraderas lo ha sugerido su propio tío, por lo que tampoco considera extraño que alguien como Fernando recurriera a los servicios de su empresa online. Todo el mundo da por hecho que se dedican a lo mismo que las agencias matrimoniales, pero — aclara Reyes K., impostando una seriedad profesoral que no termina de encajarle— hay muchos *singles* que desean seguir siéndolo, y lo único que buscan es poder divertirse con gente que entienda sus necesidades y comparta su modo de vida.

Eso es lo primero que tienen en cuenta y lo primero que preguntan en el formulario: si el objetivo es estar *solo* o *soltero*. Sí, pueden ser sinónimos, pero no siempre. Cierto que son los menos quienes eligen la primera opción. Aun así, los hay, y hay que respetar su voluntad y no meter la pata: no buscan pareja. En el caso segundo, el más numeroso, se les pregunta entonces si son solteros con vistas a dejar de serlo, o bien si buscan una relación abierta, o, en último extremo, si se trata de solteros sin intenciones de pareja estable. ¿En qué lugar situamos a Fernando? Por sorprendente que les parezca a muchos, su prioridad no era la cita romántica. Por encima de todo, quería que le propusieran alternativas para los días en que no decidía ver a nadie conocido. Sitios para comer o, peor aún, cenar sin que te miren como si tuvieras algo contagioso. Tiendas y viajes, ofertas para individuos solitarios iguales a las que hay para las parejas y familias. Casi nadie pide algo así. Quienes acuden a Maxisingle.com quieren amigos para no languidecer los fines de semana como monjes de clausura, personas afines para ir de vacaciones o, lo más básico y popular, que alguien les ahorre el arduo trabajo de tener que ligar pasados los treinta y tantos.

Reyes K. insiste en que el perfil de Fernando apuntaba al taciturno o el tímido en exceso, un tipo

de cliente que a mendo proviene de un desengaño amoroso reciente, o puede que de la no superación de un desengaño del pasado, y tal vez ahí encajaría él. Se muestra reacio cuando lo que desea es ser más bien prudente. Desconfía y, a la vez, aunque sea de forma sutil, está rogando ayuda. No quiere entrar de golpe en una relación ni adquirir un compromiso social estricto. Se trata de conocer gente e ir entrando poco a poco, pero dejándole a él siempre el poder de elección, sin presiones de ninguna clase. Es por ello, deduce Reyes K., que había iniciado en paralelo otro proceso similar, el de entrar en contacto con sus antiguos compañeros de estudios a través de Facebook.

La entrevista avanza, y a medida que lo hace se va pareciendo progresivamente más a un publrreportaje sobre Maxisingle.com. Es en el tramo final cuando Reyes K., apremiado por su entrevistador, establece un vínculo entre su cometido profesional y el suceso que ha llevado a Fernando al coma. Según consta en sus registros, aquella tarde, unas pocas horas antes de que se produjera el atropello, Fernando tenía una cita concertada por Maxisingle.com. El resto de la información —con quién había quedado, si era la primera vez, el lugar de la cita, etcétera— es confidencial, aunque Reyes K. se ofrece para ayudar a la policía en todo lo que necesite. No va a decir nada más, y el entrevistador lo sabe. Se le ha pasado por la cabeza hacer una última pregunta, la obvia, por qué esto que acaba de contar no se lo ha dicho antes a la policía, pero enseguida vence la tentación y comprende que no estaría presentando un programa como este si fuera de los que hacen ese tipo de preguntas en directo y en voz alta.

Llevar el oficio incorporado tiene utilidades banales como la capacidad de observar fijamente a alguien sin parecer una entrometida. Desde la mesa que ocupa a un costado de la cafetería, Ruth puede controlar los movimientos de todos los clientes que toman algo en la barra y de la gran mayoría de los que están, como ella, repartidos por las mesas. Este gesto de evaluar el entorno es un acto reflejo imprescindible en horas de trabajo y agradecido en momentos ociosos; una manera como cualquier otra de entretener la espera hasta que aparezca Mad, que la ha avisado de que se retrasará unos minutos.

No sabe por qué le sorprende y hasta le indigna. El mensaje de ayer lo dejaba claro: ‘sobre las cinco’. El mundo se divide entre los que quedan a una hora y los que quedan *sobre* una hora. Ruth ya conocía de antes esta relación informal entre Mad y la puntualidad. Mad, que ahora es Mad pero durante un año y pico fue Enrique, el nombre de pila por el que nadie lo llama en la comisaría. Algunos —los que hablan inglés— le dicen Loco, y otros tantos bromean con Mad Max y cosas así. La mayoría le conoce por Mad y le llama Maz (así se pronuncia en Madrid), que es al fin y al cabo como él se presenta. La cómica realidad es que su primer apellido es Madero; cosas del destino burlón.

Ya puestos a examinar lo que le rodea, Ruth aumentaría una pizca la iluminación y bajaría otro tanto el volumen de la música. Comprende que, para los camareros, el murmullo continuo de los clientes enredándose en el tintineo de la vajilla puede llegar a componer una melodía exasperante, y quizá esa emisora de radio de repertorio previsible y anodino les sirva de alivio y aun de analgésico. A ella le molesta, aunque tal vez se deba a que no tiene aún con quien hablar. La música de fondo es como un ultrasonido audible tan solo para los que padecen la falta de compañía. Lo de la luz, por el contrario, parece una tendencia difícil de vencer a corto plazo. Han proliferado sin aparente control decenas de cafeterías similares, bonitas en la misma medida que impersonales. Todas combinan la estética rústica de su mobiliario con las ínfulas modernas de sus productos, en una fusión que recuerda al auge de una cierta clase de turismo rural basado a menudo en la argucia del pastiche. Las mesas y las sillas se ven intencionadamente toscas y astilladas, con muescas y boquetes de sospechosa simetría y limpieza en el corte, como si las tajadas de madera arrancada pudieran haber sido utilizadas después como cuñas, mondadientes o troncos de lápiz. Las lámparas que cuelgan del techo son cazuelas de aluminio sujetas a un largo cable negro y con una bombilla famélica incrustada en su corazón. El halo amarillento que se desmorona y se expande como el polen por el aire apenas alcanza para leer la carta (un tríptico de grueso cartón plastificado e ilustrado con fotos de toda la gama de infusiones, batidos y sorbetes que sirve el local, tan parecido a un menú de cafetería como al muestrario de una empresa de papel pintado); suerte que Ruth, en este sentido, no es amiga de sorpresas. Sobra cualquier documento cuando tu paladar es un tirano, y la vitrina de la bollería es la razón por la que ha elegido este lugar para su cita.

Observa que la mayoría de las mesas están, como la suya, ocupadas por personas solas. En el recodo acristalado junto a la entrada hay una pareja, y desde su ángulo de visión alcanza a identificar dos grupos, uno de madres y padres, unos cinco o seis, con sus respectivos hijos (es la hora de salida de los colegios), más otro que es un trío de hombres con aburridos trajes y una —supone— aún más

aburrida conversación. Apenas quedan dos o tres mesas vacías, con lo que las nueve o diez que completan la superficie generosa de local son como islotes conquistados por un solo naufrago. Igual que uno de esos sitios donde se organizan citas a ciegas multitudinarias, se dice Ruth, aunque enseguida advierte que, salvo un hombre que lee el periódico, toda aquella gente sin compañía visible está al mismo tiempo conversando con alguien en la distancia. Teclean en su móvil con fruición enfermiza, y luego se quedan unos segundos mirando al vacío, esperando la respuesta. Cuando esta llega, otra vez a teclear y a esperar. Los hay que sonríen al leer lo que reciben, pero hay otros que no cambian el gesto. Puede que no soporten la idea de mostrar su soledad con semejante desnudez y necesiten por tanto dejar constancia de que hay alguien que les tiene en cuenta. El silencio nos asusta, se dice Ruth, sin saber muy bien hasta qué punto ella misma es parte o excepción. (Cómo se vería si alguien la hubiera filmado durante las últimas noches, cuando llega a casa y revisa la correspondencia virtual de Guillermo.) Nos importa más el ruido que la compañía, y a lo mejor por eso lo de la innecesaria música ambiental. Las palabras son una parte esencial de la conversación, pero no la única. Un diálogo es mucho más que su simple retórica. Todo ha quedado reducido al sentido de la vista; conversar sin oír la voz del otro, sin oler su perfume o su aliento, sin poder tocarse. Eso no es conversar. Es intercambiar informes. Ni siquiera la limitación obligada del sistema de mensajería se traduce en una apuesta por ir al grano, por ser claro y expresarse sin tapujos ni circunloquios. Lo que queda en los diálogos no es concisión sino simpleza, reducción de la expresión, monosílabos, abreviaturas y muñequitos. Guillermo llamaría a un exorcista si la oyera decir algo así. Le recordaría lo útil que resulta el WhatsApp para capear a los pelmazos y escabullirse de los compromisos molestos sin tener que airear la vergüenza pintada en el rostro.

Y le repetiría, seguro, que esa anacrónica prudencia respecto a la tecnología es más propia de un señor jubilado que de una mujer que anda por la cuarta década de su vida. Pero hay conversaciones banales que son los eslabones que sirven para unir a los seres queridos con sus buenos momentos. Lo que ella más añora estos días no son las charlas profundas con su novio, sino el simple hecho de poder mirarlo a los ojos mientras hablan. Su tradición de los e-mails está bien como sustitutivo, pero a largo plazo su efecto se debilita. Esto que tiene delante es un simulacro, un intercambio de monólogos teledirigidos y entrecortados. El espacio se ha saturado de palabras, y por ello tiene la impresión de que estas poseen cada vez menos valor. Una voz que se eleva por encima de la multitud es una voz que se hará oír; cuando todas las voces se alzan a la vez, el discurso se convierte en sonido ambiente.

¿Dónde se ha metido Mad?

Hay un constante e irresistible olor a café molido, y hasta eso parece producto de un ambientador o un efecto creado de manera artificial. El camarero trae el cortado y el vaso de agua que ha pedido Ruth para tomarse el antibiótico. Si tuviera que valorar el estado de la infección por la intensidad del dolor, ella se consideraría ya curada. Pasados unos cuantos días, la zona del tatuaje ha dejado de abrasarle la piel del brazo. Lo que siente ahora se parece al hormigueo de un desentumecimiento. Centenares de insectos nerviosos sepultados bajo la losa del apósito, que Ruth ha ocultado eligiendo una blusa de manga larga. Las preguntas y respuestas que va a intercambiar aluden a inquietudes más serias que los contratiempos de grabarse un dibujo sobre el bíceps.

Vamos, Mad, no me dejes colgada hoy. Ya nos hemos perdonado todo, hace tiempo, no vayamos ahora a comportarnos como niños.

La impuntualidad no es la única razón de esta ansiedad, de las ganas que tiene Ruth de solventar el trámite. Va a pedir otro café, porque se ha bebido el cortado en dos tragos y este lugar es de esos en los que se dan más prisa en enseñarte la cuenta que en mostrarte la carta.

Por fin. Ahí está. Lo ve al otro lado del cristal que delimita todo el costado oriental de la cafetería. Está parado y mira hacia arriba, supone Ruth que confirmando el nombre del local, o tal vez el de la calle. Se pone de pie y le hace aspavientos desde dentro, confiando en que Mad se fije en ella. Él

continúa inspeccionando la parte superior del edificio, llega a dar una vuelta completa sobre sí mismo y después, al fin, camina unos pasos hasta alcanzar el chaflán, donde está la entrada. Ruth no se ha sentado, pero ya ha dejado de mover las manos como una azafata explicando las medidas de seguridad del avión. Al entrar, Mad repara en ella sin dificultad. Asiente y sonríe, igual que si hubiera hallado la cruz en el mapa del tesoro, y camina directo hacia la mesa.

—Oye, disculpa —dice, antes de darle un abrazo no demasiado fuerte aunque cálido, y después dos besos de los que suenan—. Me han liado. Y nunca había estado en este sitio...

—Da igual, anda —concede ella, y se sienta rápido para que él la imite.

Mad se frota las manos mientras murmura el nombre de ella tres o cuatro veces seguidas, coqueto y a la vez misterioso, o tal vez solo nervioso.

—Gracias por venir. Pero es que no podíamos hablar de esto allí, como ya te imaginarás.

—Me imagino —dice él, que parece interesado en demorar el momento de ir al grano—: pero, cuéntame, cómo te va, qué es de tu vida.

—Coño, Enrique. —Sí, le ha llamado por su nombre; la costumbre se pierde, pero no la familiaridad. En su mente es Mad desde hace mucho, pero tenerlo en frente es otra cosa—. Te he pedido un favor, lo sé, bastante difícil ha sido ya. Si quieres, me dices sí o no, o lo escribes en una servilleta de estas, como en las pelis de espías. O no me haces el favor y yo lo voy a entender igual. Es para lo que hemos quedado; no tenemos catorce años.

—Nunca los hemos tenido —y rectifica—: quiero decir, cuando estábamos juntos ya éramos grandecitos, Ruth. Y no me jodas tú a mí. Estoy siendo amable, tampoco me tomes por idiota.

Se acerca a la mesa una camarera para tomarles nota. Mad pide un café con leche y se informa sobre las variedades de repostería. Ruth lo imita, y ambos terminan pidiendo lo mismo: una magdalena de chocolate rellena con crema de cacao y avellanas. Esta era una de las no demasiadas afinidades que compartían cuando anduvieron liados.

—Perdona —se disculpa Ruth, que echa la espalda hacia atrás y se hunde un poco más en el incómodo asiento—. Te figurarás que ando algo inquieta estos días —continúa, dulcificando el tono. Una vez oyó en una película que el único amor que dura siempre es el amor no correspondido. Algo similar pasa con la condición de examante. Es como un cargo vitalicio, con las contraindicaciones que ello conlleva, y aunque se sigan acumulando años, experiencias y parejas.

—Escucha. Poco te puedo decir. —Las manos de Mad han desaparecido de la vista, bajo la mesa—. Y, bueno, lo cierto es que de lo que te interesa no sé nada.

Mad lleva más de una década en la unidad de científica. De ahí lo conoce Ruth, y de sus constantes colaboraciones en cierta época para atribuir identidades a pelos, flujos y otros miembros de la familia del ADN surgió el acercamiento más íntimo.

—Ya. ¿Y podrás...? O sea, más adelante.

—No, verás —Mad baja el volumen de la voz; pareciera que en efecto le vaya a revelar el secreto que ansía conocer—. No sé si es una buena noticia, imagino que sí, pero creo que la razón de tanto secreto es el propio chico. El herido.

—No lo entiendo.

—Pues que la bala... —Mira a su espalda al pronunciar esta palabra, un movimiento mecánico—. La bala —repite, en voz aún más baja— no importa tanto, o no lo parece. Es mera intuición, por lo poco que sé, pero de lo que sí estoy seguro es de que andan investigando algo del chaval.

—Pero él no era del grupo. De los de la redada, me refiero.

—Lo sé. Ahí está lo raro, supongo.

Llegan las magdalenas y el café, y Ruth y Mad interrumpen su charla de golpe. Se quedan como pasmados, mirándose, igual que dos jugadores de ajedrez tanteando el próximo movimiento. La camarera deja todo en la mesa sin abrir tampoco la boca. Antes de irse, los mira con sorna y sonríe.

Me importan una mierda vuestros secretitos; no tenéis catorce años. Eso habrá pensado, en el mejor de los casos.

—A ver si me aclaro, entonces —dice Ruth, ansiosa, y concentrada a la vez en la maniobra de sacarle el envoltorio inferior a la magdalena—. No tienes ni idea de si se sabe ya lo de la bala, pero hay algo extraño en el hecho de que aquel chico estuviera allí, y por eso la demora.

—Algo así.

—Vale. Eso es más o menos lo que ya sabía yo.

—Pues lo siento.

—Oye, que no te estoy reprochando nada.

—¿Y quién ha dicho que sí? —protesta Mad, mientras vacía el segundo sobrecillo de azúcar en la taza de café. Su magdalena sigue intacta.

—Da igual. Pero la cuestión, es decir, tú no sabes nada... ¿pero sabes si ellos sí? No insinúo nada, que conste, pero ¿es posible que lo sepan y no te lo quieran o no te lo puedan contar?

—Dame unos días —ofrece él. No suena a promesa muy firme; es más bien que se siente avasallado—. Te juro que, en cuanto pueda, intento averiguar algo y te lo digo. A lo mejor te enteras tú antes que yo y todo. Algo te van a decir, es lo que procede. Entiendo que estés impaciente, pero así no solucionas nada.

—Nos ha jodido. Ni que lo hiciera aposta.

—A esto me refiero, Ruth. Me pides un favor y me tratas para el culo. Suerte que nos conocemos —apostilla, y sumerge los labios en la taza de café.

—Perdona, perdona. —Ruth agacha la cabeza y regresa a la magdalena para darse un descanso.

Retirado el papel de la base, la siguiente fase del ritual es la división en dos partes. Podría recurrir al tópico para negar la existencia de Dios. Los bebés que mueren, los niños que nacen con malformaciones. Todos esos pequeños inocentes a los que ha intentado proteger o salvar. El solo hecho de que exista la planta de oncología infantil en un hospital ya justifica, no el ateísmo, sino el antiteísmo. Sin ponerse tan trascendental, baste ver esto (al seccionar la magdalena por la mitad, el bizcocho se separa suavemente, dejando escapar el espeso relleno de cacao como un lengua de apetitosa lava); que esta cosa deliciosa pueda ser per-judicial para la salud arruina cualquier teoría sobre divinidades o inteligencias superiores.

—Si quieres mi opinión —dice Mad—, creo que te estás preocupando en exceso. Pase lo que pase, fue un accidente, es lo que me dijiste, ¿no? Pues listos. Si no nos ayudamos entre nosotros, ya me dirás.

—Lo que tú digas. —Ruth traga el último pedazo de magdalena antes de continuar—. Pero yo me quedo más tranquila si mi pistola no tiene nada que ver.

—Me rindo. —Mad da un nuevo sorbo al café, pero no termina de decidirse a comer. Agarra la magdalena y la hace girar entre los dedos hasta que estos comienzan a tiznarse de chocolate derretido—. Y mantengo lo dicho: si me entero de algo, te aviso.

—Más te vale —replica ella, en un intento por bromear, o por zanjar la cita de un modo que no parezca una segunda ruptura.

—Eres la hostia, inspectora Cuevas.

Ya está. Ya pasó. Esa sonrisa como elástica, que le achina los ojos y le tensa la barbilla, un gesto ensayado cada día sin descanso desde que alguien —lo mismo hasta fue ella— le dijo que le sentaba bien o que lo hacía atractivo; el impulso ancestral de ser seductor, y la necesidad de amortizar los implantes dentales.

—Y ya que lo has preguntado, pues sí, me va bien. En cuanto mi novio vuelva de viaje, vamos a mirar lo de irnos a vivir juntos. Ya tocaba, ¿no?

—Claro —dice él, y arranca por fin un pedazo de su magdalena. Lo sopesa un segundo y después

se lo mete en la boca.

Una mujer casada. La policía la ha interrogado durante una mañana y después la ha dejado marchar. Ella ha tenido que decir en el trabajo que le ha surgido una urgencia médica, y a su marido le ha hecho creer que ha ido a trabajar como cada día. El hijo, por suerte en este caso, tiene unos diecisiete años de manual, y cuanto menos sepa de sus viejos y menos se preocupen estos por él, mejor. Poca cosa ha podido aportar el testimonio de la mujer. Ha afirmado, eso sí, que no congeniaron. Ha corroborado lo dicho por Reyes K. en televisión. Si la intención de Fernando era conquistarla, desde luego que se le daba muy mal. Solo habló de sí mismo, y cuando ella intentó compartir lo mínimo que se requiere en estas situaciones, la cara de él era la del que está pensando en sus cosas. Se terminaron sus copas por pura cortesía y él la acompañó hasta una parada de taxis. Antes de subir al taxi, y aunque no lo mereciera en absoluto, ella le ofreció su paraguas para que no se mojase de vuelta a casa, pero seguro que él lo interpretó como una excusa para volverse a ver, y lo rechazó. Y ya está. Esto es todo.

De momento, se respeta la intimidad de la mujer. Tan solo se filtra a los medios la confirmación de que la cita que tuvo Fernando horas antes de ser atropellado no aporta ninguna pista relevante para la investigación.

Algunas cadenas de televisión confiesan que han tentado a Mariona, la exmujer de Fernando, pero que esta ha rechazado todas las ofertas y se muestra firme en su decisión de no acudir a ningún programa ni hacer declaraciones. Lo único que ha podido saberse es que vive desde hace años en Alicante, que se casó y tiene dos hijos. La posibilidad de que esté relacionada con el suceso es más que remota, pero aun así la cotización de su presencia en un plató se mantiene muy alta.

Varios de los viejos amigos de la universidad han hablado para algunos medios. Sus testimonios no pasan de ser lugares comunes de asombrosa pobreza. Un tío de puta madre. Un chico normal. Un buen compañero. Un buen estudiante. A lo único que han contribuido es a fortalecer las objeciones y ataques de los medios que ya se han posicionado en el bando de los escépticos o incluso en el de los contrarios. Un diario de tirada nacional publica en la edición de hoy un listado de exalumnos del Colegio Mayor Cid Campeador de distintas generaciones que han protagonizado escándalos o han sido procesados. La lista incluye cerca de cien nombres, entre los que hay directivos de clubes de fútbol acusados de fraude, cargos públicos diversos imputados en casos de malversación y estafa, empresarios de todos los sectores con denuncias de todo tipo, incluido el famoso responsable —todavía en busca y captura— de las academias de idiomas que huyó con el dinero de sus clientes y el no menos célebre dueño de los concesionarios de coches usados que vendía carrocerías de alta gama con motores de tercera división y que fue detenido en el aeropuerto Oliver Reginald Tambo de Johannesburgo, al ser identificado entre los componentes de una multitud bulliciosa que celebraba el triunfo de la selección española en el Mundial de Fútbol de Sudáfrica.

Facha, pijo, niño de papá que estudió la carrera en un colegio mayor de fachas, pijos y niños de papá. No ha hecho falta mucho tiempo para tener equipos hiperactivos de periodistas investigando los negocios hoteleros de Fernando. En cuestión de pocos días las redacciones reciben una nueva versión que desmiente el relato elogioso del tío Jaime. Las fuentes coinciden casi al cien por cien en los hechos previos a la separación matrimonial. Nadie duda de que Fernando fuera estafado por su

socio. Sin embargo, los motivos de su ruptura sentimental ya no parecen tan diáfanos. Sobre todo, el argumento simplificado de que «ella lo dejó» precisa ahora aclarar ciertos antecedentes que podrían transformarlo en «ella lo tuvo que dejar». Hay que andarse con cuidado, pues en ningún caso se sugieren episodios de violencia en la pareja. Lo que sí parece contrastado y apoyado por evidencias tanto testimoniales como documentales es el problema que habría sufrido Fernando con el alcohol y tal vez también con la cocaína. Nadie lo ha calificado abiertamente de adicto, pero las fuentes consultadas describen a Fernando como una especie de consumidor esporádico masivo. Y, en el periodo que iría desde el fracaso de su proyecto empresarial hasta su divorcio, la tendencia se inclinaría más hacia lo masivo que hacia lo esporádico.

Así las cosas, la verdadera razón por la que Fernando cruza el océano y se instala en los Estados Unidos es su ingreso en un recinto que no deja de ser una granja de desintoxicación, si bien la lógica discreción que sus usuarios demandan a cambio de unos precios cósmicos lo publicita como centro de reposo. Se cuenta que Fernando pasa aquí entre dieciocho y veinte meses, y que al abandonar el internado con síntomas de notable mejora es cierto que se propone buscar empleo en el sector de la hostelería. Lo que ya no se ajusta tanto a la realidad es que renunciara a la ayuda familiar, pues tanto el centro de negocios de Dallas como los contactos que finalmente no prosperaron en la costa californiana eran negocios pertenecientes a conocidos de su padre. En lo que respecta al resort mexicano, podría decirse que Fernando hizo la labor del clásico hombre de paja, y que más allá de que el Alzheimer de su padre sea una verdad científica demostrable, su regreso a España se debió a la investigación llevada a cabo en el país centroamericano, en colaboración con las autoridades españolas, sobre fraudes relacionados con la multipropiedad, una modalidad de negocio turístico que tuvo su auge en la época en que Fernando emigró y del que, según las pruebas recabadas, su progenitor habría intentado sacar provecho por medio de identidades falsas y sociedades fantasma.

Por primera vez en todo este tiempo, hay quien empieza a plantearse si sobrevivir es de verdad lo mejor que podría pasarle a Fernando.

Sus predicciones casi aciertan de pleno. No fue al amanecer, pero los primeros invitados en abandonar la fiesta lo hicieron pasadas las cinco. En poco más de una hora, el resto ya estaba fuera. Fernando, del mismo modo que había hecho al entrar, apareció con el último grupo en salir. La sensación al volver a verlo se reprodujo algo atenuada. Las horas transcurridas y la protección ilusoria del parabrisas influyeron sin duda. Quedaban unos seis o siete individuos a la entrada, que parecían tratar de convencer a Fernando para que los acompañase a algún sitio. Lo más seguro es que esa pandilla mínima decidiera continuar la fiesta en otro lugar. Aguzó lo que pudo la vista para terminar de asegurarse de que ninguno de aquellos rezagados eran el de la cara marcada o el otro secuaz. Entonces se le ocurrió algo que, si bien no tenía garantías de éxito, podría quizá aportarle una pieza más para armar el rompecabezas. Sin bajar del coche, hizo una foto del grupo con el móvil. Había usado el zoom, por lo que el resultado de la instantánea, entre lo rudimentario de la herramienta y la iluminación general del entorno (la luz de la fachada del salón ya estaba apagada, y solo permanecían encendidas las farolas de ambas esquinas), no fue muy bueno. Lo intentó de nuevo, haciendo la foto sin zoom y ampliando después la copia en el mismo móvil. La textura de la imagen mejoró, pero no lo suficiente. Ya era complicado discernir los rasgos más simples de aquellas caras, como para entretenerse en la tarea inútil de detectar la cabeza de un caracol estampada en un mentón.

Vuelta al plan inicial. Iba a seguir a Fernando, por lo que se sorprendió rogando para que no aceptara el ofrecimiento de los otros. Es lo que sucedió tras unos minutos más de infructuosa negociación. Fernando enfiló el camino de vuelta por el mismo lugar por donde lo había visto aparecer. Con una mano de nuevo temblorosa, accionó el contacto y puso en marcha el coche, despacio, sin encender los faros. Si Fernando sospechaba que lo seguía, adiós plan perfecto.

Caminaba lento y con la característica torpeza disimulada del que ya posee un grado de maestro en el ejercicio de volver a casa borracho. En ese estado no parecía razonable que fuera en busca de su coche, pero quién podía saberlo. Lo adelantó acelerando por una calle paralela, y al cruzar por la primera perpendicular lo vio, a unos metros, andando como un zombi o como un turista extraviado. Detuvo el coche un poco más adelante, y desde ahí observó cómo Fernando doblaba por la misma perpendicular que había tomado él, en dirección a la avenida más ancha, donde el tráfico, aunque no era aún muy profuso, empezaba a ralear a medida que se acercaba la salida del sol. Mantuvo el coche parado y apagado, de modo que cuando Fernando pasó a su lado ni se percató de que podría haber alguien dentro. Le dio una ventaja mínima, y arrancó de nuevo con la misma cautela que unos minutos atrás. Al alcanzar la esquina de la avenida con aquella calle, Fernando alzó el brazo y paró un taxi. Vaya. Así que era eso. Un tipo responsable. Si bebes, no te pongas al volante. Ahora sí que no tenía sentido disimular, pues corría el riesgo de perder a su objetivo. Pisó el acelerador, atravesó el cruce sin mirar si el disco estaba rojo o verde, y alcanzó la posición apropiada para seguir al taxi sin que este advirtiera nada raro.

Es difícil seguir a un coche que no sabes a dónde demonios se dirige. Temía sobre todo los semáforos, que uno de ellos le obligara a pararse cuando su perseguido continuara, y que ello ocasionara la pérdida de su rastro. Tampoco es fácil mantener la persecución en la clandestinidad cuando la circulación es escasa y los conductores aprovechan para burlarse de los límites de

velocidad. Otra posible traba era la hipotética necesidad de tomar alguna vía rápida o la carretera de circunvalación —no habría sido extraño que Fernando viviera en una urbanización de las afueras—, pero por fortuna el recorrido culminó en la zona norte de la ciudad. Al empezar a zigzaguear por calles más estrechas la probabilidad de ser descubierto aumentaba, así que decidió que se detendría en el siguiente semáforo y se fijaría bien en la dirección que tomaba el taxi.

Lo vio perderse al girar a la derecha, y tomó nota mentalmente del entorno. Para ser su primera patrulla, no estaba mal. Reducía bastante el radio de acción. Se quedó con el coche arrimado al bordillo de la acera, delante de una salida de garaje que esperó no iniciara su trasiego hasta más tarde. La mejor noticia fue que, apenas tres minutos después, el taxi cruzó por la calle de enfrente y en la dirección opuesta. Eso significaba que, contando con la llegada al portal, los trámites del pago y la bajada del coche, Fernando no podría vivir a mucho más de un par de manzanas de allí.

El siguiente paso parecía claro. Merodear la zona, en distintos días y diferentes horarios, hasta verlo aparecer. No hacía falta pillarlo justo saliendo del portal. Se suponía que iría a comprar, o al banco; que su presencia en aquel barrio no se limitaría a salir de casa, coger su coche o un taxi y alejarse de allí. Era emocionante comprobar cómo cada día sumaba nuevos avances, y, sin embargo, la duda principal seguía desplumando sus alas. Porque una vez lo encontrara y fuera capaz de abordarlo, ¿qué haría? ¿Quedarse paralizado por el miedo? ¿Provocar una bronca callejera?

Pasó unos días manejando estos y otros interrogantes. No tenía sentido seguir merodeando si después le tocaba improvisar cuando tuviera delante a Fernando. Fue por entonces cuando recuerda haber considerado por primera vez eso que tantas veces había oído y que parecía una máxima aplicable tan solo al universo de la ficción: si no hay arma, no hay crimen. De pronto le pareció una buena idea matarlo con el coche y luego deshacerse de este. Una forma de matar cobarde, claro. Sin dar la cara, eludiendo el cuerpo a cuerpo, con el adversario en desventaja. Justo lo que merecía. Qué mejor manera de restablecer el equilibrio que escribir su venganza con un palíndromo.

Siguiente prioridad: cómo deshacerse de un vehículo sin que nadie se entere ni quede registro de ello. Las alternativas más obvias (quemarlo, despeñarlo por un barranco) eran a su vez escandalosas; daban la impresión de dejar demasiadas pistas. Y estaba el seguro. Cualquier daño o accidente tendría que ser denunciado... Imposible. Así pues, la única opción con garantía absoluta era hacer desaparecer el coche, en sentido literal. Desintegrarlo. Que dejara de existir como elemento material. Con la compañía aseguradora no podía contar, pero sí con quien había sido su agente. Tito, además del gestor de sus seguros, era un viejo conocido, el hijo de unos amigos de sus padres. Una de esas amistades sobrevenidas por cuenta de terceros y que suelen perderse con el curso natural de la vida hacia la edad adulta. Tito, en cambio, reapareció años más tarde, cuando, recién casados, él y su exmujer empezaban a poner en orden los trámites menos románticos de lo que imaginaban sería una relación perdurable en el futuro. Saber que Tito —imposible recordar si su nombre sin comprimir era Ernesto, o tal vez Roberto— era agente de seguros fue suficiente para que le confiaran la protección del coche y la casa. Lo que solo él sabía era que, además de un profesional de la mediación, su viejo amigo era un cocainómano acostumbrado a recurrir a la estafa para mantener su negocio y su estatus, y que eso incluía sus actividades lúdicas (y caras) durante la madrugada. Quizá no fuera una decisión responsable poner en manos de Tito la seguridad de sus bienes, pero el destino reclamaba ahora lo idóneo que era tener un conocido experto en darle por el culo a la legalidad.

Para no arriesgar demasiado, contactó a Tito con la excusa de querer sacarle unos cuartos a la compañía aseguradora. Dado que él ya no era intermediario y por tanto no cobraba comisiones, supuso que no pondría pegas. Le dijo que necesitaba a alguien que supiera provocar de manera creíble los efectos de un accidente escandaloso, conseguir que le indemnizaran por un siniestro total, porque con el divorcio y demás contrariedades andaba más que escaso de dinero. Lo primero que le propuso Tito fue participar en una carrera nocturna. Se celebraban todas las semanas, por lo general en la carretera de El Pardo, y de ahí podía sacar mucha pasta, tanto conduciendo como apostando.

Cuando se lo estaba contando, Tito se sacó un fajo de billetes de cien del bolsillo del pantalón y se lo mostró presuntuoso, igual que un proxeneta o un vulgar camello. Era una forma de ganar dinero con el coche sin tener que destruirlo. Le aclaró incluso que quienes participaban en esas carreras ilegales no eran macarras de mala muerte, sino, principalmente, «gente como nosotros, con ganas de darse un pasote y sacarse una pasta»; esa fue la explicación exacta.

Ni siquiera se lo pensó, y lo rechazó de inmediato. Le agradeció la propuesta a Tito, y le insistió en que lo más sencillo y sensato era el chanchullo del falso siniestro. Así pues, Tito le facilitaría el contacto, aunque antes debió completar el precio del favor aceptando beberse una botella de whisky —allí mismo, en su oficina—, y acompañarlo con un par de rayas de coca, que no probaba desde antes de casarse. Debería haber sido una juerga. Whisky, farlopa, hablar de los viejos tiempos, de chochos, de negocios... Comprobó, muy al contrario, que el Tito desfasado era aún peor que el sobrio estafador que ya conocía. Su discurso y sus movimientos inspiraban violencia, desprecio por todo lo que mencionaba, incluidos el dinero, las mujeres y todo aquello que en teoría le hacía presumir de ser un gran vividor. Fue inevitable asociar ese comportamiento, esa misantropía fanfarrona inflamada por el alcohol y la droga, con la amenaza intangible y a la vez acuciante que había presentado la otra noche, escondido tras aquella esquina y con las piernas trémulas de terror. Si fuera hoy, si por la razón que fuese tuviera que visitar a Tito en ese despacho casposo y compartir con él un trago o un tiro, seguro que obraría de manera bien distinta; es más que probable que lo mataría, que le reventaría su careto de fantasma y le haría tragarse todos los fajos de billetes que llevara encima.

La visita al conocido de Tito no es que resultara, por previsible, un episodio más agradable. Tuvo que desplazarse a un lugar ignoto del extrarradio, uno de esos rincones proscritos del interés y hasta del vocabulario de sus allegados. Los barrios que nunca deben pisarse porque la miseria es contagiosa y, en según qué grado de contacto, incluso mortal. Se trataba de una casa particular, en concreto un piso interior y angosto en la planta sexta de un edificio de los años sesenta, un mazacote empachado de hormigón que cerraba una fila de cuatro bloques gemelos frente a un parque infantil conquistado por el óxido y las cagadas de pájaros. Allí, con su indisimulable pinta de intruso y de niño bien rebajado a aprendiz de navajero, soportó el ridículo y las chanzas al límite, resistió al menos media docena de veces la tentación de salir pitando, y, tal como se repitió días después en el desguace, sufrió la réplica de su experiencia como centro de atención cuando quien te rodea no pretende rendirte homenaje, sino recordarte que el que paga eres siempre tú. Por supuesto, le sacaron todo el dinero que llevaba a fuerza de comisiones oficiosas y otras intimidaciones más o menos improvisadas. Todo a cambio de una simple dirección, de la ubicación del desguace donde le iban a pedir más dinero, mucho más del doble de lo que ya había soltado.

De regreso, supo que si estaba conduciendo su coche de vuelta a casa era porque dicho automóvil era el objeto principal de todo el chanchullo, y aun así dudó de qué habría sucedido de haber permanecido más tiempo en aquel lugar. Y no pudo evitar la especulación sobre qué provecho le habrían sacado Fernando y su camarilla a aquellos columpios roñosos y ese pavimento salpicado de excrementos.

A Fernando lo localizó por fin una tarde, parado en el mismo semáforo donde se detuvo la noche de su primera persecución. Lo observó cruzar la calle, con una bolsa de compra en la mano, como si fuera un ciudadano inofensivo más, un tipo corriente que ha ido al supermercado y regresa a casa para preparar la cena, para jugar o bañar a sus hijos y quedarse dormido delante de la tele.

No fue difícil seguir su ruta hasta confirmar cuál era el portal. Sintió el vértigo que acompaña a la inminencia de ciertas decisiones. En el fondo se había acostumbrado a los preparativos, y reconoció que en los últimos días se había comportado como si los prolegómenos constituyeran en realidad el plan en sí mismo. Había llegado el momento de establecer un día y una hora. Aquello que en el lienzo abstracto de su imaginación lucía como un acto sublime de justicia tenía que rebajarse al trazo grueso

de un asalto por sorpresa en una calle oscura.

Lo siguió desde que dejó su casa a media mañana. Esperó fuera del restaurante donde Fernando comió con otros dos fulanos que no le sonaban de nada pero que, por aspecto y edad, bien podrían ser un par de aquellos antiguos colegas de estudios con los que se reencontró en la cena. Ninguno de ellos tenía un antojo en la barbilla.

Más tarde lo vio pasear por los alrededores del Parque del Oeste y el Templo de Debod, solitario, de esa forma inequívoca que delata a quien está perdiendo el tiempo o, como resultó ser al final, quien está dejando pasar el tiempo hasta la hora de hacer algo concreto o planificado. Ya anochecido, se repitió la necesidad de seguir al taxi que Fernando paró para dirigirse esta vez a un restaurante mexicano —¿añoranza de su pasado como directivo hostelero?—, del que salió al cabo de tres horas acompañado de una mujer. Llovía desde hacía rato, y en los últimos minutos el agua arreciaba como si también quisiera vengarse de algo. Ella desplegó su paraguas y los dos caminaron unos metros cobijados, muy pegados el uno a la otra. ¿Sería su novia? ¿Un ligue ocasional? Cualquiera amago de felicidad sumaba cien grados de temperatura en el fervor de su ira. En la misma acera había una fila de taxis estacionados. Se preparó para afrontar la enésima versión de la caza del taxi, pero se equivocaba. La mujer sostenía el paraguas con una mano, y con la otra la puerta abierta del primer vehículo de la fila. Fernando movía los labios; negaba con la cabeza y, era de suponer, también de palabra. Ella cerró el paraguas, le tendió la mano y se metió en el coche. Fernando, por su parte, corrió a refugiarse en un portal. Un apretón de manos, bastante lánguido, además. Nada de besos. Nada de novias. Nada de sexo. Qué pena, se dijo con ironía; tu última noche y te dan calabazas.

Ya no se libra ni el tío Jaime. La información se da por vez primera en el magacín matinal, más bien de pasada y sin ahondar demasiado, y se desarrolla con mayor profundidad e indisimulada delectación en un conocido espacio dedicado a las ciencias ocultas que se emite los viernes por la noche.

Se vincula a Jaime Pardo con una congregación sin nombre conocido que se reúne periódicamente para realizar avistamientos de ovnis. Como no podía ser de otra manera, se adjuntan pruebas gráficas, la mayor parte de ellas confusas, aunque hay una fotografía en la que se reconoce sin ningún tipo de duda al tío Jaime, algo más joven y también más delgado, formando un corro junto a otros individuos en un lugar cualquiera de lo que parece un típico y yermo paisaje castellano. En este programa lo que menos importa son las pruebas, por supuesto. Se parte del hecho de que uno creerá o no en lo que allí se cuenta como quien se lanza al vacío sin paracaídas y habiendo sido avisado con anterioridad de que no dispone de asidero ni colchón alguno. Se supone que algo así no debería hacer tanto daño como otras noticias que se han sucedido en los últimos días sobre escándalos, corruptelas y engaños, pero llegados a tal punto del proceso de desenmascarado y escarnio de la familia Pardo-Díaz del Río, cualquier mínimo detalle, hasta un mal chiste, sirve para hundir la nave un poco más, aunque sea un centímetro.

Haciendo un estudio general apresurado, se puede afirmar que solo queda una cadena de televisión que continúe posicionada con claridad a favor de Fernando. Es la única que da cobertura a las intervenciones del tío Jaime desde el hospital, que han pasado a ser dentro de la crónica de sucesos tan rutinarias como lo es el parte meteorológico en la agenda de contenidos de un telediario.

Da la impresión de que el conocimiento público de la peculiar afición del tío Jaime por detectar aterrizajes extraterrestres tiene como finalidad principal la de ridiculizarlo. Y si hay que creer que nada de lo que se decide y se muestra en los medios de comunicación es desinteresado, no cuesta imaginar que las airadas y pomposas palabras de Jaime Pardo ante los micrófonos empezarán a sonar grotescas e hipócritas. El retrato del tío Jaime que pinta la actualidad ya no es el del portavoz de la indignación popular, sino el de un hombre frívolo y pueril que persigue marcianitos mientras su sobrino agoniza y el *asesino* anda suelto.

Mientras la policía no descubra nuevos indicios que hagan avanzar la investigación, el debate sobre el caso de Fernando quedará estancado en el guión vulgar de un culebrón familiar. El núcleo de interés se ha situado de pronto lejos del agresor. Ya no interesa tanto cazarlo y conocer su identidad como destapar todos los secretos que esconde la familia de Fernando. El público sigue indignado porque es su estado natural frente al televisor, pero el motivo está poco a poco derivando de la injusticia a la decepción por haber sido engañado.

Se ha pasado la mañana vistando de forma tan asidua como aleatoria webs educativas y foros de profesionales de la pedagogía y la enseñanza. Aún no le han confirmado la fecha de su primera charla, pero necesita entretenerse, y de paso no le vendrá mal algo de entrenamiento y conocimiento de la materia. Al llegar a la comisaría tenía ya los manuales teóricos sobre la mesa, y lo primero que ha hecho es echarles un vistazo. Se parecen más a las instrucciones de una lavadora que a una verdadera guía para gestionar el comportamiento humano defectuoso. No es lo mismo leerle la cartilla a un gamberro cuando lo trincas en plena calle que ir a darle lecciones de civismo a su propia casa, donde es más que seguro que se sentirá protegido por su camarilla y con las espaldas cubiertas por el muro infranqueable de la tradición. Y eso contando con que, obviamente, no será solo uno. En el auditorio o la sala de actos habrá a buen seguro más, infiltrados entre las víctimas potenciales o reales, y ya le han advertido de que la postura de los profesores y el personal de la institución no siempre es transparente. En condiciones normales, serían sus anfitriones, pero cabe la posibilidad de que se encuentre con un recibimiento hostil, y si bien las auto-ridades del colegio nunca van a defender a los presuntos agresores, los terminarán encubriendo mediante la negación. Por favor, aquí no. Esas cosas siempre pasan en otros sitios.

Seguro que en la escuela donde ella estudió ocurría. Que no le tocara sufrirlo debió de ser una simple cuestión de suerte. Sí recuerda que sus padres aún iban a buscarla a la salida siendo ya grande, y la vergüenza que ello suponía. Quizá aquello la acercaba sin saberlo al punto de mira de los niños más crueles, pero fuera por lo que fuese se libró. Tampoco ejerció nunca de árbitro ni de abogada defensora de causas perdidas. El suyo no era uno de esos casos que se veían venir desde la infancia.

Ruth no fue a parar a la policía por vocación, sino por la misma desesperada necesidad que envió a otros de sus contemporáneos al ejército o al tedioso despacho de un ministerio o una consejería. De más joven había soñado con la gloria del deporte y, años después, con la idealizada y tramposa versión cinematográfica de la abogacía, exenta de épica —y casi siempre de ética— en la vida real. El derecho se le hizo espeso ya en el primer curso, y se convirtió en un mazacote imposible de tragar antes de llegar al ecuador de la carrera. Ahí mismo, en la mitad del camino, fue donde apareció la alternativa del oficio policial. Tal vez sus ideas más íntimas no encajaran demasiado con el estereotipo del agente de la ley, pero algo en su carácter recomendaba un empleo que garantizara dinamismo y aire libre. La perspectiva de enmohecer sus días a base de burocracia institucional era digna de suicidio.

Así

Es posible que no esté siendo del todo justa. La sustancia del pesimismo tiende a espesarse con la agitación existencial de la edad adulta, y a lo mejor está siendo selectiva en su contra. Está segura de que fueron numerosas las tardes eternas jugado sola en su habitación, o leyendo tebeos, o pintando. Cuesta más ser precisa con la edad: quizá los últimos cuatro o cinco años de la EGB. Siendo algo más pequeña, sin embargo, recuerda las visitas del sábado por la tarde a casa de sus abuelos, que vivían en Chamberí, un corto viaje en metro de ida, y de vuelta a casa, a mitad de camino, una parada en la

cafetería Nebraska, donde sus padres la miraban comer con ansiedad rapaz un perrito caliente (ellos no pedían nada; si acaso, su madre le robaba un par de sorbos de la Fanta de naranja). Y por mucho que quiera esforzarse, no alcanza a rescatar muchos más momentos como ese, los tres —papá, mamá, la niña Ruth—; siempre que viaja a esa franja de su pasado se ve paseando de la mano del uno o de la otra, pero rara vez de aquel modo, los tres juntos, fuera de casa y lejos de sus juguetes, sus cuentos, sus pinturas de cera.

La versión que prefiere de su padre es la de uno de esos mediodías en los que la llevaba al colegio después de comer, a las clases de la tarde que eran como los jugadores suplentes de un equipo sin aspiraciones (gimnasia, religión, dibujo), y la sorprendía con un desvío para ver los trenes de la estación de Chamartín o los exteriores del Santiago Bernabéu, o le compraba un polo clandestino que le teñía la lengua de rosa o de verde y que apenas tenía tiempo de terminar antes de entrar a la primera clase. En el reverso de esa misma moneda sacada del cofre de los tesoros infantiles está su madre, quien, a diferencia de su marido, no era el aventurero que cogía su mano para arrastrarla hacia lo inesperado y lo prohibido, sino el obrero eficiente que siempre aparecía para apagar el fuego, tapar la grieta o espantar al bicho. La fiebre, el hambre, el frío, el sueño; contra todo se atrevía su madre porque nunca había perdido una sola batalla. Y de igual modo que el recuerdo de su padre la traslada a una estación de tren o un estadio de fútbol en las horas previas a las tediosas clases vespertinas, la mano de mamá emerge con idéntico ímpetu del túnel del tiempo y la lleva a pasear por los puestos del mercado, donde la madre presume de hija y el frutero le regala a la niña mandarinas a cambio de un beso embarazoso. O aquel otro día en que la llevó al oculista y le pusieron aquellas gotas en los ojos que le hacían ver borroso, y para compensarlo desayunaron cruasanes a la plancha con mermelada en un bar de Bravo Murillo, y después fueron a los grandes almacenes y su madre le compró un cochecito amarillo de latón (un taxi de Nueva York, aunque Ruth no lo supiera en aquel momento) y una carpeta de anillas estampada con personajes de dibujos animados en sus colores originales (en el televisor todavía los veían en blanco y negro).

Es imposible fijar con exactitud el momento en que las vivencias comunes se van espaciando y el tiempo libre de Ruth se va acumulando entre las paredes de su cuarto de forma casi exclusiva. Calcula que a partir de los diez u once años, esa edad en la que los niños desarrollan un exacerbado sentido de la vergüenza y el pudor. Fue en ese trance de la pubertad cuando la soledad se aferró a ella con mayor enjundia, y más de una vez se ha preguntado si tendrá algo que ver con la ausencia de instinto maternal o, como Guillermo le señaló con perplejidad en cierta ocasión, con el hecho de que jamás manifestara el deseo de tener una mascota, ya fuera como simple capricho (qué niño normal y corriente, con hermanos o sin ellos, no lo ha deseado alguna vez).

En una época en la que todo el mundo anda desquiciado por las redes telemáticas en busca de reencuentros con antiguos compañeros de colegio y viejos romances de verano, Ruth no siente ni añoranza ni curiosidad. Seguro que regresar a los pasillos y las aulas de una facultad, aunque sea para impartir inocuas conferencias sobre novatadas, supone para muchos un viaje soñado, lo más cercano a subirse en una quimérica máquina del tiempo. El apego casi innato de Ruth a la individualidad le ha concedido la facilidad para poder arrancar las páginas que otros tan solo pasan, y esa vacuna contra el virus del pasado repele tanto los grandes éxitos como los trapos más mugrientos.

Por suerte nunca sufrió acosos ni bromas pesadas, pero se ha acordado de algo mientras repasaba toda aquella información volcada en infinitas páginas web; un hecho cuestionable visto desde la perspectiva moral de ahora, de la mujer adulta, algo que para la niña Ruth era sin embargo natural y necesario. Se llamaba Sofía, si su memoria no le traiciona. Era la hija de unos vecinos de sus padres con la que no tuvo relación hasta que, en cuarto o en quinto, la matricularon en su mismo colegio. De algún modo la obligaron a hacerse su amiga, a hacerle de anfitriona para que se integrase en la clase. La niña no era ni fea ni guapa ni especialmente grande o pequeña; ni gorda ni flaca, no vestía de ninguna manera llamativa o estrafalaria, no iba sucia ni demasiado arreglada. Pero llevaba un parche

de goma adherido a uno de los cristales de sus gafas. Para un grupo de niños de nueve o diez años, ese rudimentario pedazo de caucho color carne era más apetitoso que una tajada de la mejor carne real. Seguro que fue aquello lo que provocó el rechazo instantáneo, que todos se burlaran de ella y rehuyeran su compañía como si tuviera un mal contagioso. Durante unos pocos días, Ruth intentó desvincularse de la corriente general, y enseguida asumió que no era posible. Terminó por alejarse de ella, igual que los demás. Lo hizo en defensa propia, la ley de la supervivencia en la jungla del patio de la escuela. Poco a poco fue despegándose y esquivando su compañía de forma más o menos amable, con excusas. Cuando en casa le preguntaban por Sofía, Ruth inventaba que la niña ya estaba integrada y tenía sus propias amigas. Al fin y al cabo eran vecinas, seguían siéndolo, eso no lo habían perdido. Si en vez de solo vecinas hubieran sido realmente amigas, más de una vez la puerta de su habitación se habría abierto para dejar entrar a la niña del parche.

Ya de tan pequeña, y aunque fuera de manera instintiva, había ejercido de cómplice, de secuaz silenciosa de los abusos. Que Sofía jamás contara nada le genera ahora una culpa desproporcionada, como el saldo de unos intereses acumulados sin descanso en su cuenta desde hace siglos. A lo mejor el temario de las charlas debería ir dirigido a los que forman el corro de curiosos mientras el veterano machaca al novato, a la masa aprensiva y muda que evita a los agresores en la misma medida que a las víctimas.

Se ha cansado de investigar, o más bien de revolotear por el espacio virtual. Reconócelo, Ruth, ni tú misma estás segura de que esto sea una auténtica misión policial. A lo sumo es una distracción o un placebo, una forma de defenestración sutil, al puro estilo galante del comisario, y favorecida encima por la lesión de la rodilla. ¿Intentar amedrentar a matones de colegio significa descender a la segunda división de la lucha contra el crimen? Y qué si fuera así. Es más, ¿y si fuera este el castigo anticipado por su cagada con la maldita bala perdida? Dentro de todo, no podría quejarse.

La hora mostrada en la pantalla del móvil indica que hace rato que debería haber parado e irse a comer. La cabeza pelada de Toribio asoma entonces por el marco de la puerta. «¿Todo bien?», pregunta, y como a Ruth le pilla por sorpresa, no tiene tiempo de acorazarse, y su respuesta trasluce un porcentaje más que elevado de sinceridad: «Bueno... ya te contaré». Ha sonado como el clásico «tenemos que hablar» de las parejas en crisis. Toribio no dice nada. Arruga la nariz y traga saliva. El silencio es un mundo dependiendo de quien lo guarde. Ruth ya sabe que esos segundos en los que su compañero no habla y al mismo tiempo no aparta la mirada de sus ojos no son vacío, sino sobrentendido. Toribio dice adiós y desaparece. No tardará en reaparecer para ponerle palabras al hueco de su mudo interludio.

En la farmacia le han provisto de todo lo que se ha podido permitir sin receta. Hasta para ir al médico de cabecera hay lista de espera. No es un puto trasplante a vida o muerte; es un resfriado, por fea que suene su tos, y aun así le han derivado a urgencias. Uno debe calcular cuándo va a enfermar con más o menos seis días de antelación. Y a urgencias hay que ir con el saco de dormir preparado. A la mierda. Si se atiborra de paracetamol, del jarabe y de estos sobres que le han dado, igual mejora. Y si no, ya se verá. La salud es para los oficios ramplones. El criminal es un profesional autónomo y especializado, ejerce igual en plena forma que con treinta y nueve de fiebre. Como aspirante o aprendiz, mejor que vaya tomando nota.

Tenía la intención de pasear un rato, de dar un rodeo al salir de la farmacia para respirar aire en libertad, pero se nota destemplado. La temperatura no es demasiado baja, aunque el simple roce de la ropa al moverse le pone la piel de gallina. Este estado carencial le afecta hasta en el equilibrio. Le cuesta hacer cualquier otra cosa a la vez que anda, aunque sea mirar un escaparate o fijarse en el color del semáforo.

Para no dar otra vez toda la vuelta, ataja atravesando el recinto que conforman el instituto, la biblioteca pública y un pequeño parque. La valla que lo delimita está abierta hasta las nueve o las diez de la noche, pero nunca antes había cruzado por ahí. Siempre rodea la manzana; nin-guno de los tres espacios que acoge el complejo municipal le inspira interés. No está muy animado el lugar a esta hora, cercana a la de la comida. Un corrillo de estudiantes que parecen protagonizar una sentada pacífica a las puer-tas del instituto, media docena de jubilados desperdigados por los bancos de la zona ajardinada, leyendo el periódico o buscando el infinito entre las hojas de los plátanos, o tal vez proyectando el recuerdo del niño que fueron en el tobogán y los demás artilugios infantiles, todos desiertos. Atrás del todo está la biblioteca, a cuya entrada también se arremolina un grupo de personas, jóvenes en su ma-yoría, posiblemente alumnos del centro de al lado, en bus-ca de material para reforzar sus estudios, o haciendo novi-llos sin más. Para salir del recinto debe bajar un tramo de escaleras que desembocan a su vez en un pasaje que recorre la parte trasera de un bloque de viviendas. No es exactamente una calle peatonal, pero los coches solo acceden allí para buscar aparcamiento, en batería y compartiendo espacio con los contenedores de basura, dispuestos de tres en tres cada diez o doce pasos. Más o menos a la mitad de la calle hay una enorme entrada de garaje. A medida que se acerca a ese punto va distin-guiendo a la persona que está allí parada. Es un chico gordito, de cara blanca y redonda y ojos diminutos como los ojales de una camisa que nunca ha sido abrochada. Tiene el pelo corto, muy rapado por los lados y se supone que también por la nuca, algo más crecido en el flequillo, que es un mechón rubiáceo que cae lánguido a un costado de la frente. Lleva una sudadera gruesa y de corte depor-tivo, como esas prendas que los jugadores de béisbol lucen en las películas románticas de universitarios que conquis-tan a la reina del baile el día de fin de curso, menuda puta falacia. Los pantalones vaqueros están rajados por las ro-dillas, nada fuera de lo normal, pues todo el mundo los lleva así ahora, da igual el frío o el calor; y tiene también una bufanda o un pañuelo estampado alrededor del cuello, a lo mejor quiere hacerse el pandillero o el guerrillero juvenil, todo puede ser. A sus pies se yergue una montaña de mochilas, aunque parece estar solo. De hecho, es como si vigilara la entrada de aquel aparcamiento, y cuando él pasa por

delante lo sigue con la mirada, difícil concretar con ese par de ojos enanos si lo observa con curiosidad o sospecha. Detrás del chico empieza la rampa descendente que conduce a la puerta de acceso al garaje. De allí precisamente surge una voz, algo que suena a orden y a la vez a desdén:

—¡Chancho, venga! ¿Qué coño haces? ¡Vamos ya!

—¡Voy! —responde el gordito, pero sin volverse, sin dejar de mirarlo a él, que se ha quedado quieto, a punto de preguntarle a aquel chico qué pasa, si necesita algo; es muy extraño que esté ahí, vigilando una calle sin tránsito, en vez de en el colegio, o de camino a casa para comer.

Mientras, el otro ha subido un trecho de la rampa y se detiene un par de metros detrás del vigilante. Este es más delgado, y aparenta ser algo más bajito. Una media melena lacia le cubre la cabeza y apenas deja entrever su mirada. La nariz es como una aleta de tiburón, y en su boca torcida se intuye un gesto de chulería impostado.

—¿Y tú qué miras, alelao?

No tiene más de doce o trece años. Ninguno de los dos. La sola presencia de un adulto debería amedrentarlos, o al menos instarles a comportarse con respeto. Se da cuenta de que el tal Chancho mira con atención la bolsita que lleva en la mano, con las tres cajas de medicamentos que ha comprado.

—¡Que te pires! —insiste el niño del pelo mustio, y ahora avanza un paso más. Ya puede verle los hombros y la mitad del torso; el resto del cuerpo continúa engullido por la penumbra de la entrada al garaje. Lo poco que ve, le revela que viste de un modo muy similar al otro. Son un equipo.

Le daría vergüenza reconocer que tiene miedo, pero tampoco sabe qué hacer. Replicar es ponerse a su altura, y además no sabe si en efecto este par de supuestos gamberros está perpetrando algo más allá de fumarse una clase.

Sin dejar de mirar de reojo, reemprende la marcha, despacio. No ha dado ni cuatro pasos, cuando se detiene otra vez. Las mochilas. Había al menos tres o cuatro apiladas, y allí solo han aparecido dos chavales. Se gira entonces y ya no ve al gordito. Sí se oyen voces, diría que alguna risa. Desanda el mínimo camino y confirma que son tres las mochilas tiradas en el suelo. Desde la acera, la entrada del aparcamiento es como una boca oscura y gigantesca, pero al situarse en el inicio de la rampa el efecto de la luz cambia y permite distinguir siluetas y algún que otro detalle más. No sin cierto temor —un temor vergonzoso, propio del pusilánime y no del prudente—, se anima a descender otro paso, lo que mejora asimismo su capacidad visual. El que responde por Chancho está de espaldas, y parece enfocar con su teléfono móvil lo que tiene delante. Ahí está su colega, de perfil, también con el móvil en una mano, puede que igualmente filmando, o más bien parece que esté usando el teléfono como fuente de luz. Sin necesidad de aguzar demasiado la vista ya descubre lo que filman e iluminan: hay otro chico, arrinconado contra el vértice que resulta del final de la pared lateral y el extremo del portón metálico, que solo se abrirá cuando un coche quiera entrar o salir.

Le sorprende que el chaval sea más alto y corpulento que los otros dos, y a la vez se muestre tan manso y desvalido. Lo han dejado en calzoncillos, con los pantalones bajados y hechos un acordeón a sus pies, y desnuda del todo la parte de arriba, que tiembla como una gelatina. Pese a la escasa luz, se nota que es un chico de piel pálida a la anglosajona, y cree detectar algunas ronchas rojas en su pecho y en los brazos, puede que por el frío, quién sabe si producto del pánico. Es más que suficiente para intervenir, gritarles algo, reprenderles y disuadirles, interrumpir lo que sea que le estén haciendo. El de la melena lacia esgrime algo en la otra mano. Es un espray; puede ser lo mismo desodorante que veneno para matar cucarachas, o tal vez uno de esos que se usan para dibujar grafitis. Pintar el cuerpo blanco y trémulo de aquel desgraciado encaja en lo previsible, bien lo sabe él. El niño sonríe mientras blande su presunta arma. Es una sonrisa infectada, premonitoria; es la sonrisa de alguien que ya sabe la diferencia entre una travesura y una tortura.

—¡Eh! —Acierta a exclamar. No está seguro de si ha sonado a advertencia o a alarma.

Chancho y el otro se vuelven hacia él, mientras que el chico semidesnudo se desploma, resbalando

por la pared a cámara lenta, como una babosa, hasta quedar hecho un ovillo en el suelo.

—¡Pero a ti qué coño te pasa, pringao! —desafía el narigón, el gallito, el líder de la exigua banda que es en realidad un dúo.

—Mierda —masculla el gordito.

—Dejadlo en paz —dice él, pero suena a súplica. No era ese el plan.

—Que te vayas a tomar por culo de aquí —insiste el chulito, apuntándole con la boca del espray.

Son unos putos críos. ¿Por qué está agarrotado? Tiene miedo. Es así, por mucho que le joda. Se está planteando liquidar a alguien cara a cara y resulta que le acojonan un par de mocosos con un aerosol.

—¿Qué eres, un puto salido? ¿Quieres que te enseñe la polla? —se burla el de la melenita—. ¿Qué llevas ahí, condones? —añade socarrón, señalando la bolsita de la farmacia, y después se gira hacia su colega de fechoría, que no se ríe, está como pasmado, con sus mofletes carnosos sonrosados, igual que estará con seguridad el cuerpo entero del otro chico, aún acurrucado en su rincón.

—Voy a llamar a la policía —acierta a responder, estúpidamente, retrocediendo un paso.

—¡Vas a llamar a tu puta madre! —ruge el niño, y acto seguido le lanza el espray. Él se inclina hacia un lado para esquivar el impacto, aunque el bote pasa bastante lejos, por encima de su cabeza, y se estrella contra la pared, rebota, cae de nuevo y rueda rampa abajo—. ¡Vámonos, Chanchó! ¡Venga, gasolina!

Por supuesto, el gordito obedece, corre hacia fuera, recoge dos de las tres mochilas y desaparece por la derecha del marco que dibuja la entrada al garaje. El otro repite idéntico movimiento un par de segundos después. La tercera mochila queda abandonada en la acera. Él está apoyado contra la pared, tosiendo. Al menos eso disfraza su temblor de pura gimnasia.

Algo parecido le ocurre al chaval del rincón. Continúa desplomado, tiritando, ahora de rodillas, mirándolo a él. Es posible que no sepa aún si es amigo o enemigo. Se acerca en silencio. Quisiera decirle algo, una palabra de ánimo o de consuelo o de esperanza. No le sale. De hecho, lo que siente, otra vez, es vergüenza, una muy extraña, propia y a la vez ajena. Se planta ante el chico pero no le habla ni le tiende siquiera la mano para ayudarlo a incorporarse. «¡Jódete!», es lo que piensa; mejor dicho, lo que una voz le chilla dentro de su cabeza. Él no puede estar pensando eso. O sí. «¡Levántate y no llores como un mierda!». Se queda observándolo, trata de identificar lo que su propio cuerpo procesa, si es piedad, condescendencia o decepción. Y el miedo y la tos, los dos únicos invitados que nunca se van de la fiesta. El chico comienza a recoger su ropa, a gatas, sin atreverse a alzar la vista. A lo mejor piensa, igual que ha sugerido con sorna el otro niño, que es un perverso. Tampoco es eso. Solo faltaría. Así que lo deja ahí, vistiéndose. Sube la rampa y regresa a la acera, de vuelta a casa, la bolsita de la farmacia balanceándose colgada de la muñeca, y la tos, un golpe fuerte esta vez; se dobla y escupe la flema en la base de uno de los contenedores que tiene la tapa medio abierta. El olor que desprende es nauseabundo, a sobras de comida en descomposición.

La jornada de tarde en la comisaría transcurre como un remedo o apenas un intento de lograr una versión mejorada de lo acontecido durante las horas de la mañana. Hastiada de la intrincada jerga profesional de los psicólogos y sus múltiples sucedáneos, se ha adentrado en varios foros particulares, la auténtica réplica virtual de los patios y los pasillos y los váteres de los institutos y las facultades. Aquí ha detectado comportamientos idénticos a los que rigen el mundo del hampa con el que se gana el sueldo. Es la segunda división, tal vez, y por ello todo es más primitivo y descontrolado. Buena parte de los muchachos vejados, según ha comprobado, contraen como secuela un deseo de venganza que no proyectarán contra sus agresores, sino contra la siguiente generación de novatos. Es como si la universidad fuera también el ámbito de formación para sus propios delincuentes, para distinguir al criminal académico del que ha hecho carrera en la calle. El chorizo vulgar, el ratero que revende mercancía robada, el carterista que hurga en los bolsillos del turista, el ladrón de motos que solo busca impresionar a su chica, el camello de medio pelo que se mete más de lo que vende; hasta qué punto, se pregunta Ruth, todos ellos son más peligrosos que esos petulantes hijos de papá con los que se va a enfrentar en unos días, ocultos dentro de un traje elegante y detrás de una sonrisa de monaguillo.

Cada vez tiene más claro que las nobles intenciones de las charlas divulgativas son inversamente proporcionales a sus resultados efectivos. Por eso el comisario la ha elegido a ella y no a Toribio. La habría designado igual aunque su rodilla estuviera perfecta para escalar una montaña de ocho mil metros. A quién van a engañar. A los novatos de la policía también les hacen putadas. Nadie quiere a los débiles, ni a los locos, ni a los enfermos contagiosos. Mejor hacer como si no existieran. La autoridad que le confiere su placa no alcanza para intervenir allí donde el silencio ahoga los lamentos de las víctimas y escribe sus leyes con tinta invisible.

La escena de hace unas horas se proyecta de nuevo en el umbral. Esta vez Toribio no asoma solamente la cabeza, sino que se planta junto a la mesa de Ruth y le dice, sin protocolo ni circunloquios:

—Ya sé que para trotar por ahí no estás, pero conducir puedes, ¿no es cierto?

Ella se lo queda mirando, sorprendida. También algo abrumada, pero eso intenta disimularlo; que nadie confunda la confianza y el compañerismo con ninguna clase de debilidad.

—Necesitas un chófer.

—Bueno, un taxista más bien. Un chófer con el que se pueda cotillear.

—Te das cuenta de que no está sonando muy bien.

A un tipo con el aplomo y el desparpajo de Toribio solo se le puede doblegar con munición sofisticada. La ironía, en su caso, lo es.

—Venga, jefa, que ya nos conocemos.

Ruth está a punto de decir que eso ha sonado aún peor. Prefiere callar, o mejor cambiar el discurso:

—Déjame que apague el ordenador. Cinco minutos y nos vamos. —Toribio asiente, pero no se mueve de allí—. Con la condición de que me cuentes adónde vamos antes de poner en marcha el coche.

—Confía en mí —responde él, impertérrito—. Pero de acuerdo, ya te cuento.

Se encuentran abajo, en la puerta de acceso al aparcamiento. Ruth camina delante y Toribio la sigue como si fuera su guardaespaldas. La molestia de la rodilla persiste como un tímido eco de lo que fue, y lo más importante es que ya no afecta al modo de caminar. Eso no significa que la lesión esté curada; muy al contrario, es la etapa en la que se corre un riesgo alto de recaída al no contar ya con el recordatorio insidioso del dolor.

—Venga, suéltalo —pide Ruth.

Toribio lleva una pequeña bolsa de plástico en una mano. Va con una chupa vaquera, y la camiseta de debajo, demasiado escotada, parece una prenda de ropa interior. Ruth no nota frío con su jersey negro. La cazadora legendaria está en el coche, guardada en el maletero, haciendo piña con los chalecos antibalas.

Afuera les recibe la tarde moribunda, el prólogo de una noche inminente que algunos coches, con los faros apagados, parecen querer negar. A la gente le cuesta abandonar las estaciones cálidas, excepto a los más coquetos, que pasean ya con sus chaquetas gruesas y sus prendas de abrigo aunque los termómetros continúen en periodo de tregua.

—Tira para la Plaza de España, y luego allí ya te indico —dice Toribio mientras se ajusta el cinturón de seguridad.

—Perfecto. ¿Y...?

—Nada, es una confidencia entre amigos —dice, y coloca la bolsita encima del salpicadero—. No es algo para airear allí, con toda la gente. Ten paciencia.

—Cómo te gusta hacerte el misterioso —claudica Ruth—. Oye, ¿qué coño es eso?

—Mira. —Toribio agarra la bolsita y saca lo que hay dentro.

—No me jodas —dice Ruth, mirando de reojo primero, y luego, aprovechando la parada en el semáforo, con sus ojos clavados en la mano de Toribio, que sostiene algo parecido a un pastel salpicado de grumos de colores.

—Aunque te cueste creerlo, me han dicho que es de chocolate. Que todo es chocolate, vamos. Del nombre no me acuerdo. Caquí... O cuqui. Yo qué sé, algo así.

—*Cupcake* —corrige Ruth, entre risas—. Te habrán dicho *cupcake*. Pero no te emociones. Es una magdalena vestida de domingo.

—Yo no me visto así ni en Navidad. Será una magdalena hortera, y punto.

—Como prefieras. —Vuelve a mirar con el rabillo del ojo. Lo extraño no es el nombre, ni los colorines; lo verdaderamente raro es que Toribio tenga eso en la mano, que lo haya comprado, que haya establecido siquiera contacto con algo tan alejado de su órbita—. Y sí, en efecto, todo lo de fuera es chocolate.

—Sé que es tu rollo, pero por una vez te voy a pedir que no lo toques —dice, y vuelve a guardar la magdalena en la bolsita.

—No pensaba.

—Por si acaso.

Dejan la Plaza de España a un costado y Ruth obedece las nuevas indicaciones de su copiloto. Circulan unos pocos kilómetros siguiendo el curso del río, que les queda a mano derecha, y después dejan la vía de circunvalación tomando una salida que indica dirección suroeste. Se adentran en un núcleo periférico en el que conviven las viejas casas de planta baja con edificios más modernos aunque de un anacronismo insultante. La memoria de Toribio actúa como GPS infalible, y sin rodeos innecesarios se plantan por fin en el lugar de destino.

—Aquí —confirma Toribio—. Para.

Es una calle angosta y sin iluminar, de aceras diminutas y asfaltado paupérrimo. A instancias de su compañero y guía, Ruth apaga el motor y las luces del coche. La única fuente de claridad es el

resplandor mortecino que escupe el ventanal de un comercio que parece abierto, en la acera de enfrente a donde han aparcado.

—¿Siempre traes aquí a tus ligues en la primera cita? —bromea Ruth, que agacha la cabeza para poder atisbar mejor a través del parabrisas, un tic unido a la placa, aunque no esté de servicio.

—Solo cuando quiero impresionarlas —contesta Toribio, serio y socarrón como solo él sabe—; a veces no hace falta. Me basta con mi encanto natural.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí?

—Solo charlar tranquilos, jefa.

¿Jefa? Si ahora mismo no hay gentuza delante a la que intimidar, a lo mejor va a ser verdad que está intentando impresionarla a ella.

—Está bien —dice Ruth, subrayando su resignación con un suspiro de actriz del método—. ¿Qué tengo que decirte ahora? ¿Te leo tus derechos? ¿Es una confesión formal?

—Pues no estoy seguro —dice Toribio, con la misma sonrisa que pondría al pedir la cuenta en un restaurante—. Me refiero a que puede que sea al revés. O sea, deja que hable yo. Seré muy breve. Luego tú decides si me cuentas o no; si lo dejas para luego o para cuando tú veas. Me da igual. Y lo digo en serio. No me importa lo que te traigas entre manos. Sé que no andas bien, y que no es solamente por lo de la rodilla.

—Menudo lince —le corta Ruth—. ¿Cómo estarías tú si nadie te dijera nada y al mismo tiempo todo el mundo te dice «tranquila, tranquila, no pasa nada»?

—Buen intento, jefa. Pero no —dice Toribio, ahora serio—. Estoy hablando de antes. Lo del otro día lo entiendo, y yo estaría igual si fuera mi pistola. Y ya sé que no sirve de nada que te digamos que puedes estar tranquila. Aunque deberías estarlo.

—¿Tan seguro estás?

—Es olfato. Rara vez me falla.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

—Mira, tampoco voy a dárme las de listo. Eso lo dejo para acojonar a los mierdas que trincamos. Lo que quiero decir es que no tengo ni la más puta idea de lo que te pasa, pero he visto a otros comportarse como tú. Y aquí sí que hago distinciones. Me da igual lo que sea, en serio, no me importa. Si crees que puedo ayudarte, pídemelo. Dependiendo de lo que sea, yo decidiré. Tú sabes igual que yo que muchos me tienen ganas, y que confunden las apariencias con la realidad. No hace falta que te diga que estoy limpio, pero tampoco hará falta que te descubra que otros no lo están. Conozco y he conocido a algunos de esos, y, como te digo, hay quien merece que lo apoyes y quien merece que lo manden a chirona para que le reviente el culo un mostrenco sidoso. Si hay algo chungo, no lo voy a aplaudir. Pero si estamos a tiempo de solucionarlo, o de darle la vuelta o dar marcha atrás... bueno... cuenta conmigo.

Se dice que está horrorizada porque cree que es así como debe sentirse. Sin embargo, a mitad de la parrafada de Toribio, en cuanto ha comprendido lo que su compañero trataba de insinuar, Ruth ha estado a punto de echarse a reír. ¿Cómo puede ser? Así que su hombre de mayor confianza, el número dos de su equipo, sospecha que el motivo de su tribulación reciente puede ser que anda metida en algún asunto sucio. Es difícil decidir si esa conclusión la alaba o la denigra. Si lo que significa la inesperada confidencia de su compañero es que en su escala de valores la colega Ruth está muy por encima de la inspectora Cuevas, o bien si la vocación policial de Toribio es tan férrea que lo incapacita para llegar siquiera a plantearse que una persona a la que aprecia y respeta profesionalmente pueda estar pensando en dejar el cuerpo.

—¿Sabes qué? —reacciona por fin Ruth—. Vamos a considerar este breve momento de intimidad que acabamos de compartir como si hubiera sido otro tipo de momento íntimo. —Dibuja en el aire unas comillas con los dedos de ambas manos; ese gesto que tanto odia Guillermo, por cierto—. O

sea, será nuestro secreto, lo que viene a significar igualmente que no ha existido o, si lo prefieres, que no he oído nada.

—Entiendo —dice Toribio, sin inmutarse, como si él tampoco hubiera oído lo que Ruth acaba de pedirle—. Queda dicho, y con eso me vale.

—Pues perfecto, entonces. —Ahora sí, Ruth saca la magdalena de la bolsa y comienza a retirarle el papel de abajo—. Tampoco hacía falta traerme al culo del mundo para contarme esto.

—¡Eh, eh, quieta! —le espeta Toribio, sujetándole la muñeca.

—¿Qué coño pasa ahora?

—Joder, que no es para ti.

—¿Qué?

—Bueno, por eso estamos aquí... —Le quita a su jefa la magdalena de la mano, y esta vez se la queda él, sobre el regazo—. Quería que me trajeras, te lo dije. Así aprovechaba también para que habláramos, durante el camino.

—Y entonces ahora... tú te bajas y yo me voy. ¿No es así? Pues qué bien. ¿Quiere factura, caballero?

—Es para la hija de Irina. —Toribio baja la vista hacia el dulce que reposa en su ingle—. Hoy la tiene en casa.

—Creí que vivía en Torrejón... o por ahí.

—Ahí está el restaurante. Pero vive aquí, bueno, detrás de estos bloques. —Estira el brazo sin dejar de mirar a Ruth, y su mano choca contra el parabrisas.

Es un momento como cualquier otro, aunque puede que esta atmósfera de intimidad improvisada pudiera facilitar las cosas. Sabe que hasta que no sea una decisión firme no debe compartir nada, y más estando aún en espera del informe de balística. Pero Toribio es la persona de confianza ideal. Le garantiza discreción, eso lo primero; y después, como acaba de demostrarle hace apenas un minuto, le prestará ayuda cuando lo necesite, más allá de la opinión que le merezca. Si le confiesa sus dudas también disipará las sospechas de él; estoy así de rara porque dentro de mí ya no soy inspectora de policía, ni tan siquiera una agente del montón.

Afuera, la calle respira la calma gélida de un depósito de cadáveres. El silencio también muestra distintas caras según el barrio que transite. Las aceras desiertas indican que la gente se ha recogido al calor confortable de sus hogares. En esta parte de la periferia, la ausencia de peatones delata el miedo a ser sorprendido o agraciado en el sorteo de la navaja hambrienta.

—A todos los críos les gustan estas mierdas, ¿no?

Ruth se pasa instintivamente la lengua por los dientes, como si rebañara uno de esos pegotes de chocolate morado o azul, de esos que se van a derretir en la entrepierna de Toribio si no se marcha ya.

Sentado en la taza del váter, la cabeza sujeta por las sienes, las manos como garras, las rodillas que suben y bajan, los talones martilleando el suelo. Es ridículo. Está solo, como siempre, nadie va a venir y nadie va a entrar a menos que él mismo abra la puerta. No aguanta más. Ese hijo de puta no se muere. Creyó que podría continuar con los demás mientras esperaba el desenlace, y no ha sido así. Necesita saber que Fernando ha muerto, pisotear su tumba antes de abrir las de los otros.

Entrar en un hospital tampoco es tan difícil. Hoy lo han mandado a él a uno, y no ha querido ir. Pero podría. Joder, si podría. El de Fernando es uno privado, de acuerdo, pero no una prisión de máxima seguridad. Podría ir, buscar la habitación donde agoniza y desenchufar el maldito cacharro, arrancarle los tubos o las vías o a lo que sea que esté enganchado.

Le va a estallar el cerebro. Cada vez que tose es como si se le abriera una nueva grieta en el cráneo. Hay que acabar con esto. No va a saber seguir sin conocer antes qué pasará cuando Fernando muera, cuando termine lo que dejó a medias. Acabar con la vida de alguien parece sencillo cuando depende tan solo de apretar un botón o desconectar un cable. Pero habrá gente con él. Siempre hay alguien. Quizá ya no los periodistas. La noticia resurgirá con el fallecimiento, pero la larga espera dejó de ser actualidad hace ya tiempo. Y en algún momento se quedará solo, la gente tiene que comer, ir al baño. Puede vigilar desde fuera, sin que se note. Y también elegir la manera, una vez allí; total, será un crimen igual: estrangularlo, asfixiarlo con la almohada. Sería un detalle que se despertara en ese preciso instante, que resucitara un segundo para reconocerlo y marcharse después para siempre sabiendo quién ha acabado con su miserable vida.

¿Qué se habría tatuado él? ¿La cara de Steve Jobs? ¿De Bill Gates? ¿El símbolo de un puerto USB? La retórica cachonda dibuja una sonrisa en la cara de Ruth, y puede sentir las miradas perplejas, envidiosas también, de quienes se cruzan con ella por la acera. Le gusta recordar al Guillermo cauto y torpemente tierno de los primeros meses. Es un pasatiempo tan divertido como conmovedor. El Guillermo que no confiaba aún en su verborrea y con ingenuidad adolescente le trasladaba sus sentimientos cifrados en el repertorio de un CD grabado en exclusiva para ella. La complicidad generacional, el cliché de los 80 como bienvenido comodín, aunque sus 80 tardíos no fueran los de la mística empalagosa, los de Kaka de Luxe y el Pentagrama y todo eso (no queda bien en según qué ocasiones, pero lo cierto es que su década, la de ellos, es la de los 90). Viéndolo a él, cualquiera diría que en su caso los 80 son como la cicatriz de una operación fallida de cirugía estética. Nunca fue precisamente audaz en lo relativo a su imagen externa, y eso se pagaba caro en la época en que se regalaba un carnet de artista multidisciplinar en cada esquina. Por suerte, ahora ya da igual, se dice Ruth mientras considera seriamente rescatar uno de esos discos y volver a escucharlo al llegar a casa. AC DC, Dire Straits, Ultravox, Michael Jackson, temas previsibles mezclados con otros que para ella eran desconocidos, y luego esa canción, la que él insistió en que escuchara y buscara después la traducción de la letra, un grupo con D, Depeche Mode o Deacon Blue, no se acuerda bien, la canción que hablaba de una chica como ella...

Vuelve a reírse al recordar la aclaración que le hizo Guillermo, prudente y nervioso, «Es chocolate de comer, ¿eh?, no del otro». De ese chocolate hablaba la canción. Ni entonces ni mucho antes se hubiera escandalizado por una fruslería así. Ruth nunca sintió atracción por las drogas, y no porque pudiera ser un aviso premonitorio de su profesión futura. Su elección, o mejor dicho, su renuncia a probar según qué sustancias tenía que ver con una clase de temor ajeno a las fronteras de la ley. La borrachera es un proceso progresivo que hasta hoy es capaz de controlar. Por eso bebe, a veces de más. Pero en absoluto siente nostalgia por el calimocho o la leche de pantera, ni por las sentadas botelleras, por esas resacas que irrumpían al amanecer con ínfulas de enfermedad crónica, ni por esas aceras minadas de vómitos como pesadillas cubistas. A lo que no puede resistirse es a imaginar cómo sería aquel Guillermo, el que escuchaba esas mismas canciones (¿Devo? ¿Duran Duran?... Era con D, seguro... ¿Deep Purple?... No, demasiado duro y setentero), el que quizá las grababa también en cintas para sus ligues del siglo pasado.

Se conocieron en el gimnasio. Guillermo empezó a ir porque le recomendaron ejercicio por unos problemas de espalda, secuelas de acumular horas sentado frente a la pantalla del ordenador. Un motivo bien diferente al que llevaba a Ruth cada día a machacarse los músculos, en parte por responsabilidad profesional y en parte por una disciplina autoimpuesta en la que habitaban resquicios de culpabilidad herederos de su afición —¿adicción?— al chocolate.

Hablaban cuando coincidían en las bicis estáticas o en la sala de tonificación, y también por los pasillos, camino de los vestuarios o el rincón de las máquinas expendedoras, donde, al contrario que en la comisaría, las cafeteras son minoría y el protagonismo lo acaparan las dispensadoras de bebidas isotónicas y barritas energéticas. Si fue o no ella la máxima responsable de que Guillermo terminara fijando las dos horas de gimnasio a su rutina diaria no lo sabe con certeza ni él mismo. Antes de que

aquellos cruces casuales derivaran en encuentros intencionados y en sesiones de coqueto epistolar por e-mail, Guillermo ya había encontrado en el ejercicio físico una especie de purgatorio al que entraba cargado de bytes y códigos abstractos y del que salía limpio y liviano como un ser inocente recién traído al mundo. Además, estar acostumbrados a verse sudados y despeinados, sucios y sin maquillajes ni desodorantes, era como acceder al examen de la intimidad con un par de preguntas ya sabidas.

La palabra *informático* siempre le había remitido a Ruth a hombres inmaduros en zapatillas de deporte y con camiseta de tienda de discos, a ermitaños asociales y a la vez inofensivos (de los otros conoce bastantes, y no hace mucho ha trincado a tres de ellos). Pero Guillermo debe de ser un informático del siglo veinte, de la prehistoria o la era 1.0, y por eso lleva lo que sus padres llamaban *ropa de vestir*, y no va por ahí como un hacker o un friki de los comics y los videojuegos, y conduce un Seat Ibiza y no un patinete, y se peina su escaso pelo medio rubión con la raya a un lado, sin tintes ni gominas. Ruth muere de ternura por sus manos de niño y sus pestañas de mujer, por esos dedos cortos de uñas romas que se desmadran como lombrices histéricas cuando recorren un teclado para componer arcanos cibernéticos. Por fin, un tipo corriente.

Corriente no es lo mismo que perfecto. A Ruth le saltó la alarma cuando Guillermo le habló del 15-M con un apasionamiento inédito en aquel templo del culto al cuerpo. Ella sentía una sincera simpatía hacia el movimiento, o al menos hacia su esencia primaria de rebelión contra la oligarquía y el tejemaneje político. Pero no era imbécil. Intuía que un manifestante de aquellos reaccionaría al ver su placa igual que un judío ante una esvástica. Que el odio a la policía es una consigna ineludible del manual del progresista lo sabía Ruth antes de rellenar la solicitud de ingreso en el cuerpo. No le molestan los cánticos gamberros de los estadios y los conciertos de rock ni los estribillos de los cantautores canallas, que incluso ella misma ha coreado alguna que otra vez. Muchas de esas arengas presuntamente revolucionarias son, en el fondo, inocuas, pueriles; dagas de punta roma al servicio de lo lúdico o lo étlico, y poco más. Sin embargo, se pone a la defensiva y se crispa cuando el tema surge en medio de una conversación, de una reunión de amigos, o cuando lo escucha en boca de tertulianos y charlatanes en la televisión o la radio.

Es cierto que todo se ve diferente desde dentro, desde las entrañas del cuerpo policial, y que la práctica extendida de esta profesión le acaba incrementando los niveles de pesimismo y misantropía hasta al ser más puro y optimista del planeta. Y claro que sabe detectar entre sus colegas a los más oscuros nostálgicos de la mano dura y la ley del miedo. Pero no menos verdad es que otros tantos de los que comparten oficio con ella albergan un genuino deseo de defender al más débil. Ella misma cree que lo que hacen, que su mera presencia en las calles, sirve para que toda esa gente que pasea, va de tiendas, toma algo en las terrazas o corre para alcanzar el autobús sienta que hay alguien que los va a defender cuando se enfrenten a un peligro. Como funcionaria —porque es lo que es, pistolas aparte—, es asimismo defensora a ultranza de la sanidad pública, de la educación pública y de la justicia para todos, y su mayor aspiración como miembro de la pasma no es enchironar a los yonquis y los manteros, sino a los concejales corruptos, a los banqueros caníbales y a los violadores de niños. Guillermo, que pasó dos meses y medio acampado en la Puerta del Sol y coqueteó con la posibilidad de agregarse a una lista electoral para el ayuntamiento, tuvo que pasar también por el filtro para dejar los prejuicios al otro lado de la rejilla.

Es fácil reírse ahora de los primeros recelos. Y no es que tardara demasiado en descubrirlo, pero fue un alivio constatar que Guillermo no era exactamente uno de esos hombres que rechazan lo trivial y que solo actúan con fidelidad a unos rígidos principios, uno de esos tipos que hasta en la última cena del corredor de la muerte exigiría que los alimentos fuesen ecológicos y saludables. ¿Quién hubiera soportado semejante coñazo?

Ni rastro del baboso del segundo en la escalera. Ha subido andando. Lo ha hecho sin darse cuenta, porque iba abstraída, enredada en el recuerdo del primer Guillermo y en la intención de recuperar la dichosa canción. Es sorprendente cómo la rodilla ha dejado de molestarle en la misma medida en que

ha dejado de pensar en ella todo el tiempo. Permanece un reflejo tímido, que cobra protagonismo cuando, como ahora, tras abrir la puerta, camina unos pasos y se frena de pronto. Ya cuenta las horas para que le digan que puede volver a correr por las aceras.

Nota la casa fría. Parece que el clima y el calendario han llegado ya a un consenso y se van a comportar como se espera de ellos dadas las fechas. Antes de quitarse la ropa y colocarse el uniforme del retiro doméstico (la parte de arriba de un viejo chándal de la policía, más el pantalón de otro chándal aún más antiguo), rescata de entre los trastos de la habitación pequeña un radiador. Lo enchufa en el salón, frente al sofá cama, y se desviste ahí mismo. El picor que nota en el brazo es agradable, como si el tatuaje fuera capaz de expresar su alegría brincando igual que un dibujo animado. Comprueba que el ordenador portátil está cargado, lo desenchufa y conecta en su lugar el cargador del teléfono móvil. Se sienta encima de la cama con el ordenador sobre los muslos. Seguro que ya tendrá un e-mail de Guillermo. Dentro de una semana lo tendrá ya a él, en persona. Vaya, recuerda de pronto, el CD. Le apetecería escucharlo, pero tendría que ir a la habitación grande y buscar en las cajas. Se le ocurre una solución de urgencia. Abre YouTube y teclea *Chocolate girl*. Se despliega un menú de posibilidades... *francis white, generation, skate*... ahí está, es Deacon Blue, con D, ya lo sabía. Pone la canción de fondo y abre la bandeja de correo electrónico.

Repasa (por el simple placer de volver a leerlo mientras suena *su* música) el historial de los últimos mensajes.

GuilermST77

Para: RuthC

Asunto: RE: Socorro! ☺

Buenos días, o noches cuando lo leas.

Sobre lo que pasa aquí no tengo nada nuevo que contarte (para mal, supongo), así que esperaré a que leas esto y me cuentes tú, algo más estimulante, espero.

Sigo aferrado a mi utopía, ya ves.

Un minuto después, le añadía este otro:

GuilermST77

Para: RuthC

Asunto: RE: Socorro! ☺

Mejor dicho, no es utopía. Más bien, ucronía...

RuthC

Para: GuilermST77

Asunto: RE: Socorro! ☺

¿??

GuilermST77

Para: RuthC

Asunto: RE: Socorro! ☺

Mira, estoy hasta los cojones de la estafa de este negocio, de los jefes en playeras y los iluminados en monopatín, de las oficinas con futbolines y los retiros espirituales en la montaña, es una pantomima, un cuento para cautivar a los chavales que se matriculan en la carrera pensando que cada semana nace un Steve Jobs en un piso de protección oficial. Qué bonito. Pues mira, por raro que te parezca, desconfío más de los gurús disfrazados de rapero que de los avinagrados de la corbata de toda la vida. Soy demasiado antiguo para ser informático, como tú dices. A lo mejor es por eso. Y si me oyen los del comité de empresa me encierran en el psiquiátrico. Pero no puedo negar lo que siento. Ya no. A ti no te voy a engañar. Prefiero hacer otra cosa, la que sea, y relegar el ordenador a mi tiempo libre. Disfrutaría más, aunque le dedicara menos horas.

Bueno, eso. Que no quiero cambiar el mundo, ya lo sabes de sobra. No vamos a hacer un mundo mejor. Solo vamos a intentar cambiar nuestra historia, la de nosotros dos...

RuthC

Para: GuilermST77

Asunto: RE: Socorro! ☺

Lo pillo, cariño. Pero, oye, esa palabreja... ¿ucronía?

GuilermST77

Para: RuthC

Asunto: RE: Socorro! ☺

ucronía

1. f. cult. Reconstrucción de la historia sobre datos hipotéticos.

P. D. Es un corta y pega de la definición de la RAE, pero entiéndela aplicada a nosotros, solo a nosotros y nuestro mundo.

Aquí termina el hilo, lo que significa que el turno de respuesta le corresponde a ella. Hoy no es muy tarde. Calcula que a él todavía le quedará un buen rato hasta estar libre del todo y poder contactar por videoconferencia. Si está trabajando (o fingiendo que atiende a lo que dice algún ponente) es más fácil que pueda abrir, aunque sea de manera disimulada, la página del correo electrónico. Mirar la pantalla del ordenador siempre da el pego.

Ruth imita la sonrisa del emoticono que encabeza los mensajes de este último intercambio, y escribe:

RuthC

Para: GuilermST77

Asunto: RE: Socorro! ☺

Vale. Esto es lo que la gente normal llama cambiar su destino. Cómo sois los informáticos. Se os cae la poesía a chorros... ;)

Envía el mensaje, y a continuación abre un buscador de internet y teclea *ucronía*. Obviamente, las alusiones al término tienen que ver en su mayoría con proyectos literarios ambiciosos, con especulaciones a través de la ficción sobre qué ocurriría si los dinosaurios no se hubieran extinguido o si los nazis hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial. Se menciona también una novela titulada *La Legión del Tiempo*, de un tal Jack Williamson —no le suena de nada—, en la que un personaje llamado John Barr se enfrenta a la encrucijada de escoger entre un imán o un pedrusco y, dependiendo de su elección, el futuro deparará un mundo felizmente utópico o bien una tiranía atroz. Todas las fuentes parecen atribuir a este autor y su peculiar relato el origen de la *palabreja* que le ha enseñado hoy Guillermo, haciendo hincapié además en ese punto de inflexión —que denominan *Jonbar*, supone Ruth que en homenaje al tal John Barr de la novela—, en ese momento en el que se toma el desvío que nos aleja de la historia conocida y abre el camino hacia un destino alternativo.

La postdata del e-mail de hace unos días se refería a eso. Si no es un bar, que sea un cine, una juguetería, una agencia de viajes, una pastelería (una chocolatería, ¿por qué no?), una discoteca, un spa, un chiringuito en la playa, una academia de baile, un bingo... Es arriesgado. Renunciar nada menos que a dos empleos medianamente estables para embarcarse en todavía no se sabe qué, por el hecho de hacer lo que te gusta y hacerlo juntos. Parece un eslogan tramposo sacado del discurso de uno de esos gurús contra los que despotrica el propio Guillermo cada día. Mantras de baratillo escritos sobre la foto de un atardecer tahitiano, chatarra dialéctica para fabricar contenidos virales, «Persigue tus sueños», «La mayor riqueza está en tu corazón, no en tu billetera», bla bla bla.

Piensa en Guillermo aburrido, mirando al infinito o haciendo creer que atiende al charlatán de turno. A lo mejor si le sigue escribiendo e-mails le ayuda a hacer más llevadero este último tramo antes de cerrar la agenda oficial del día y marcharse a cenar al buffet del hotel, donde continuará el programa oficioso del evento a base de tediosas charlas y proselitismo disfrazado de sobremesa entre amigos.

Prueba a resumirle lo que ha estado rumiando estos días, el hecho de haber llegado a pensar que el episodio de la bala perdida es en el fondo una bendición, ya que podría terminar siendo el empujón desde dentro, la manera de enfrentar por obligación lo que no se atreve a decidir por cobardía. Y de paso, podría anunciarle que tal vez salga por la tele, aunque solo sea por contar algo más desenfadado. De hecho, han vuelto a retrasar la charla por cuestiones de agenda de la productora de televisión. Eso significa que deberá pasar algunos días más como una administrativa en la comisaría; más tiempo para estirar la duda. Necesita darle un sentido a lo que hace porque no quiere más pederastas ni más balas perdidas ni más reuniones de mastuerzos alrededor de la máquina del café. Esto, claro, no lo pondrá en el e-mail. Mejor que eso, prefiere borrar lo añadido y edulcorar el texto con la alusión a los días que restan para volverse a ver.

Pasan cerca de dos minutos hasta que entra el mensaje de Guillermo. Una respuesta cariñosa y una repetición con mínimas variaciones del deseo de reencuentro expresado por ella. Hora de cenar. Besos, caritas sonrientes y despedimos la conexión hasta más tarde; si la sobremesa es breve (y leve),

aún habrá tiempo para una videoconferencia antes de irse a dormir.

Hace rato que la página web donde encontró la canción está pasando una selección musical aleatoria. Ruth minimiza la bandeja de correo y detiene la reproducción. Hoy le apetece que todo encaje, que la música de fondo, que las palabras leídas en el ordenador, que el olor de las sábanas, que todas las cosas, lo material y lo etéreo, lo esencial y lo trivial, que todo huela y sepa al incombustible idealismo de Guillermo. Que cuando despierte por la mañana y deslice la mano por debajo de la almohada sienta el calor de sus dedos diminutos como si hubieran pasado allí la noche, acariciando sus sueños, protegiéndola de sus dudas y sus miedos.

Empieza a notar cómo el hormigueo que desprende la base del ordenador le trepa por el vientre y se arremolina en la cavidad del ombligo como una lengua impaciente. Se recuesta sobre la cama y aparta el ordenador a un lado. De algún rincón oculto de su cuerpo le llega la señal, la orden de desconexión. Se arremanga la sudadera y deja la tripa al descubierto. Frota la zona con la mano, suavemente, como si borrara de una pizarra la lección aprendida y se entregara ahora a la evasión de la pausa para el recreo. Rebañar las sobras dialécticas de Guillermo la relaja y sacia una parte de las carencias que provoca la soledad. Pero ya es el momento de apagar el radar. En este punto, la soledad es un regalo procaz y exclusivo, un gusano febril que anida en sus entrañas y emana un calor que derrite la tinta legible de las palabras. Su mente ya ha desterrado los signos lógicos y está poblada ahora de recortes inconexos e instantáneas borrosas. Da igual si la suya es una relación de puertas abiertas y sótanos ventilados. Siempre hay una alfombra bajo la que no se barre o un cajón que no se recuerda haber abierto nunca. Tiene ya cuatro dedos apresados por la cintura elástica del pantalón. El pulgar se ha quedado fuera y se entretiene excavando la fosa umbilical. Antes de que la tormenta estalle e imponga su revuelta climática, Ruth ve asomar un rayo entre las nubes, mitad pensamiento mitad deseo, y se imagina a Guillermo en su habitación de hotel, recostado sobre la cama, imitando su gesto.

El 3 de diciembre, los primeros informativos y los magazines matinales abren con la noticia de la muerte de Fernando. Los titulares se confeccionan a base de palabras elegidas con escrupuloso criterio y, al mismo tiempo, con la intención de que suenen espontáneas y viscerales. Se habla de conmoción popular, de desenlace fatal y, por descontado, de indignación, la palabra comodín. Pero la estadística, que es el oráculo de la prensa sensacionalista, dice que la popularidad de Fernando había bajado en las últimas semanas y que la audiencia estaba dividida prácticamente al 50% entre los que seguían considerando a Fernando la víctima inocente y los que han ido almacenando objeciones hasta plantearse si tal vez no hubiera motivos ocultos que hayan provocado esta desgracia.

Vilipendiar un cadáver todavía caliente ya no supone inconveniente para el supuesto código deontológico de determinados profesionales de la información. Como en una versión invertida del fenómeno Pandora, ha sido cerrar la caja fúnebre de Fernando y provocar un efecto expansivo descomunal, una oleada de testimonios, personajes secundarios y secretos desvelados que van a garantizar la aparente paradoja de que la muerte del individuo le prolongue la vida a su historia.

En paralelo a la polémica suscitada por las afinidades y posibles conexiones políticas del difunto y su familia, se han ido acumulando otros rumores y pequeños escándalos que han cobrado una dimensión mayor por el hecho de tener que empezar a hablar —ya sí— de *asesinato* y no solo de tragedia o desgracia. Con ello, programas como el magazine matinal que convirtió en estrella de la pequeña pantalla al tío Jaime han perdido buena parte de su tirón y su poder de convocatoria, que se han desplazado hacia otros espacios más abiertamente marrulleros —y por ello, quizá, más honestos al fin y al cabo—, enfocados, sin ninguna clase de disimulo, a destapar los cubos de la basura y, si es necesario, hundir la cabeza hasta el fondo en busca de aquello que nadie ha visto ni olido.

A lo largo de la última década, la noche del sábado —reservada tradicionalmente a perezosos e interminables programas de variedades cómico-musicales— se ha visto conquistada por el tratamiento polémico de la actualidad. Así como las mesas de debate matinales tienden a un tono más bien tibio, los tertulianos nocturnos no escatiman en histrionismos ni insultos, lo que garantiza —aparte de mantener despierta a la gente— una implicación más vehemente por parte de la audiencia.

Cada sábado coinciden hasta tres programas similares en sendas cadenas. La emisión de este fin de semana ha puesto de acuerdo a los tres en que el tema que debe ocupar una porción mayor de su tiempo es el de la muerte de Fernando. El *crimen* de Fernando. Coinciden por igual en que el asunto cuenta con dos líneas de investigación y discusión. Por un lado, el esclarecimiento del delito, la identidad de ese asesino que continúa libre. Por otra parte, ¿qué sabemos de la víctima? ¿Cuál es la verdadera historia de Fernando Pardo Díaz del Río? ¿Podría encontrarse en algún rincón aún no explorado de su biografía la respuesta a este misterio?

Mirando directo a la cámara, el presentador de uno de estos tres programas —no importa demasiado cuál de ellos; podría ser cualquiera— abre la emisión invitándonos a ser cómplices del inminente despliegue de indiscreción y prospección de residuos, todo ello en nombre de la libertad de expresión y la verdad.

«Que levante la mano quien no haya tenido que soportar alguna vez el visionado de la boda o las

vacaciones de unos amigos o familiares registradas en una interminable grabación de vídeo — acompañada además de la entusiasta voz en *off* de sus autores, intentando en vano contagiarnos de esas sensaciones placenteras que solo ellos son capaces de evocar—. Se cumple así aquello de que el valor real de cada cosa se halla más allá de su superficie o sustancia material. Cualquiera de esas películas caseras que sufrimos estoicamente por respeto, amistad o educación hacia sus creadores, pueden constituir auténticos tesoros para quienes las realizaron, igual que un mechón de pelo lacio y reseco o un pétalo mustio extraviado entre las páginas de un libro podría ser nuestro talismán o un trofeo que honre alguna de nuestras viejas glorias.

Pensemos en la filmación típica de una fiesta de cumpleaños cualquiera. Una niña cumple cinco años e invita a sus amigos del colegio a comer tarta. Inflan globos, abren regalos, se manchan la ropa de chocolate, mastican chucherías. De vez en cuando alguno llora, otro se mea encima, dos o tres se pelean tímidamente o se tiran del pelo, juegan a la pelota, cantan a voz en grito las canciones de sus películas favoritas de dibujos animados y luego el cumpleaños feliz a la anfitriona, alguno vomita una amalgama de patatas fritas y refresco aún sin digerir, otro se pilla una rabieta porque quiere volver a casa, o porque quiere ver la tele, o porque siente envidia de la niña protagonista y su aluvión de regalos... Llegan los padres y las madres de los invitados; besos, abrazos, achuchones varios, despedida y cierre.

Nada nuevo. Lo de siempre. Otro vulgar y anodino ejemplar más para la videoteca personal de una de tantas familias normales y corrientes.

Imaginemos ahora que contamos con un dato importante antes de disponernos a ver la película: la niña murió al día siguiente de rodarse el vídeo. Es decir, falleció justo el día después de cumplir los cinco años. Esto, además de una tragedia incomparable, significa que ese cutre vídeo casero es la última imagen que existe de la criatura con vida.

¿Con qué ojos lo miraríamos ahora?

Es la misma grabación. Igual de aburrida, igual de monótona, igual de insulsa, pero ahora ha adquirido un componente implícito que reescribe el guion primitivo. Ahora miraremos con lánguida ternura y con agravada vocación pericial cada gesto, cada guiño, cada risa. Las migas, las babas, los globos, los pedazos de pastel abandonados en cada plato de cartón, los envoltorios rasgados y esparcidos por el suelo, los surcos pegajosos del llanto en las mejillas o los tiznones de chocolate en las comisuras, los tropezones, las demandas caprichosas, los tirones de pelo, las palmas y vítores en honor de la homenajeada, la voz inocente que llama a su madre o que pide pis o caca a su padre, la enunciación sistemática y ya paradójica del futuro ('hasta mañana') y el latiguillo festivo 'que cumplas muchos más', convertido en el más cruel de los epitafios.

Todos los humanos de bien lamentamos la muerte de Fernando, el horrible crimen que acabó con su vida antes de cumplir cuarenta años. Por eso no vamos a parar hasta descubrir la verdad. Y para ello buscaremos donde haga falta, abriremos puertas que hasta ahora habíamos mantenido cerradas por respeto y por prudencia. Pero todo ha cambiado, por desgracia, desde el pasado 3 de diciembre. Igual que en ese vídeo de cumpleaños, cada vivencia, cada palabra, cada momento protagonizado por Fernando ha dejado de ser corriente, monótono o insustancial. Ahora todo importa. También las sombras, las zonas oscuras. No vamos a juzgar a nadie. La verdad puede doler o aliviar, y ni una ni otra cosa nos va a detener. Sabemos que es lo que ustedes quieren. Gracias por seguir ahí. Empezamos».

Segunda parte
Morir de silencio

Ocupar tres cuartas partes del día trabajando a cambio de agotar el ínfimo tramo final entre las paredes de esa casa. Es el precio; tan alto, que hasta parece un timo. Pero Rodrigo solo lo piensa a esta hora, cuando son las tantas y sabe que su hija menor ya estará durmiendo, la mayor a duras penas aguantará medio traspuesta en el sofá —si es que su cabezonería le ha ganado la batalla al talento negociador de su madre—, y Berta, que no lo habrá esperado para cenar, hará como que le apetece estar mirando el programa que sea en la tele, todo por no irse a la cama y dejar que a su marido lo reciba una casa silenciosa y oscura.

La torre del castillo.

La ventana minúscula del cuarto de Nieves es un oasis de luz ambarina en medio de la oscuridad plomiza de esta noche. Rodrigo la observa desde el coche, esa luz débil y a la vez acogedora, como la señal del faro que lo guía hacia lugar seguro, hacia su hogar. Detiene el auto en marcha a pocos metros del muro que delimita su propiedad, un simulacro de arquitectura rústica y de apenas dos metros de alto que se extiende dibujando un rectángulo alrededor de la parcela.

La corbata, con el nudo sin deshacer, reposa encima de la chaqueta, en el asiento de al lado del conductor. Rodrigo siempre sale acalorado del despacho, ajeno a las veleidades del clima o del aire acondicionado. Lleva la camisa blanca remangada hasta los codos y desabrochada hasta la base del esternón, como un cantante pachanguero, solo le falta hacerse un nudo con los faldones por encima del ombligo. Busca en los bolsillos del pantalón sin dejar de mirar la luz de la habitación de su hija. Enseguida se acuerda de que el mando está guardado en la americana. Alarga el brazo y busca ahora en uno de los bolsillos laterales. Nada. Retira la corbata y la arroja a los asientos traseros para revolver mejor entre la chaqueta. La levanta finalmente y ve el mando, caído sobre el asiento. Lo agarra y aprieta el botoncito rojo. Es pura casualidad, pero el gesto de accionar el botón del mando ha coincidido con el momento en que la habitación de Nieves se ha quedado a oscuras. Parece que hoy tampoco va a verla despierta.

Una noche más ese ruido como de puente levadizo o cerrojo de mazmorra. Pasan dos segundos, y el imponente portón negro de hierro empieza a deslizarse de izquierda a derecha, hasta que es tragado del todo por el muro y deja el acceso franco para el coche. Ahora Rodrigo puede ver la planta baja de la casa, el gran ventanal del comedor, con el reflejo de la lámpara de pie estampado en las cortinas. Berta sigue ahí, despierta o tal vez soñando frente al televisor encendido, cuyo resplandor intermitente también atraviesa las cortinas y sale escupido hacia el jardín. El farol de la fachada se enciende automáticamente al detectar la presencia del BMW de Rodrigo, y un nuevo golpe de mando hace que la puerta del garaje comience a abrirse, en este caso de abajo arriba y plegándose igual que una carta apaisada para meter en un sobre, como esas que hace años enviaba y recibía por centenares, y que en su metamorfosis tecnológica han quedado reducidas a basura virtual acumulada en el buzón de correo electrónico.

Al bajar del coche ha cogido la americana, pero ha dejado dentro la corbata. Hace calor y huele a alquitrán. No le desagrade, porque todo se ve limpio y ordenado, demasiado para lo que suele ser un garaje. En parte se debe a que es el lugar elegido por Rodrigo para lucir su colección de guitarras. Doce modelos de los cuales solo tres poseerían un valor cotizante en el mercado del fetichismo. Los

ha ido recopilando entre hallazgos voluntarios, regalos de cumpleaños y donaciones desinteresadas, con la excepción de una acústica que se trajo como recuerdo del viaje de novios a Estados Unidos y Canadá, y otra, española clásica, que le compró a un niño gitano tras oírle tocar en un espectáculo privado al que le invitaron unos clientes granadinos muy satisfechos con el rendimiento de sus acciones en la empresa. Rodrigo no es un periodista que colecciona máquinas de escribir para decorar su casa de campo, ni un hincha de los que convierten su cuarto en un museo de camisetas y balones firmados. Hace cerca de dos décadas que no ha tocado una sola nota, y fuera de aquella remota y efímera vocación juvenil por el oficio de trovador, jamás ha manifestado el más mínimo interés por sostener una guitarra entre sus manos, salvo, obvio, para fijarla a la pared del garaje. Así que esta docena de instrumentos que comparten vida nocturna con su coche no son tanto un homenaje a la música como un signo de pura ostentación, aquello de «lo tengo porque me lo puedo permitir»

El garaje tiene una puerta que comunica con la terraza anexa a la cocina, donde están la lavadora, la secadora y la vinoteca, esa nevera especial para almacenar las botellas de vino y que eligieron en detrimento de construir una bodega propiamente dicha; habría sido tanto o más presuntuoso que lo de llamar Villa Nieves a la finca.

Entrar en casa le proporciona un alivio que destensa sus músculos al mismo tiempo que disuelve la espesura de sus pensamientos. Es verdad que ya no va a ver a sus hijas despiertas, pero mañana podrá desayunar con ellas y acompañarlas al colegio antes de ir al hospital con Berta. Se ha tomado el día libre para ello. Es una fecha importante, más aún que cuando le hicieron las pruebas; puede que más decisiva que el propio día de la operación.

A ella ya no le sobresalta que él aparezca de pronto en el comedor, sin haber oído abrirse la puerta de la calle. Tal vez debería asustarse, con esa camisa descompuesta, ese pelo enmarañado y apelmazado por el sudor, y esas ojeras que son más propias de un recién resucitado que de un hombre normal que vuelve del trabajo.

El torso de Rodrigo asoma por detrás del enorme plasma, al que Berta, estirada en el sofá y hundida en una escombrera de cojines revueltos, mira con indolencia y cansancio. El programa es un híbrido de esos que tanto abundan. Aparenta ser un informativo, aunque tiene más aún de show. Habla de temas de actualidad, con la particularidad de que todos ellos poseen algún ingrediente escabroso o trágico. Accidentes, agresiones y crímenes. La mayor parte de ellos impunes o sin terminar de resolver, o bien archivados con sentencias dudosas. El objetivo no es la divulgación, sino el espectáculo. Y en el peor de los casos, el escándalo. La razón por la que Berta puede estar viendo algo así es un misterio. Rodrigo, claro está, no va a plantear nada al respecto. La enfermedad de Berta ha impuesto una especie de patente de corso tácita. Que haga lo que le dé la gana, al menos hasta saber con certeza cuál es el siguiente paso. Puede que mañana ya lo sepan.

—¿Te he despertado yo o estabas aguantando para verme?

—Para verte con esa pinta no sacrificaría ni una cabezada. —La mensajería telefónica instantánea ha acabado con la tradición dialéctica conyugal. Aquello de cómo ha ido el día, qué tal en el trabajo, no iré a cenar, ya ha sido debidamente comentado y trillado durante el incansable intercambio de mensajes que se ha prolongado a lo largo de la jornada. A estas horas solo queda espacio para la ironía y el agotamiento.

Rodrigo alarga la sonrisa hasta donde le permiten las comisuras y se agacha para besar en los labios a su mujer. Deja la chaqueta apoyada en el brazo del sofá. Con una mano, retira la manta con la que ella se cubre las piernas y desliza los dedos a lo largo de las pantorrillas, justo por el canal que forma la unión de ambas, sorteando el accidente de las rodillas ayudándose de la palma y continúa por la piel fría de los muslos sin saber aún si se detendrá al llegar a las bragas o prolongará el viaje vientre arriba.

Ella responde con su propio beso al de él, para lo cual necesita incorporarse un poco, despegar el cuello del cojín. Ahora lleva el pelo corto por una especie de aprensiva previsión. Sin embargo, ha

terminado reconociendo que en verdad le favorece. No es muy alta, aunque tiene las piernas y los brazos largos. Con esa proporción corporal la única función de la melena parece ser la de subrayar la brevedad del tronco.

Como el ademán seudo erótico no ha activado ninguna alarma, Rodrigo decide trasladar su mano en viaje aéreo hasta el cabello rubio de Berta, y una vez aquí acariciarlo igual que si fuera un animal indefenso y somnoliento. A él le ha costado un poco más verla guapa con ese corte. Será porque le sigue dando más importancia al significado de ese cambio de estilismo que a su simple efecto estético.

—¿Qué ves?

—Nada en especial. Gente que se muere sin saber que le va a tocar...

—Ah, mira... —Rodrigo prefiere fingir que ha dejado escapar aquel doble sentido de trazo grueso.

—También han dicho que han atropellado a un hombre cerca de la empresa. Anoche.

Berta sigue diciendo *la empresa*, como si aún trabajara allí. Fue antes que Rodrigo, aunque ya se conocían. La típica pareja que se forma en los bares de ambiente universitario; ambos licenciados con buena nota en Empresariales, ella empieza a trabajar enseguida, mientras que él se marcha a Estados Unidos a estudiar su máster de especialización. Berta pasa tres años en Vortex Spain, y después encuentra un empleo más estimulante en una compañía mediana pero bien posicionada en el sector de los suministros para gimnasios e instalaciones deportivas. A la vuelta de América, Rodrigo prueba en un par de multinacionales hasta que adquiere la experiencia necesaria que, reforzada por su pomposo currículum académico, lo sitúa en las quinielas directivas de algunas empresas nacionales, y un día la filial española de Vortex lo ficha. En el fondo, ambos se alegran de no haber coincidido.

—El conductor salió pitando y dejó el cuerpo ahí tirado —prosigue Berta—. Lo encontró un basurero a las tantas. No han dado nombres ni nada. Parece que la policía tiene el vídeo de una cámara de vigilancia, creo que de una tienda que hay al lado, o en frente, no sé. Date cuenta. Ya no se puede hacer nada. Hay cámaras en todas partes.

—Los detectives privados se irán todos al paro.

—Sí, y la gente ya no podrá magrearse en un portal o mear entre dos coches.

No le gusta esta nueva versión de su mujer. Le diría que esa extraña y cada vez más frecuente mordacidad es, con mucho, el peor de los síntomas de lo que sea que tiene dentro, y a lo que mañana toca ponerle el punto y seguido, o quizás el final.

Si no hay arma, no hay crimen. Hay unas imágenes, de acuerdo, aquellas de la puñetera cámara de seguridad, pero por lo que ha visto en la tele son tan confusas que valdrían para acusar a cualquiera que se haya puesto una vez al volante de un coche. Porque ahora ya se puede hablar abiertamente de crimen. De asesinato. Ya puede celebrar que se ha convertido en un asesino sin traicionar la rigurosidad del lenguaje ni la severidad de los veredictos judiciales. Y, pese a todo, la satisfacción es incompleta. Ha sido un crimen diferido, infligido a largo plazo. Algo le dice —no hace falta demasiada imaginación— que no se siente lo mismo, que esta venganza sabe a comida procesada, artificial, que el auténtico sabor solo se reconoce cuando la muerte es instantánea y la víctima es consciente en ese preciso instante de quién le está arrebatando el futuro, los sueños, el aliento.

Ojalá haya sufrido. Es el consuelo que queda. Ojalá este periodo transitorio haya sido una agonía insoportable. En los informativos se hablaba de estado vegetativo. Demasiado benévolo. Estaba ya dispuesto a presentarse allí y arrancarle el cable o asfixiarlo en su propia cama. Qué putada no haber caído antes.

Con los otros dos no será tan incauto. Un delito imperfecto es también experiencia. El oficio se aprende trabajando, y por lo menos cree haberse deshecho ya de los titubeos del novato. Hay dos cosas que esta vez tiene que asegurar. Una, que sufran, que sean ellos mismos quienes terminen implorando su ejecución. Y dos, que lo vean, que lo reconozcan, que sepan quién es su verdugo; que la última imagen que quede grabada en su memoria antes de morir no sea la de ningún ser querido, sino la suya.

La tos ha tomado sus vías respiratorias como un *okupa* aguerrido, y el dolor del pecho ha instaurado como práctica frecuente sus visitas, hasta hace poco solo esporádicas, al lado derecho de la espalda. Pero la muerte de Fernando es razón suficiente para no prestar atención a nada más. Ha tenido un efecto curativo incluso en lo físico. El interior de su cabeza ya no hierve, el cerebro dejó de golpear las paredes del cráneo, el peligro de explosión se ha desvanecido. Un día más de paracetamol, jarabe y pastillas de menta, y ya veremos mañana.

Ver las noticias ya no duele tanto, aunque debería preocuparle la lógica reaparición del caso en los medios. La pieza del culpable es la única que queda por encajar en el rompecabezas. Que sigan buscándola mientras él continúa armando el suyo.

Deben de haberlo comentado ya, porque ha pillado el programa empezado. Seguro que ha sido el tema principal. Ahora andan rumiando las migajas, misterios criminales prácticamente olvidados, o tal vez lo contrario: el público está tan acostumbrado a ellos que los sigue con la misma apatía con que se traga los bloques de anuncios.

Un recuadro en la esquina superior izquierda de la pantalla muestra a un hombre con un pinganillo en la oreja. Contesta las preguntas que le lanzan los tres presentadores o tertulianos desde el estudio. Lo reconoce. Está avejentado por el drama, no tanto por la edad. Su discurso es sereno y plano, como si en el fondo ya no le importara nada de lo que dice. Sus ojos se ven desabridos, como los de un ciego. Lo recuerda de hace unos veinte años, con grandes entradas pero ni una sola cana, destruido por el dolor, pero a la vez tenso, rabioso, una furia contenida que se percibía en su mirada ardiente y en la enérgica indignación de sus palabras. Se ha convertido en un pingajo, en una

caricatura arrugada y mustia. Su hija desapareció, pasaron meses, puede que más de un año, hasta que la encontraron, lo que quedaba de ella, bajo los escombros de una de esas urbanizaciones fantasma que nunca pasaron la edad de los cimientos (de hecho, cuando lo comentaban en casa, recuerda a su padre más preocupado por la obra abortada que por la suerte de la chica). Aquel hombre dedicó primero meses y después su vida entera a conseguir un nombre, una identidad, alguien a quien poner rostro y a quien cargar el precio de la muerte prematura y atroz de su niña. Y aún hoy continúa sin aparecer. Se ha dicho ya de todo. Cientos de personas aseguran haberlo visto a su vez en centenares de sitios, en los cinco continentes, con incontables atuendos o fisonomías, pero lo único cierto es que este padre se está apagando y su respuesta deseada no llega.

Pero hay algo más. Es posible que solo él se esté dando cuenta. Vuelve a escrutar el rostro del entrevistado en la pantalla. Parece rendición, eso es lo que pensará la mayoría. Puede que el tamaño de su esperanza sea ya microscópico, y que el cansancio acabe siendo su enfermedad terminal, pero no se ha rendido. Mañana podrían encontrar al asesino de su hija, ponérselo delante y concederle el privilegio de aplicar justicia a su antojo. Ahí finalizaría todo, y ese es justo el problema. El aspecto demacrado de este padre está expresando también el temor porque todo pueda acabarse mañana, o pasado, o cuando sea. Porque después no habrá nada. Nada. Buscar en vano a un asesino es el resumen de lo que significa estar vivo. Lo que está matando a este hombre no es la pena, sino la contradicción.

Enseguida lo comprende. No es que él tenga ningún poder extrasensorial ni una suspicacia por encima de la del espectador medio. Es simplemente que, por unos segundos, la pantalla del televisor se ha convertido en un espejo. Una señal de advertencia, quizá, o mejor una visión del futuro. Y el futuro está aún muy lejos. Fernando era el fin y de pronto pasó a ser el principio. Manos a la obra.

Antes que nada, tendrá que borrar sus perfiles de Facebook, el auténtico y el falso. No está seguro de que vayan a constituir alguna prueba de sus delitos, pero su utilidad ya se ha amortizado, y mejor prevenir. Nacer de nuevo para continuar. Una vida nueva a cambio de una vida menos.

Rehuir la compasión no implica que una sea inmune a todo. Más que la enfermedad en sí misma, la verdadera batalla es la psicológica. Determinadas situaciones que antes eran inocuas, y también la atmósfera de ciertas horas del día, debilitan las defensas de su temperamento. Se ve flaquear hasta el límite cuando, por ejemplo, observa a sus hijas dormir, cada noche. Hace días que ha adquirido la costumbre, y la ha mantenido porque surgió como un impulso no calculado. A Berta no le cuesta ser la fuerte de la familia ni reunir la entereza necesaria para no convertir cualquier acto social en un monográfico sobre sus padecimientos. Esta nueva rutina, no obstante, tiene algo de entrenamiento macabro. Antes de rendirse al sueño propio, se asoma sigilosa a los cuartos de sus hijas y contempla su letargo, la suave exhalación silbando en el silencio como una brisa recién nacida, toda esa carga de vida por exprimir reducida al baile cansino y mecánico de la sábana sobre el cuerpo arropado, arriba y abajo. Ella tiene que morir antes, así debe ser y así lo desea. Se deja ir, baja la guardia y deja que sus pensamientos se rebocen en el lodo de los malos augurios. Y llora, aunque sabe que se está adelantando, que es más maldita la gramática del diagnóstico que los síntomas que por ahora la afectan a ella, y que lo más seguro es que todo acabe pronto, y que también con seguridad llegará a ver dormir a sus nietos del mismo modo en que ahora lo hace con sus dos pequeñas. Pero es complicado vencer a la noche en su territorio. El reino donde habitan los fantasmas y las pesadillas. Así que no se resiste, baja los brazos y lo toma como un entrenamiento. Maniobras con fuego real. Mejor saber cómo es, saborear el peor de los miedos para saber cómo actuar en caso de que los porcentajes se inviertan. Los médicos no son adivinos.

El otro día se descompuso al encontrar por casualidad unas fotos de cuando era niña. Su carita redonda de felicidad, con ese flequillo aplastado y enganchado con una horquilla rematada en una margarita de plástico; el peto y la falda de cuadros, la blusa blanca con cuello bordado, los calcetines también blancos y calados, y los zapatitos negros con hebilla. Esa niña tiene cáncer. Cuesta más creerlo si se lo repite mirando aquella foto.

En los últimos días suele despertarse también en mitad de la noche, nerviosa, a veces sudada de arriba abajo, otras temblando. Ha aprendido a llorar boca arriba y hierática. Lo último que quiere es que Rodrigo se despierte y la sorprenda así. Si no llora puede ser peor. En el silencio abismal de la madrugada el hormigueo interior es audible; juraría que escucha, como una lejana efervescencia, la incansable voracidad de sus células malignas. Puede sentir cómo su organismo se deshace, sus entrañas de espuma; empezar a desaparecer desde dentro. Cometió el imperdonable error de consultar algunas páginas web para informarse sobre sus síntomas. Peor aún fue visitar foros y páginas personales sin ningún tipo de aval científico. La abundancia al servicio de la confusión. Internet puede convertir en hipocondríaco a un lama tibetano.

Hay quien dice, como los reporteros de guerra o los médicos forenses, que sabe lo que es ver a la muerte de cerca. Ella también creía haber superado esa experiencia después de tantos cadáveres cercanos, sus dos abuelas, sus padres. Pero eso no es mirar de frente a la muerte. Eso es ser espectador de la muerte de otros. Basta un aviso como el que ha tenido para darse cuenta. Vale que no ha sido una visita del todo consumada; ha sido más bien un «pasaba por aquí, pero ya me voy». No hace falta más. Eso sí que es tenerla cerca, oler su aliento cautivador; nunca había sentido un miedo tan

insondable.

Y la carne aún resiste. Ajeno al supuesto cataclismo que se expande al otro lado de la frontera de la piel, el deseo conserva su albedrío para decidir cuándo hay que volver a la superficie, y desde ahí conducirla a ese espacio efímero, quizá idéntico a la ausencia infinita de la muerte, y a la vez irresistible. Es un hormigueo bien diferente el que la recorre cuando Rodrigo la sujeta por las caderas y la mira inquisitivo, como si sus ojos fueran las dos cifras que descuadran un balance. Ella está sentada en el borde lateral de la cama. Acaba de quitarse los pendientes y dejarlos sobre la mesilla. Él está arrodillado frente a ella, como un pretendiente sacado de una novela decimonónica. Sus manos bajan desde las caderas, se deslizan por las piernas y, cuando alcanzan los tobillos, empujan con delicadeza para que Berta levante los pies del suelo y se recueste. Ella sonrío y se deja hacer, aunque sus párpados entornados sugieren que el cansancio se va a entrometer como el más celoso de los amantes. Así, tumbada bocarriba y con las piernas flexionadas, se saca el sujetador, pero se deja las bragas puestas. Rodrigo ya se ha desnudado y se ha encaramado encima del colchón, sus manos de nuevo asiendo las rodillas de ella. Empuja lentamente hacia los costados para que se abra ante él el camino que van a recorrer sus labios, que son por el momento los dueños de la iniciativa. Se le pasa por la cabeza que tal vez ella no tenga ganas. Es más que probable. Por otro lado, descuidar este aspecto de su intimidad podría ser ofensivo, sería como sumar un estigma nuevo al que ya viene incorporado a la propia enfermedad. Ni se les ha ocurrido preguntar al médico sobre ello. Sacar el tema entre las paredes asépticas y premonitorias del consultorio médico se le antoja impropio, banal. Sin embargo, en casa, cuando toca seguir el mandato facultativo —«mientras tanto, haga su vida normal»—, surgen las dudas, y la sospecha de si no habrán omitido la alusión al sexo por simple pudor. Lo que seguro no ayuda es estar pensando en estas cosas mientras ella aguarda tendida. Parece claro, eso sí, que será él quien deba asumir el mando esta noche. La besa, y ella comprende que es el gesto equivalente a pulsar el botón de encendido. Comienza el recorrido, con la lengua convertida en un tercer labio. Rodrigo se demora en la etapa de los pechos; los pezones brotan dilatados con el roce de la boca, y la lámina tersa de la piel se convulsiona y muta en una corteza granulada, como la cáscara de una naranja. Aún siente la tela húmeda de las bragas ahí abajo, pero pronto la erección renegará de la ley de la gravedad y se elevará sobre la zona de contacto. Hunde la cara en su vientre como si quisiera entrar en ella por el pasadizo sellado del ombligo, y después hoza hasta que sus dientes logran enganchar un pedazo del fino elástico de la braga. Enseguida se da cuenta de que es un movimiento demasiado intrépido para lo que acostumbra a suceder en esa cama, y ella, que también lo advierte pese a que parecía abandonada a sus ensoñaciones lúbricas, tatea el aire con los dedos agarrotados, busca el asidero de su pene erecto, y con ello traspasarle a Rodrigo la urgencia de lo más básico. Mientras él se toca para calibrar el alcance sólido de su excitación, ella se quita las bragas con un gesto hábil y espasmódico, y a continuación rodea con sus piernas la espalda de Rodrigo. Un segundo antes de consumar la penetración, él titubea. De pronto se siente obligado a poner excesivo cuidado, a controlar de forma absurda la presión de sus dedos y el derroche energético de todos sus músculos. Su mujer está enferma, es un organismo frágil que se deteriora progresivamente y que puede partirse como una oblea. Teme que este inesperado recelo lo expulse de golpe, e intenta recomponerse con un nuevo amago de preliminares, tan tibios y erráticos que ella responde a los mismos deshaciendo el nudo de las lumbares de Rodrigo y volviendo a encoger las piernas, para acto seguido clavarle las diez uñas de sus manos en las nalgas y, sin exagerada fuerza pero con la suficiente firmeza como para que él obedezca, obligarlo a girar hasta invertir sus posturas sobre el lecho. El brillo que asoma por la rendija de sus párpados semicerrados ya no es el estertor de una vela que se apaga, sino el piloto acusador de una cámara de vigilancia. Está bien, parece haber leído ella en la torpe gestualidad de Rodrigo, si crees que me voy a quebrar, atento a esto. Berta comienza a trotar, desenfrenada como él jamás recuerda haberla visto. Hay ráfagas de dolor que él soporta con una mezcla de gozoso descubrimiento y sentimiento de culpa. Ella pregona su orgasmo con desgarró épico, y cuando, segundos después, Rodrigo eyacula mirando su reflejo borroso y multiplicado en los

globos de la lámpara del techo, ya no alcanza a notar si Berta continúa o no encima.

No hay diálogo, ni tampoco el equivalente posterior a los juegos preliminares. Rodrigo se toma un minuto para recobrar el aliento y a continuación se va a duchar.

Intenta que parezca sencillo, pero no lo es. Es muy complicado identificar a cada momento en qué lado de la frontera se encuentra. Saber si la delicadeza es ofensiva, o si el exceso de atención saca a flote su temor. Las caricias, las palabras tiernas y todo lo que hasta hace poco era gesto inequívoco de cariño puede ser interpretado como condescendencia, o peor todavía, como la compasión que se muestra ante el moribundo. Nunca lo hubiera imaginado, pero cansa más que los comités de dirección, que los cierres anuales de cuentas, que las negociaciones corporativas, que las reestructuraciones de plantilla; todo eso son dolores de cabeza, mochilas llenas de piedras, sufrimiento orgánico y superficial, una carga que hasta él puede permitirse liberar de cuando en cuando si es capaz de concentrarse en el cuento que le narra a la pequeña Virginia o la conversación sobre el colegio que mantiene con la precoz Nieves. Su hija mayor, sospecha él, está en esa fase en la que sabe más de lo que parece pero menos de lo que ella cree. Cuesta tanto evitar que se preocupe por lo grave como convencerla de que todavía no hay que ponerse en lo peor.

Sale del baño con una toalla sobre los hombros y otra atada alrededor de la cintura. Puede escuchar el sonido de las chanclas sobre el parqué como si en vez de caminar sobre el mismo tratara de fijarlo al suelo. El silencio es tan incontestable que hasta resulta provocador.

Tres días y once horas es lo que ha durado exactamente el luto televisivo por la muerte de Fernando Pardo Díaz del Río. Un programa vespertino sobre prensa del corazón ha emitido un vídeo grabado en el parque de El Retiro, en el que una joven posa sentada en un banco con un abrigo color mostaza y delante de una montaña ocre de hojas secas. Podría ser la campaña de otoño de una firma de ropa o de unos grandes almacenes. Todo el contexto se nota en exceso preparado, artificial. Los estudiosos de la comunicación audiovisual reconocerían la efectividad de la puesta en escena de igual modo que tal vez le achacarían al artificio su indismulado descaro, lo que provocaría una reacción no deseada, si no justo la contraria, en la audiencia. Partiendo de esta premisa, parece complicado que cualquier cosa que vaya a decir la joven pueda tomarse demasiado en serio.

Tiene veintiocho años. Ha dicho que se llama Iris, aunque aclara que no es su verdadero nombre. Pese a ello, muestra su rostro sin disimulo, las gafas de sol a modo de visera sobre el flequillo de su cabello largo y, cómo no, castaño, quién sabe si se lo ha teñido para no desentonar con el escenario.

La chica afirma haber salido con Fernando. Emplea este verbo, *salir*, que induce a pensar en una relación explícita y continuada, aunque en seguida matiza: bueno, en fin, habían quedado cinco o seis veces, y la intención por ambas partes era la de seguir viéndose. A eso ella lo llama estar saliendo; quizá no ser novios, pero sí estar juntos lo suficiente como para no plantearse estar con nadie más en el corto plazo. La sorpresa se la llevó cuando el tal Reyes K. contó que Fernando concertaba citas a través de su agencia de *singles*. Del mismo modo que no le gusta la palabra *novios* para definir su relación con Fernando, tampoco va a afirmar de forma categórica que eso sea infidelidad, pero lamenta que él no fuese del todo sincero. Dicho esto, la joven se mueve en un terreno difuso y tibio, sin dejar claro si está contando todo esto para atacar a Fernando o bien para reforzar su imagen — cada vez más difuminada— de hombre normal. Teniendo en cuenta la cadena que está emitiendo sus declaraciones, la primera posibilidad es la que se impone.

Entre toda la maraña de refritos, confesiones, contenidos enlatados, recordatorios cansinos y debates en bucle, la única discusión digna de destacar se produce de madrugada, en un programa marginal de la televisión pública. Los tres tertulios discuten sobre el cinismo. No se escupen insultos ni gritan; no sientan cátedra ni arengan a la audiencia. Todos ellos parecen replantearse sus propias convicciones, dudan, o como mínimo lo fingen muy bien. Intentan dilucidar si el cinismo está en esgrimir el sable de la verdad para justificar el asedio a la intimidad y el pisoteo a la memoria de los muertos, o si, tal vez, el peor de los cinismos es el que obliga a los mismos que han despellejado el cuerpo aún vivo del sujeto a respetarlo ahora como si fuera sagrado solo por haber muerto. Uno de ellos invita a sus colegas de debate a revisar los obituarios de Manuel Fraga, de Adolfo Suárez o de Santiago Carrillo, y a compararlos después con los artículos publicados en los últimos treinta años por esos mismos medios que les han dedicado columnas hagiográficas el día después de haber fallecido.

Varios programas y sus correspondientes cadenas acumulan denuncias interpuestas por la familia de Fernando. Es un mero gasto de energía. La inercia de la indignación. A las televisiones les va a costar, a lo sumo, una cantidad de dinero que se pueden permitir gastar y que, llegado el caso, amortizarían en menos de un minuto invitando a gente como Iris a subirse a una de sus múltiples

tribunas.

Para cubrirse bien las espaldas, el programa que ha emitido el vídeo de Iris en El Retiro invita al día siguiente a una experta en lenguaje no verbal, que va analizando cada movimiento y cada mohín de la chica: la forma que tiene de colocarse el pelo hacia un lado en un gesto mecánico, un tic, como el hecho de que cruce y descruce las piernas constantemente —las botas de ante, marrones como la piel de una bellota, por encima de los vaqueros, hasta la rodilla—, o esa manera de torcer la boca y fruncir los labios al final de cada frase, añadiendo un «Mmmm» que oscila ente lo afirmativo y lo interrogativo; el llevarse el dorso de la mano a la barbilla y los dedos al lóbulo de la oreja, la dirección de la mirada que cambia de lado según la respuesta, todo eso que suena tanto a palabrería como a diagnóstico contrastado, que cada cual se quede con su versión. Ese es el objetivo del programa, provocar la guerra y hacer ver que no toma partido.

Hay algo con lo que no ha sido cuidadoso, y puede que ya sea demasiado tarde: todas las búsquedas y consultas en internet y en redes sociales las ha realizado desde su propio ordenador. Sabe que eso deja rastro, por mucho que borre sus perfiles y el historial de navegación. Además, debería mantener una cuenta que le permitiera acceder al Facebook y, en especial, a esos grupos de antiguos alumnos para estar al día de sus actualizaciones. Siempre puede aparecer una pista o un dato útil; todos ignoran su misión, así que nadie tiene por qué ser cuidadoso —excepto él, claro— con lo que publica.

Baja en busca de un locutorio. Cada vez quedan menos, pero le suena que hay uno en los alrededores de la plaza del mercado. Da un par de vueltas por las calles aledañas, mira desconfiado a todo el mundo, y enseguida comprende que debe tranquilizarse. Nadie puede saber lo que va a hacer, y menos aún leer su mente. Juraría que había un sitio de esos por aquí. Antes de rendirse, va a echar el último vistazo. En vez de rodear de nuevo el mercado, lo atraviesa. Todavía no son las ocho, así que el edificio está abierto. Recorre el pasillo central dejando a los costados los puestos ya cerrados o a medio recoger. Huele a desperdicios de pescado y el suelo está húmedo. Junto a una frutería con el cierre metálico bajado se arremolina un grupo de seis o siete personas. Hay cajas de madera con frutas sueltas que no tienen muy buen aspecto. La verdad es que aquella gente tampoco lo tiene. Piensa que son indigentes, vagabundos o gente sin techo que espera a última hora para tratar de hacerse con algunas sobras. Lo ha visto también en la calle; en su barrio, quién lo iba a decir. Alrededor de los contenedores de basura que hay frente a los supermercados se concentran cada tarde hombres y mujeres con carritos de la compra, y cuando los mozos salen con la mercancía desechada se abalanzan sobre la misma con una avidez estremecedora. No le gusta el ambiente ni el olor. Acelera el paso hasta alcanzar la otra punta del mercado y sale a la calle. Mira a derecha e izquierda y por fin lo ve. Está en la esquina. A continuación de una pequeña tienda de teléfonos. Probablemente sean negocios comunes. No es raro que suceda. Los moros. O los chinos.

A la puerta de la tienda de móviles hay un indio o un pakistaní hablando por teléfono. Le sonrío al pasar como si lo conociera de algo. No le gusta. Por suerte, el locutorio es un establecimiento independiente, aunque quien lo regenta podría ser pariente del tipo que acaba de sonreírle. Hay cinco cabinas telefónicas al fondo, desde las que emanan voces agudas de mujer en un idioma indiscernible. Los puestos de los ordenadores están al lado izquierdo, separados por mamparas para preservar la intimidad. Parecen los paneles de los familiares que visitan a los presos en la cárcel. En las películas, al menos, son así. La cárcel, se dice de pronto. La constatación de esta ironía involuntaria le revoluciona la temperatura de todo el cuerpo. Por suerte, se recompone en segundos. Antes de decir nada, el muchacho del mostrador le espeta: «¿Ordenador?». Él asiente y el chico le dice: «Cualquiera». Elige el que está al final, aunque no hay nadie más. La clientela se reduce a las dos o tres mujeres que se desgañitan dentro de las cabinas, como si el cable telefónico no fuera suficiente para hacerse oír en la lejanía por sus interlocutores.

Colgados de una esquina de la pantalla hay unos auriculares. La gente los usa para hablar por videoconferencia. Él los va a utilizar para aislarse mejor del entorno y que nadie sospeche lo que está mirando. Le da lo mismo que crean que está cotilleando el Facebook de su exnovia o viendo películas

guarras. Mejor. Mientras menos sepan, más difícil será que sospechen. Busca en YouTube una lista de reproducción de vídeos musicales de los 90, le da al *play* y minimiza la ventana. Será la banda sonora de fondo. Lo siguiente es borrar el perfil de Facebook. El auténtico. El otro tiene que conservarlo, aunque a partir de ahora solo accederá a él desde ordenadores ajenos.

Ya está. Ha sido fácil. Como jugar a las películas de espías, y sin embargo está excitado, nervioso. No es lo mismo una de espías que una de asesinos en serie, claro. Irrumpe entonces, como el pitido de una alarma que silencia también por unos segundos la música de los auriculares, el mantra recurrente —si no hay arma, no hay crimen—, y piensa fugazmente en su coche, y un segundo después se ve poseído por una rara euforia, la que acompaña a una conclusión que él recibe casi como una revelación mística: nunca hubo arma. El hecho de que *cualquier cosa* pueda ser un arma es su mejor coartada. El cortaúñas que guardamos en el lavabo, los alicates de la caja de herramientas... el coche. O todos sospechosos, o ninguno. La impunidad del anonimato virtual le anima a buscar inspiración. Teclea en Google «armas raras», «crímenes con armas extrañas», «armas inesperadas», y dos o tres criterios más. Solo para entretenerse, se dice. Para relajarse.

Después de un rato abstraído, saltando de crónicas sobre matanzas en institutos de Estados Unidos a noticias locales sobre tragedias domésticas, nota que la euforia ha desaparecido. En su lugar, ha regresado la inquietud del inicio, la susceptibilidad excesiva, la desconfianza del asesino de boquilla. Respira. Traga saliva. Se asegura otra vez de que cada cual sigue a lo suyo en el locutorio. Es absurdo. Él no es un mojigato. No es de los que se cubre el rostro o aparta la vista cuando sale sangre en la pantalla. Su ex sí que era así. Él no. Él ya sabe por experiencia que cualquier objeto es un arma potencial, y, por tanto, cualquier humano es un presunto asesino. ¿De verdad será capaz de repetirlo cambiando de arma? Veamos. Un inventario, solo para tomar ideas. Él tiene un taladro en casa, como todo el mundo, aunque no lo haya usado en la vida. Hay una lima. Se puede pasar por la lengua, por ejemplo, de arriba abajo. O papel de lija. Provocar que se ahoguen con su propia sangre. No está mal. Martillo, llave inglesa, formón... Con cualquiera de ellos se les puede chafar los dedos, hundir la nuez. Y la sierra. O el serrucho. Rebanarles el gaznate, amputar, cortarlos en pedacitos, poco a poco... Basta. Es inútil recrearse en algo que no va a ser capaz de soportar. Tal vez algo menos truculento. Pegamento de contacto. Eso es. Qué ocurriría si se pegan todos los orificios del cuerpo; las fosas nasales, los labios, el ano, la picha. Reventarían por dentro. O bien... Debería caparlos. Es lo que merecen, quedarse vacíos de sangre justo por esa parte... Basta. Ya pensará algo. Entre las herramientas y lo que hay en la cocina tendría que ser más que suficiente. Y tendrá que ser en el trastero. Pero ya se preocupará de eso. Ojalá pudiera con los dos a la vez. El bastardo del antojo en la cara y el perrito faldero mudo van a comprobar hasta qué punto su pericia criminal se ha sofisticado. Qué pena no habérselo podido demostrar también a Fernando. Pero ya es tarde, y de nada sirve darle vueltas.

Cierra el navegador de internet y se saca los auriculares. Un rumor a su espalda, que no acierta a identificar si es tos o risa, lo sobresalta. Debe de ser una de las mujeres que estaban en las cabinas. Al salir, se ha quedado ahí, detrás, observándolo. Aprieta los dientes e intenta que su mirada ceñuda sea capaz de intimidar a aquella entrometida. La mujer dice algo en un tono admirablemente neutro, hace una inclinación de cabeza y se marcha. Rumana. O búlgara, piensa. Hija de puta. Casi le da un infarto. Ha estado a punto de liarse a hostias con ella. Todavía sostiene los auriculares en la mano. Los ha espachurrado. Las manos le sudan. Deja los auriculares encima del teclado y respira hondo antes de levantarse. Puta tos. Se ha tenido que tragar la flema.

Alguien entra riendo a carcajadas. Diría que es el paki de la tienda de al lado. Él está esperando a que le digan cuánto es, pero al recién llegado no le importa, lo ignora y le empieza a contar lo que sea al chaval del locutorio, que enseguida se contagia del cachondeo. Algo le dice que es del todo imposible, pero juraría que se ríen de él. Como poco, le están faltando al respeto. Que hablen de sus cosas luego, cuando él se haya ido. ¿Es así como tratáis a los clientes? Se supone que la broma no va

con él, pero entre risa y risa le van dedicando miradas alternas. No puede ser. No pueden estar riéndose de él. Aunque, ¿cómo estar seguro?

—¡Oye! —dice, estrellando una mano enérgica en el cristal del mostrador.

—Eh, eh... —El del locutorio, de repente, ha dejado de reír—. Tranquilo, amigo.

—Yo no soy tu amigo, subnormal.

—Oye tú. —El otro, que tampoco se ríe ya, lo agarra por el brazo—. No insultes, ¿eh? No hace falta.

—No me toques. —Sacude el brazo y deja el puño cerrado en alto. Joder, no quiere ni pensar lo que haría el Michael Douglas de aquella película si entrara ahora mismo y los viera.

—Pues no insultes.

—Vamos, no importa. Gratis —dice el chico.

—No, gratis no. ¿Qué te piensas? ¿Que soy un muerto de hambre...? —Da un paso atrás para poder ver a los dos a la vez sin tener que estar moviendo el cuello de un lado a otro—. ¿...como vosotros?

Siempre igual. Siempre dos contra uno. O más contra uno. Qué buen entrenamiento sería cargarse a este par de marranos.

Voces a su espalda. Se había olvidado de que quedaba más gente en las cabinas. Mira atrás y ve a una señora que parece, como mínimo, septuagenaria, acompañada de una chica más joven. No está seguro de que vayan juntas.

—Señor, por favor —suplica la joven.

Habla español con acento latinoamericano. Qué raro. Al entrar le pareció que quienes hablaban en las cabinas lo hacían en otros idiomas. Será por la mezcla.

—Señor por favor ¿qué? —responde, airado—. ¿Y ellos qué? ¿Te doy más miedo yo que estos dos...?

—Por favor, solo queremos irnos.

La mujer mayor no habla. Permanece quieta. Es difícil saber si está asustada.

—Mañana me pagas —le indica el chico a la joven—. No hay problema.

Pero el problema no es ese. Él sabe que esa joven lo teme a él. Si no se ha marchado aún no es porque quiera pagar. Le tiene miedo. Sí. A él. Y de repente se da cuenta de que es una buena noticia.

—Vamos —dice, y azota el aire con la mano, en dirección a la puerta.

Las dos mujeres salen al trote. Los tres hombres dibujan su recorrido con la mirada.

—Ya está, ami... señor —insiste el chaval del locutorio.

—No, no está.

—Venga —dice el pakistaní de la tienda de al lado, que vuelve a sonreír y a tomarlo del brazo, esta vez sin apretar—, usted no quiere líos. Nosotros tampoco.

—Que me sueltes, coño —protesta él, y acompaña la sacudida con un empujón, que hace que el paki se estrelle contra el expendedor de pilas que hay a dos pasos, tapando la caja registradora.

Unos segundos para ubicarse y tantear el panorama. Tanto si salta por encima del mostrador como si tiene que rodearlo, está claro que al chaval no le va a dar tiempo a cazarlo. Pero ojo: ¿y si tiene una pistola? O un arma, la que sea; un cuchillo, a lo mejor. No sería extraño. A saber la gentuza que viene por aquí. El otro casi pierde el equilibrio con el empujón, pero no ha llegado a caerse. Le enseña una vez más esos dientes amarillentos, aunque ya no vienen enmarcados en una sonrisa.

Con la pierna derecha suelta una patada instintiva que logra frenar al pakistaní, y mientras este se desploma doblado por la mitad, observa con el rabllo del ojo izquierdo cómo el muchacho se encarama de un brinco en el mostrador, portando algo en la mano (es un objeto alargado, podría ser lo mismo un mando a distancia que un puñal). Al caer, el cuerpo del paki lo traba, justo cuando se

disponía a correr hacia la salida. Mala suerte. Logra zafarse pateando, pero al incorporarse, el chico, que se ha impulsado desde el mostrador, le cae encima.

La mejor manera de suplir la falta de pericia en la suerte de la pelea es echar mano de la rabia. Es esa rabia —que, aunque surge hoy, está alimentada por rencores que vienen de muy atrás— la que le otorga una fuerza multiplicada, la suficiente para liberar los brazos, flexionar el tronco y estampar su frente contra la nariz del pakistani, que cae para atrás y se desploma igual que si hubiera perdido el conocimiento en el acto. Tras el golpe, él se ha quedado a gatas, lo que aprovecha el otro para abrazarle por el cuello y tratar de abatirlo otra vez. Es inútil, porque la recarga de energía rabiosa aún no ha alcanzado su cota de máximo rendimiento. Se revuelve y se deshace del chaval con sendos codazos. Luego se incorpora. El chico no se da por vencido, aunque trastabilla. Se concede unos segundos, duda si frenar —al fin y al cabo, es solo un muchacho, y esta una pelea casual—, pero no puede arriesgarse, y cuando el chaval está todavía recomponiéndose, le lanza una nueva coz que se estrella en un lugar inconcreto entre el ombligo y la ingle. Ya está. Los rivales en la lona, y él, en pie, victorioso. Ya solo queda correr.

El mercado ha cerrado, así que huye por una calle adyacente que se ve desierta. No es tan tarde como para que un hombre que corre no llame la atención. Qué suerte que no sea exactamente su barrio. Mientras alterna el paso acelerado con tramos de carrera pura, duda —o quiere convencerse de que así será— que aquellos fulanos vayan a poner una denuncia. No ha habido robo. Ha sido una pelea, como cualquiera de las que se montan cada día en un bar o en un atasco de tráfico. Estaría gracioso que lo denunciaran por no pagar el uso del ordenador. Se ríe alentado por su propia chufra, pero, sobre todo, por el resultado de la experiencia. Le duelen los nudillos de la mano derecha, el antebrazo izquierdo y el tobillo del mismo lado. Normal. Se ha pasado la mano por debajo de la nariz, por los labios, y lo mejor es que no hay rastros de sangre. Está dolorido y magullado, pero nada tan visible como para levantar sospechas. Hoy ha ganado él. Les ha dado lo suyo. Corre. Ahora sí, en esta calle que no conoce y en la que nadie lo va a reconocer. Corre unos metros y, de pronto, nota que se ahoga. Tiene que parar. Se arrima a la fachada de un banco cerrado. Los pulmones le racanean el oxígeno. Es en parte por la carrera, y también por la explosión de tos que está a punto de producirse.

Siguen sin decidir la fecha de la primera charla, pero ya le han confirmado quién será su compañero. Poco sabe Ruth del agente Herrera. Lo conoce, como a tantos otros, de vista, de cruzarse por ahí. La impresión superficial que tiene de él es la de un tipo un tanto altivo, sobrado. Cierto que no es de los que hacen corrillo y compiten para ver quién se ensucia más la boca perpetrando un piropo infecto. No tiene nada en contra; es solo que le hubiera gustado que fuera otro, alguien conocido.

Es difícil, de todas formas, que en este momento vaya a ser capaz de tomarse con buen ánimo cualquier noticia que venga del trabajo. El desencanto es cada vez mayor y más poderoso. Ya no tiene estómago ni paciencia para según qué cosas. Y Toribio no se equivoca: esto no es de ahora; viene de largo.

Lo que menos soportaba ya en los últimos tiempos eran las escenas del crimen, y no por los cadáveres precisamente. Ha visto casi de todo en lo que a casquería se refiere. Lo más sobrecogedor al examinar un escenario donde se ha cometido un asesinato es lo de alrededor. Te encuentras a una señora degollada en el recibidor de su casa, con el delantal puesto y a lo mejor con un trapo o un tenedor en la mano, y luego miras en la cocina y está la encimera cubierta de harina, un plato con huevo batido y diez o veinte albóndigas amasadas, puede que una sartén al fuego. Es eso, la vida normal de una persona corriente que se interrumpe para ella pero continúa para los demás. La tele puesta a todo volumen, o los apaños de afeitarse esparcidos por el lavabo, o el ordenador con un e-mail escrito a medias... una está ahí como una intrusa, como si se hubiera colado en la vida de otro sin permiso. Es una sensación difícil de digerir, porque es tan trágica como patética. Es ridículo que esa tele siga funcionando o que ese horno siga encendido. Y la impresión de llegar siempre tarde. Lo peor de todo.

La incertidumbre sobre el disparo accidental tampoco ayuda. Por primera vez en su vida quisiera que los días pasaran volando, que no tuvieran veinticuatro horas sino la mitad, o menos. Eso aceleraría igualmente el regreso de Guillermo, a quien añora con una urgencia de adolescente, de romance estival interrumpido y pospuesto hasta las próximas vacaciones.

Hace días que ha perdido también la noción de lo que conocía como vida normal. Con la cabeza embotada de dilemas y preocupaciones, con un brazo medio inutilizado y una pierna averiada, y tras haber dado cuenta de media tableta de chocolate negro con almendras enteras, lo mejor que se le ha ocurrido como alternativa al gimnasio es coger el metro y volver a pasear por su antiguo barrio.

Debe de hacer más de tres años desde la última vez que estuvo por aquí. Cuando ha vuelto ha sido por casualidad, por algún recado u obligación del trabajo, siempre de forma tangencial o por decisión ajena. No hay viejos amigos con los que reencontrarse —sus amigas de la época viven en otros puntos de la ciudad—, sus padres hace tiempo que se mudaron, y encima todo ha cambiado tanto que algunos rincones le resultan irreconocibles. El comercio se ha ido renovando o readaptando a la nueva población del barrio. Han cerrado todos los cines, la mayoría de los bares se han traspasado o convertido en cualquier otro negocio. Abundan las franquicias de comida rápida, los bazares chinos y de electrónica, con sus modestos escaparates rebosantes de teléfonos móviles. Sucursales bancarias, clínicas dentales, kebabs, inmobiliarias, alguna que otra zapatería y decenas de fruterías y tiendas de

alimentación regentadas por pakistaníes o marroquíes. Esto es también la globalización. No solo las grandes firmas que copan los locales de la Gran Vía y los centros comerciales; los barrios modestos son un calco unos de otros, y cada vez resulta más difícil identificar qué era lo que hacía peculiar al suyo. A decir verdad, la decisión de venir hoy se debe en gran medida a la esperanza de que la churrería siga abierta. A falta de monumentos y atractivos turísticos, es el mejor ejemplo de lugar sagrado al que regresar en peregrinación. Antes, le apetece pasear un rato, lo que la rodilla soporta, dar una vuelta por los jardines donde jugaba algunas tardes mientras su madre la observaba tomando algo en la terraza del kiosco, tiempos remotos de horchata y bitter Kas. Parece la prehistoria, pero no hace tanto; es que hoy todo avanza demasiado rápido.

Puede que estar alejada de la comisaría, de todo lo que es ahora su mundo ordinario, la ayude a respirar, a relajarse, a tomar aliento y fuerzas para afrontar lo que está por venir. Unas cuantas estaciones de metro equivalen casi a un viaje espaciotemporal como los de las películas de ciencia ficción. Es el escenario de su infancia y a la vez se sabe una extraña, y eso es justamente lo que ha ido a buscar.

La churrería está abierta y conserva el nombre familiar de sus fundadores, aunque quien atiende no parece tener nada que ver con ellos —eran dos hermanos gemelos y la madre—; es una chica de rasgos transoceánicos, muy morena y sonriente, tan bajita que apenas le asoman los hombros por encima del mostrador. Ruth se queda junto a la puerta, esperando a que la joven termine de despachar a las únicas clientas, una mujer rubia con un abrigo negro hasta los talones, y la que podría ser su madre, una señora menuda a la que el pelo teñido de castaño le ralea en la coronilla. Cuando esta se aparta a un lado para sacar el monedero del bolso, Ruth ve asomar la parte trasera de un carrito de bebé. La criatura estará con seguridad dormida, pues no se oyen balbuceos ni llantos. De perfil, la señora le recuerda a alguien. Tampoco es tan raro. Podría ser cualquiera de los centenares de personas con las que se cruzaba a diario por aquellas calles. Sin embargo, Ruth cree que ese rostro es algo más que una foto. Si oyera su voz tal vez sobrevenga un nombre, o un dato más certero. Quien habla, sin embargo, es la otra. Se dirige a la dependienta con esa sequedad despótica típica de los malos jefes. Le pone pegadas a todo, a la forma en cómo ha empaquetado los churros, al precio, al hecho de que le dé el cambio en monedas pequeñas. Le dice «niña» y «bonita» con un retintín altivo, de analfabeto ilustrado, de supremacía occidental disfrazada de condescendencia. Tampoco es demasiado amable con la señora que tal vez sea su madre; quizá su suegra. Le espeta un «ya pago yo» despectivo y airado, solo le falta llamarla «muerta de hambre». Al girarse, Ruth ha visto que lleva unas gafas de estilo moderno y montura gruesa. Estos rasgos no le dicen nada por sí mismos, pero la asociación con los más familiares de la mujer mayor compone una nueva variante, una posibilidad nada desdeñable. Ambas vienen ya hacia la salida, ahora las puede observar de frente. En efecto, el bebé —del que solo puede distinguir sus diminutos ojos cerrados entre el final de la manta que le cubre la boca y el borde del gorrito calado hasta las cejas— duerme en su cochecito, y la mujer mayor le ha dado las buenas tardes al pasar. Es obvio que no la ha reconocido, aunque a Ruth le parece que esas «buenas tardes» no son las que se le desean a un extraño. No ha sido un saludo para Ruth Cuevas, tanto como eso no; pero sí para alguien de aquí. Nada que ver con la otra, que de hecho ha pasado todavía refunfuñando por la minucia que fuera. No puede jurarlo, y es posible que el entorno le haga estar predispuesta a ello, pero al juntar estas pocas piezas, Ruth —o la inspectora Cuevas en un ramalazo de deformación profesional— deduce quién puede ser. Esta individuo estirada y xenófoba podría ser perfectamente Sofía. Aquella Sofía del parche a la que dio la espalda y dejó a merced de los depredadores del patio de recreo. Menos mal, debería pensar. Qué suerte que no me hice su amiga. Qué descanso no haber tenido que atender compromisos, ir al bautizo de su hijo, ser invitada o tener que invitarla a cualquier celebración. Esto es lo que se repite Ruth mientras finge estudiar los precios en el cartelón que cuelga sobre el mostrador, ante la mirada silenciosa de la dependienta. Yo soy antipática, podría decir la presunta Sofía, pero a ti te van a echar de la policía por disparar a

inocentes. Quién sabe. Tal vez esa mujer tenga derecho a ser una rancia y una pesada, a no ser simpática ni cortés; tal vez todos merezcan su desprecio y su soberbia, por qué iba a ser Ruth más que nadie.

Le pide por fin media docena de porras a la chica de la churrería. Se siente además en la obligación de darle conversación, para compensar de algún modo lo anterior, aunque no tuviera que ver con ella. Le pregunta cuánto lleva aquí, y ese *aquí* es tan amplio y ambiguo que la joven latina ha debido de entender que se refería a ese lugar concreto. «Dos semanas, nada más», responde, tímida y sin perder la sonrisa. Ruth está a punto de matizar que se refería al país, pero enseguida recapacita. Lo más seguro es que la chica sea tan española como ella. Hace tiempo que los rasgos étnicos ya no son una metáfora del pasaporte.

Al final de la tarde, cuando ya esté cómoda en casa, se hará un colacao y les dará un tiento a las porras. Las que sobren, para el desayuno. Con la bolsa grasienta en la mano sale de la churrería dispuesta a dar otro garbeo, esta vez en dirección opuesta, y de paso se ahorrará dos o tres paradas de metro. La música del móvil irrumpe justo antes de empezar a cruzar por un paso de cebra. Plantada en el bordillo, Ruth revisa el teléfono:

‘Me he enterado de algo. Si te cuadra, esta noche te lo cuento. Ah, y borra el mensaje en cuanto lo leas’.

Debería haber prestado más atención a la primera frase, pero se ha quedado enganchada a la segunda. ¿Esta noche? ¿Por qué noche? ¿Este pesado de Mad no escarmienta? ¿Es posible que continúe intentando sacarle algo parecido a una cita? Se toma unos segundos. Si responde lo que quisiera, el otro va a pensar que le sigue el juego. Aún hay muchos que se resisten a entender que denegar una oferta no significa lo mismo que negociarla. ‘¿De qué hora estamos hablando?’. Bien. Suena a mera especificación, a cuadrar la agenda. La respuesta de Mad llega de inmediato:

‘Yo puedo estar libre entre las siete y las ocho. Tú dirás’.

Vale. Así que *noche* significaba que ya habrá oscurecido, que no hará sol. Mejor así. Había temido que le estuviera proponiendo una velada con cena y prórroga. Para los curas, la pereza es un pecado; para ella es una enfermedad, peor que cascarse la rodilla. ‘A las siete me va bien’, escribe, pensando en la impuntualidad crónica de Mad, y en que le dé tiempo a pasar por casa y dejar las porras, que se trasladan en su totalidad al desayuno de mañana. Cuanto más pronto, mejor. Ya ha cruzado al otro lado de la calle cuando recibe la nueva respuesta:

‘OK. Pero esta vez el sitio lo elijo yo. Y recuerda borrarlo todo’.

Ay. Qué bien ibas, Mad, hasta lo de elegir el sitio. En fin. Le escribe ‘OK’ y queda a la espera del lugar propuesto. Se supone que la información merecerá la pena.

Son buenas noticias, y al mismo tiempo saben que deben ser prudentes. Ya habrá ocasión para celebrar. De momento, lo importante es que la enfermedad ha remitido. El médico se lo ha confirmado con una combinación calculada de seriedad y calidez. Les ha dejado unos segundos para que se relajen, para soltar la tensión y afrontar la siguiente noticia con ánimo. El secreto para decidir si el vaso está medio lleno o medio vacío es sencillo. Rodrigo lo aprendió en una jornada formativa para directivos. Podemos partir de un vaso de agua lleno, darle un trago y que nos siga quedando la mitad. O bien podemos partir de un vaso vacío que solo podemos rellenar hasta la mitad porque no tenemos más agua. El médico les ha entregado el vaso colmado, casi hasta arriba, y ahora les va a obligar a dar un buen sorbo, para no confiarse del todo, y sin que ello afecte a sus más que justificadas esperanzas.

Recomienda unas sesiones de radioterapia para asegurar el buen resultado de la operación. Será suave, con mínimo riesgo de secuelas externas. Pura prevención. El término asusta, es comprensible, pensar en la radiación, en el pabellón oncológico, todo eso. Aún no ha alcanzado la meta, pero hay motivos para creer en sus posibilidades de terminar la carrera. Así lo piensa Rodrigo, todavía cauto, sin decidirse a compartirlo con Berta. Prefiere ver antes cómo se lo toma ella. Por ahora, no hay reacción evidente. Ella se limita a asentir mientras el médico habla. Hay serenidad en su rostro, las mejillas tímidamente encendidas, y un amago de sonrisa. Todo irá bien. Tiene que ir bien.

Nada más salir de la consulta suena el móvil de Berta. Por el momento en que se produce la llamada, por la manera de contestar —o mejor dicho, de agitar la cabeza y enlazar monosílabos mientras la persona al otro lado de la línea habla sin parar—, por la visible alteración nerviosa de Berta, que los ha obligado a detenerse en mitad de la acera en lugar de seguir caminando (como si hablar por teléfono y andar no fueran actividades compatibles), sobre todo por eso, Rodrigo adivina que se trata de su cuñada Lidia.

El problema principal de Lidia tiene que ver con el exceso de preocupación y la sobrecarga de buena intención, con su innecesaria y autoimpuesta obligación de ser la primera en llegar y la última en irse, con su mal entendido concepto de la ayuda al prójimo más como una competición privada que como una acción sincera o desinteresada. Rodrigo siempre ha creído, además, que ese rasgo competitivo de su cuñada es extrapolable también a otros ámbitos, en concreto a los relativos a sus profesiones y posiciones. Su marido, José Antonio, es un seminarista frustrado que al parecer vio la luz antes de ponerse los hábitos y cambió la aspiración a la vida eterna por el negocio de los seguros de vida. Aparte de corredor de seguros, siempre ha estado vinculado de manera tan estrecha como sospechosa a ese partido político que se dio por muerto con el cambio de régimen, pero que en realidad sobrevive parasitando en las entrañas del otro partido, el del maquillaje estratégico y las formas suavizadas. Rodrigo, que es cualquier cosa menos un progre, encuentra sin embargo motivos constantes para la confrontación con el tándem formado por José Antonio y Lidia. Esos talleres y seminarios que se han multiplicado en su agenda desde que ascendió al segundo nivel jerárquico le han terminado de convencer de que todo lo que ha conseguido es el merecido producto de su esfuerzo y su valía. Lo de sus cuñados, por el contrario, es la eterna candidatura a un premio en el que la suma de los méritos cuenta mucho menos que la configuración de la agenda de contactos. Se da la

circunstancia de que Rodrigo proviene de una familia bien relacionada y considerada en los círculos distinguidos, si bien la asociación de ese buen nombre con el dinero se quedó atascada allá por el cuarto o quinto apellido. Por eso la necesidad del máster y de la dedicación plena a la empresa, por eso siente la propiedad de la casa (La Casa) como si la hubiera construido con sus propias manos. La familia de Berta y Lidia, por el contrario, es de aquellas cuyos apellidos remiten por igual a ingenieros que a taxistas, a ministros que a porteros, con la salvedad de que los suegros de Rodrigo supieron sacar provecho de la venta de su pequeña empresa textil a un mastodonte francés y de la explotación de sus tres o cuatro propiedades en la época en que hipotecarse más allá de la esperanza de vida era la máxima aspiración ciudadana. La fórmula resultante del matrimonio de Rodrigo y Berta es perfecta; él aporta la cuna, y ella la fortuna. Con los años, además, la ambición profesional de Rodrigo ha dado nuevos y rentables frutos. En el caso de Lidia resulta más complicado, ya que las ínfulas de José Antonio no alcanzan para llenar la despensa; menos aún la caja fuerte. Para ellos, el trapo más sucio y vetado sin paliativos a cualquier ojo ajeno es el extracto de la cuenta corriente. Mientras puedan mantenerlo en escrupuloso secreto, nadie podrá desenmascararles en público.

Cuando llegan a casa, Berta se va directa al baño. Ni siquiera se ha quitado el abrigo. El móvil de Rodrigo vuelve a sonar. Una alerta de mensajería. Lo saca del bolsillo pensando que será una urgencia del trabajo, y nada de eso. Es el aviso de un mensaje en el contestador, de un número que no reconoce pero que le suena haber visto en el listado de llamadas perdidas en estos últimos días. Los iconos diminutos de todas las aplicaciones le indican que tiene entradas pendientes de leer. Varias de ellas — y puede que el mensaje del contestador lo sea también— son del grupo de la escuela secundaria, la dichosa comida de reencuentro que andan organizando. Los de la carrera ya le han intentado enganchar también. Le consta que han hecho ya una o dos cenas. Se planteó ir la primera vez, por pura vanidad. ¿Qué otra razón cabría? ¿Quién querría asistir a un evento así si las cosas le fueran mal? La tentación de ostentar y restregar su éxito era poderosa, pero eso fue antes de que Berta cayera enferma.

No han hablado de la llamada de Lidia durante el camino de vuelta. Hoy no toca levantar costras. Ha sido una mañana extraña. Pese a notarse la descarga mental que supone no haber ido a trabajar, a Rodrigo le pesan los ojos igual que cuando sacrificaba el sueño para preparar los exámenes universitarios. Es verdad que han dormido poco esta noche, pero eso debería acusarlo más Berta que él. Rodrigo acostumbra a prolongar la jornada laboral después de cenar. El portátil es su segunda oficina, y a menudo también el móvil. Incluso es de los que se jacta de las escasas horas que pasa en la cama; en su entorno profesional dormir mucho no está bien visto. Dormir poco y bien tampoco es recomendable para el prestigio de su imagen ejecutiva. El insomnio es la credencial suprema.

Berta sale del baño con el abrigo en la mano. Se lo da a él para que lo cuelgue en el perchero de la entrada, acompañando el gesto con una de esas sonrisas que concentran tantos significados y emociones que solo podrían interpretarse recurriendo a la física cuántica. Rodrigo decide traducirla como una combinación perfecta de lo rutinario y lo profundo, las gracias por el favor de colgarle el abrigo y una muestra de que ella también está convencida de que todo va a salir bien.

Mientras cuelga el visón de Berta repara en que ambos se han vestido para ir al médico como si en realidad los hubieran invitado a un acto de alto copete. En su caso tal vez no se note tanto. Lleva uno de sus trajes oscuros de corte italiano, la camisa de finas rayas azules y blancas, y la corbata del mismo color que la tela del traje, lisa y sobria sin llegar a insinuar nada luctuoso. Los zapatos, unos negros con el clásico picado Oxford. En esta ocasión, no obstante, ha cambiado el chaquetón barbour azul acolchado por el loden gris marengo. Ese gesto intencionado de elegancia es una señal inequívoca. Se da cuenta de que el vestuario elegido tiene algo de superstición. Del deseo manifiesto y quizá desesperado de tener algo que celebrar. No lo hablaron en ningún momento, pero observando el vestido que se ha puesto ella —que Rodrigo recuerda tan solo de un cóctel de Navidad en el Círculo Ecuéstre—, el cuidado con el que se ha arreglado el pelo y el detalle de haberse calzado unos zapatos

de tacón considerable, deduce que también en este asunto van sintonizados. De pronto, esta tan inesperada como endeble conclusión le levanta el ánimo, seduce a sus endorfinas como el café de la mañana o aquellas lejanas carreras nocturnas por la urbanización, cuando su lugar en el organigrama no era tan relevante y en vez de repasar asuntos pendientes en el portátil podía dedicar las últimas horas del día a hacer *jogging*.

Oye cómo su mujer se quita las joyas y las deja en el aparador del dormitorio. Se fija a la vez en que la casa está desordenada de una manera que se le antoja inusual, aun a pesar de que a esas horas él nunca está. Le llama la atención una prenda rosa colgada de uno de los radiadores de la calefacción, así como la manta arrugada en un extremo del sofá y una anarquía general en la disposición de los cojines —uno de ellos está sobre la mesita de centro— y en los objetos que habitan en la superficie de la gran mesa extensible, que parecen haber perdido la sintonía y la disciplina con la que acostumbran a posar. Está a punto de entrar en el dormitorio y comentárselo a Berta para hablar de algo, para dejar de oír el tintineo de las pulseras, los pendientes, los broches y las hebillas. Frena su impulso. Ahora cae. Ella le ha dicho a Juana que no venga, que se tome el día libre o que lo cambie por otro de la semana. Juana es como de la familia, pero no hasta el punto de conocer con exactitud qué le pasa a Berta. Rodrigo es todavía más estricto que su mujer en lo que atañe al trato con el servicio doméstico. En su opinión, la familiaridad excesiva es menos respetuosa que la distancia formal. De vez en cuando se plantea hasta qué punto el afecto de Juana es genuino o fingido, y en honor a la verdad, imaginar que esa mujer pueda odiarle por poner de manifiesto la brecha social que los separa le produce un placer casi voluptuoso. Él es el jefe, y ser el jefe —lo dicen en todos los seminarios— es serlo siempre, no de ocho a seis o de nueve a siete o de lunes a viernes.

El siguiente sonido que reconoce Rodrigo es el de la puerta del baño al cerrarse. Una segunda visita al lavabo en tan poco tiempo se justifica por la urgencia de la primera, y lo más probable es que Berta haya vuelto para continuar su proceso de descarga de elementos externos: tras las joyas, vienen el maquillaje y los demás cosméticos; es el momento de ponerse cómoda. Lo raro es que haya cerrado. Después de años de matrimonio, hasta las variantes más burdas de la fisiología quedan fuera de la discreción y el secreto. Aquel repentino deseo de Berta por esconderse pone en alerta a Rodrigo, que al entrar en el dormitorio encuentra la ropa de su mujer extendida sobre el edredón y los zapatos al pie de la cama. En la mesilla de noche de ella está el grueso libro, cerrado y es muy posible que abandonado, y sobre la cubierta de tapa dura una caja de un medicamento que Rodrigo no acierta a identificar. Al lado se amontona el resto de la colección, seis o siete cajas más, y algún blíster suelto. Están las medicinas y también los remedios para atenuar sus efectos. La suma de todos hace que la enfermedad parezca todavía más grave.

Se acerca a la puerta del cuarto de baño, apoya la mitad derecha de la cara en la madera y da dos golpes con el puño y con una suavidad que es la credencial de su temor.

—¿Cariño?

El silencio posee la capacidad de dilatar el tiempo. Dos segundos dan para pensar en una vida entera que se agota, en todo lo que se ha perdido y en todo lo que ya no se tendrá.

—Berta, cariño, ¿estás bien?

El «Sí» que atraviesa la puerta es poco más que un esforzado suspiro, un simulacro de afirmación. La frontera, por primera vez, es real, tangible. Dentro de Rodrigo se activa un mecanismo de emergencia aprendido aunque nunca puesto en práctica, una modalidad estándar del sentido del deber que dicta que el siguiente paso es accionar una y otra vez el picaporte, aun sabiendo que el pestillo está echado, y tampoco estaría de más seguir golpeando la puerta con los nudillos y mantener contacto verbal con la persona encerrada al otro lado. Una reacción tal vez exagerada, pero no del todo ajena a las verdaderas circunstancias.

Él no puede ver que Berta está ahora mismo sentada sobre la tapa del retrete, ataviada solamente con sus bragas blancas de encaje, con las piernas encogidas y la cara sumergida en el cuenco

tembloroso que forman sus dos manos. Ha sido algo tan repentino que duele como una puñalada en la espalda. Ha visto sus propios ojos en el espejo de la cómoda mientras se desenganchaba el último pendiente, y de pronto ha desaparecido el influjo balsámico de la conversación con el médico, y también el alivio que supone tener cerca a Rodrigo. Puede que la llamada de Lidia lo haya desencadenado. No es la primera vez que su hermana se convierte en el viento que derriba los naipes. Nunca ha tolerado bien que a ella le vayan mejor las cosas, y no sería extraño que tampoco soportara ser ahora la *afortunada*, si eso significa que va a ser la enferma quien se lleve las atenciones y quien, a pesar de todo, no renuncie a construir su castillo, aunque cada vez queden menos cartas en la baraja. Quién sabe. Tal vez sea injusto cargar todas las tintas contra Lidia. Lo que fuera que la ha hecho derrumbarse estaba en sus ojos, en el código secreto de su mirada, que es como esa letra pequeña que contiene los peros y las trampas y que nadie se molesta nunca en leer. Hoy Berta la ha leído, sin querer, con la guardia baja frente al espejo, y ha tenido que correr a encerrarse en el baño.

No hay miedo más difícil de superar que el infundado. El médico ha sido tan alentador como prudente, y eso es lo que les ha hecho pensar que no había rodeos ni exceso de diplomacia en su diagnóstico. Pero al asomarse de aquella manera tan desarmada al vacío de sus propios ojos, a Berta le ha sobrevenido un espasmo de lucidez aterrador. ¿Y si es ahí donde está la trampa? ¿Y si el médico, experto y más que curtido en la tesitura, ha jugado con ese alarde de sinceridad para evitar ser del todo franco? ¿Y si ha dividido el temor y la esperanza al cincuenta por ciento para lograr el doble objetivo de que ella esté animada y, al mismo tiempo, no eluda la importancia fundamental del tratamiento?

Los nudillos de Rodrigo continúan manifestándose con timidez al otro lado de la puerta, pero ella no se siente con fuerzas para hablar. Ha pronunciado aquel «Sí» confiando en que su marido llegue a interpretar lo que significa, que es lo contrario —claro que no está bien— y, sobre todo, que en ese preciso instante desea una soledad que, a falta aún de unas cuantas horas, presume que no va a poder soportar durante la noche.

Se va a morir. ¿Se va a morir? De algún modo sabe que está dejándose llevar al extremo, que ni el médico le ha sugerido nada parecido ni, en lo más profundo de su pensamiento, ella termina de creerlo, y aun así es inevitable perder el control. En realidad, se da cuenta de que no es la idea de morirse lo que la asusta, sino la perspectiva de que ese pensamiento va a irrumpir como un invitado sorpresa en la fiesta del insomnio, y que ni la presencia de Rodrigo durmiendo a su lado va a servir de ayuda.

Ha pasado un tiempo incalculable atrapada en esa amarga digresión. Tiene las palmas de las manos húmedas, y cuando vuelve a enfrentar sus ojos, esta vez en el espejo del baño, la afectación teatral que les procura el rímel corrido le da menos miedo que la fragilidad abismal que observara un rato antes frente a la cómoda. Vuelve a pensar en Rodrigo, ahora con una punzada de compasión. Es difícil ponerse en el lugar de los demás cuando el enfermo eres tú. Confía en que no recibirá reproches de parte de su marido. Lo da por hecho. Pero siempre hay límites. No sería la primera vez que sabe de parejas que aspiraban a la eternidad y que se rompieron por accidentes y causas interpuestas. Los hijos, por increíble que parezca, son a menudo la fuente de ese tipo de rupturas. Por suerte a ellos no les ha tocado esa rifa, pero un cáncer es algo bien distinto y en lo que ambos, para mayor complicación, son absolutos principiantes.

—Cariño.

La voz de Rodrigo, otra vez, pronunciando justo esas mismas palabras, la saca de la introspección y la arrastra a un insospechado sarcasmo al pensar en la posibilidad de un bucle temporal. Está a punto de repetir el «Sí» para hacer realidad su conjetura, pero no dice nada. Los inconfundibles toques de nudillos, en series de dos, son como un guiño a su broma cronológica y a su repentino cambio de humor.

—Cariño, ¿todo bien? Voy a preparar un té.

No hay respuesta, pero el ruido que traspasa la puerta no invita a la alarma. Parece que Berta ha tirado de la cadena. Mejor dejarla en paz. Volverse un paranoico no ayuda a nadie.

Pone agua a calentar en la tetera y revisa mientras tanto el móvil por enésima vez. El número de mensajes pendientes ha aumentado. Si hay algo que no soporta es la incontinencia absurda, esa necesidad de redistribuir todo lo que llega porque sí. Hasta cuatro personas diferentes han enviado el mismo contenido al grupo del colegio mayor, un recorte de la noticia que Berta le comentó el otro día, ese hombre al que atropellaron, cree que es esa, aunque ni se molesta en leerla. Borra ese viral cuadruplicado de su archivo de imágenes, deja el móvil en la encimera y coge el mando de la televisión que tienen en la cocina, un plasma pequeño fijado a la pared, como el de las habitaciones de hotel. Él suele mirar las noticias cada mañana mientras desayuna. El resto de la familia prefiere el aparato grande del salón, a la hora que sea.

Aparece la imagen de una casa de campo, o como mínimo emplazada en un entorno en el que no se ven más construcciones, solo algunos árboles y un difuminado perfil montañoso al fondo. Una furgoneta aparca delante y se baja un tipo vestido con camisa de cuadros, pantalón vaquero y botas hasta la rodilla. Se cubre la cabeza con una gorra de visera común. Parece la escena de una anodina serie, de esas que no tienen seguidores fieles sino espectadores ocasionales y por lo general abúlicos. A Rodrigo se le cruza un recuerdo de mucho tiempo atrás, puede que de la primera vez en que pensó que de mayor viviría en una casa. El piso de sus padres era inmenso, y no faltaba ni un detalle de comodidad, pero era un piso, sin jardín, sin piscina, y con vecinos al otro lado de las paredes. En las películas, los protagonistas vivían siempre en casas. Las historias sucedían en Chicago, en Nueva York o en San Francisco, ciudades sembradas de rascacielos, de colmenas gigantescas, pero nadie parecía vivir dentro de ellas. Si acaso, los policías divorciados y los tarados solitarios que terminaban siendo culpables de los crímenes. Puede que los artistas, aunque estos vivían en *lofts*. Otro nivel. Cambia de canal y encuentra un noticiario. Detrás del busto en primer plano de la locutora hay una gran pantalla en la que se lee un rótulo que dice ‘Crece el misterio en el caso Díaz del Río’, sobreimpresionado en una fotografía de dos individuos en gabardina haciendo lo que parece el saludo franquista. A continuación aparece un nuevo titular, ‘¿Quién es realmente Fernando?’, y entonces la foto sacude a Rodrigo igual que al tronco de un árbol que de pronto siente cómo todos sus frutos se precipitan al suelo.

La tetera silba y Rodrigo corre a apagar el fuego. Ya no importa el té. Se vuelve para mirar de nuevo el televisor. Es el hombre que atropellaron el otro día. El del viral multiplicado y el programa que veía Berta la otra noche. Se acuerda. Y no solo por eso. Ese chico sonriente de frondoso flequillo castaño que viste una americana azul con botones dorados y un escudo bordado se parece demasiado al Fernando que él conoció. Debe de ser una foto del instituto, como mucho de un par de años antes de coincidir en el colegio mayor. El apellido Díaz del Río, que ha leído de forma fugaz en la pantalla del televisor, llena los mínimos huecos que la fisonomía deja abiertos. Es él. El Fernando del suceso que sacia la voracidad de los periódicos y los programas en estos días es *ese* Fernando.

Tiene por costumbre no responder llamadas de números desconocidos. Para eso está la agenda del móvil, ¿no? Así se filtran los teléfonos que uno considera contactos habituales. El resto, que se identifique. Si es algo de verdad urgente o importante, ya insistirán o dejarán un mensaje grabado. Es lo que ha hecho este. Lleva como una semana recibiendo llamadas de este número anónimo y críptico. No tiene nueve dígitos como los normales. Es una retahíla de ceros y seises, con alguna que otra cifra distinta intercalada. Pero hoy ha dejado un mensaje, así que teclea 1 2 3 y escucha.

El seguro. Es un hombre joven con un discurso programado, artificioso. Un tío de esos que hasta cuando saludan parece que estén vendiendo los buenos días en lugar de simplemente darlos. Mierda. El seguro. Lo ha descuidado por completo. (Otra vez la impericia del delincuente aficionado.) Sigue domiciliado en esa cuenta a la que dejó de prestar atención el mismo día en que el verbo compartir desapareció de su relación con Elena. No había dinero suficiente y rechazaron el cobro. Eso no sería inconveniente si hubiese significado la anulación automática de la póliza. Pero la economía no está para dar propinas. La compañía no va a perder un cliente sin pedir explicaciones, sin intentar recuperar ese ingreso, por ínfimo que sea comparado con la recaudación total. No funciona así. Es lo mismo que las compañías telefónicas. Él también quiso darse de baja y terminó cediendo por puro agotamiento. Son peores que las sectas. Va a ignorarlo, de todas formas, a ver si se cansa.

Ha vuelto al trabajo, más que nada para no alimentar sospechas, porque la tos suena peor, y el aspecto de los esputos remite a la casquería truculenta del cine de zombis. Se ha encontrado con una inesperada solidaridad de parte de sus compañeros. Todo el mundo sabe que lo pasó mal con el divorcio, y verlo tan cascado, aunque esto no pase de un catarro mal curado o a lo sumo una bronquitis leve, inspira sentimientos de respeto y aun cariño entre esos seres por lo general ensimismados y asépticos.

Durante una de sus frecuentes visitas al baño ha revisado el móvil, el listado de llamadas no atendidas. Mientras trabaja lo suele silenciar, en parte para concentrarse en lo que hace y en parte por discreción. Sin llegar a ser un huraño, no es de esos compañeros que llegan cada lunes con el informe completo del fin de semana o dispuestos a repasar la sección de política —o la de deportes— del periódico. Hay un par de llamadas del tipo de la compañía de seguros. Un plasta. Qué putada que el capullo de Tito ya no sea su agente. Seguro que él lo resolvería. También hay una llamada de un número fijo. No lo tiene memorizado en la agenda —de ser así, en vez de un número figuraría un nombre—, pero le suena. Será porque se parece a otro que sí conoce. O tal vez un simple efecto engañoso de la memoria. El caso es que ha dejado un mensaje. Piensa, de repente, como poseído por un brote de lucidez —solo le falta gritar «jeureka!»—, que es un ardid. El pesado del seguro llama desde otro número para que se confíe y conteste. Esa táctica ya se la sabe. No va a caer. Aun así, escuchará el mensaje cuando llegue a casa.

Tiene preparada una respuesta. Si le interrogan acerca del coche dirá que se lo han robado anoche y que por eso aún no lo ha denunciado. Lo del impago de la póliza, un descuido; con tantas cosas en la cabeza, tantas preocupaciones, el maldito divorcio. En fin. Lo más sorprendente es que, en el fondo, no le preocupa tanto que le pillen como *cuándo* le pillen. Sabe que mientras siga activo, mientras siga investigando para localizar a quienes le faltan y mejorar la chapuza que cometió con

Fernando, necesita ser libre. Lo que no puede asegurar es qué ocurrirá después. Qué pensará un viajero compulsivo cuando haya dado la vuelta completa al mundo y no le quede ni un solo lugar del planeta por conocer.

Después de todo, no está tan mal. Una presunción maliciosa —debida en buena parte a las pocas ganas que tiene de encontrarse con Mad— le había hecho temer que el garito sería uno de esos antros repletos de gerentes infieles que tratan de impresionar a sus subordinadas con cócteles de veinte euros, secretos de despacho y batallitas de amigos con velero. El bar no tiene nada de especial, aunque se agradece que la media de edad no supere los treinta y pocos, y que en la música —a un volumen alto pero aceptable— pueda distinguir guitarras, bajos y golpes de batería sin excesiva fanfarria electrónica.

Ha llegado antes que él, por descontado, aun pasando casi quince minutos de la hora fijada. Primero se había ido hacia una de las mesas, y al instante ha rectificado. Mejor acoplarse en uno de los taburetes que recorren la barra de una punta a otra. Vamos a ir al grano, se dice. Ni es una cita ni tampoco una salida de juerga entre amigos. Es una reunión clandestina de trabajo. Y para colmo, todavía no está segura de que las noticias que le traigan vayan a ser mejores que las de la vez anterior.

Pide una cerveza pensando en el Colacao planificado y finalmente abortado, en las porras ya frías y tías en la cocina, y también en el correo de Guillermo de esta noche, puede que ya lo haya enviado. Se acaricia el brazo por inercia. Lleva un jersey negro ajustado. Quizá fijándose muy detenidamente se advierta el relieve tímido del apósito. Ya no hay escozor ni picor.

Bueno, no está mal. Hoy no ha llegado ni a veinte minutos la demora de Mad. Dos besos, y esta vez no hay pretexto ni disculpa por el retraso. ¿Para qué?

—Otra de estas, por favor —ordena Mad al camarero, señalando la copa de Ruth. Después se sienta en el taburete de al lado.

—No tengo mucho tiempo —dice ella, y, de inmediato, comienza a elucubrar sobre la excusa que a buen seguro le soltará Mad.

—Seré breve, tranquila —anuncia él, en contra de lo temido.

—Pues tú dirás.

Mad se toma aún un segundo. Da un trago de la cerveza recién servida, engulle y saborea sin prisa. No hay demasiada claridad, y las luces rojas y azules distorsionan la percepción. Así que Ruth no acierta a adivinar el gesto de su compañero. Podría estar componiendo su sonrisa legendaria o solo recreándose en la caricia de la cerveza en el paladar.

—Te lo resumo en seguida, pero lo primero, porque es lo que te interesa, es que mañana te van a llamar. Igual es pasado mañana, pero diría que no, casi al cien por cien seguro que mañana. Y no te preocupes, porque vas a salir limpia de esto.

—Sigue, sigue. —Ahora es ella quien agarra la copa y le da un trago bien largo. Empieza a notar un hormigueo en el pecho, y es como si los músculos de las piernas y los brazos hubieran decidido crecer y estirarse más allá del muro de la piel.

— más.

—¿Por qué en teoría?

—¿Qué?

¿De verdad se le ha escapado? ¿No lo está haciendo aposta, todo esto? ¿Es solo cosa de Ruth que

Mad parece estar disfrutando de verla así?

—Vamos, Mad. ¿Por qué?

—Es una forma de hablar.

—No me tomes por imbécil. Dime, ¿por qué?

—La verdad, no lo sé. Aunque no me cuesta imaginarlo. Y a ti tampoco, Ruth, si lo piensas. ¿Qué crees que iban a decir? Míralo así: ¿qué habría pasado si, en vez de polis, fuéramos médicos, cirujanos de los que se olvidan cosas dentro de los cuerpos?

—No estoy segura de lo que quieres insinuar.

La sonrisa. Esta vez sí, por encima de la luz psicodélica y del mismísimo arco iris

—Te digo lo que yo creo, que conste. —Fin de la cerveza—. Lo que yo creo, Ruth, es que no fue tu bala la que hirió a aquel chaval, pero del mismo modo creo que es lo que te dirían mañana sí o sí, aunque hubiera ocurrido al revés. Yo no le daría más vueltas.

—Eso es fácil decirlo desde ahí —replica Ruth, que se muere de ganas por volver a casa, tumbarse en la cama y no parar de darle vueltas.

—A mí me parece de lo más normal. —Mad sacude la mano para llamar la atención del camarero—. ¿No quieres otra?

—Tengo —dice Ruth, levantando su copa, a la que le queda poco más de un trago caliente y ya sin espuma—. Yo me voy ya, Mad.

—Bueno, pero me das permiso para quedarme, ¿verdad? —responde él, socarrón, y Ruth diría que también ofendido—. Otra, por favor.

El camarero mira a Ruth y esta repite el ademán, copa arriba, ya tengo, gracias, se me tiene que notar desde La Patagonia que quiero salir corriendo de aquí.

—¿Por qué me lo has contado?

—Dios bendito —refunfuña Mad—. Era un favor. Y si no recuerdo mal, uno que me pedías tú a mí.

—Ya se, ya sé. Quiero decir... Yo ni me habría enterado.

—Nunca se sabe.

—No, en serio. Tú lo has dicho. Fuera cual fuese la verdad...

—Es la verdad. Eso lo he dejado claro.

—Bueno, sí, pero fuera cual fuese, me habrían dicho lo mismo.

—Eso es un comentario entre amigos. O entre colegas, fuera de la comisaría. Todos los currantes cotillean de su trabajo cuando salen a tomar algo por ahí.

—Yo a esto no lo llamaría salir a tomar algo por ahí.

—Joder, Ruth, no hace falta que te esfuerces tanto. Todavía sigues empeñada en que he hecho esto porque quiero conseguir algo a cambio.

—Creo que quieres conseguir algo. No que sea necesariamente a cambio de nada.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad te piensas que esto es para impresionarte, o algo así?

—Te confieso que lo había pensado. Antes. Ahora pienso otra cosa.

Ruth se baja del taburete, coge la cartera del bolsillo trasero del pantalón y saca un billete de diez.

—Invito yo —añade—, una cosa no quita la otra.

—¿Qué podría querer a estas alturas de usted, inspectora Cuevas?

—Joderme, por ejemplo —responde ella, dejando el billete al pie de la copa de Mad, que está sobre la barra.

—Pues entonces discúlpame por decir que sí cuando me pides un favor. Tomo nota para la próxima vez.

—Adiós, Mad.

—De nada —dice él, sin levantarse y sin hacer ademán de repetir el par de besos del primer saludo. A lo mejor no ha salido tan mal. A lo mejor tan solo necesita estar en casa y pensar en todo esto sin la galantería hipócrita de Mad como interferencia. A lo mejor todavía no es tarde para un colacao con porras.

Desde el baño ha oído sonar el timbre y ha escuchado a Rodrigo abrir la puerta y saludar a Lidia con la tensa corrección de siempre. Toca salir a escena. Se ha retocado el maquillaje y se ha vestido con ropa cómoda, unas mallas negras y un suéter fino morado de manga larga que deja la mitad de los hombros al descubierto. En los pies lleva unas bailarinas que le quedan algo grandes sin medias. El vestuario informal pone aún más de manifiesto su delgadez actual.

—Cariño —susurra Lidia cuando ve aparecer a Berta. Se acerca y le da dos besos. A Rodrigo no se le escapa que en este caso sí son besos. La forma que tiene de saludarlo a él es un mero contacto de la piel de la cara en su mejilla—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —responde Berta, con una forzada aunque bastante creíble despreocupación—. No seas plasta. Ya te dije que lo de la radio era previsible.

—Perdona por preocuparme —la ofensa que expresa Lidia es exagerada, lo que no quiere decir que sea falsa—. Prefiero pasarme que quedarme corta.

—Anda, déjalo ya, tonta —dice Berta, ahora más cariñosa, y le regala un achuchón inesperado a su hermana. Es una suerte que se haya desahogado en el cuarto de baño, porque en su interior siente que podría romper de nuevo a llorar y permanecer así durante horas

—Venga, sentaos —dice Rodrigo—. ¿Os traigo algo? Estaba haciendo té... ¿Algo fresco mejor?

—No quiero nada.

—Nada —dice también Berta, sentándose a la mesa del comedor sin esperar a ver lo que hace su hermana.

—Vale —masculla Rodrigo. Comprende que lo mejor es desaparecer un rato.

Una vez su cuñado se ha ido, Lidia se sienta en una silla junto a Berta. Se saca el bolso del hombro y lo deja colgando del respaldo. Se abre hasta abajo la cremallera del abrigo, un plumas negro con el cuello forrado de un pelo sintético que quiere imitar al de algún animal, pero no se lo quita. Parecía más lógico que se hubiera sentado en la silla que está enfrente, al otro lado de la mesa, para mirarse cara a cara al hablar. Es evidente que el papel de Lidia aspira a una relevancia mayor. No ha venido a informarse. Ha venido a traer la salvación.

—Escucha, Berta. No hace falta que te lo repita, pero nosotros podemos quedarnos con las niñas si lo necesitáis. A lo mejor les viene bien. Unos días, al menos... Negarte a que te ayuden no te va a curar.

—No, Lidia, es lo contrario. Que tú quieras hacer una tragedia de esto no me va a convertir a mí en una inútil. Todavía no.

—¿Cómo puedes decir...? —la voz de Lidia se desgarrá como carne masticada. Las lágrimas van a aparecer en cuestión de segundos. Como siempre, su organismo transforma las malas vibraciones en corrientes internas de calor. La piel se le enrojece como atacada por un sarpullido. Sobra ya el abrigo. Lo cuelga del respaldo, cubriendo el bolso, y se remanga el fino suéter gris perla de cuello alto con la enérgica presteza de quien se dispone a construir un mueble o a arreglar una tubería embozada. Luego da un respingo para incorporarse y, tras subrayar su irritación con un suspiro sobrecargado de decibelios, se cruza de brazos y se encamina hacia la puerta del jardín.

Siempre fue la hermana guapa, como mínimo la más exótica, con aquel cabello casi albino que se fue oscureciendo un poco con el paso de los años, y aquellos ojos grandes y verdes a los que la edad adulta ha estafado, escondiéndolos al fondo de un pozo profundo y estriado. Berta no tiene prisa en levantarse y seguir a su hermana. Por cómo apoya la palma de la mano en la mesa y después se ayuda con el otro brazo para ponerse por fin de pie, da la impresión de que no le queda mucho para pasarse los días inmovilizada en una silla de ruedas. Aunque no es para tanto, y la parsimonia es también en su caso una forma teatral de comunicarse con Lidia. En ese momento le gustaría tener talento para el humor negro, desarmar a Lidia torpedeando sus ansias de melodrama con una demostración de sarcasmo e incorrección política. A falta de ello, le queda la calma. La conclusión cabal de que las lágrimas no consuelan y el pesimismo no cura. Se dirige hacia la espalda de Lidia con el paso lento y el aplomo recuperado de la hermana mayor. Es como tomar un atajo retrospectivo y empezar otra vez desde la adolescencia, o aún más atrás. La hermana caprichosa que pretende salirse con la suya solo por hacer más ruido. Como suele pasar, la conciencia de la cadena genealógica termina por ablandar a Berta. A punto de traspasar la puerta de acceso al jardín, donde su hermana permanece firme y de brazos cruzados como una estatua de terracota, se pregunta si Lidia no estará genuinamente disgustada. La culpabilidad ha asomado la coronilla por encima del muro de protección, ese tan endeble que lo mismo se alza como se desmorona por el mero acto de mirarse al espejo o, como sucede ahora, de ejecutar un vulgar ejercicio de nostalgia.

El césped está demasiado alto y ha empezado a invadir parte del camino de cemento y guijarros que conduce dibujando una zeta desde el salón hasta la barbacoa. Lidia continúa de espaldas y abrazada a sí misma, acorazada en su dignidad herida. El abrazo pasa a ser doble cuando Berta hace de la condescendencia un arma diplomática destinada a restablecer el tibio optimismo con el que Rodrigo y ella habían iniciado esta mañana.

—Sabes de sobra que no es fácil. No es que no te entienda —Berta adopta el tono de una tutora, de alguien que ejerce su poder basado en la experiencia y no en la autoridad—, yo me siento así a cada minuto. Pero somos adultas, Lidia, cariño. Hay que aguantar.

—¿Crees que no lo sé? —responde, sin girarse. Por vez primera su tristeza se transmite sin voluntad de protagonismo, se deposita en el significado de las palabras y no en la música que emana de las cuerdas vocales—. No quiero ni imaginar qué sucedería si me ocurriera a mí. Creo que me moriría solo de saberlo. Tú eres más fuerte. Siempre lo has sido. Sabes guardarte lo peor solo para ti. Sé que vas a luchar y que por eso puedes ganar. Pero entiéndeme a mí también. Te veo así... y... es superior a mis fuerzas. No puedo evitar...

—Eso no tiene nada que ver. —Deshace el abrazo y da un paso atrás, confiando en que ese movimiento obligará a Lidia a darse la vuelta para hablar cara a cara—. Te estás confundiendo. No se trata de despreciar tu ayuda. ¿Cómo no voy a agradecer que te preocupes por mí? Lo único que pasa es que te adelantas. Mírame —insiste, pero sus palabras siguen estrellándose contra la espalda de su hermana—. ¡Mírame, Lidia, no seas niña!

Rodrigo contempla la escena a través del ventanal de la cocina, igual que si viera uno de esos programas a los que Berta parece haberse aficionado recientemente. Los aventureros y los trotamundos ya no interesan tanto como los seres humanos corrientes que discuten por herencias o hipotecas a medio pagar, que sufren infidelidades o injusticias laborales, que hoy duermen en la calle cuando ayer presidían comités de dirección, que ahora son esclavos de la misma droga que antaño les ayudó a escapar. Tal vez Berta se haya convertido en una espectadora asidua. De lo que no le cabe duda es de que su cuñada sería la protagonista ideal de uno de esos espacios. Y hay otra certeza aún más diáfana: alguien a quien conoce ya ha sido protagonista del programa. Tanto tiempo, tantos celos, y de pronto esa parte de su vida regresa así, de ese modo abrupto y macabro. Era él, era Fernando. Fernando Pardo Díaz del Río. Joder. Está desconcertado y nervioso, igual que cuando se teme algo inconcreto, cuando sobreviene un presagio oscuro. La música del teléfono suena de pronto,

y el cacharro comienza a trotar sobre la encimera. Alguien llama, pero no va a contestar. Que deje un mensaje. Como distracción, prefiere seguir espiando la discusión de su mujer y su cuñada en el jardín.

Lidia mira por fin de frente a su hermana, aunque la posición de su cuerpo sigue reivindicando su derecho a figurar en la nómina de las víctimas. Se frota los brazos con las palmas de las manos. Es obvio que se siente avasallada, pero también ha empezado a notar el típico frío que se instala al disiparse la ola de calor furioso que brotó un momento antes, en el salón. Eso, y el sol de noviembre, que es ladino como un timador profesional.

Ha llegado el momento de mediar, valora Rodrigo. Lidia puede eternizarse si nadie la frena, así que mejor que entienda cuanto antes que hoy es un día para los dos, para ellos dos solos. Recoge el móvil de la encimera y, antes de guardárselo en el bolsillo, comprueba el número de la llamada perdida. Es el del otro día. Aquel que le dejó un mensaje que no se ha tomado la molestia de escuchar. Empieza a estar intrigado.

Al pasar por el salón, Rodrigo recoge el bolso y el abrigo de Lidia. Después retira la puerta corredera y sale al jardín.

—No lo vayas a olvidar —dice, tendiéndole primero el bolso a Lidia, que lo recoge mecánicamente y se lo cuelga al hombro sin decir palabra. Rodrigo se queda con el plumas colgando del brazo.

—Eres cabezona como tú sola. A lo mejor necesitas más ayuda de la que piensas —le espeta Lidia a su hermana.

—Sé muy bien lo que necesito, gracias. No me hables precisamente tú de cabezonerías —se defiende Berta—. No es la primera vez que lo discutimos. Rodri te lo puede decir.

—¿Qué pasa? —pregunta él.

—Refréscale la memoria a mi hermana. ¿No habíamos quedado en que esto no iba a ser una campaña a mi favor y que yo no necesito sentirme... *especial* por... esto?

A él le cuesta pronunciarse. Claro que lo sabe, mejor que nadie. El problema es que, en este asunto en particular, tiene que reconocer que ha aceptado el acuerdo sin verdadera convicción.

—No estás bien, Berta, escucha... —tercia Lidia, desconcertada.

—Ahora no me hables como si estuviera zumbada, hermanita —gruñe Berta, dando por finalizado el interludio de amor fraternal—. Odio que pueda parecer que voy por ahí queriendo dar lástima, pero odio todavía más la posibilidad de fingir que soy un ejemplo de nada, la embajadora de una buena causa... Dios, ¿qué causa? Esto es una mierda. Una putada. —La mano derecha de Rodrigo busca la izquierda de Berta, pero ella la sacude con desdén—. Yo no estoy orgullosa de estar enferma. Yo no quiero estar enferma. Y no quiero que eso sea lo que todo el mundo vea de mí. Prefiero que critiquen mi horrible peinado —se lamenta, mientras arrastra las uñas por el pelo corto y encrespado—. Con eso puedo. Esto no es un reto, ni una prueba, ni una lección de vida. Es una mierda. ¿Verdad que es una mierda?

—Lo es —concede Rodrigo—. Pero no va a durar mucho, ya has oído al médico.

¿En qué lado de la frontera situar los comentarios gratuitos cuya única finalidad es la de dar ánimos? Rodrigo no ha faltado a los estatutos tácitos del acuerdo, pues no ha mentado. La posibilidad de que el resultado sea positivo es tan factible como la contraria. Quizá verbalizarlo sea infringir la norma; puede ser. Berta le ha declarado la guerra a las mentiras piadosas y a las campañas solidarias. Por otra parte, han acordado discreción para las niñas, sin que ello signifique que se les oculte del todo la verdad. Mamá está enferma, tenía un bulto y se lo han quitado, y ahora hay que cuidarla. A las pequeñas no hay por qué intimidarlas con el estigma de la palabra cáncer, pero al resto, a los adultos, por favor, nada de «esa larga y cruel enfermedad», nada de eufemismos de telediario, y, por encima de cualquier otra cosa, nada de disimular, de ignorancia fingida y diálogos esquivos. Y eso no significa que prefiera el drama. Es todo lo contrario. Hablemos con naturalidad. Lo que unos u otros opinen no va a cambiar nada. La respuesta la tiene la biología y, en último término —y más vale que así sea

—, la ciencia médica.

—Pase lo que pase —continúa Berta, que ahora suena como exhausta—, y lo mismo si esto mejora como si empeora, te pido por favor, Lidia, que nunca pierdas el tiempo enviando mensajes horribles a tus amigos, obligándoles a difundir parrafadas llenas de lugares comunes sobre la fuerza de la voluntad y el valor de la lucha y... mierda, por favor te lo pido, nada de virales ni enlatados, de frases de Gandhi o de Luther King o de quien demonios sean, y por descontado que nada sobre enfermos ni muertos. Te lo pido ahora, os lo pido a los dos, porque estoy bien. Y porque puede que nunca vaya a estar mal. Es cuando hay que dejar claras estas cosas. A mí me llegan todos los días: «Solo si reenvías este mensaje a cien personas —imposta la voz para recitar; el tono parece desenfadado, pero esconde una profunda negrura— sabré que compartes y entiendes mi dolor...». No se puede hacer eso. No se le puede decir a la gente lo que debe hacer, ni mucho menos acusar a nadie de insolidario solo porque no quiere perder su tiempo en mandar basura prefabricada a todas horas. Eso se llama chantaje emocional. No puedo con eso, Lidia; prométeme que no caerás... —Da un paso hacia su hermana, tratando de endulzar la mirada—. Bueno, no quiero deciros lo que tenéis que hacer. Sería una contradicción. No es una orden. Es una súplica, si lo preferís.

—Me parece que te estás adelantando a los acontecimientos sin necesidad —dice Rodrigo—. Ni me había planteado nada por el estilo. Estoy por otras cosas, como comprenderás.

—Era solo por si acaso.

—No, tranquilos, si ya sé que lo decías por mí —protesta Lidia, tiesa como un mástil, sin reaccionar al tímido acercamiento de su hermana.

—Pues te ruego, ya puestos —insiste Berta—, que no utilices nunca la palabra *luchadora*.

—Basta, Berta, cariño. Basta ya —suplica Rodrigo.

—¿Qué pasa?

—Por favor.

—Solo estoy hablando. Os estoy contando lo que siento. En fin, una parte de lo que siento. ¿Preferís que hablemos de lo otro? ¿De la razón por la que no voy a pegar ojo en toda la noche, una vez más? ¿Arreglamos algo con ello?

—¿Cuándo te he llamado yo *luchadora*? —pregunta Lidia, con efecto retardado.

—Pues nunca. No había razón. Estoy hablando de... es lo mismo todo el rato. Es por si acaso. No quería decirlo así, pero es igual que cuando se hace testamento, ¿no? Expreso mi voluntad con la esperanza de que sea cumplida.

—Sabes que no lo hace con mala intención —dice Rodrigo, a quien ya no le importa quién tiene razón o quién ganaría el premio a la sensatez. Hace un minuto lo único que deseaba era quedarse a solas con su mujer. Ahora le empieza a sobrar todo. Ellas dos, el abrigo de Lidia pendiendo del brazo, los pájaros que a esta hora buscan el calor de las tejas borrachas de sol y que revolotean por las acacias al otro lado del muro, trinando desahogados, como si de verdad hubiera algo que celebrar.

—Claro que lo sé —concede Berta, aunque sorprendida de que su marido apoye a Lidia—. No juguemos sucio, por favor. Pero ahora no me vale. ¿Es tan difícil entenderlo; entender lo que quiero en este momento? ¿No hay que respetar siempre la voluntad del moribundo? Lo hacen hasta en el corredor de la muerte.

Los ojos de Lidia parecen a punto de explotar, rebosantes de pavor.

—¿Moribundo? —dice Rodrigo, igual que si acabara de ser alcanzado por una bala en medio del tiroteo—. No seas morbosa tú ahora.

—Ya me entiendes.

—Te entiendo. Pero, entonces... ¿se puede saber qué podemos decir y qué no? Acláramelo, por favor.

—Dios mío. —Lidia está más escandalizada que disgustada. Se muere de ganas de sacar el paquete

de tabaco del bolso y apurar un cigarrillo en tres caladas, pero se ha prometido no fumar delante de Berta, y eso lo va a seguir cumpliendo—. Sí, te lo ruego, acláranoslo.

—Que conste que lo has pedido tú —advierde Berta, desafiante—. Te voy a contar un cuento. Rodri ya lo sabe, pero a lo mejor no se acuerda —lo mira, y él responde encogiéndose de hombros—. Lucas, treinta y cuatro años. Trabajaba conmigo; bueno, en la empresa. Le da un mareo y está una semana de baja. Cansado. No puede con su alma. Estrés, anemia, un virus de lo que sea, cualquier cosa que pudiéramos imaginar menos la que era de verdad. Le hacen un análisis y le mandan repetirlo. Pensamos que era porque había salido mal, pero se trataba de algo más grave. Cuando va a recoger los resultados, le dan la sentencia. El páncreas. En seis semanas, está enterrado.

—Qué horror —exclama Lidia, y suena tanto a respuesta como a recriminación.

—Pues sí. Y ahora atiende: ¿sabes qué ponía en el e-mail que nos envió la empresa para informarnos de su muerte? Decía «...nuestro compañero Lucas, que ha fallecido después de una larga enfermedad». Larga enfermedad. ¡Larga! ¡Un mes y medio! He tenido resfriados que han durado más. Por el amor de Dios. ¿Nadie se da cuenta de lo estúpido que es? Estúpido e inútil.

—Creo que no hace falta que seas tan cruel —dice Rodrigo, y alarga el brazo hacia Lidia, que comprende a la primera. Recoge su abrigo, aunque no se lo pone. El frío también ha pasado.

—Ese es el problema, Rodri. No estoy siendo cruel. Estoy pidiendo que digamos la verdad. Si le damos la espalda a la verdad, ¿cómo podemos pretender, ya que os gusta tanto el verbo, *luchar* contra ella? Dímelo.

Ya no hay lágrima, ni hipido, ni recurso alguno que pueda servir, y Lidia lo sabe. Se ha colocado el abrigo por encima de los hombros, como si fuera una capa. La mano derecha ha acabado dentro del bolso por instinto, por hacer algo mientras escuchaba esa especie de alegato de su hermana en favor de la verdad cruda y libre de eufemismo.

—No te cortes —dice Berta—. Fuma si quieres. Te aseguro que me hace menos daño eso que cualquier chascarrillo enlatado que te hayan enviado al móvil o al Facebook.

—Vamos dentro —ahora sí; Rodrigo decide que ha llegado la hora—. Venga.

Cree que empieza a entender a Berta. No hay pelea posible cuando solo uno de los bandos está autorizado a pelear. Más que de lucha, habría que hablar de resistencia. No se puede luchar contra el cáncer del mismo modo que no se puede merecer la buena suerte. Puedes jugar, comprar el billete de lotería y esperar a que la diosa Fortuna te haga millonario, pero no se puede forzar ni manipular el azar. Hacer frente a un cáncer no es una guerra; se parece más a un proceso de maltrato, o de acoso, como ese al que sometían a los novatos en la universidad y en el servicio militar. Lidia piensa que es ofensivo para los enfermos negarles su condición de luchadores, pero se equivoca. Admitir la posibilidad de lucha es lo mismo que afirmar que solo se salva quien lo merece, quien lo da todo en la pelea, quien se aferra más a la vida, el más fuerte o el más empecinado.

Con el cáncer todo son pruebas, experimentos, como si de todas las ciencias fuera a la estadística a la que hubiera que encomendarse en última instancia. Todo son palos de ciego y órdagos sin mirar las cartas. Cábalas y plegarias. Berta lo ha descubierto igual que él, y lo mismo que él se ha callado. Tal vez su clarividencia sea una secuela más, otro cargo a sumar en el precio final. Ella tiene razón. No se puede luchar. Se trata sencillamente de esperar. A lo mejor le toca antes a él, le da un ataque, una caída absurda, o un coche se lo lleva por delante mientras cruza la calle, como a Fernando, joder, es Fernando, es él.

De niños pijos va un poco saturado las últimas semanas. El empeño del comisario en que acompañe a la inspectora Ruth Cuevas a dar una conferencia en un colegio mayor le ha devuelto por tiempo parcial el contacto directo con la docencia, la profesión para la que se quiso formar siendo un adolescente empollón que había pasado por encima del C.O.U. como el caballo de Atila. Aunque poseía las aptitudes, carecía de vocación. Lo supo no muy tarde; lo justo para estar a tiempo de rectificar. Perseguir delincuentes, sostiene Herrera, es también una forma de educar, de instruir al ciudadano y a la comunidad. Y hasta podría salir por la tele. En fin. Si le sale bien esta operación, a lo mejor lo llaman de uno de esos programas de reporteros intrépidos. Los hay que se cuelan en las cárceles de máxima seguridad o que le ponen micrófonos a un capo de la droga. Desmantelar una red de carreras ilegales que mueve dinero negro procedente, con casi total seguridad, también del tráfico de drogas no es ninguna tontería.

Conducir nunca se le ha dado mal. Para perfeccionar su técnica y dar la talla como uno más de esos chalados que se la deben de pelar con un poster de Fernando Alonso, se ha estado entrenando con Ñapa, un legendario ladrón de coches y cómplice ocasional de alunizajes en algunas joyerías de la zona de Concha Espina, reinsertado como instructor para conductores de la policía tras cumplir seis años de condena, y que hace pinitos esporádicos como especialista para el cine.

Infiltrarse entre aquella patulea de cafres gomosos ha sido bastante fácil. Planta de chico bien ya tiene, con su metro ochenta y nueve bien repartido y con más fibra muscular que grasa, que bien podría haberle dado la oportunidad de ganarse la vida como base de un equipo de baloncesto, deporte que practica los domingos con los colegas de la comisaría. Y luego, su rostro de príncipe árabe, los ojos rasgados y elegantes que juegan al verde o al turquesa dependiendo de los caprichos de la luz; la nariz fina y grácilmente puntiaguda, igual que el mentón, recio como enseña de virilidad y a la vez pulido como una pieza de ebanistería. Solo ha necesitado cambiar un par de cosas. El pelo, como simple maniobra de despiste, se lo ha dejado crecer un poco más de lo acostumbrado, y ahora lo peina hacia el lado derecho con ayuda de gomina; en la nuca se le forman caracolillos que le otorgan un cierto aire calorro, ideal para explotar la vena canalla de su personaje en esta misión. Lo segundo que ha tenido que variar ha sido su indumentaria. En concreto, olvidarse temporalmente de las franquicias populares y agenciarse camisas, polos y jerséis que no chirrien como hijos bastardos entre la parentela que habita los armarios del pijerío.

Será la última. Después de esta operación, y siempre que todo salga bien, se despedirá de su identidad falsa, podrá volver a actuar sin disfrazarse ni afearse. Le suena que Cuevas también ha estado trabajando medio de incógnito, pero no está seguro. Le han dicho que está lesionada. Él ha tenido más suerte en ese aspecto. Ni un rasguño en todos estos años. Sea como sea, ambos van a dar la cara delante de una cámara. El mundo de la televisión le atrae, no lo niega, pero al mismo tiempo sabe que es una de esas cosas que cambian radicalmente cuando se conocen desde dentro. En eso no se diferencia mucho de la policía.

Revisa su arma, le da los últimos retoques a su ropa y su cabello, y se dice ante el espejo, antes de salir y reunirse con Ñapa para el ensayo final, que está destinado a proyectos más ambiciosos, que este rostro que jamás ha sido golpeado ni arañado ni rozado por una bala se merece una portada o un

primer plano; que cuando los niños juegan a policías y ladrones piensan en la gente como él y no en un simple funcionario de la administración pública. A veces su trabajo es aburrido, pero él no es un coñazo de tío. Algo grande tiene que estar a punto de ocurrir.

Se ha curado. Por fin. Adiós infección. Godo, el tatuador, le ha vuelto a contornear el dibujo y en pocos días ya podrá ir a que se lo termine. Le ha pedido disculpas por enésima vez. Es un simple error, o ni siquiera eso; una complicación probable, le puede pasar al dentista, al practicante que pone una inyección o al enfermero que cose unos puntos. Ruth entiende el embarazo de Godo, no obstante. Es un hombre sumiso a la fuerza, un exconvicto rehabilitado, y desde hace años un confidente acostumbrado a que la mayoría de los policías a los que abastece de información lo traten como a un esclavo. Ella es la excepción, y de ahí el detalle. No le ha querido cobrar por el tatuaje, y un obsequio defectuoso es más incómodo para quien lo da que para quien lo recibe. Pero es un simple accidente, y además tiene arreglo.

Todavía no sabe si va a volver a la comisaría. Tiene oficialmente la tarde libre, algo que suena a premio aunque no lo es en sentido estricto. La reunión en el despacho del comisario ha sido una mezcla de teatro pomposo y protocolo, un ejercicio artificioso de reivindicación y ensalzamiento de la profesión policial, casi un remedo de los primeros días de instrucción en la academia. Después, tal como le había anticipado Mad, han pasado a describirle algunos detalles que desconocía de su propia misión, empezando por revelar la identidad del chico herido.

El Colonia estival⁷ y fisgonear en busca de pruebas, sacar fotografías, colocar algún micrófono. Al no haberlo logrado, decidió quedarse escondido en la escalera hasta que a primera hora de la mañana la agencia abriera al público, y entonces, haciéndose pasar por un aspirante a monitor, visitar la empresa y tratar de dejar el micro o, aprovechando un descuido, tomar alguna instantánea con la cámara de fotos oculta en el piercing de su oreja derecha. El equipo de vigilancia nocturna de la policía lo había visto entrar a eso de las cinco y media de la madrugada, pero no habían informado a su relevo, ya que pensaron que era un vecino más de la finca, y su perfil no se correspondía con los de los sospechosos a los que ya tenían en el punto de mira.

Se lo han leído directamente del informe, y después le han dado la oportunidad de hacer preguntas, opción que ella ha declinado. Todos los presentes —además del comisario, un especialista de la científica y otro agente, como simple testigo, ha supuesto Ruth— sabían cuál era la urgencia y la verdadera razón de ser de la reunión.

La bala que le había quebrado a aquel chico el omoplato izquierdo y destrozado parte de la musculatura superior de la espalda provenía de un fusil cetme L, y aunque el herido tendrá que sufrir un doloroso y considerable periodo de baja, el mayor problema al que habrá de enfrentarse será el de asistir a la investigación paralela a la que será sometido su padre por presuntas prácticas ilegales.

Se acabó. La intriga se ha resuelto. Final feliz, o casi.

Como cierre, unas palabras sentidas y paternales del gran jefe, eso que tan bien sabe hacer, acercarse como un colega o aun algo más íntimo, pero sin descender ni un escalón y sin perder el aura de autoridad. Mientras Ruth escuchaba esa sinopsis laudatoria de su carrera en boca del comisario, se ha ido sintiendo progresivamente más incómoda, como una impostora, avergonzada por los inmerecidos halagos y frustrada por saber que nunca le abandonará la duda, da igual si Mad le dijo la verdad o solo se estaba cobrando el precio de sus rencores y despechos.

Ha dado las gracias sin saber muy bien por qué, y luego todos se han levantado de sus sillas y se

han estrechado las respectivas manos. Todo muy diligente y civilizado, muy de película. Entonces el comisario le ha dicho lo de la tarde libre, que vaya a pasear, o de compras, o a tomar el aire. Solo ha faltado que le dijera aquello de «vaya a casa y abraza a sus hijos». Pero esto no es Hollywood.

Así que ha hecho caso a su jefe y se ha ido al estudio del tatuador. Cada vez camina mejor, y son tres manzanas. Tres y media, en todo caso, si se cuenta el rodeo que obligan a dar las obras de renovación de la red de aguas, que tienen las aceras reventadas e inutilizadas desde hace semanas. Ha tenido que esperar a que Godo terminara con otro cliente, pero verificar que la infección ha remitido y redefinir el contorno del tatuaje han sido dos trámites rápidos. El nuevo apósito pertenece a una estirpe más noble. Ya no es una venda, sino algo más parecido al envoltorio de un regalo. Es un regalo para ella, sí, pero no deja de preguntarse qué le parecerá a Guillermo. Comienza la cuenta atrás para el momento del destape.

Ha comido en una hamburguesería llena de estudiantes, desde donde le ha enviado a Guillermo un mensaje de WhatsApp que sabe que no leerá hasta más tarde, cuando tenga un descanso en el dichoso seminario. En un quiosco frente a la hamburguesería ha comprado una chocolatina y la ha devorado mientras andaba en dirección a la comisaría, aunque sin saber aún qué iba a hacer, si entrar de nuevo o pasar de largo.

Cuando está a pocos metros se decide. Hará como estos últimos días, y no apurará del todo la jornada, pero todavía es policía. Le quede más o menos tiempo en el cuerpo no va a arruinar lo conseguido con un final chapucero. Lo que va a quedar para los archivos es que su última misión fue el éxito de dismantelar el entramado corrupto de 'Aventurama. Colonia estival'. Después vendrá un colegio, tal vez dos o tres, pura anécdota, pero nada que salpique de suciedad su expediente. No es tonta. Asume que retirarse no va a ser bien visto por todos. Decepcionará a muchos, empezando por el comisario, y puede que también a sus compañeros más leales. La escoria como Ortega, Kung Fú y compañía le trae al fresco. El trago de comunicarlo será duro, pero no es lo mismo marcharse dejando los deberes hechos que provocar que te echen, o tener que hacer mutis para evitar el escarnio.

Se ve que hoy es el día de liquidar saldos y cerrar puertas. Por fin. Nada más sentarse a su mesa encuentra una nota, un *post-it* pegado a la pantalla del ordenador. Confirmada la fecha de la primera charla. En la nota le indican que encontrará la información ampliada en un e-mail. Próximo jueves, Colegio Mayor Cid Campeador. Se llevará los manuales a casa y les dará otro vistazo. No estaría de más concertar una reunión con Herrera un día de estos, antes del jueves. Intentará localizarlo mañana, si no lo hace él antes. Colegio Cid Campeador. El caso es que le suena de algo. Ahora lo buscará en Google.

Que si justo el día que decides lavar el coche, llueve. Que si la ley de Murphy y las leyendas urbanas y los chascarrillos de turno para rellenar de la forma menos lastimosa los cafés con los compañeros de trabajo o las tediosas sobremesas de los domingos familiares. A esta banalidad se ha encomendado Rodrigo para tratar de explicar por qué la muerte parece haberse pegado a su espalda y lo persigue en los últimos días como un sabueso diligente o una fan desquiciada. En realidad, las últimas conclusiones del médico habían conseguido alejar ese fantasma y reducir la angustia de los primeros días a una inquietud racional, alejada de los peores augurios y centrada en el ámbito de los efectos secundarios. El legado de la primera sesión de radioterapia ha pasado casi desapercibido en el cuerpo de Berta. Un cansancio que no se sabe muy bien si es la continuación del que ya arrastraba, tal vez potenciado por un comprensible factor psicológico, más una sed inusual, acompañada de un desagradable gusto en la lengua, como si la saliva manara de una vieja cañería de plomo. Nada tan intenso como para hacerles cambiar los planes del fin de semana.

Ha sido la muerte de Fernando la que ha fumigado el ambiente con su aliento podrido. Alguien lejano en el tiempo y la memoria a quien el más allá ha traído de vuelta para recordarle a Rodrigo su propia vulnerabilidad. Que le haya tocado el cáncer a Berta y no a él parece pura chiripa. No quiere ni pensar en Virginia y Nieves, aunque sabe —Fernando parece haber viajado desde el pasado para constatarlo— que están expuestas como cualquiera, que no hay lógica ni justicia ni lista de méritos que valgan. Respira hondo y, como para desacreditar a este macabro presagio, vuelve el rostro hacia un costado y contempla a las niñas, que caminan entre el gentío con una habilidad asombrosa para no chocar o quedarse enredadas en el bosque de piernas. Berta va agarrada a su brazo, pendiente también de las pequeñas, que lo mismo brincan cogidas de la mano que se pelean por cualquier estupidez. Él nunca tuvo mucho aguante con esa clase de veleidades infantiles. Siempre consiguen crisparle, más aún en público, en plena calle o en un lugar atestado, donde sus hijas son proclives a excitarse y comunicarse solo a base de agudos chillidos. Pero hoy ha salido vestido de una admirable tolerancia. En su interior está celebrando que pasará una Navidad más junto a su mujer y sus hijas. Este hecho trivial ha adquirido este año una obvia trascendencia. La última vez que recuerda haber celebrado las fiestas con auténtica emoción era todavía un niño. Desde que nacieron Nieves y Virginia son otra cosa, pero nunca ha regresado a su cita anual con la eufórica energía de antaño.

A Berta siempre le gustó todo esto más que a él. Incluida la insolente cantinela de los villancicos que escupen los altavoces de los grandes almacenes. Esas voces aflautadas y chillonas que tanto le recuerdan a sus hijas cuando se revolucionan y ponen a prueba su sistema nervioso. En este caso no funcionan las letanías que ha ido recopilando en los congresos y los seminarios. Como aliadas del estrés, Virginia y Nieves son contrincantes mucho más duros que cualquier auditoría o reestructuración organizativa.

Las calles peatonales del centro transportan multitudes de personas como borbotones de sangre bombeada desde el corazón hiperactivo de la Puerta del Sol. Hasta ahí pretendían llegar Rodrigo y su familia, para después recorrer los puestos de adornos de la Plaza Mayor y concluir el paseo comiendo un bocadillo de calamares en alguna de las tascas de los soportales. Aún no se han rendido, pero la aglomeración es colosal. Un termómetro digital que sobresale de la fachada de una relojería indica

una temperatura casi invernal que parece un chiste. El hacinamiento de humanos envueltos en prendas de abrigo actúa como un sistema de calefacción espontánea. Claustrofobia y sudor. Rodrigo se sobrepone a la sensación de angustia elevando la vista hacia el alumbrado; este año geométricamente más sencillo, menos rococó, y a la vez más vistoso, más colorido, una mezcla de diseño moderno y formas reconocibles que parecen trazadas por una mano infantil. Si Berta no protesta, continuarán con la peregrinación, aunque les lleve la tarde entera. No quiere ser él quien se rinda. Y mucho menos desea aparentar que la decisión de dar media vuelta pueda contener un mensaje encubierto de sobreprotección.

Es muy probable que las niñas se cansen antes. Solo ellas pueden pasar del entusiasmo al hastío en un segundo. Ahí van, un paso por delante, con sus abrigos rojos idénticos, y los fulares color vainilla, también iguales, el de Virginia aflojado y enrollado de forma asimétrica alrededor de su garganta, con uno de los extremos colgando hasta casi tocar el suelo invisible, invadido por decenas de miles de pies inquietos.

—Un momento, chicas —dice Rodrigo, que ha localizado un exiguo claro entre la multitud, a la derecha, en la boca de un callejón que parece no tener salida pero que, quizá por ello, no atrae el rumbo de los viandantes, que al alcanzar la plaza se multiplican y se mezclan con los que esperan la cola para comprar lotería y los viajeros que salen o entran de las estaciones de metro.

—¿Quieres volverte? —inquire Berta, sin matiz. Imposible saber si la pregunta encierra también un deseo.

—No, no es eso.

Se acucilla entonces y le recoloca el pañuelo a Virginia para que no cuelgue tanto.

—Hace calor —protesta la pequeña.

—Lo sé, cariño —admite Rodrigo—, pero si te lo pisa alguien te puedes hacer daño. —No lo va a decir en voz alta, pero en su cabeza está bailando Isadora Duncan. Fernando, maldito agorero.

Así, agachado, la visión de la calle se limita al desfile de calzado que circula en todas direcciones. Zapatillas deportivas, botas de piel, zapatos con tacón o planos que se rozan y se traban, un trasiego incesante, con una sola excepción. Qué extraño. Justo detrás de las finas pantorrillas de Virginia distingue un par de playeras clásicas, de lona azul, con la puntera de goma blanca, igual que los cordones. Quietas. Son los únicos pies que no se mueven alrededor de su hija. Sobresaltado, aunque no sepa del todo por qué, Rodrigo agarra la mano de Virginia y se incorpora. Observa la marea de cabezas tratando de localizar una estática, pero no ve nada. Baja la vista. Imposible apreciar algo entre semejante enredo de piernas. Se agacha otra vez, pero las playeras azules ya no están.

—¿Qué haces? —pregunta Berta. Parece molesta, no intrigada.

—Nada, nada —dice Rodrigo, ya de pie—. Escuchad, niñas, ¿queréis que paremos un rato? ¿Vamos a merendar?

Nieves pone cara de que le da igual todo y Virginia grita la palabra *chocolate* acompañada con cada saltito que da agarrada al abrigo de su madre. Rodrigo y Berta se miran. Ella levanta los hombros, y él meneja la cabeza pidiéndole calma. Ya te lo explicaré, confía en mí, paciencia, sé lo que hago. Tira para Arenal comandando la expedición. Berta lo sigue a un par de metros, con una niña en cada mano.

San Ginés está imposible. De algún modo lo sabía, pero es lo primero que ha podido improvisar. En el camino aún se ha girado dos o tres veces por si veía algo anormal, y otras tantas ha rastreado el suelo, por si aparecían de nuevo las zapatillas misteriosas. Ha sido raro, ¿y qué? ¿Desde cuándo raro es necesariamente sinónimo de peligroso? Quizá desde que los muertos colman sus pensamientos, los muertos reales y los posibles, los olvidados y los temidos.

Ahora es Berta quien lo mira y le traslada el mensaje codificado en sus gestos, la repetición del espasmo de los hombros y las cejas en lo más alto de la frente.

—Sí, sí, ya sé —reconoce él—. Déjame que piense.

—Vamos fuera de aquí —propone ella—, fuera del meollo.

A la espalda de Berta asoma una cabeza cubierta con una capucha. Rodrigo se pone alerta. No distingue si es hombre o mujer, joven o mayor. No puede fijarse en cómo va calzado el sujeto, casi seguro un hombre, lo ha visto mejor al moverse una pizca hacia la derecha y aprovechar la luz de un escaparate. El tipo está parado, como si, al igual que su mujer y sus hijas, esperara la orden para continuar. El corazón se le ha acelerado, y el nerviosismo de Berta no ayuda a dominar la situación.

—¡Para donde sea, pero tira ya, nosotras te seguimos! —grita Berta, tratando a la vez de que la avalancha no arrastre a las niñas.

—Venid para acá, venga —decide él, al fin.

Para alcanzar el otro lado de la calle tiene que trazar una ruta perpendicular a la dirección que lleva todo el mundo. Armado de *perdones*, *porfavores* y *disculpés* va sorteando viandantes y abriendo camino a su familia. No ha podido comprobar qué ha sido del fulano encapuchado. Pero ¿por qué demonios iba a seguirles nadie?

Basta alejarse tres o cuatro manzanas del fervor comercial de la Gran Vía y Callao para poder caminar con comodidad y buscar un lugar en el que sentarse a merendar. Las cafeterías están repletas en todas partes, pero ya no es imposible hallar un hueco ni detenerse ante un escaparate o la entrada de un comercio para consultar un precio o un menú. Dejan que sean las pequeñas quienes elijan. Entran en un bar vetusto que no se resigna a perder el estatus que sin duda ostentó tres o cuatro décadas atrás. Camareros con chalecos burdeos y pajaritas negras, asientos de piel marrón formando una fila que recorre el local de una punta a otra, una gran barra forrada de madera y escoltada por altos taburetes a juego con los sillones, guirnaldas y espumillones enredados entre las botellas, las lámparas y también alrededor del enorme televisor sin sonido que emite las imágenes de un partido de fútbol al que nadie parece hacer caso.

Huele a picatostes, y a Rodrigo ese aroma a pan frito le seduce más que el de los churros. Ocupan uno de los sillones, encajado en una especie de nicho que, quizá en otro momento, en días menos masificados, ofrece algo parecido a la ilusión de estar en un reservado. Imagina que su mujer está disfrutando. La Casa es formidable para estar dentro, y también al despertarse cada mañana. Apenas se escuchan los motores de los coches que salen y entran en los garajes. Casi siempre huele a césped recién cortado o regado, o a las plantas de los jardines, y de vez en cuando les sobrevuela el humo embriagador de la parrilla del argentino que vive dos casas más allá. Es olor a comida, claro, pero no es lo mismo. Sin embargo, Rodrigo está seguro de que la violenta transpiración de los churros, los calamares rebozados y los picatostes —una peste que acarrearán de vuelta a casa y se cobrará su enjundia en una factura más de la tintorería—, que este reencuentro con los humildes aromas de quienes solo se pueden permitir el dispendio una vez al año está formando parte del tratamiento de Berta, o acaso sea la secuela principal de su enfermedad.

Han pedido chocolates y churros, y Rodrigo no ha querido tomarse la molestia de preguntar por el pan frito con azúcar. Confía en que el espectáculo que está a punto de representarse —dedos y labios grasientos y embadurnados de chocolate, eso que desata en sus pequeñas ataques de risa histérica y que agotará sus pilas nada más subirse en el coche de vuelta— le distraerá por un momento y lo aferrará al presente, este hoy esperanzador en el que Berta no va a necesitar pañuelos, ni sombreros, ni pelucas. Ella, como si fuera la mayor de las hijas en vez de la madre, también ríe y exclama cuando aparecen los platos de churros y las tazas rebosantes de esa materia oscura y espesa.

Mientras hunde un churro en la taza y se esfuerza en formar parte del alboroto montado por Virginia y Nieves, con el rabillo del ojo va registrando los pies de los demás clientes, de los que están apostados en la barra y de los que entran. El modelo de playeras es tan corriente que ya ha contabilizado dos, unas en la chica que toma algo con su pareja en un extremo del bar, y las otras al final de un pantalón pitillo estrechísimo, un muchacho alto de pelo largo al que ha visto salir y volver

a entrar; seguramente fue a fumar. Es ridículo seguir pensando que alguien los vigila o los persigue. Tan ridículo como inevitable. Esta repentina manía persecutoria tiene que ver con él, aunque la disfrace de instinto de protección hacia su familia.

De buena gana se iría directo a la oficina, se encerraría en su despacho y recuperaría la calma de inmediato, en cuanto se sumergiera en sus informes o sus hojas de cálculo. Ellas están encantadas, las tres. La merienda ha pasado rauda como una borrasca que ha dejado montones de servilletas arrugadas y esparcidas por toda la mesa. Nadie les mete prisa, no obstante, y además, Berta acaba de pedir un vaso de agua. Han dejado el coche en un aparcamiento cerca de la calle Alcalá. Para volver tendrán que sortear otra vez la marabunta y cruzar el caos exaltado del centro. Eso es. Ya tiene la manera de salir, de estar solo un rato, respirar.

—Se va papá —dice Rodrigo, poniéndose de pie—. Voy a buscar el coche. Vosotras os quedáis aquí con mamá. Hace frío y hay mucha gente. Y pedís algo más, si queréis.

Berta lo mira, extrañada. No es tanto por la idea, que parece buena. Es verdad que yendo él solo a por el coche tardarán menos y se ahorrarán la previsible tabarra de las niñas, que ya cansadas y con el capricho del chocolate satisfecho pueden ponerse muy pesadas. Es porque parece que esté negociando algo, como si en vez de sacrificarse para el bien de todos, Rodrigo estuviera excusándose para un beneficio propio.

—Venga, ve —lo apremia Berta—. Te esperamos aquí.

Hace el gesto de sacar la cartera, pero ella lo frena.

—Ya pago yo.

Atajar yendo solo es mucho más sencillo. También esquivar a la gente que camina a ritmo de procesión. Ya no le importa si le miran o si alguien se para. A veces necesita acelerar para sortear a quienes se cruzan, pero no quiere agotar su tiempo demasiado pronto. Sus pasos no deberían marcar un ritmo más veloz que el fluir de su pensamiento. Si por algo necesitaba salir de ese bar y deambular sintiendo el frío en la piel era para intentar de una vez por todas llegar a alguna conclusión, o, al menos, a un punto en el que detener el flujo de información. Las puertas de su hemeroteca particular han reventado como una presa saturada y ahora su cabeza está anegada de nombres, escenas, voces y rostros.

El acceso al aparcamiento está en una pequeña plaza libre del bullicio general. Un grupo de chavales beben de sus botellas de litro y ríen como asnos alrededor de un banco. Duda si seguir directo o rodear la plaza. No parecen peligrosos. Son adolescentes; antes de lo que imagina, Nieves hará lo mismo, querrá estar con sus amigos y dejará de tenerle celos a su hermana pequeña. Le parece imposible que algún día pueda echar de menos las rabietas y los grititos agudos de sus hijas, pero ese día llegará. Al pasar por delante de la pandilla de adolescentes, estos le ignoran. Continúan carcajeándose y hablando a voces. No hace falta pensar en Nieves. Él también fue así.

Se despista un poco al salir. La salida del aparcamiento da a una calle que le obliga a girar y bajar hasta Cibeles. También se ve preciosa esta parte de la ciudad. Centenares de bombillas copan las ramas de los árboles como frutos luminiscentes a lo largo de todo el Paseo de la Castellana y el Paseo de Recoletos. Tiene que dejarlo por hoy. Vale ya de darle vueltas. No va a llegar a nada. Fernando desaparecerá de la tele y de las portadas de los periódicos, y con idéntica rapidez se esfumará de su vida. Otra vez. Además, él sí que ha aterrizado en ese futuro al que aspiraban. Desde la cumbre de su cargo, se asoma a su vida y la ve como una rampa de lanzamiento. O, en fin, para no exagerar y ser algo más humilde: como una escalera ascendente. Si se fía de lo que dicen las noticias, la vida de Fernando ha sido lo más parecido a una travesía tortuosa por un océano de olas enfurecidas y gigantescas. Un naufragio. Pero ¿qué puede hacer él?

Cuando llega a la puerta del bar, su familia ya lo está esperando fuera, las tres de la mano. Junto a ellas, hay un hombre con la espalda apoyada en una señal de tráfico, parece esperar también a que lo recojan, o tal vez a que pase un taxi. Lleva una parka oscura, y la capucha puesta. Rodrigo dirige la

vista de forma instintiva a sus pies. Zapatillas deportivas, rojas.

—¡Chicas, adentro! —grita asomando la cabeza por la ventanilla, en parte para que lo oiga el tipo de la señal, por si acaso, aunque no tenga sentido.

Al salir de trabajar ha pasado por la vieja casa de sus padres a recoger el correo, como cada semana. Sigue llegando correspondencia para él, la mayoría publicidad y papeleo inservible. Su nombre ya no figura en los buzones, pero el portero le guarda lo que entregan, por si acaso. Es más un ritual que un recado con fines pragmáticos. Y no demasiado agradable. Por lo general, regresa a casa deprimido.

No todo era propaganda. Hay una carta a su nombre, con el membrete del Colegio Mayor Cid Campeador. El estado casi etéreo en el que el malestar y las medicinas mantienen a su cerebro le provoca una carcajada floja, esa hilaridad derretida que recuerda de sus primeros devaneos con el hachís. Parece uno de esos sueños en los que el inconsciente encaja a su manera surrealista las piezas que la lógica de la realidad no ha sido capaz de acoplar durante la vigilia. Se prepara para abrir el sobre y encontrar una nota póstuma de Fernando, o incluso para que el propio Fernando emerja como un genio y, en vez de tres deseos, le proponga tres alternativas de tortura. Cualquier cosa. La tos se entromete en el curso de la risa y está a punto de deshacer el momento mágico.

Lo invitan al homenaje que se celebrará mañana en el colegio mayor en memoria de Fernando. Mañana. Por poco no llega a tiempo. La carta tiene fecha de hace una semana.

Es increíble que su nombre se conserve en las bases de datos. Su paso por allí fue menos que anecdótico. La misma basura que significaba su presencia para los veteranos. Pero se ve que no. Parece que para la institución no cuenta nada más que lo que alguien pagó en su día para que aceptaran su matrícula. Si fuera capaz de colarse con una garrafa de gasolina y un mechero prendería fuego a aquel lugar con todos dentro. Es lo que le dicta el primer impulso, destruida ya por completo la magia alucinógena.

Después recapacita y encuentra un motivo de interés que lo coloca casi en las cumbres del optimismo. El acto va a ser algo similar a aquella cena que observó desde la distancia y el parapeto de su coche. Esta vez sin el espíritu festivo y excesivo de aquella, sino, es de esperar, con la pompa y la seriedad que exigen los honores a un muerto. Qué mejor ocasión para que, esta vez sí, se reúnan todos, incluidos los dos que de verdad le interesan, y hasta él mismo: ¿quién lo iba a decir?, el verdugo presentando sus respetos al reo.

Está tumbado en la cama, con los sobres rasgados y los folletos publicitarios hechos trizas y esparcidos por la colcha. Al lado está el móvil. Se lo queda mirando como si el aparato se hubiese convertido en otro modelo, en otro objeto. Lo coge y observa la pantalla oscurecida aún unos segundos antes de pulsar para que se ilumine y seleccionar el menú de llamadas perdidas. Acaba de pensar que tal vez ese número desconocido y a la vez familiar sea de alguien del colegio, o puede que del propio centro, para invitarle oficialmente al acto de mañana. Vuelve a teclear el código para oír los mensajes del buzón de voz, y se sobresalta al reconocer el tono crispado y admonitorio de Elena en un discurso que acumula informaciones y reproches sin demasiado criterio, pero que no le impide comprender el sentido general.

Cuelga enfurecido y arroja el móvil a la pila de papeles amontonados. Hija de puta. A ella también la han llamado los del seguro. Su nombre figura en la póliza, no recuerda si como segunda conductora o en calidad de qué. Como a él no lo localizan, se han dirigido a ella. Si es solo esto, no es

raro que esté cabreada. Lo peor es que ha dicho, un par de veces, «Me da igual lo que hayas hecho con el coche». Es imposible que lo sepa. ¿O sí? El divorcio no tiene por qué haberla cambiado. Estará todo el día amorrada a la pantalla del televisor. Todo el país sabe ya el modelo y la marca del coche que atropelló a Fernando. ¿Cómo no lo va a saber ella?

Le asusta lo que siente a continuación. De pronto lo ha invadido un estremecimiento que parece un mecanismo de defensa, como si su cuerpo pidiera auxilio desde dentro, aunque en esta ocasión no es un grito de súplica, como cuando Fernando y su clan pernicioso lo utilizaban de cobaya para sus torturas. Ha sido como si se produjeran al mismo tiempo la revelación de una idea y su negación. Quizá unas semanas atrás habría sido imposible que se planteara algo así. Pero acaba de pensarlo, por mucho que ahora pretenda renegar. Antes incluso de terminar de oír la grabación de Elena, su voz interior ya se lo había dictado. Voy a matarla. O a lo mejor ha sido «tengo que matarla»; un paso por detrás, aún en el cajón de los planes, no en el de las intenciones.

De ninguna manera. No es un asesino. Esto que ha empezado con Fernando no es una serie criminal para los amantes de la novela negra. Es un arreglo íntimo y una reparación para restablecer el equilibrio. Claro que ahora mismo desearía verla muerta. Es una reacción natural, no puede acojonarse por ello. Va a calmarse, y después va a llamarla. Es ella quien debe asustarse de sus propias sospechas, si es que ese comentario —«Me da igual lo que hayas hecho con el coche»— alberga de verdad una acusación taimada bajo su apariencia de puro desprecio. Tiene que darle la vuelta al asunto. Pero para ser convincente primero debe recuperar el dominio de sí mismo.

Antes que nada, no le va a quedar más remedio que reforzar su coartada con pruebas tangibles. Es arriesgado, pero la llamada de Elena no deja otra salida. Tendrá que ir a una comisaría y denunciar el robo de su coche. Después dará el parte al seguro, y cuando le digan que no está al corriente del pago fingirá su asombro lo mejor que pueda. Que no sepa nada al respecto es creíble y hasta razonable, pues por mucho que la compañía haya contactado con su ex, él puede justificar que la relación entre ellos tras el divorcio es prácticamente nula. Supone que cuando la policía tome nota de la marca y modelo del coche activará algún tipo de procedimiento de verificación, ya sea por pura rutina. Él debe seguir aferrado a la máxima de que sin arma no hay crimen. Por muy pesados que se pusieran en la policía, no hay razón para asustarse. Sí, su coche es igual que el que pisoteó la miserable vida de Fernando Pardo Díaz del Río, pero no es el único que compró uno así; hay miles. Y además, el suyo nunca va a aparecer, porque sus piezas seguirán desperdigadas entre montañas de chatarra, cuando no fundidas o recicladas en latas de refresco, navajas, rejas y cadenas, en clavos o en bolardos clavados en las aceras.

Un susto. Pensar en matar a su exmujer es un disparate, pero darle un susto quizá no sea una mala idea. La cuestión es cómo. Y además ella no debería interponerse en lo fundamental. Es poco probable que vaya a entrometerse. Que la persigan los del seguro es un engorro y puede que un insulto a su reputación de buena ciudadana, pero no irá más allá. Va a esperar, y, eso sí, se cuidará de contestar al teléfono la próxima vez.

Lo importante es lo que sucederá mañana. Después, al día siguiente, quién sabe; lo mismo todo le importa un carajo. Hay que ir por partes. Mañana. Va a aprovechar la invitación que ha recibido a su nombre real, pero él tiene que seguir jugando a ser Gustavo Gil.

El trayecto de vuelta a casa resulta mucho más tranquilo. Virginia se queda enseguida traspuesta, con el cuerpo vencido fuera de la sillita y la cabeza acostada en el regazo de su hermana mayor, que se entretiene jugando con el pelo de la pequeña.

—¿Bien? —le susurra Rodrigo a Berta, posando la mano libre del volante sobre la pierna de ella.

Berta asiente sonriendo, pero no dice nada. No parece taciturna, sino, muy al contrario, relajada. Esta visita al centro de la ciudad ha sido balsámica, positiva para su ánimo y su recuperación. El silencio que reina en el coche no es tenso, ni incómodo.

Entran en casa, él con Virginia en brazos, medio inconsciente, y Nieves corre directa a encender la televisión. Berta hace lo de siempre, un movimiento automático, un tic como de otra época, cuando los teléfonos móviles eran la excepción y no la imposición: descuelga el teléfono fijo y comprueba si hay mensajes en el contestador. Lo normal es que no haya.

—Rodri —dice al colgar—, tienes que oír este. Es para ti.

—¿Quién? —responde él, dejando a su hija tumbada en el sofá.

—Pues no sé... han dicho del Cid Campeador.

—Joder —maldice entre dientes—. Son unos pesados.

—Creo que esto es otra cosa.

—Saben que no me va esta historia, que paso de todo ese rollo —prosigue Rodrigo, haciendo caso omiso del apunte de Berta—. A ver.

Descuelga el teléfono y se dispone a recibir la enésima propuesta para asistir a un reencuentro de antiguos alumnos. Al final van a obligarle a ir y a restregarles el currículum en sus jetas.

Escucha con silencio reverencial el mensaje grabado en el contestador, y su rostro va experimentando una sucesiva transformación que va desde la mueca de asco hasta el ablandado rictus que produce la pesadez de las malas noticias.

—No es para eso —responde, sin que nadie le haya preguntado ahora, o como si necesitara justificarse. Se vuelve hacia a Berta. La está mirando como cuando ella le anunció que tenía un tumor. No es culpa suya. No es culpa de nadie, pero sus ojos están abatidos por el arrepentimiento—. El jueves le hacen una misa a Fernando. Y un pequeño homenaje en el auditorio... En el colegio.

Berta no dice nada. Se acerca a su marido y le acaricia el brazo. No deja de ser extraño que se muestre tan afectado por algo de lo que él mismo ha estado renegando hasta hace un minuto. De cambios de humor y episodios taciturnos ella podría impartir un máster, así que va a respetarlo.

—¿Cómo habrán averiguado este número? —se pregunta Rodrigo, que camina hasta el sofá y se sienta junto a Nieves, que mira anuncios en la tele. La niña se recuesta sobre sus rodillas, igual que un rato antes, en el coche, hizo su hermana, ahora adormilada en la otra punta del sillón.

Rodrigo se acuerda entonces de las llamadas perdidas y los mensajes en el contestador del móvil. Tiene por lo menos cuatro del mismo número. Se levanta con un respingo brusco que merece la bronca de su hija. Revisa el buzón. El mensaje más reciente es de ayer mismo. Un excompañero al que no reconoce por el nombre ni por la voz lleva tiempo tratando de localizarle. En efecto, los primeros recados se refieren a la organización de esos reencuentros que tanta pereza le provocan, pero el

último es distinto en todos los sentidos. El tono ya no es festivo, sino solemne, puede que en exceso. El contenido es idéntico al del aviso que acaba de escuchar grabado en el buzón del hijo.

En la televisión están pasando la promoción de un programa de próxima emisión. Se llama Senior House, una especie de Gran Hermano para famosos mayores de sesenta y cinco. Unos de los nombres que se barajan entre los posibles participantes es el de Jaime P., conocido ya por la audiencia como El Tío Jaime.

Debe de tener el culo abrasado, pero no lo ha despegado del capó del coche, donde se ha sentado nada más terminar la carrera, la segunda de la noche, y ahí sigue. Ha estado contando que su padre lo trajo a cazar gamos por aquí con uno de los lugartenientes más afines al caudillo, y que en el tronco de una encina o un fresno seguirán estando sus iniciales y un dibujo rupestre de su polla que grabó con una navaja el día que perdió la virginidad con una medio prima suya. Es un fanfarrón de los que además se creen graciosos. Corona cada comentario que hace con una carcajada tendenciosa, y a menudo el objeto de sus chanzas es cualquiera de los mentecatos que pululan a su alrededor. Como todavía no se ha producido ninguna transacción económica entre los participantes, sus delitos continúan suspendidos en la jurisdicción de la guardia de tráfico.

Pero el agente Herrera no está ahí para coleccionar multas por exceso de velocidad. El chulo gracioso se llama Benjamín. Le dicen Benja o Benji, según de qué lo conozcan. Herrera ha optado por Benja, porque así le fue presentado por su contacto. No siempre corre. A veces se limita a organizar el cotarro, supervisar las transacciones, dirigir las apuestas y, claro está, ocuparse de sus comisiones, que no son fijas y se estipulan a menudo de forma improvisada, lo que le permite arramblar con beneficios extraordinarios. También le gusta deleitar a los congregados con sus anécdotas y fantasmadas, especialmente a los nuevos, como es el caso de Herrera. Por lo general, las carreras se celebran allí. A partir de las dos. Alguna vez han empezado pasadas las tres y por poco se les hace de día.

De los presentes esta noche le suenan algunas caras. Están Facundo y Matías, dos hermanos argentinos ya veteranos en las competiciones clandestinas. Es imposible determinar cuál de los dos es el mayor, y del mismo modo Herrera no recuerda si Facundo es el pelado con barba y una tela de araña tatuada en el cogote —y por tanto Matías el más alto de pelo escarolado como un joven Maradona—, o bien si debe casar nombres y fisonomías justo al contrario. Por ahí anda también un fulano enjuto y de piel amarillenta que va siempre tocado con una gorra de béisbol y conduce un BMW descapotable, y si Ñapa no le ha engañado, ese otro gordo de pelo grasiento que va en chándal y lleva un pañuelo anudado al gazonate para ocultar la laringectomía es Curro Arganda, otro viejo rockero del gremio de ladrones de coches.

Benja le ha dicho que se estrenará corriendo contra un ruso. Herrera, por supuesto, no ha hecho objeción ni ha pedido explicación alguna. Tiene que ir de chulo, de sobrado. Le va mejor a su farsa. En el asiento del coche tiene el maletín con cien mil en efectivo. El dinero procede de una redada por talleres de costura ilegales, por lo que sería conveniente que regresara intacto al almacén de decomisados. Ñapa le ha recomendado para la carrera un Passat tuneado que él mismo ha hecho valer en un par de exhibiciones.

El coche del ruso es un misterio hasta que, a eso de las dos y veinte, el crepitar de las ruedas sobre la tierra anuncia la llegada del nuevo contrincante y detiene el relato de la enésima fantasmada de Benja. Ahí está. Parece un Opel, un modelo de una gama no muy actual. Aparca justo detrás del Audi de Benja y se bajan dos individuos. Dejan las luces puestas. El que conducía es corpulento, de espalda desbordada y brazos rollizos que cuelgan como inertes a ambos costados. Aunque su complexión no lo recomienda, va embutido en una camiseta de manga larga, negra con adornos dorados, que subraya

como la letra en negrita cada curva, cada pliegue y cada lorza de su contorno. El que se baja por la otra puerta es un viejo flacucho y encorvado, con una madeja de greñas canosas bailando sobre su coronilla. Es este el que porta una cartera en la mano, como un maestro de los años sesenta o un espía de la época del telón de acero. Se supone que ahí dentro viajan los cien mil que se va a apostar el ruso.

Es el momento de levantar el trasero del coche. Benja sale al encuentro de los dos nuevos con los brazos extendidos, pero solo abraza al grandullón. Intercambia cuatro desperdicios de su vertedero particular de inglés y a continuación invita a Herrera —que ha permanecido de pie junto a su coche— a sumarse al comité de bienvenida. Se nota que a Benja le divierte este prolegómeno tenso y un tanto artificioso. Pretende que Herrera y el ruso se saluden como dos púgiles antes de un combate, pero el policía no quiere caer tan bajo, así que lo primero que hace es desabrocharse el chaleco de plumas que se ha puesto encima del polo —los tipos duros no tienen frío—, y después le tiende la mano al ruso con calculada apatía. El apretón de aquel gigante le hace crujir hasta la muñeca, aunque el reflejo, más que dolor, es como la pesadez agarrotada que se siente después de varias horas al volante. El viejo le entrega a Benja la cartera para que verifique su contenido. El pijo chistoso apenas deja caer un parpadeo dentro de la cartera, y eso debe de bastarle para dar el visto bueno. Luego mira a Herrera y le guiña un ojo, con lo que el policía entiende que todo está en orden, así que regresa a su coche, coge el maletín y se lo da también al jerifalte de todo este chanchullo. Benja mete la cartera y el maletín en su Audi, y aprovecha para encender los faros.

Todo el mundo está arremolinado en torno a los dos coches que van a protagonizar la tercera competición de la noche. En total, entre participantes y curiosos, se han juntado unos veinte. El grupo forma una media luna que arroja a su líder, un Benja encantado de ejercer de maestro de ceremonias, y que acaba de darle permiso al anciano acompañante del ruso para dar la señal de salida. El viejo agita una bandera arlequinada en el aire, los coches rugen y en un instante son tragados por la noche, que termina de borrar también los contornos del bosque cuando Benja vuelve a entrar en el Audi y apaga los faros.

Al cabo de unos diez minutos, el corazón oscuro de la carretera emite un rumor que agita a los presentes y provoca en algunos una algarabía cerril, manifestada en aplausos, silbidos y algún que otro berrido. Acto seguido, la frondosidad del bosque reaparece impresa en la aureola que dibujan los faros del primer coche que se acerca a la meta. En un segundo podrán identificar el vehículo y saber quién es el ganador. La intensidad luminosa crece, pero ahora más despacio. Es raro, porque pareciera que el conductor, en vez de acelerar, estuviera aminorando la marcha cuando le separan apenas unos metros del final. Benja, que ocupa como de costumbre el trono simbólico del capó de su coche, se incorpora y anda unos pasos hasta el mismísimo punto que han fijado como línea de meta, fuera ya del asfalto, en el badén que se vuelca sobre la explanada donde aguarda el ansioso público. También es extraño que el otro vaya tan rezagado, pues la presencia del segundo coche no se intuye ni como lejano ronroneo.

En efecto, el ganador alcanza la meta casi en punto muerto. Es el Passat de Herrera, que se detiene a apenas unos pasos de donde espera Benja, escamado, aunque sin perder esa media sonrisa de líder inquebrantable. Desde luego que esta es la noche de los fenómenos extraños, ya que Herrera no ha vuelto solo. Alguien viaja con él de copiloto, y no se parece a ninguno de los que merodeaban antes por aquí. Tampoco es el ruso, a quien podría haber recogido si su coche se hubiera averiado o salido de la carretera por accidente. Ya ha pasado más veces.

Los faros del Passat se avivan con las luces de largo alcance que Herrera activa desde el interior, y el fognazo resultante hace retroceder un par de metros a todos los presentes, como si en vez de un haz de luz les hubiesen lanzado un cañonazo. Benja sigue siendo el más adelantado, mientras que el resto ya no se alinea en una media luna perfecta, sino que se esparcen por la explanada como las migas desperdigadas de un merendero. Herrera y su acompañante salen del coche al unísono, ambos

empuñando sus respectivas pistolas y ordenando al personal que se queden quietos como buenos chicos.

Atrás del todo, allá donde las luces del Passat solo alcanzan a lamer el filo del parabrisas del BMW descapotable, se escuchan voces apresuradas y atravesadas por trallazos que auguran abolladuras y aun desgarros en la chapa. «¡Vos, mamerto! ¡Vos!», grita entonces Matías, o Facundo, se oye un nuevo golpe que esta vez parece un portazo, y quien sea de los dos hermanos que ha decidido jugar a ser el héroe vuelve a gritar: «¡Andate a la puta que te remil parió!», y la detonación ahora es inequívoca, Benja se agacha instintivamente al sentir el zumbido de la pólvora a un centímetro de la oreja, y el disparo se estrella contra el frontal del Passat, un palmo por encima del parabrisas. El compañero de Herrera se tira de bruces y rueda un metro para ponerse a cubierto debajo del coche. Herrera, por el contrario, apenas sacude los hombros espoleado por el ruido del tiro, se recompone en seguida, apunta a la mancha oscura que lo impregna todo más allá del Audi y dispara su pistola una, dos, y hasta tres veces.

Lo ha adivinado. Tiene que ser la escopeta de caza de Benja. La que el puto fantasmón guarda en el maletero de su coche para honrar la memoria de su padre y presumir de gestas cinegéticas. Uno de los argentinos ha estado rápido y la ha cogido. En este momento, lo más seguro es que haya huido. Él y su hermano, y probablemente otros tantos. Pero ya tienen al ruso. Y Benja sigue ahí, aovillado delante de su Audi. Por muchos ciervos o jabalíes que cazara su viejo con el caudillo, no es lo mismo el fuego de artificio retórico para inflar una anécdota que oír el silbido del fuego real taladrándote los tímpanos. El otro policía sale de debajo del coche y avanza en cuclillas hasta la posición de Benja. Le apunta con su arma y le hace jurar que se quedará quieto.

Herrera, mientras tanto, se ha encaramado al techo del Passat para otear a los pocos que han salido pitando carretera abajo, pero no merece la pena gastar munición con esos pobres diablos. Desde su nueva atalaya reconoce, sin embargo, a aquel que podría ser Curro Arganda, cuyo volumen corporal es más complicado de esconder y al que un insospechado pacto entre la luna y el retrovisor de su coche muestran en una especie de claroscuro. Forzando un poco más la vista, Herrera cree distinguir a la espalda del gordo el boceto de una silueta que recuerda a la estampa del más alto de los hermanos argentinos. Aunque no posee datos objetivos para asegurarlo, apuesta por que es ese el portador de la escopeta, y se la juega enfocando su pistola en esa dirección y gritándole a la sombra: «¡Tira el arma y sal, no seas gilipollas!». Arganda, asustado, o tal vez pensando que la voz de alto era para él, se incorpora con las manos en alto y exclama su rendición (que suena como el aviso robotizado y cacofónico de la megafonía de un vagón de tren), lo que aprovecha Facundo o Matías para rectificar su posición. La sombra hipertrofiada del cañón de la escopeta se proyecta en el suelo hasta fundirse con el morro del Passat, y entonces Herrera, como el pistolero más rápido a este lado del Manzanares, dispara dos tiros más. Palabras chilladas, alaridos ininteligibles y un clamor de vidrios estallados retumban en la bóveda oscura que los alberga. Por si acaso, Herrera se planta de nuevo en el suelo salvando el accidente del capó como si fuera un simple escalón. A sus pies tiene al gordo Arganda, que, tras volver a incorporarse a duras penas, avanza cojeando sin aparente criterio y dejando un trazo sanguinolento en la arena de la explanada al arrastrar su pie derecho. Un segundo después, el argentino espigado de los rizos maradonianos atraviesa el muro luminoso de los faros del Passat y derrama su sombra agigantada, que parece la de un árbol frondoso y fantasmagórico, y en la que brota de forma instantánea una rama extra.

El compañero de Herrera, que ha bordeado el Audi de Benja encogido como una gallina y silencioso como un depredador nocturno, se lanza a las piernas del argentino y lo placa como en una jugada de rugby. La escopeta deja escapar el disparo que le quedaba antes de que Facundo o Matías se desplome y frene la caída con los dientes superiores. La bocanada plomiza del cartucho no alcanza de milagro a Herrera, que ha estado lo suficientemente ágil como para tirarse a un costado, mientras que el capó del Passat sufre su segundo estropicio de la noche. Con el argentino ya reducido por su

compañero, Herrera se acuerda de pronto de Benja, y antes de que el escalofrío resultante le gane terreno, comprueba aliviado que el anfitrión continúa sentado contra el parachoques de su Audi, donde su compañero lo había esposado antes de emprender su periplo subrepticio hasta el otro lado del auto.

Falta el otro hermano, el calvo barbudo, pero a estas alturas lo dan ya por huido. De Curro Arganda no se preocupan demasiado. Apenas si será capaz de recorrer un centenar de metros con el pie destrozado. Si enfila de regreso a la ciudad, a menos de un kilómetro se va a encontrar con el coche de refuerzo que ha enviado la comisaría. Y si tira para el otro lado, allí le recibirán los agentes que mantienen retenido al ruso, esperando la confirmación de Herrera de que todo ha salido bien. El resto de los que habían quedado por ahí habrá aprovechado para escapar campo a través o cruzando el bosque al estallar el último tiroteo. Solo hay un cuerpo menudo acostado bocabajo a pocos pasos del arcén. Tiene los brazos extendidos y parece que sostiene un maletín en cada mano, o mejor dicho un maletín en una y, en la otra, una cartera como de antiguo cobrador del gas o visitador de seguros.

Hoy sí que era un día para las cámaras, se dice Herrera, otra vez sin rasguños ni morados en su cuerpo, entre orgulloso y enfurruñado, mientras le indica a Benja con un mandoble al aire del cañón de la pistola que levante la barbilla y lo mire a los ojos. Él es un buen poli, y no solo un maniquí para hacer la competencia al calendario de los bomberos y para que el comisario salga airoso del marrón de la tele. Lo mismo que la inspectora, supone. Cuevas no es lo que se dice la clásica tía buena. No es una musa de póster a doble página, pero tiene carisma, y un cuerpo trabajado, buenas cachas, culo firme. ¿Qué pensará ella? ¿Cómo la habrá camelado el comisario? A la mierda los niños de colegio. Poseído por un arranque de coraje, y amparado por la nocturnidad, Herrera le sacude a Benja, primero un bofetón humillante, como el que le propina un padre a su hijo díscolo, y luego una patada clásica y castiza en la entrepierna.

—A mí me parece que el problema de este siglo, inspectora Cuevas, es que nos sentimos el ombligo de la Historia Universal —proclama el director del colegio, con ese tono sereno y al tiempo engolado que debe de conservar de sus años como profesor.

La charla tendría que haber comenzado a las cuatro, pero al llegar se han encontrado con que estaba suspendida. Aplazada, para ser exactos. La razón, el homenaje que el Colegio Mayor Cid Campeador le va a rendir a Fernando Pardo Díaz del Río, su ilustre y malogrado exalumno. El director, Damián Irigoyen, de aspecto impecable y maneras obsequiosas —aparenta sin duda menos edad de la que tiene; un cincuentón que parece cuarentón—, se ha disculpado media docena de veces en este breve rato que llevan compartido, aunque ha insistido asimismo en que desde el centro habían avisado ya a la comisaría.

Después de una discusión tan educada como estéril, Irigoyen ha invitado a Ruth y a su compañero a tomar un café en su despacho. Herrera, sin embargo, ha preferido hacerse el ofendido y marcharse. Ha insinuado que, si no va a haber conferencia, estar ahí es perder el tiempo. A Ruth no le ha hecho demasiada gracia el desplante, y aunque no se muere de ganas de pasar la tarde con el director del Cid Campeador, siente que su deber es aceptar la invitación y, como mínimo, tratar de arreglar el malentendido de manera amistosa.

Primero han estado sondeando vagamente el calendario con el fin de alcanzar un acuerdo libre de imprevistos y asegurar que la charla pendiente pueda impartirse. Poco a poco, Irigoyen ha sabido manejar la entrevista para que el contratiempo se quede en una anécdota sin derecho a culpa. Ha aprovechado sobre todo para reafirmar la postura del colegio respecto a la práctica de las novatadas. Está de acuerdo con que se lleven a cabo este tipo de charlas divulgativas, pero ha dejado claro que todo lo que la policía pueda enseñar sobre el asunto a sus estudiantes figura ya, aunque sea de manera implícita, en las normas por las que se rige el centro. «Uno puede ser un buen o un mal entrenador, y hay buenos y malos jugadores, pero no conozco a ningún entrenador que enseñe a fallar goles adrede», ha dicho, empleando un símil futbolístico para, ha supuesto Ruth, parecer un tipo más campechano.

Cuando era notorio que ambos habían superado la fase protocolaria y liberado la tensión por la suspensión de la charla, el director ha intentado restar importancia a los hechos en sí, argumentando que la exposición exagerada de determinadas grabaciones en las páginas de internet, sobredimensionada después por la difusión de ese mismo material en los telediarios, es la que causa la falsa impresión de que esa clase de agresiones o abusos se cometen a diario y en todas partes.

A punto ha estado Ruth de caer seducida por la retórica y la puesta en escena de Irigoyen, quien ha sugerido a continuación aquello de que la extrema facilidad para distribuir masivamente hasta el contenido más nimio ha desembocado en esa especie de egocentrismo colectivo, en la impresión equivocada de que la repercusión global es siempre sinónimo de relevancia histórica.

—Puedo asegurarle —replica Ruth— que me paso el día oyendo nada más que quejas. Y no le hablo solo de la comisaría. Vaya al mercado a comprar o pregúntele a cualquiera en una estación de autobús, o a la entrada del cine, o en el médico. Y no le digo ya si se detiene a leer lo que la gente publica en sus perfiles, en las redes. Todo son protestas, críticas, quejas, como le he dicho, y la mayoría

van acompañadas de latiguillos como «se han perdido los valores», «antes los niños eran más educados», «ya no respetamos a los ancianos», es decir, si algo se pone en entredicho es precisamente el momento actual, llámelo este año o este siglo, como más le guste.

—Claro, tiene razón, pero es que esa es la trampa. Justo esa. —Irigoyen inclina el cuerpo hacia adelante, sus brazos embutidos en las mangas del traje gris marengo que parece recién descolgado de la percha del fabricante (tan lustroso que dan ganas de mirar si aún tiene la etiqueta puesta), y después se estruja con delicadeza el nudo de la corbata, como para afianzarlo; una corbata que debe de costar lo mismo que un traje entero, morada como los hábitos de un nazareno, a juego con el pañuelo cuya punta asoma por el bolsillo superior de la americana—. Eso es un tic, si quiere, un rasgo de nuestro ADN ibérico. Nos encanta, desde siempre. Pero piense que también es la mejor manera de disimular que en el fondo vivimos con un ansia de popularidad que no teníamos antes, y no hablo de hace tanto. El libro que se publica ayer es el mejor de la historia, el futbolista que mete tres goles el domingo pasado es el mejor de todos los tiempos; cada momento es un hito, y eso también sirve para evaluar lo malo. Somos más egoístas, insolidarios, violentos y chiflados que nunca... eso es lo que proclamamos. Pero mire una cosa. Y no lo digo como docente. —Se ríe, anticipándose al sarcasmo que, supone Ruth, se desprenderá de su siguiente comentario—. Que yo recuerde, la historia que estudiábamos en el colegio era una sucesión de conflictos y truculencias, guerras, golpes de estado, hambrunas, epidemias, catástrofes, éxodos, qué sé yo... xenofobias, invasiones, conspiraciones, colonizaciones sangrientas, crímenes, atentados... —Calla un segundo y busca la aprobación de Ruth con una sonrisa escueta—. Somos así desde siempre. Aunque sea para mal, no creo que debamos concederle a un grupo de niñatos que hacen circular sus atrocidades grabadas en el móvil un protagonismo que no merecen. Y, por supuesto, insisto en que no es incompatible con que vengan aquí a compartir sus consejos con nosotros. Sobre todo, que quede claro que para este centro las charlas son una forma de reafirmarnos como ejemplo, nunca de señalarnos como foco del problema.

—Nadie les acusa de nada —añade Ruth, guardando la compostura que le impone el uniforme que no lleva puesto—. Pero no descarte que aquí, en este campus, pueden estar ocurriendo cosas que usted ignora, más allá de su intachable reputación y de toda su buena voluntad.

—¿Tiene hijos, inspectora?

El ceño fruncido es la respuesta de Ruth. Seguro que es la que Irigoyen esperaba, así que no aguarda confirmación y prosigue:

—Los míos —dice el director, girando hacia la inspectora la foto enmarcada que tiene sobre su mesa de trabajo—. Aquí falta el cuarto, que está en camino. Pero ese por el momento no cuenta. —Sonríe, para destensar el rictus escamado de Ruth, que se mantiene impertérrita—. Me refiero, inspectora Cuevas, a que si alguno de ellos viene un día del colegio y me cuenta que se han metido con él o que le han zurrado en el patio, no voy a decirle que informe al director, que lo denuncie... Usted tampoco lo haría, porque nadie lo hace. Le diríamos, usted, y yo, y cualquiera, que se defienda, que aprenda a plantar cara. Defiéndete. Eso es lo que nos decían nuestros padres y lo que les decimos a nuestros hijos. ¿Sabe por qué? Lo sabe, no me cabe duda: porque nadie quiere ser un chivato.

Que diga lo que quiera. Ruth ya ha decidido no porfiar más. No es a lo que ha ido, y tampoco cree que sea su competencia. Que se ponga en contacto con el comisario, o viceversa, y que lo discutan de igual a igual, que lo arreglen como mejor les venga. Tenía, eso sí, la curiosidad de ver cómo reaccionaba su auditorio. Si iba a detectar a los abusones infiltrados entre el público, o si tal vez la presencia de estos amedrentaría a los novatos. Lo que desde luego no tenía era fe alguna en que sus palabras fueran a solucionar nada.

Mira el reloj como forma educada de expresar su deseo de terminar la conversación y marcharse. Al descruzar las piernas, la rodilla derecha golpea el borde de la mesa del director. Es más el susto que el daño, pero la cara de Ruth alarma a Irigoyen, que se pone de pie, rodea la mesa y acude raudo

en auxilio de su invitada.

—¿Está bien?

—Sí, sí —dice Ruth, al incorporarse—. No es nada. Gracias —concluye, apartando los dedos generosos del director de su brazo derecho.

En tres segundos, los dos puntos débiles de su cuerpo han sido puestos a prueba. Y lo mismo que lo de la rodilla ha sido poco más que un pellizco, la presión de la mano de Irigoyen sobre el tatuaje no ha acarreado más molestia que la incomodidad de la situación en ese preciso lugar y después del follón que se ha montado. De pronto se siente acalorada. Puede ser por el apuro de la última escena, aunque es cierto que el sol atrapado en el enorme ventanal es como un sistema de calefacción capaz de mantener el despacho a temperatura estival. Gracias a esa amplia bocanada de luz, todo parece menos rancio y siniestro: las estanterías de caoba curvadas por el peso de decenas de tomos tan gruesos como poco atractivos, los diplomas repartidos por la pared como una constelación alrededor del retrato del rey, o el propio escritorio de Irigoyen, un compendio de accesorios decimonónicos en el que el ordenador chirría como uno de los elementos a tachar en el pasatiempo de los siete errores.

El efecto de esta ingente reserva de luz solar es engañoso. Es uno de esos días otoñales en los que el sol y la sombra radicalizan su empeño en llevarse la contraria. Ruth se ha puesto un jersey negro de cuello alto y, por encima, una camisa de ante abierta como una chaqueta. Por aquello de la tele y la actuación en público, ha sustituido los vaqueros por unos pantalones negros y las deportivas por unas botas de caña alta y a juego con la camisa. Va a sudar. Aunque sea por razones distintas a las imaginadas.

Se le ha quedado instalado el gesto de acariciarse el brazo tatuado por encima del jersey. La fina gasa que cubre el dibujo a medio terminar es ya del todo imperceptible bajo la ropa. La lleva, a decir verdad, solo para alimentar el secreto y evitar que alguien en la comisaría —o el propio Guillermo, en casa— lo pueda ver por accidente. Tiene pendiente pedirle cita a Godo, la que debería ser la última.

—La acompaño fuera —ofrece Irigoyen, que mira también su reloj de pulsera—. Vamos. —Le abre la puerta para que ella salga primero, y luego añade—: Mi gente volverá a llamar a su comisaría para terminar de aclararlo todo. Fíjese —dice, haciendo oscilar el brazo de derecha a izquierda, igual que si pretendiera demostrar que el pasillo ha aparecido gracias a su toque maestro—, los de la tele no han venido. Les avisamos igual que a ustedes. Créame que lo siento, una vez más.

En efecto, no ha visto a nadie con cámaras ni afuera ni en el espacio que ha recorrido desde la entrada hasta el despacho del director. La esencia de su profesión se basa en la búsqueda de culpables, pero Ruth no lo va a aplicar en este caso. Si ha sido un fallo o un despiste de alguien del personal administrativo de la comisaría, mala suerte. Ella no es como otros, como ciertos ejemplares que juegan al señor y el esclavo con los que no despegan el culo de sus sillas de oficina, como si fueran menos policías o, peor aún, policías frustrados. No digamos ya cuando se trata de mujeres. Los cretinos como Sordo o Kung Fú se pasean por entre las mesas desparramando su baba como bestias primarias que marcan su territorio. Jamás emplean un 'por favor' ni un 'gracias'; todo suena a animal en celo o a señor feudal, a parodia de sargento instructor de la guerra del Vietnam que ha borrado voluntariamente de su memoria los nombres de los reclutas y los ha sustituido por apodosos ofensivos. Para Ortega, Sordo, Kung Fú y tantos otros, las mujeres que teclean en sus ordenadores o atienden al público en las dependencias policiales son *chata*, *bonita* o *nena*. Y algo muy similar es lo que debe de suceder aquí, en este supuesto templo del conocimiento; veteranos que reparten motes como regalo de bienvenida. Bienvenidos al infierno, chatos, *nenas*.

Cualquiera lo diría, en un día como hoy. El murmullo general, que se concentra en el otro extremo del pasillo pero que se expande con la sutileza de un perfume hasta la puerta del despacho del director, es de ceremonia litúrgica. Son palabras susurradas e indescifrables, en sintonía con el tenue resplandor de los focos que derraman su savia halógena y tiñen de amarillo los paneles de madera lacada, que se suceden sin interrupción y producen la ilusión de estar en el interior de un barco de

lujo. Irigoyen le tiende la mano a Ruth y ella responde con una enérgica sacudida. El apretón debería señalar el momento de su separación. Sin embargo, el director repite el gesto galante que invita a Ruth a caminar, mientras que él acompaña sus pasos en la misma dirección. La sala de actos está a la otra punta, y la salida queda a medio camino.

Irigoyen le hace de guía durante el trayecto. Le cuenta que esas lustrosas maderas que dignifican las paredes de hormigón —igual que ropas caras que cubrieran una piel porosa y mórbida— fueron traídas de Finlandia y tratadas después para transformar su naturaleza rústica en el bronceado elegante que ahora lucen. El director se centra en detalles arquitectónicos y decorativos, al tiempo que omite referencias a la notable cantidad de fotografías enmarcadas en el costado oriental del pasillo, el lado donde también están los accesos a algunos despachos y, le ha parecido observar a Ruth, el paso hacia la cafetería. La pared opuesta, la más cercana a ella durante el paseo, es una sucesión monótona aunque conspicua de madera resplandeciente que de vez en cuando rezuma un olor como a cera, o tal vez al producto que utilizan para limpiarla y mantenerla siempre como recién colocada. Lo más que ha podido sustraer el rabillo de su ojo derecho son figuras congeladas en un blanco y negro casi tan egregio como el brillo de las láminas finlandesas, con seguridad instantáneas de antiguos alumnos, orlas, por supuesto retratos de los predecesores de Irigoyen, y el equivalente académico de los bodegones de caza y pesca; quién sabe, tal vez escenas de graduaciones o de condecoraciones o de eventos como el que está a punto de celebrarse.

El clamor apaciguado de las conversaciones que se concentran a la entrada se extiende ya por el pasillo. Unos pasos por delante, a la izquierda, se percibe ya el reflejo tímido del vestíbulo, como el haz polvoriento de un fuego artificial recién consumido. A medida que se acercan a ese punto decisivo, la madera va perdiendo su brillo cremoso y se va fundiendo con la apabullante blancura de la luz matinal, que invade el edificio por completo al alcanzar la intersección del pasillo central con el enorme recibidor. Aquí Ruth no puede reprimir el gesto de elevar la vista hacia la cúpula acristalada, por donde mana una cascada monumental de rayos de sol que proyectan en la pared de enfrente una sombra con forma de panal o de gigantesca red. El protagonismo de la madera ha sucumbido ante la presencia demoledora del mármol: las cuatro columnas que rodean el atrio, más la escalera de diez peldaños que lo comunica con el vestíbulo y las dos estatuas que custodian la gran vitrina (una ecuestre del Cid, cómo no, y otra figura andrógina con túnica y corona de laurel que sostiene algo parecido a un libro entre sus manos).

Lo primero que uno se encuentra nada más acceder al recinto es un prisma transparente del tamaño de un ataúd y en el que convive una variopinta colección de reliquias, entre las que Ruth ha podido inventariar un busto masculino esculpido en piedra blanca, un birrete con una inscripción ilegible grabada en letras doradas, un vetusto libro abierto, tres o cuatro discos de metal labrados (seguramente medallas), algo que recuerda a una flauta o un clarinete, y varias plumas de ave pegadas a un pergamino, más otra que emerge desde el fondo de un tintero antiguo, como si fuera un tallo en una maceta o la pajita de un refresco. En torno a la vitrina, y también repartidos por distintos lugares de la imponente entrada del colegio, se han formado diversos corrillos, todos ellos de hombres, mucho traje oscuro y casi todas las camisas blancas, alguna que otra de finas rayas, y Ruth ha podido contar no más de tres individuos sin corbata. Ya le han informado de que el homenaje va a ser «un tributo sentido y respetuoso a la memoria de Fernando, pero no un acto de pompas fúnebres», aunque viendo el panorama pudiera parecerlo.

—En fin —suelta Irigoyen, que se detiene ante la escalera. Ruth tendrá que bajar para alcanzar la salida, pero no parece que el director vaya a acompañarla hasta allí—. Creo que ya sobra cualquier disculpa y no hay nada más que añadir.

Aquí sí. Es el lugar donde sus caminos se separan. Irigoyen despliega la que se diría es su sonrisa decisiva, la que le ofrecería a su verdugo en caso de tener que pedir clemencia.

—Hasta pronto, inspectora Cuevas.

Ruth vuelve a tenderle su mano, pero Irigoyen ya está dando media vuelta, interpelado por alguien a su espalda. El director se ha dado cuenta de su desplante involuntario e intenta enmendarlo volviéndose hacia Ruth y sirviéndole una ración extra de su sonrisa triunfal, esta vez acompañada de un movimiento de la mano que recuerda a los saludos mecánicos y aburridos que esparcen los monarcas en sus desfiles. Ella sacude la cabeza para confirmar que no tiene importancia, y se dispone a verbalizarlo cuando de pronto siente una mano sobre su hombro y un aliento tibio y agrio demasiado cercano a su nariz. Alguien también reclama su atención.

—¿Inspectora Cuevas?

Es un hombre más alto que ella, y probablemente de edad pareja. Su aliento es una mezcla de café y digestión pesada. Lleva el pelo engominado y peinado como un novio de escaparate de estudio fotográfico, y se ha afeitado como si le hubieran trasplantado las mejillas de un niño de siete años. El olor de la colonia remite a precios de tres cifras, aunque enseguida se ha extinguido por culpa del efluvio acre que desprende su boca. Es difícil saber si el traje es gris oscuro o de ese azul camaleónico que se confunde con el negro cuando está bajo techo. El color de fondo de la corbata sí es azul marino, como un pedazo de océano nocturno sobre el que flotan unos residuos amarillos, quizá flores de lis

—Perdone —insiste el extraño—, así la ha llamado él... —Y señala con el índice hacia donde segundos antes se encontraba el director.

—Sí, sí —reacciona Ruth—, perdona. —Se queda quieta, mirándolo como si tratara de reconocerlo. Esta vez no va a ofrecer su mano. Ya verá.

Media docena de ojos le corretean por encima y se deslizan por las curvas de su cuerpo. Puede sentirlo, incluso por la espalda y aún más abajo, aunque sea físicamente imposible. El hombre que la ha abordado está acompañado por otros dos. El más cercano, que suma a su estatura de adolescente a medio hacer un flequillo lacio de pelo entrecano, parece una broma genética o un actor mal caracterizado. La chaqueta del traje —este sí, gris— le queda un poco larga, y las mangas le cubren el dorso de la mano casi hasta el nacimiento de los dedos. Un paso por detrás está el tercer componente del corrillo, el más alto y el único que lleva camisa celeste. La corbata y el traje son del mismo color que los uniformes anodinos de conserje o conductor de autobús, pero en su caso, tanto el corte de la prenda como las hechuras de su cuerpo, le permiten lucirlo con cierta dignidad. No es un hombre obeso; muy al contrario, es de aquellos que concentran toda la grasa en el abdomen. Si no se cuida, eso sí, puede que en menos de una década se pasee por ahí como el primer macho preñado de la historia. El cabello se retuerce en arabescos imposibles sobre su cabeza. Debería ir a la peluquería con regularidad para evitar la impresión de estar siempre recién levantado de la siesta. Tampoco ayuda ese par de ojeras, cuyo azul mohoso las emparenta mejor con el atuendo que con la epidermis. Es este último quien se dirige ahora a la inspectora Cuevas.

—¿Están aquí por lo de Fernando? —Y sin darle tiempo a Ruth a armar la respuesta, añade—: ¿Saben algo nuevo?

—Oh, no. Me temo que no —responde Ruth, que da un paso atrás cuidando de no toparse con el vacío que separa los dos primeros peldaños de la escalera—. Veréis —dice, y extiende los brazos hacia delante, mostrando las palmas de las manos. No sabe por qué, pero acaba de comportarse como si estuviera a punto de ser atacada por una jauría de fieras—. Eso lo están llevando otros... otros compañeros. Lo siento.

—¿Y de qué conoces a Fernando, entonces? —pregunta el primero, dejando escapar una nueva vaharada, esta vez con un remoto matiz alcohólico.

—No lo conozco —afirma, y duda un segundo sobre si ha empleado el tiempo verbal correcto—. Veréis, yo... Bueno, se supone que mi compañero y yo veníamos a dar una charla a los alumnos, pero con esto... —Compone un gesto con ambas manos que resulta más críptico que aclaratorio. Ni ella misma sabe bien a qué se refiere cuando dice «esto». Es el homenaje, claro, el evento que se ha

superpuesto al suyo, pero reconoce que su escueto comentario refleja también la frustración por no poder luchar contra «esto», como si el Colegio Mayor Cid Campeador no fuera un centro docente, sino una de esas sociedades secretas turbias e impenetrables.

—¿Una charla? —dice sorprendido el más bajito, que abre la boca por primera vez.

—Una charla sobre las novatadas.

Los tres la miran como si no entendieran su idioma. El más alto comprime el entrecejo y las cuencas ojeras se tragan las ranuras brillantes de sus ojos. Parece ofendido por el simple comentario, lo cual no es raro. Ruth ya contaba con que su cometido no iba a resultar muy popular entre los miembros de esa comunidad, aunque estén ahí en calidad de exmiembros. O, bueno, quizá se les sigue considerando alumnos. O más grave aún: la condición de veterano tal vez sea como un cargo vitalicio, y de ese modo estos tres tipos que la escrutan como si se estuvieran repartiendo telepáticamente las partes de su cuerpo se hayan sentido agraviados. A lo mejor se equivoca y está siendo injusta. No obstante, la mera aplicación de la estadística avalaría cualquier sospecha. Es probable que al menos uno de estos tres haya maltratado a un novato, y de la misma manera, es casi seguro que todos ellos sufrieron algún tipo de abuso cuando se estrenaron aquí.

—¿Mandan a la policía para eso? —pregunta el más alto, corrigiendo su posición y situándose al lado de sus otros dos compañeros. No hay asomo de reproche o ironía. Suena a pregunta formulada desde la más sincera curiosidad.

Entretanto, un cuarto miembro se ha sumado al grupo. Ha dicho «hola» y los demás le han devuelto el saludo de forma automática, lo que le hace colegir a Ruth que no lo conocen, o como mínimo no lo han reconocido, si es que acaso fueron compañeros de clase en el pasado. Podría ser un clon, uno más. Traje negro, camisa blanca y una corbata negra cruzada por rayas rojas en diagonal, que baila de un lado a otro del tronco mientras su portador encuentra su lugar en el corro. En su cabello conviven tres tonalidades repartidas con sorprendente proporción respecto a su relación con el paso del tiempo, igual que los anillos en el tronco de un árbol, y que van desde el marrón oscuro que se intuye originario hasta el grisáceo de mamífero montaraz, entreverado de finos brotes canosos que se agolpan formando frondosos mechones blancos por encima de las orejas. Va peinado hacia atrás, con lo que disimula lo mejor que puede las amplias entradas de una frente que no tardará en conquistar de pleno el territorio del cráneo. La nariz es grande y firme como una proa, y sus ojos de un azul mineral y exótico, como una perla incrustada en mitad de ese cuero arrugado y cubierto por una barba descuidada.

El recién llegado se coloca a la derecha de Ruth. La mira primero a ella con una torsión de la boca que parece el boceto de una sonrisa, y luego dirige la vista hacia los demás y asiente. Es como si les diera permiso para continuar. No es raro que haya oído la conversación si estaba cerca.

—Pensaba que esto se habría hecho más veces —dice Ruth—. En otros colegios, que yo sepa, es habitual. Pero bueno, puede que cuando vosotros...

—En nuestra época no, ya se lo aseguro yo —se anticipa el del aliento agrio, y busca la confirmación desviando la vista hacia donde están sus compañeros.

El más bajito se limita a reír, tímido, mientras que el otro, más serio, niega con la cabeza y después mira a Ruth, relajando el gesto. Sus mejillas están también pulcramente rasuradas, pero él no es capaz de borrar el rastro sombrío de los miles de afeitados acumulados.

—No. Seguro que no —dice el recién llegado. Es una voz cavernosa y rasgada, como si las palabras fueran plásticos agitados por el azote del viento—. ¿Conocíais a Fernando?

La respuesta es una serie de movimientos basculantes de cabeza y de síes pronunciados en diferentes tonos que se compenetran como la coreografía de una obra musical. Ruth es la única que no ha dicho nada. Habría arruinado el número de haber pronunciado un 'no', se dice con íntima retranca. Estos tipos dan un poco de grima. Sus modales son de una corrección victoriana, empalagosa. Ruth se siente incómoda, como amenazada, o más bien como cuando eres la única

persona que desconoce un secreto sabido por el resto de los presentes. Es la única mujer. El dato se le revela como si fuese una noticia de última hora, igual que cuando se recibe un aviso por la radio del coche patrulla que obliga a cambiar los planes. De algún modo ya lo sabía, era fácil advertirlo. La situación no es del todo nueva, y sin embargo puede que nunca se haya reproducido de una manera tan categórica. Ni siquiera en la comisaría —una de las principales reservas de testosterona del distrito y seguramente de toda la ciudad— los porcentajes son tan aplastantes.

—Muchachos —aprovecha entonces para despedirse—, ha sido un placer.

—Inspectora... —balbucea el recién llegado—. Encantado de conocerla.

—¿No va a quedarse al homenaje? —dice el del mal aliento. Ruth no puede saber hasta qué punto es invitación, reprobación o interrogante sin más.

—Adiós —se despide el más alto.

—Encantado —corea el bajito, que incluso le tiende la mano para formalizar la despedida.

—Adiós, adiós —repite Ruth, al tiempo que desciende el primer escalón y vuelve la vista hacia el atrio.

Antes de culminar la bajada, identifica a Irigoyen entre los congregados al final de la escalera, y le lanza un último saludo levantando la barbilla, al que el director responde con una réplica algo más contenida del mismo ademán. Este hombre es un enigma, se dice. Le sugiere una ambigüedad similar a la que asocia con la personalidad del comisario. Tiene tanto de seductor como de tramposo. O puede que sea una de esas personas que reivindicar su inteligencia hasta cuando se equivocan. En lo básico son como cualquier otro, se convence Ruth, pero hay algo en ellos que los distingue o aun los exculpa cuando cometen los mismos errores.

Antes de cruzar la puerta de salida, Ruth ha echado un último vistazo al majestuoso vestíbulo del colegio, esa fusión caprichosa entre lo exclusivo y lo monumental, la pirotecnia de los destellos solares contra la noble fusta finlandesa, la aparatosidad con ínfulas divinas de las columnas y las figuras esculpidas del atrio, y arriba del todo, en el extremo superior de la escalera que acaba de descender, está aquel exalumno, el último en incorporarse al cuarteto, apartado unos metros del núcleo del grupo. Juraría que la observa desde las alturas, que la mira fijamente, y ahora ya no parece tanto un clon, sino el elemento que se ha escindido de la manada.

Sí, la mira a ella, pero no añade ningún gesto; está ahí, hierático y desvalido como una aparición fantasmal. El primer vistazo lo ha guiado el timón del instinto, pero el vuelo de la camisa de ante le ha impedido calibrar en la justa medida la turgencia de ese culo al servicio de la ley y la patria. Después ha aguantado la mirada, aunque sin enfocar, enfrascado ya en el proceso de asimilar la información que de verdad le interesa. La inspectora Cuevas; se ha quedado sin conocer su nombre de pila, qué pena.

—Soy Gustavo, por cierto —dice al volverse de nuevo hacia sus compañeros, que le estrechan la mano por riguroso orden de estatura.

—Rodrigo —dice el más alto.

—Andrés Huete, encantado —se presenta el segundo, envolviendo su nombre en los efluvios rancios que no para de expeler su boca.

—Lalín —dice el más bajo—, José Luis. Oye... Gustavo, ¿Gustavo qué?

—Gil —responde él, y cuando se dispone a añadir algo, siente que la voz se le quiebra y que el aire no puede acceder a su garganta atorada.

—Gustavo Gil —murmura el otro, como hablando para sí mismo.

Tras esa décima de segundo en la que se siente morir, el empuje de la tos incipiente desatasca la tráquea y provoca un aluvión de aire viciado que rebota en las paredes del cuello y trepa hasta el paladar, y luego explota como un rugido o como el tubo de escape de un camión asfixiado por el exceso de carga.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Rodrigo, que se aproxima hasta donde se encuentra él, doblado y agitándose en violentas sacudidas—. ¿Estás bien? —repite, ahora inclinándose para ver su rostro deformado por la tos.

—Sí, sí —dice al fin, ya incorporado. Saca el pañuelo del bolsillo del pantalón y lo desliza por los labios y la base de la nariz. Ha tenido que tragarse la flema para no soltarla a los pies de sus acompañantes—. Es un catarro mal curado. Solo eso.

—Yo conocía a un Gustavo —insiste Lalín, a quien no parece preocuparle la salud de nadie—, pero creo que era Villar, o Vidal, o algo así.

—¿Y tú estuviste con Fernando, Gustavo? —inquire Huete.

—Lo conocía —ataja él, fingiendo naturalidad; esto sí lo trae ensayado—. Pero no fuimos a la misma clase.

Reza para que no haya sonado extraño, ni menos aún sospechoso. El silencio de sus tres acompañantes lo inquieta un poco. Duda si añadir algo para reforzar sus argumentos, o bien para desviar el rumbo de la charla hacia donde sea. Por suerte, Rodrigo se adelanta a sus intenciones:

—Hace siglos que no sabía de él. A decir verdad, no volvimos a tener contacto desde que terminamos aquí.

—En fin —apostilla Andrés Huete, con una languidez que suena a epitafio.

—Bueno, os dejo mi tarjeta... por lo que sea —dice entonces Lalín, reactivando la conversación que habían interrumpido con la aparición del director y la inspectora.

—Ah, claro. Gracias —dice Rodrigo, tomando la tarjeta que le tiende Lalín y echando mano a su cartera para sacar las suyas.

—Aquí tenéis la mía —ofrece Huete, que reparte tres ejemplares, incluida una para Gustavo.

—Me vais a perdonar —se disculpa él, que tiene ya tres tarjetas ensartadas entre los dedos—, pero yo no he traído.

—¿Y a qué te dedicas tú, Gustavo?

Es la pregunta más lógica, la más previsible, la que tarde o temprano tenía que surgir, otra de esas para las que se ha preparado a conciencia y, sin embargo, al oírla formulada en los labios de Lalín, ha sonado como parte de un interrogatorio destinado a desenmascararlo. Ha superado el impacto de regresar y pasear entre esas paredes, de pisar otra vez aquel suelo maldito, y aunque aún no se ha topado con ningún rostro que lo perturbe o le despierte viejos miedos, tiene la sensación de que todas las voces salen de una única boca, todas suenan inquisitorias y lo amedrentan, como si en cualquier momento Rodrigo o Lalín o Andrés Huete fueran a soltarle aquello de «Saluda al veterano, novato», o «Novato, cincuenta flexiones», o «A las diez en mi habitación, novato».

—Vendía pisos —dice, dominando el temblor de su voz. Si alguno de los demás lo ha percibido, espera que lo achaque a los efectos de la tos—. Bueno, vendía, compraba... Pero hace tiempo que el negocio se fue a la mierda, bien lo sabréis también vosotros, supongo, y el caso es que ahora vivo más o menos de lo que saco por alquilar los pisos que tengo. Míos y de mi familia. En fin, no sabría cómo describir eso en una tarjeta de visita.

—Coño, ya lo creo que está jodido el asunto —se queja Huete.

Tal vez este, Andrés Huete. O puede que Rodrigo, aunque quién lo diría, tan formal, tan atento. A Lalín lo ha descartado desde el primer momento por la estatura. Los otros dos, quizá. Es complicado determinarlo aún.

—Podéis buscarme en el Facebook y agregarme, eso sí —añade, para terminar de espantar todo misterio en torno a su identidad—. Prometo que aceptaré vuestra amistad. Estoy en el grupo del colegio, además.

—Eh, bueh —bufa Rodrigo—. Yo no soy muy de transitar por esos pagos, pero ya te buscaré —parece prometer, pero suena más educado que sincero.

—Vosotros sí que ibais a clase con él, ¿verdad? —Hay que llegar cuanto antes al fondo si quiere hallar el cofre del tesoro. El tumulto del vestíbulo se ha empezado a disolver y la gente se encamina hacia el auditorio en bandadas todavía discretas, pero que no tardarán en ser masivas.

—Sí —se anticipa Rodrigo—. Hasta el tercer año.

—Igual que yo —aclara Huete.

—Yo lo conocí el último —dice por su parte Lalín.

—Ya —dice él, y suelta una tos esta vez seca que se resuelve en tres golpes, sin mayores consecuencias—. A quien yo conocía más era a otro amigo suyo. De hecho conocí a Fernando a través de él. Era moreno, el pelo, y muy moreno de piel también, más o menos de alto como él —mira alternamente a Huete y a Rodrigo al decir esto—; parece mentira que no pueda acordarme de su nombre.

—Son años, aunque nos cueste reconocerlo —concede Rodrigo.

—Tenía aquí —se señala el mentón, invadido por la barba tiesa y desaliñada como un brote de rastrojos; este es el farol más arriesgado, y también el que mayores triunfos puede proporcionarle— como una mancha de nacimiento.

—Ah, claro, Edu —afirma Huete, con aire festivo, palmada incluida, mientras se gira hacia donde está Rodrigo, serio y con el rostro constreñido, como si todavía no le diera el visto bueno al reconocimiento de su compañero.

—A mí no me suena —se lamenta Lalín, que parece haberse quedado a un acierto de ganar la

quiniela millonaria.

—Edu —repite entonces Rodrigo—. A él sí que hace años que le perdí la pista.

Eduardo. Por fin un nombre. Hay dos que le conocen, apunta mentalmente. Eso les convierte a ambos en candidatos a ser el miembro que completa el trío, el esbirro callado y servil, el cómplice discreto, tan culpable como los otros dos, aunque su delito esté tipificado de manera distinta.

—Me temo que yo tampoco sé nada desde no sé cuándo —confiesa él, fingiendo contrariedad y un amago de culpa.

—Menuda pieza —sentencia Huete, pero no es una crítica; su tono destila admiración—. Me parece que lo echaron.

—No, no —corrige Rodrigo—. Estuvo hasta el final. Eso sí lo sé. —Y de pronto ríe, no con demasiada euforia. Lo hace como quien recuerda un chiste privado que no haría gracia si lo verbalizara fuera de contexto—. Me acuerdo de que fuimos a ver si nos aceptaban en la tuna de Caminos, en la Complutense.

—Qué me dices —exclama Andrés Huete, aún jocoso.

—Chicos, yo voy tirando —dice Lalín, que se ha sentido desplazado desde que la conversación se ha alejado del personaje mediático y se ha ido adentrando en las viejas andanzas del estudiante Fernando.

—Vale. Nos vemos —dice Huete, displicente. Es el único que ha prestado atención a las palabras de Lalín.

—¿La tuna? —pregunta él, sorprendido de verdad. Con el rabillo del ojo observa cómo Lalín se pierde tras la vitrina y su figura se empequeñece todavía más hasta fundirse con la comitiva de trajes oscuros que avanza como una marea negra rumbo al salón de actos. Pero es Rodrigo quien le interesa ahora—. ¿De verdad?

—No sé hasta qué punto —dice Rodrigo, que mira inquieto el discurrir de la gente. Tiene pinta de ser de los que odian llegar tarde—. Era una tontería, una gamberrada más que nada. Tocábamos la guitarra, no gran cosa.

—Ya, para ligar —bromea Huete.

—Para eso, sí, pero bueno, a mí al menos me gustaba de verdad. No digo que soñara nunca con dedicarme en serio, pero no se me daba mal.

—¿Y Edu también tocaba? —quiere saber él, que continúa cerrando el cerco.

—Él un poco menos. Lo que pasa es que al juntarnos, ya sabéis, uno se envalentona y todo eso.

—Así que lo dejaste —insiste, y a la vez se dice que cuidado con presionar demasiado.

—De tocar sí —aclara Rodrigo—. O sea, ahora no sabría ni afinar una nota.

—Lo mismo me pasa a mí. —Este es un órdago no previsto, pero hay que aprovecharlo. Puede que se esté abriendo una grieta por la que asomar el morro y olisquear—. A ver, si te soy sincero, lo de la tuna ni se me hubiera ocurrido. Un poco hortera, ¿no? Pero intenté mis pinitos con la guitarra. Me duró dos días. Y eso que mis padres se gastaron la pasta.

—Vaya —dice Rodrigo, que ahora parece especialmente interesado—. ¿Diste clases, o..?

—Bueno, sí. —Cuidado, ya te has metido en el jardín, ahora da la vuelta cuanto antes y sal de ahí—. Las clases, la guitarra, todo eso.

—Yo sé hacer ruido, así que como mucho me podéis dejar el bombo —interviene Huete, solo para no sentirse desplazado como Lalín—. O la pandereta.

—Bueno, si no usas la guitarra —propone Rodrigo, como si Huete no existiera—, o mejor dicho, si aún la conservas y no la usas, a lo mejor me interesa.

—No sé... —duda un instante; tiene que seguir apostando por su órdago, pero ahora mismo no sabe para dónde tirar—. Si te puedo...

—Las colecciono —aclara Rodrigo—. Tengo varias. De todas partes del mundo. Bueno, casi.

Quiero decir que si la tuya tiene algo peculiar y está criando polvo, pues mira —y al decir esto, estira el cuello hacia delante, como cuando cuesta tragar una pastilla entera. Está señalando con la barbilla las tarjetas que él aún sostiene entre los dedos.

—Ah, vaya, pues sí. —Repara nuevamente en las tarjetas, y esta vez se guarda las dos que ya le sobran en un bolsillo de la chaqueta, y se queda con la de Rodrigo en la mano. Ahí figura el nombre de la empresa, su cargo, una dirección de correo electrónico y un teléfono—. Te llamaré.

—Cuando quieras —concede Rodrigo, que vuelve a mirar en derredor. El vestíbulo está cada vez menos poblado.

La tos reaparece por sorpresa, y en su ímpetu parece llevarse un trozo del cielo de la boca. Al tragar la masa semisólida que le ha quedado sobre la lengua, ha identificado el gusto inconfundible de la sangre.

—Dios mío, tienes que mirarte eso —dice Andrés Huete—. Qué, Rodrigo, ¿vamos?

—Sí, vamos —contesta, y antes de emprender la marcha hacia el auditorio, comprueba que Gustavo esté bien.

—De acuerdo, vamos allá —dice. Con el dorso de la mano elimina un resto baboso que ha impregnado la barba a la altura del labio inferior—. Mañana sin falta vuelvo al médico.

Dejan atrás el mármol, la madera finlandesa, el museo en miniatura albergado en la vitrina y el clamor de los pocos asistentes que quedan rezagados en la entrada. Camina con unos pasos de desventaja respecto a Huete y Rodrigo. Es la espalda de este último la que le sirve de brújula, aunque nada indica que el auditorio haya cambiado de ubicación. Solo lo pisó una vez. Era una charla de bienvenida que por entonces se impartía como inauguración oficiosa del curso académico. Muy diferente de la que debería haber dado hoy aquella inspectora de policía. Piensa en ello a la vez que continúa dándole vueltas a lo que ha rascado de su interacción con estos dos. Era el tercer corrillo en el que se inmiscuía desde que ha llegado. No está mal. Cualquiera de ellos podría ser el inefable tercer hombre. Parece que las pesquisas sobre el tal Edu se resisten y su localización puede demorarse más de lo que le gustaría, pero algo le dice que con este par de pimpollos no anda desencaminado. Se la va a jugar con el de la guitarra. Si fue capaz de encontrar la manera de deshacerse del coche, cómo no va a conseguir una guitarra vieja en cualquier mercadillo o tienda de segunda mano. Rodrigo es un firme candidato. Conocía a Fernando y también al otro hijo de puta. Lo primero, comprobar que en efecto él es el tercer hombre. Y luego, a cumplir con su deber. Como el puto Michael Douglas.

Es milagroso hallar un lugar despejado en esta ciudad abigarrada y opresiva, un claro desde el que la vista pueda escapar de los confines de la urbe y volar en busca de colores y brillos ajenos a la manufactura humana. A Rodrigo, que por un día ha recuperado el placer de comer solo en detrimento de los farisaicos y maratonianos almuerzos de negocios, se le ha revelado en mitad de un paseo improvisado la panorámica de una metrópoli inédita, como un aviso repentino y profético que pondera y da trascendencia a su pequeña disidencia de la fanfarria corporativa, y, de algún modo, le conecta con los anhelos retrospectivos de Berta, a quien el tratamiento no ha afectado en lo superficial, pero parece haberle potenciado sus deseos de regresar a ese punto indeterminado en el que, según su exaltada evocación, no había más prioridad que el placer banal ni más ambición que los planes del fin de semana inmediato.

Ha almorzado una ensalada barroca en un coqueto bistró, construido sobre las ruinas de una antigua vaquería. Después ha merodeado por los alrededores siguiendo la estela de un recuerdo borroso que no ha bastado para llegar a encontrar aquella calle en la que las tiendas de discos e instrumentos musicales se repetían como los fotogramas en un rollo desplegado de celuloide. No es raro que todas ellas hayan desaparecido o mutado, y donde antes sonaban y se exhibían las guitarras y los saxos ahora zumben histéricos los teléfonos móviles. Sin llegar a extraviarse, ha perdido en un momento la referencia concreta de su ubicación, lo que, lejos de asustarle, le ha insuflado el valor para decidir de inmediato que su jornada laboral concluía ahí. A estas alturas no necesita justificación para su ausencia.

El plan consecuente ha sido buscar un lugar tranquilo donde sentarse a repasar el correo electrónico y los mensajes del móvil, y agotar así el tiempo hasta la hora de reunirse con Gustavo. Curioso personaje este Gustavo Gil. Hay algo en él que desencaja; posee los rasgos que caracterizan a esa clase de personas con las que uno prefiere no ser visto en público. La gente cambia con los años, pero Rodrigo está seguro de que Gustavo jamás habría formado parte de su panda de afines. Tampoco tiene sentido pensar en encerronas o estafas, pues no hay timo posible cuando aún no han hablado de dinero. Como máximo, en caso de que su reunión resulte infructuosa, habrá perdido el tiempo; a cambio, eso sí, de ganar una tarde lejos del despacho, de la familia y de todo lo que en su agenda se escribe con la prosa más ramplona.

Una verja a medio abrir ha llamado su atención al volver una esquina y cuando estaba a punto de tomar un taxi y enfilarse directo a El Retiro. Daba la impresión de ser la entrada de un parque o una zona ajardinada de uso público, aunque por cada extremo de la verja asomaban sendas secciones de alambrado rebosante de aligustre y que delimitaban el espacio, como si este pudiera ser una propiedad privada. Ha decidido arriesgarse a recibir la bronca de un posible jardinero o empleado municipal —los guardianes de fincas que defienden la propiedad a escopetazos pertenecen, o así lo ha querido pensar él, a otra época y otras latitudes—, y se ha adentrado en el jardín siguiendo el estrecho sendero de arcilla que arrancaba nada más traspasar la verja y que lo ha llevado, bajo la sombra rasgada de las ramas de los cipreses y los pinos, hasta una parcela yerma donde se congregaban decenas de piñas caídas o desterradas a puntapiés, y a la que el socavón de una obra abortada había convertido en improvisado mirador.

Desde allí contempla ahora la ciudad que ya conoce de una forma nueva, igual que cuando se sorprende desnudo a alguien que hasta entonces solo se nos ha mostrado con su fachada social. Por encima de todo, la ostentosa erección de las Cuatro Torres, una metáfora chabacana del poder que domina sobre esta y cualquier otra ciudad del mundo; los cuatro elementos de la civilización que desafían a los cuatro clásicos de la naturaleza, los cuatro jinetes que traen el augurio de la extinción de la humanidad mediante plagas bursátiles e hipotecarias, aunque también, piensa Rodrigo, embelesado ante el descubrimiento visual, una representación palpable de todo aquello que en los seminarios y las convenciones fijaba sus nuevos puntos cardinales, la brújula que lo ha guiado hasta la cumbre de su despacho, desde el que goza de una vista no menos impresionante que aquella, pero a la que apenas presta atención, enfrascado en informes y cálculos menos románticos.

El silencio puede sentirse aislado del resto de los ruidos, en convivencia y no en contradicción. Merece la pena olvidarse un rato de la pantalla del móvil a cambio de estar mirando este paisaje, aunque no sea la ciudad más bonita del mundo y su identidad se haya diluido en este ecléctico galimatías del progreso, con esos cuatro rascacielos —que parecen sustraídos del *skyline* de un emirato árabe— convertidos en el símbolo recurrente, para ofensa de las construcciones imperiales del casco antiguo. Rodrigo sabe que este raro impulso que le invade no es más que una exaltación bucólica de baratillo, y que mañana, cuando vuelva a zambullirse en la ciénaga de sus compromisos demorados, sentirá que está donde debe y merece estar, y los delirios retrospectivos de Berta le parecerán otra vez secuelas pasajeras y perdonables de un mal que está por encima de cualquier voluntad.

Ha dejado el coche en el aparcamiento de la empresa porque le apetecía caminar, pero al mirar el reloj se da cuenta de que tendrá que acelerar el paso para no retrasarse, o bien terminar recurriendo a un taxi. Gustavo llamó a la oficina ayer, dejó el recado a su asistente, pero aun así quiso confirmar la cita llamando hoy. Apenas han podido intercambiar cuatro palabras, lo mínimo para dejar claro el sitio y la hora. La efervescencia sucia de la tos ha hecho retumbar el auricular tres o cuatro veces; por teléfono ha sonado mucho peor que al natural.

El último cuarto de hora de caminata le ha hecho sudar. Diciembre se ha vuelto loco. Antes de irse del despacho había dudado entre salir solo con el traje o agarrar el barbour. Al final, se ha decidido por la solución intermedia de dejar la americana en el coche y ponerse el chaquetón acolchado directamente sobre la camisa. A medida que ha ido adentrándose en el meollo urbano, el tacto cálido del sol se ha ido también perdiendo tras los edificios, y ha quedado un tibio fulgor que, en algunas calles estrechas, se deshace como cenizas esparcidas en el aire, anticipando la noche con una urgencia impostada.

Este barrio no le es del todo desconocido. En la época en que aún iba al estadio a ver algún partido lo frecuentaba, no quedaba muy lejos y era una zona bastante animada, con bares tradicionales y pubs, y también tabernas de batalla para albergar a legiones de universitarios encabritados o hinchas sedientos de celebrar o ahogar el resultado de su equipo. También había una parte de infraviviendas que fueron derribadas, y donde años atrás habitaron familias humildes en casas de aldea, hoy se levanta un cilindro chato e inmenso que alberga tiendas, cines y restaurantes, enclavado en mitad de una rotonda perfilada con bordillos sobre los que ralean manojos de hierba y florecillas mustias, y que se prolongan unos cien metros hasta desembocar en el mar de asfalto que conforma el aparcamiento del centro comercial.

Desde la otra acera, mientras aguarda a que el semáforo cambie de color, divisa ya a Gustavo. Está sentado en la terraza de la cafetería donde se han citado, ocupando una mesa de tablero redondo que descansa sobre una filigrana de forjado en la que se intuye un ramalazo parisino, reforzado por el texto que se lee grabado en el frontal del toldo enrollado, *Rendezvous*, así se llama el local, una casita de planta baja, tejado a dos aguas de pizarra gris y con doble mansarda, fachada de listones de madera pintados de blanco, farolillo colgante y macetas que penden también del techo del porche en

columpios de macramé. Las terrazas en esta época sobreviven gracias a los fumadores. A lo mejor ahí está la razón de esa tos perruna, deduce Rodrigo, que ya cruza la calle y alza una mano para que Gustavo lo reconozca.

—Rodrigo —dice Gustavo, que no se levanta. Sobre la mesa hay una cerveza a la que le queda un trago. El cenicero está vacío—. ¿Cómo va?

—¿Qué tal, Gustavo? —saluda Rodrigo, que ofrece su mano. Gustavo se la estrecha pero no le invita a sentarse. Para ello, además, tendría que recolectar una de las sillas libres que rodean el resto de las mesas.

—No sé si quieres tomar algo. Pero por mí, si te parece, vamos al lío y así lo arreglamos cuanto antes.

—Claro... —asiente Rodrigo—. Sí, como prefieras.

No es que esperara un recibimiento cálido de alguien que no es ni fue nunca un amigo, pero resulta incómoda esta sequedad que raya la descortesía. Gustavo no se muestra hosco, incluso ha sonreído al saludarle, aunque esa prisa por «ir al lío» lo ha descentrado.

—Está pagado —dice Gustavo, y ahora sí, se pone de pie—. Es por ahí —aclara, señalando a su izquierda, acera arriba.

—Vamos, pues.

La situación lo ha dejado tan cortado que, increíblemente, no sabe qué decir para entretener el camino. Tampoco sabe adónde le lleva este misterioso excompañero, o solamente exalumno, o lo que quiera que sea Gustavo Gil en relación a su vida y su paso por el Colegio Mayor Cid Campeador.

—Tú tampoco has podido saber nada de Eduardo, ¿verdad? —Así rompe Gustavo el hielo, como aquella mujer fatal que usaba un punzón en aquella película intrigante y morbosa.

—Pues no.

—Ya, ya. Lo dijiste el otro día —comenta Gustavo, que ahora, sin llegar a ser un dechado de cordialidad, suena más relajado—. No es por nada. El caso es que, bueno, seguro que me equivoqué... Bah, olvídalo.

—¿Qué? No, di. ¿Qué es?

—No me hagas mucho caso. Perdón, por aquí. —Se detiene de golpe y luego cambia el rumbo para atajar por una calle perpendicular a la avenida por la que han caminado todo este trecho. Rodrigo le imita—. Eso, que no estoy seguro, pero después de vernos el otro día, y pensando ya luego en casa, me pareció que igual sí te había visto antes. Con la guitarra nunca, esa es la verdad, pero creí recordar que alguna vez te había visto con Edu, o con Fernando, o con los dos, en el bar, en el nuestro y también en el de Caminos, que yo también fui alguna vez. Aunque, te digo, donde estaban las tías buenas era en el bar de Farmacia. Era como un harén. —Gustavo se ríe, aunque sus carcajadas se topan enseguida con la zancadilla de la tos.

—Es posible, quién sabe —concede Rodrigo, a quien esta conversación le suena a la típica fórmula de hablar por hablar, a aquello de que entre desconocidos es preferible una fruslería al temido silencio.

Vuelven a torcer por otra calle, y lo que aparece en frente es un edificio inmenso y de arquitectura moderna que incluso podría pasar por un hotel.

—Ya estamos —anuncia Gustavo, que se saca las llaves del bolsillo.

Vestido de esta manera informal, con el anorak gris abierto, un jersey rojo de cuello redondo por el que asoman dos resquicios de una camisa blanca, más el vaquero convencional rematado en unas deportivas que atesoran centenas de kilómetros en sus suelas, Gustavo Gil rebosa toda la insignificancia que había disimulado en parte gracias al traje y a los muros elitistas y solemnes del colegio mayor.

Me va a vender la guitarra porque necesita el dinero. Es lo que le viene de golpe a la cabeza a

Rodrigo, pero enseguida repara en que el edificio al que están entrando no es un mazacote de protección oficial ni una anacrónica corrala del extrarradio. Si se va a guiar por la ropa, por la barba y por la tos, mejor que salga de ahí corriendo ya mismo.

Entran en el recibidor, diáfano en un noventa por ciento, con grandes vidrieras a ambos lados en lugar de aburridas paredes. Justo delante está el panel de los buzones, cuadrados y metálicos como las cajas de seguridad de un banco, y un par de metros más allá, la puerta del ascensor, y otra al lado, blanca y sin ninguna indicación clavada en su chapa.

—La tengo en el trastero.

Rodrigo había dado por hecho que Gustavo lo iba a invitar a subir a su casa. No era su opción favorita, pero al descubrir el destino definitivo al que lo va a conducir, su cuerpo ha reaccionado como cuando uno oye cerrarse la puerta a sus espaldas y al mismo tiempo repara en que ha olvidado coger las llaves. Quiere convencerse de que es una inquietud absurda, el mero hecho de haber dedicado más de la mitad del día a rondar por un hábitat en el que no se maneja con total desparpajo, y que eso a la fuerza tiene que hacer mella en su aplomo. La palabra trastero no inspira grandes fantasías, aunque, ¿qué esperaba? ¿Un museo? Por muy mala pinta que tenga, o tal vez justo por ello, Gustavo podría revelarse como un coleccionista excéntrico o un bohemio retirado que ha cambiado los instrumentos musicales por los pisos de alquiler. Cosas más raras se han visto, se repite Rodrigo para tranquilizarse.

La puerta blanca también está cerrada, y tras escrutar su llavero como si fuera la primera vez que lo tiene en sus manos, Gustavo da con la llave correcta y abre.

—Espera —avisa—, doy primero la luz.

Está empezando a ponerse muy nervioso; lo nota en el espesor de la saliva y en la contracción de los intestinos, y el azoramiento le contamina la imaginación. Es estúpido, se dice, inmediatamente después de que haya desviado la mirada hacia las deportivas de Gustavo, que ya ha visto antes, y aunque sabe que no son azules con puntera de goma blanca, necesita comprobarlo de nuevo. Negras, son negras.

Gustavo da una palmada en la pared de la izquierda y, tras la música plástica que emite el interruptor, la estancia se ilumina. Es un corredor angosto, de muros rugosos y presumiblemente blancos, si bien el halo enclenque que brota de algún lugar indetectable del techo los cubre de un enfermizo matiz amarillento.

—Cuidado con los escalones —advierte de nuevo Gustavo, y como para ilustrar lo apropiado de su consejo, baja los dos peldaños que lo dejan, ahora sí, en el comienzo del pasillo. Después se gira para enfrentar a Rodrigo—. Está hecho con el culo. Mucha modernidad y todo lo que quieras, pero fíjate que los trasteros están ahí —explica, sacudiendo la mano por encima del hombro—, atrás del todo, y sin embargo no hay más interruptor que este. Dura unos tres o cuatro minutos, calculo.

—Qué raro —dice Rodrigo, salvando ambos escalones a la vez, y aunque parece que esté apostillando el último comentario de su anfitrión, lo que su voz ha reproducido tiene que ver más bien con la impresión global de lo que está pasando.

El tramo de pasillo hasta que aparece la puerta del primer trastero no requiere más de cuatro o cinco pasos. Parece poca cosa, pero quizá se vea de otra manera si uno se queda a oscuras mientras está revolviendo entre sus trastos y se ve obligado a repetir el camino al revés. A partir de ahí, pasean flanqueados por dos hileras de puertas idénticas, de un diseño muy similar al de los buzones, aunque la plancha metálica que las refuerza es menos lustrosa, casi opaca, y lo que ofrece en consecuencia es un reflejo deformado y viscoso, como si estuvieran en una de esas casas de espejos de las ferias ambulantes.

—Pero el cuarto tiene luz. —Su intención es que no haya sonado desesperado. Es una de esas preguntas urgentes que se intentan enmascarar con el tono de una afirmación casual.

—Es lo normal —dice Gustavo, barajando las piezas de su llavero por enésima vez mientras anda.

Por fin se detiene ante la penúltima puerta—. Aquí es. Suerte que me dieron este, porque la mayoría de los cuartos están en el sótano, aún más abajo —y vuelve a agitar su mano lánguida, ahora derivando la atención hacia la última puerta de la hilera de la derecha, que es más ancha y tiene una barra abatible que la divide en dos mitades—, donde el garaje. —Localiza la llave y la introduce en la cerradura—. Te decía... El cuarto tiene un casquillo, pero yo lo uso tan poco que ni me he molestado en ponerle la bombilla.

El gesto de abrir la puerta coincide con el apagón. Rodrigo, soliviantado, busca con la palma de la mano el sostén de la pared, y aunque si sus nervios le hubieran permitido meditarlo jamás habría sucedido, termina oyendo su propia voz retumbar en las tinieblas:

—¡La luz!

No ve ni escucha nada, ni siquiera un golpe de tos, y aun así su cerebro proyecta la imagen de Gustavo riendo, burlándose de su canguelo infantil.

—¿Te importa ir tú a encenderla? —le pide Gustavo—. No tiene pérdida, es todo recto. Y ya has visto que no hay muebles. —Ahora sí que parece que ría, que sus palabras bailen mecidas por el brío de la sorna—. Antes de que vuelva a saltar lo tenemos ventilado.

La voz de Gustavo, velada por ese resfriado o lo que sea que le provoque las toses, adquiere un plus macabro cuando atraviesa la oscuridad y llega a sus oídos como un rumor de ultratumba. Entonces la paradoja le acerca a la explicación coherente que hasta ahora se le resistía. La penumbra es lo que le facilita concentrarse en un solo pensamiento, lo que le ilumina por dentro y le muestra con nitidez aquello que se fraguaba de forma atropellada y brumosa desde mucho antes, quizá desde que ha colgado el teléfono del despacho tras la segunda llamada de Gustavo. No es tan difícil tender un cable que los conecte a todos. Fernando, y luego él mismo, y en último término Eduardo, rescatado del ostracismo por el propio Gustavo. El enigmático excompañero de la barba zarrapastrosa y la tos de tísico es la equis de la ecuación, pero los otros tres elementos encajan con inapelable rigor matemático. Y así germina en Rodrigo algo parecido a una margarita tullida, de un solo pétalo, que en lugar de una disyuntiva serial le invita a resolver de pleno su interrogante: él no sabe quién es Gustavo, pero Gustavo sí lo conoce a él.

—¿La encuentras? —Gustavo debe de imaginarlo tanteando el muro como un ciego, en lugar de ahí, petrificado.

—Voy... —acierta a responder Rodrigo—. Un minuto. —Obedece de forma mecánica. Se da la vuelta y, sin que su mano pierda el tacto rugoso de la pared, desanda los cuatro o cinco pasos iniciales en busca de la luz.

La voz del instinto le susurra que puede encender la luz, despedirse y salir de allí con una disculpa de las muchas que atesora en su repertorio de ejecutivo, y sin embargo le puede todavía más el miedo al ridículo que el temor incierto que se aproxima a rebufa de sus sospechas.

—Genial —celebra Gustavo cuando el pasillo se ilumina.

Rodrigo levanta la vista instintivamente. Localiza la luz melindrosa encajada en uno de los plafones del falso techo, protegida por una malla metálica que resta munición en la batalla contra la oscuridad. Gustavo tiene medio cuerpo dentro del cuarto trastero, y antes de que Rodrigo complete el camino de vuelta, reaparece sosteniendo una funda de guitarra de tela con estampado de cuadro escocés.

—A ver qué te parece —dice Gustavo, que puntúa la frase con una tos culminada en arcada. Cuando se recompone, comienza a deslizar la cremallera de la funda—. No la toco desde el siglo pasado, y no es una forma de hablar —bromea, y sus ojos azules refulgen como faros que atraviesan la niebla—. ¡Tachán! —exclama por fin, con una socarronería algo apagada.

La funda de tela cae al suelo como la piel mudada de una serpiente, y Gustavo se acomoda la guitarra contra el pecho como si se dispusiera a tocarla. Es un instrumento vulgar, albero en la caja y en el clavijero, y castaño en el mástil, pero sin ningún tipo de lustre o prestancia, como si fuera el

producto del brazo mecánico de una cadena industrial y no la obra de la mano artesana de un lutier. Salvo que, por alguna inopinada razón, aquella pieza haya conocido los dedos o el regazo de Paco de Lucía o de Eric Clapton, su valor para una colección será poco mayor que el de la alcayata que Rodrigo emplearía para fijarla a la pared de su garaje.

—Esto no es como montar en bicicleta —dice Gustavo, manteniendo esa pose como de mariachi, la guitarra casi a la altura del cuello—. Si no practicas... joder.

Para alguien que sabe tocar, aunque no pase de los rudimentos como Rodrigo, es sencillo reconocer a un impostor. Gustavo rasguea las cuerdas con la mano izquierda, de cualquier manera, y la boca de la guitarra vomita notas desquiciadas y crispantes. Pero no es eso en lo que repara un guitarrista, igual que cuando miran una película o una serie en la tele y Rodrigo le aclara a Berta que no hay que fijarse en la mano que sacude las cuerdas, sino en la otra, y en la manera de colocar los dedos en los trastes. Lo que hace Gustavo no parece digno ni del más diletante de los aprendices de músico. Y aun así, hay algo que le llama todavía más la atención:

—Vaya —dice Rodrigo, perplejo—. Eres un McCartney.

Gustavo lo mira aún más turbado, los iris dilatados e inflamados como la llama de una caldera de gas.

—Te lo he dicho —se excusa—. No es lo mío. —Y le tiende la guitarra a Rodrigo—. Vamos, pruébala tú.

—Bueno, la verdad... —Coge la guitarra y examina el envés, marrón oscuro como la cáscara de una castaña; es un gesto fútil, una manera de transmutar su inquietud en algo medianamente práctico—. La verdad es que lo que menos me importa es cómo suene. —Las cuerdas desprenden un calor inesperado, como si fueran una prolongación de las venas de Gustavo, por las que cada vez más Rodrigo sospecha que corre alguna clase de hirviente pulsión—. También hace un siglo que yo no toco. Además, yo no soy...

Lo que hace, al contrario que su predecesor, no es improvisar un riff, sino tantear una por una las seis cuerdas con el pulgar. «Yo no soy zurdo», es lo que iba a decir Rodrigo. Gustavo parece no haber pillado el guiño, el comentario cómplice a colación de esa forma peculiar de sostener la guitarra, como el celeberrimo bajista de los Beatles. Pero no dice nada, porque al llevar a cabo aquel testeo rutinario, a Rodrigo se le ha congelado la voz y también la sangre, e igual que antes, es como si la música que transportan esas cuerdas se empapara siempre del flujo vital de su autor. Ahora están heladas, tías como témpanos.

—¿Qué? —quiere saber Gustavo.

Rodrigo concede aún un cara a cara extra, tenso y silencioso. Arruga el ceño como si ensayara el poder de ver a través de los cuerpos sólidos, pero sus ojos suspicaces chocan con la estampa perturbadora de Gustavo, que ha dejado de ser un aspirante a conocido para erigirse en el portador de una amenaza remota y todavía difusa.

—Ya sé que no está afinada —aclara Gustavo—. Pero tampoco sé por qué las coleccionas, así que, bueno, tú dirás.

No sabe nada. Rodrigo está seguro casi al cien por cien. Este tío no pretende timarle. No se trata de eso. Seguro que como zurdo se ve obligado cada día a adaptarse a una cotidianidad hostil que enseña sus garras en los utensilios y procesos más comunes, pero no tiene ni puñetera idea de lo que es tocar la guitarra, y por eso ni se le ha pasado por la mente la incongruencia de que un zocato como él tenga un instrumento con las cuerdas dispuestas del modo convencional, para un diestro. Este tipo ha sacado la guitarra de Dios sabe dónde solo para provocar este encuentro. Quería llevarlo hasta allí, tenerlo enfrente, aún no imagina para qué, o tal vez empieza a imaginarlo pero prefiere postergar las conclusiones y dar prioridad a la huida.

—Oye, Gustavo —titubea, y a la vez comienza a barajar las posibilidades de una guitarra como arma improvisada—. Te agradezco el detalle, de verdad. Pero esta no... no me vale.

—Pues qué pena —dice Gustavo, pero en absoluto suena como un lamento. Al contrario, Rodrigo cree apreciar un tinte altanero en este último comentario.

La oscuridad estalla de golpe, esta vez precedida de un chasquido proveniente del techo y que antes Rodrigo no percibió. Su corazón es un animal desbocado que intenta echar abajo la jaula del pecho a topetazos. Da un paso atrás y luego se revuelve, espantado por un hálito tibio que le envuelve la garganta como una bufanda. Juraría que ha oído toser a Gustavo a medio metro de su nariz, pero no se detiene, tropieza con el rodapié de la pared y continúa avanzando a gatas hacia la salida. Entre el martilleo sordo de sus rodillas contra el suelo, se intercala la voz de Gustavo, que de nuevo retumba en la negrura como un anuncio agorero o maldito:

—Claro que eras tú. Estoy seguro. Te vi con ellos. Apenas hablabas, eso sí. Por eso te he reconocido mejor ahora que ni siquiera te veo.

En el paroxismo de su ciega huida, Rodrigo suelta la guitarra y aletea como una mosca embriagada de insecticida. Las protuberancias de la pared le arañan los dedos y los nudillos. Gritaría si le dejaran respirar los jadeos, el sonido de su propio miedo rasgándole el paladar y las fosas nasales. Ya incorporado, palmea la pared como si quisiera echarla abajo. No puede estar a más de tres pasos de la puerta. Calcula a tientas la ubicación del interruptor y vuelve a azotar el muro, una, dos, tres veces más, arriba, un poco más abajo, un poco más atrás, nada. Nada. El muro tiembla y devuelve un sonido de tosca percusión que se remata en un repique como de vibración metálica. Cae de rodillas y tantea por la franja inferior. Trata de cambiar la contundencia por precisión, pero es imposible sin luz y sin oxígeno, los dedos agarrotados y las neuronas famélicas. Ha perdido por completo el sentido de la orientación. No oye pasos, tampoco toses. Parece que Gustavo se ha fundido con las tinieblas para infligirle el castigo o lo que sea que cree que merece. En el caos de esta situación límite se entremezclan las prioridades y las excreciones espontáneas. La rabia y la resignación, la culpa y el pánico. Todo acude, invocado o sin invitación. Virginia y Nieves. La soledad de Berta. Un escalofrío tímido le recorre el muslo derecho, y cuando alcanza la rodilla se adensa en una secreción tibia. Es penoso, pero también patético, que vaya a ser la orina la protagonista de su último pensamiento.

Aun siendo conocedores del malestar que provocaría en las autoridades policiales y judiciales, una agencia de noticias ha filtrado a varias cadenas de televisión los detalles de una intervención realizada en la última semana, y que ha supuesto la detención de cuatro individuos relacionados con la organización de carreras ilegales en la carretera de El Pardo. El contenido habría pasado directamente a formar parte de la morralla pintoresca para rellenar vacíos imprevistos en la sección de sucesos, si no fuera porque la filtración venía con propina: es probable que uno de los coches incautados en la operación coincida con la descripción del modelo sospechoso del caso de Fernando Pardo Díaz del Río. En estos momentos, según los últimos partes informativos, peritos y otros especialistas trabajan en la identificación y el cotejo de ciertos detalles —número de bastidor, chasis, datos de fabricación— que ayudarán a confirmar o descartar las sospechas. Dado que los coches implicados tenían matrículas falsas o bien procedían de desguaces donde se les habían retirado previamente las placas, la pista principal apunta a los datos del seguro, si bien esta información permanece protegida, sin que las fuentes de la agencia hayan podido aportar nada más.

Un beneficiado indirecto de este golpe de efecto informativo ha sido el tío Jaime, rescatado de las galeras de la telerrealidad para ser devuelto al insigne claustro de los tertulianos. De pronto es como si todo volviese a comenzar. Como si las noticias, más que material caduco, fueran recuerdos desintegrados por una extraña amnesia colectiva. Ahora que puede estar a punto de conocerse la identidad del conductor que atropelló a Fernando, regresan los dilemas y los sondeos, la actualidad regurgita como un rumiante y el público se nutre de esa papilla de segunda mano como si fuera nueva.

Por muy pisoteada que esté la reputación del muerto, la aparición de su asesino le robaría el protagonismo, y eso es para bien y para mal. Están próximas las fiestas navideñas, y la maquinaria que conlleva la tradición se mueve a fuerza de impulsos aprendidos y emociones prefabricadas. Esta especie de tregua impuesta de forma oficiosa obliga a simplificar y extremar las nociones ciudadanas del bien y el mal; la prensa tiñe de purpurina los rodillos de sus imprentas y los telediarios amansan a sus bustos parlantes y adornan sus escaletas con titulares romos y espumosos. Se le extirpa la complejidad al relato de la vida cotidiana y solo queda la opción maniquea de asignar los dos papeles obvios: en esta tesitura, y si se confirman los datos filtrados recientemente, el malo solo puede ser el asesino, el conductor del Opel que se dio a la fuga en aquella noche lluviosa. Con ello, Fernando regresaría temporalmente de entre los muertos para ser de nuevo el bueno, aunque sea solo por unos días, hasta que los niños vuelvan a la escuela ofuscados y con el tacto de los regalos de Reyes aún caliente en los dedos.

A oscuras no queda otro remedio que multiplicar el esfuerzo sensorial. No es fácil, porque el cuerpo en su totalidad se ha convertido en un organismo anárquico y vertiginoso. Respirar, el acto mecánico e inconsciente más rutinario, pasa de repente a ser un examen sorpresa, una prueba extraordinaria puesta a traición para calibrar los límites de la fortaleza y la cordura. La penumbra ha adulterado también las dimensiones del espacio, y Rodrigo avanza sin rumbo conocido y a gatas, sintiendo a un centímetro de su cabeza la presión de un techo inexistente. El aire perfora sus pulmones revestido de una coraza metálica, mientras sus manos desquiciadas siguen azotando la pared en busca del relieve del interruptor.

Aparte de los sonidos que emite o provoca su propio cuerpo, no escucha nada más. Gustavo está callado. Tal vez él, concededor del escenario, lo ha esquivado con sigilo y a ciegas, y lo espera en la puerta. La simple conjetura le hace enfermar de terror. Pero ¿quién es Gustavo? ¿Por qué cree conocerle si él no recordaba ni su nombre? Su manera de reaccionar implica que el instinto aún va por delante, pero pronto los pensamientos se ordenarán y le darán una respuesta. Tiene que ser muy pronto, de hecho, porque la esperanza de escapar se apaga y está a punto de fundirse con la negrura que los rodea.

La humedad que le recorre la pierna alcanza el tobillo y empieza a asentarse como una película pegajosa. Ya habrá tiempo para calibrar las humillaciones superficiales. Ojalá lo haya. Ahora solo queda seguir tanteando la pared. Otra vez desde el principio, de abajo arriba; es como si la oscuridad no solo hubiera borrado los muros, sino que hubiese aprovechado también para dilatarlos y expandirlos como los de una ciudadela. Siente el impulso de liarse a puñetazos, pero logra contenerse. Inicia una nueva serie de manotazos, y en medio de su palmeo frenético cree detectar un sonido espurio. Detiene un instante sus movimientos y aguza el oído. Ahí está. Es como una gárgara envuelta en un alarido animal. Suena una vez más, y luego se repite en una serie que va descendiendo su intensidad de forma progresiva hasta apagarse por completo con la última acometida, apenas una brizna de aliento cristalizado.

De rodillas, Rodrigo eleva los brazos para auscultar una franja más amplia de pared, y en la maniobra de bajada para armar un nuevo aspaviento, el dedo meñique de la mano izquierda se estrella contra una arista inesperada. La excitación está a punto de hacerle desfallecer. La cabeza ha perdido de pronto su peso y Rodrigo nota cómo baila descoyuntada alrededor del cuello. Apoya la mano derecha en el suelo para hacer de ancla y evitar caerse de espaldas, y acto seguido traza una media luna con el brazo izquierdo que rasga la cortina negra que lo arropa y devuelve la luz a sus ojos cuando la palma de la mano se estrella por fin contra el interruptor.

El grito que nace en la caja torácica y escala raudo el tubo de la tráquea llega apagado a la boca, de donde Rodrigo solo logra extraer un ronquido histérico. Ya se ha incorporado, aunque las piernas le tiemblan y tiene que ayudarse de la pared —la maldita pared— para no caer de bruces. Tiene la puerta apenas a un metro, pero es incapaz de resistir el impulso de girar la cabeza y mirar atrás. Ve entonces a Gustavo, arrodillado y acostado contra el marco de la puerta del trastero, jadeante, con los ojos de par en par pero desabridos, como si la tiniebla les hubiera robado su alma. Delante hay un charco diminuto, no más grande que el vómito de un lactante, aunque el color rojo es tan

escandaloso que la escena se adhiere a la retina de Rodrigo como si fuera una instantánea madurando en el cuarto de revelado. Durante un segundo aún le asalta la duda de si debería ayudarlo o pedir auxilio fuera. Ahora que empieza a sentirse a salvo tiene que frenar el ímpetu del ridículo, que también reclama su presencia. Pero no hace nada. Gustavo parece ausente. Piensa o no hacerle daño, da la impresión de que ya no va a cumplir el plan. Rodrigo empuja la puerta y sale de allí.

Exceptuando las yemas raspadas de los dedos y alguna uña maltrecha, no hay señales en su cuerpo. Puede que en unos días, el suceso se archive en su memoria con la textura gelatinosa de los sueños lejanos. Incluso ahora, que ya ha recorrido dos manzanas y camina en busca de una calle transitada, el eco de lo que ha ocurrido hace apenas cinco minutos resuena como algo irreal, igual que esas canciones que se le meten a uno en la cabeza y lo acompañan hasta que ellas quieren, que ponen banda sonora a todo lo que sucede alrededor aunque nadie más las esté escuchando.

No es muy tarde. El horario otoñal juega al engaño sisando horas de sol y zarandeando el ánimo de la gente que sale de las oficinas y los comercios como zombis desorientados. Verse rodeado de público le insufla energía. Al principio es como si todo el mundo lo supiera; cualquier mirada que intercambia parece llevar implícita una pregunta capciosa. Tiene que calmarse. A lo sumo, es normal que alguien pueda fijarse por mera curiosidad, por su cara de espanto y su deambular ajetreado. Incluso cabe la posibilidad de que le rehúyan, de que desconfíen de su aspecto por confundirle con el clásico ejecutivo al que se le ha ido la mano con los gin tonics durante eso que ahora los cursis llaman *after work*. Hace un milenio que no se toma ni una triste caña al salir del trabajo. Seguro que esto figura también en la lista de reproches de Berta.

El nombre de su mujer es un bálsamo de urgencia. Los latidos parecen controlados, y poco a poco recupera la compostura y logra pasear como un transeúnte más. Lo siguiente es subir a un taxi. Recoger el coche y volver a casa. Tiene que hablar con Berta. Todavía no sabe cómo se lo va a contar, pero por primera vez lo reconoce como un deber pendiente. Después, o quizá antes, tiene que recomponer los hechos y decidir qué hacer con respecto a Gustavo. Llamar a la policía es lo primero que ha contemplado. Sin embargo, mientras esquiva a los peatones que parecen confabulados para circular todos en el sentido inverso al suyo, la amenaza se disipa y el incidente del trastero solo parece concebible como peligroso en la mente de un paranoico.

Enfréntate a la verdad, Rodrigo. El mandato resuena en su cabeza como la letanía de un viejo profesor del colegio de curas. Nunca creyó que tuviera que expiar ninguna culpa del pasado. O tal vez pensó, en su arrogante ignorancia, que los éxitos presentes compensaban y enterraban en el olvido a los viejos errores. De cómo una vida puede quebrarse igual que un cristal, en un segundo, por el simple impacto de un guijarro minúsculo, ya han agotado el repertorio a raíz del cáncer de Berta. Hoy ha sido él quien ha recibido la pedrada, y se siente extrañamente egoísta por ello, como si en vez del marido fuese su cuñada Lidia, deseosa de acaparar atenciones aunque sea a costa de una desgracia.

Localiza una parada de taxis a la puerta de un hotel. Le da la dirección de la empresa al taxista y disuade con un par de ásperos monosílabos sus deseos de cháchara. Aposentado ya en la parte trasera del coche, consigue sosegar la hiperactividad de su mollera. Ha dejado de esquivar viandantes por las aceras y, al mismo tiempo, las neuronas han dejado de corretear por las circunvoluciones de su cerebro. Saca el móvil del bolsillo del barbour y, al instante, la otra mano responde al acto reflejo de tocarse el lado izquierdo del pecho, donde el bulto de la cartera le hace suspirar, esta vez de alivio. Las llaves están también en el bolsillo del pantalón. Menos mal. Haber dejado algún rastro en aquel pasillo de trasteros podría complicarle aún más las cosas. La pantalla del móvil rebosa de avisos de mensajerías diversas (lo había silenciado para mostrarse respetuoso en su encuentro con Gustavo). El WhatsApp, algún SMS, una alerta de llamada perdida y una entrada flotante de la agenda. Lo importante, lo que Rodrigo quiere comprobar en este preciso momento, es si es Berta la autora o remitente de alguno de estos reclamos. Por suerte no es así. Suspira de nuevo, y desvía la mirada al paisaje ensuciado por la piel curtida en mil intemperies de la ventanilla del taxi.

Reflexiona, ayudado por el suave traqueteo del tráfico, para rearmar las piezas y que no le venza la turbación. Echa mano del ejercicio que ha repetido ni se sabe las veces en las no menos numerosas jornadas formativas. El de las tres uves dobles. *Who, What, Why*. Quién, Qué, Por qué. El primer interrogante está claro. Gustavo. El segundo cuesta más, y no porque no haya llegado ya a una conclusión. Es peor. Es precisamente el miedo que le da reconocerlo. Lo que ha hecho Gustavo. El *Qué*. Ha matado a Fernando. Traga saliva y parece que la nuez va a salir disparada reventándole la garganta. Con el rabillo observa la mirada concentrada del taxista en el retrovisor interior. Vuelve a tragar saliva, esta vez apenas una lágrima pastosa, y regresa al jeroglífico luminiscente que le propone la ventanilla. Falta la tercera cuestión. *Por qué*. Por qué lo ha hecho. Por qué querría Gustavo eliminar a Fernando. Aquí la duda es real, tanto como espantoso es el eslabón que la conecta con el hecho de que Gustavo también pudiera haber intentado matarle a él, hace un rato, en el trastero, valiéndose del chapucero pretexto de la guitarra. Entonces su deriva lo arrastra otra vez al primer interrogante. La cuestión que plantea ese *Quién* no es algo tan trivial como un nombre de pila. El enigma tiene que ver con la identidad, y ahí sí que Rodrigo se encuentra todavía perdido. Gustavo Gil no significa nada. Necesita la historia que lleve asociada ese nombre a su experiencia vital, a algún pasaje de su biografía en el que Rodrigo aparezca, ya sea como invitado especial o simple comparsa. Gustavo ha matado a Fernando. Seguro que si lo dice en voz alta suena descabellado y pueril. Pero en su interior, ahora mismo, cuando el pánico aún no se ha evaporado por completo de su cuerpo e incluso ha dejado su firma pringosa en la pierna derecha, la imagen se le reproduce como si en verdad hubiera sido testigo del crimen. Se está engañando, está haciéndose trampas aposta para eludir la conclusión real. Empecemos de nuevo. A la mierda las uves dobles. No se trata de ubicarse él, solo él, en la trayectoria o el escenario biográfico de Gustavo. Eso sí que lo ha dicho, o al menos lo ha dejado entrever más claramente. No es solo él. Son también Fernando y Eduardo. Los tres. Y cuando el punto de vista se triplica, es más fácil recopilar según qué vivencias. Con él formando parte del trio protagonista, afloran los secundarios con menor esfuerzo; cierta clase de secundarios, a quienes ya no es tan rebuscado encajar en sus recuerdos, todo pese a que el nombre de Gustavo Gil sigue siendo plena ignorancia, o tal vez amnesia. Cuesta entender que alguien pueda haber hecho tanto acopio de rencor, tantos años, pero es fácil interpretarlo así desde el acomodo de la segunda línea del organigrama directivo. Y del mismo modo que su temor sería una veleidad huérfana sin el concurso de Fernando y Edu, la identidad de Gustavo se recompone mediante su inclusión en el extenso plantel de secundarios anónimos. Es imposible acordarse de los nombres porque nunca se molestaron en aprenderlos. A los secundarios de esa parcela de su pasado solo podría reconocerlos por la etiqueta que los igualaba al mismo tiempo que los despersonalizaba: novato, pardillo, pringado.

La fachada del edificio de la empresa es un panel colosal en el que ralean decenas de casillas iluminadas, con mayor profusión a partir de la planta sexta. Desde la cabina del taxi, con un simple vistazo contrapicado, identifica su ventana, la luz encendida del despacho vacío, como la metáfora simplificada y certera de lo que es su vida, estar ahí hasta cuando no está. Siempre deja propina a los taxistas y pide el recibo, a cuenta de gastos ejecutivos. Pero hoy le entrega los diez euros al chófer y no pide nada a cambio, ni su vuelta ni ningún justificante para racanearle unos chavos a la empresa.

Va que estallar asperja lágrimas al ritmo de sus convulsiones.

En dos minutos ha liberado tensiones recientes y también residuos ancestrales; por eso culebrean enmarañados el alivio de la huida y el remordimiento de la cobardía. Debería haber llamado a una ambulancia. No tenía por qué quedarse allí, pero una vez lejos del presunto peligro podría haber avisado al servicio de urgencias. De todas formas, esa tos ya sonaba como un augurio cuando coincidieron en el colegio mayor, el día del homenaje, y la sangre expectorada, en el suelo... Probablemente esté desahuciado. Pero no. Ese es justo el razonamiento del pusilánime. ¿Qué importa si le quedan más o menos días por delante? Eso no justifica la negación de auxilio. Lucha para que la imagen convaleciente de Berta no se cruce con este pensamiento, pero ¿cómo evitarlo?

Se mira las manos para cerciorarse de que ya no tiemblan. Antes de decidirse a arrancar, un amago de duda le sobrevuela. ¿Qué pasa con la policía? Que la posibilidad le asaltara en medio de la huida era inevitable. Pero, puesta la distancia de por medio y aplacada la sublevación nerviosa, lo que queda es un hombre que espata sangre abandonado en el trastero de su casa. Tiene que admitirlo. No hay nada digno de denuncia, ni siquiera como indicio casual. Además, exponer las razones por las que supuestamente Gustavo querría hacerle daño supondría desenterrar cadáveres putrefactos y hediondos, alumbrar un recoveco al que no se ha asomado ni Berta. ¿Qué iban a pensar sus hijas?

A nadie le gusta reconocer que ha sido un niño. Un puto niño bien jugando al matón de colegio. Es verdad que nunca fue el instigador y que se limitó a secundar a Fernando y a Eduardo como un diligente becario, lo que, a la postre, aparte de investirle como cómplice de honor, le concede el papel más grotesco de la función. Más aún que el de los desgraciados con los que se ensañaron. No hay una lista de nombres en los archivos de su memoria. Tampoco rostros precisos; sí, en todo caso, un galimatías de muecas, espasmos y alaridos que fueron comedia negra y ahora regresan de entre las sombras como monstruos. Es imposible individualizar a Gustavo Gil entre la multitud. A lo mejor es aquel al que raparon de la cabeza a los pies y ducharon después con vinagre, o ese otro al que obligaron a tragar avispas vivas, o el que tuvo que follarse al vespino de Edu por el tubo de escape, o aquel al que casi le gangrenan los huevos y se vengó precisamente de Edu mordiéndole la polla. Cualquiera sabe, son muchos, demasiados. Y al cabo de un rato de rondar por estos suburbios prehistóricos, encuentra de pronto el atajo que lo lleva al punto de inflexión. Porque lo hubo, sin que pretenda ahora que suene a disculpa o coartada. Ya había desestimado la opción de postularse con Edu para la horterada anacrónica de la tuna. Bien pensado, no tenía mucho sentido envainar su rancia virilidad en polainas; ellos eran machotes de manual, y las chicas de los campus aledaños no se derretían por cuatro acordes y un puñado de chuscas rimas. Había que currarse un poco más el rito de apareamiento. Además, tenían un plantel de novatos a su entera disposición para satisfacer sus anhelos de dominar la manada. Así que no; lo de la tuna fue una chorrada pasajera y felizmente descartada. Lo que sí le propuso Eduardo a una de las veteranas de otro colegio mayor —era el Somontes, o el Virgen del Carmen, no está seguro— fue un intercambio de pringados. Ellos les darían uno a las chicas, y ellas, a cambio, les prestarían a una de sus pardillas. Cuando Edu lo contó venían de jugar un partidillo en la hierba; no un encuentro de la liga universitaria —esos se jugaban en el pabellón cubierto—, sino una de esas cabestradas para purgar el exceso de hormonas y matar el tedio entre clases. Serían seis o siete, entre ellos Fernando, por supuesto. Claro que Rodrigo lo celebró y participó del descojone colectivo aportando sus propios rebuznos. La inercia del rebaño es más poderosa que la razón, que la conciencia y que el deseo. Sin embargo, y por primera vez que él recuerde, tuvo la impresión de que el proyecto de gamberrada apuntaba demasiado lejos. Supo que esa vez no tomaría parte. Iba a apartarse, pero sin dejar por ello de aparentar fidelidad a los códigos. Hoy lo haría, o eso cree, pero entonces no se trataba de censurar los ritos seculares ni de apostatar de la orden de los veteranos. Para desgracia de sus recién nacidos escrúpulos, él no fue un desertor arrepentido, sino un acobardado perro faldero que se creyó lobo, pero al que su naturaleza venció cuando atisbó el lazo de la perrera. Tuvo miedo de aquella propuesta de intercambio mixto de novatos porque, al trasladar las vejaciones y fechorías de cada día al cuerpo de una mujer, su diccionario particular cambió espontáneamente de idioma y tradujo las fórmulas pueriles —una novatada, una simple broma— en palabras cargadas de culpabilidad y sustancia penal. En el tiempo que llevaba estudiando en el Cid Campeador había sido testigo de decenas de humillaciones relacionadas con los genitales de los novatos, y eso incluía al menos media docena de felaciones forzosas. Jamás se le pasó por la cabeza que aquello pudiera considerarse una violación, un abuso sexual como los que llevan a los degenerados a prisión. Fue al plantearse la posibilidad de mezclar los sexos en una nueva jornada de escarnio al novato cuando su alarma pitó por primera vez.

Se cagó de miedo. Imaginó que ante algo así hasta la permisividad hipócrita de las autoridades del

campus se vería quebrantada. Y por encima de todo temía que sus colegas veteranos advirtiesen sus remilgos, así que se escaqueó como la habría hecho para saltarse una clase, inventando una urgencia familiar y desapareciendo de allí durante todo el fin de semana. Después supo que semejante aquelarre nunca se celebró. La idea se quedó en el limbo de las fantasmadas (tan nutrido como el de las propias novatadas, si no más). Pero le pasó factura. Rodrigo, todavía ingenuo y estúpido, fue distanciándose poco a poco de la fauna depredadora con la excusa de la disciplina académica y de cierta chica con la que había empezado a salir. Urdir las novatadas, y esto sí era un sentimiento auténtico, dejó de divertirlo. Más o menos un año después, cuando hacía meses de la última vez que formó parte de un corrillo alrededor de algún pobre novato ultrajado, y también de la última ocasión en que había cruzado una palabra con Fernando o Eduardo, coincidió con este último en la cafetería del colegio mayor. Él estaba sentado a la barra, tomando un café y medio embobado por una discusión que había tenido con su novia durante la tarde anterior. Por eso ni lo vio acercarse por detrás. Cuando estuvo pegado a su cogote, Edu le rodeó el hombro con el brazo y a continuación escupió en el café. No fue un perdigonazo, sino que dejó que el gargajo se precipitara lánguido desde el labio inferior hasta el interior de la taza. Rodrigo no tuvo tiempo de armar siquiera un gruñido, y Eduardo se limitó a palmearle la espalda y, con una sonrisa afilada y curva como una espada sarracena, exclamó «¡Campeón!», y luego se alejó hasta perderse por la puerta de acceso al corredor de las aulas. Así quedo todo, y Rodrigo nunca se molestó en averiguar si aquel gesto era un reproche a su disidencia o un alarde inherente al talante de alguien como Edu, capaz de presionar bajo amenazas a un novato para que le hiciera un francés y, por añadidura, capaz de camelarse a un panoli como él para que le riera las malditas gracias.

El perfume sintético del ambientador del coche les gana de momento el combate a dos contrincantes por lo normal duros de noquear como el sudor y la orina. Otra cosa es el coraje con que las secreciones se han ido amoldando al cuerpo a medida que se secaban hasta formar una cáscara que a Rodrigo empieza a pesarle como una armadura. Es el momento de volver a casa.

Hoy, este viaje que se sabe de memoria lo vive como algo trascendental. Por un instante, es como si volviera después de una ausencia de varias semanas, y acto seguido la sensación es como la de esas llegadas tardías que requieren una explicación convincente, la del marido felón que prometió volver a tiempo para cenar con sus hijos y regresa de madrugada y achispado. Es ridículo que esté planteándose inventar un cuento como si en efecto le hubiera sido infiel a Berta. Que se avergüence de su aspecto y del hedor que desprende sí es lógico. Pero el lugar de donde está realmente volviendo es aún un territorio inexplorado por su mujer.

No hay luz en la buhardilla. Da gracias al cielo porque hoy no se cumpla su deseo de que las niñas vayan a recibirle a la vuelta del trabajo. Se sobresalta al pensar en el mando a distancia, que visualiza en el bolsillo de la chaqueta, colgada del respaldo de su sillón directivo, en ese despacho ocioso pero sin duda aún iluminado. Si tiene que llamar al interfono para que Berta le abra despertará a las niñas, y tal vez también a ella. Antes de recomponer el orden real de los acontecimientos de este día tan desquiciado, con mano instintiva abre la guantera, que escupe el mando a distancia y cae al suelo del coche con la misma languidez con que aquel remoto gargajo de Eduardo se derramó en el café. Es verdad. Lo ha dejado ahí para ahorrarse precisamente el fatigoso rebuscar por los bolsillos de las chaquetas, los abrigos o los pantalones. Recoge el mando, pulsa el botón y lo vuelve a guardar en la guantera, que rebosa de inutilidad burocrática. El bramido de la enorme puerta que se retira suena como un cañonazo contra el corazón sereno de la noche. El viento y la desidia se han entretenido con las hojas caídas que revolotean por la vereda y, al chocar con la puerta del garaje, danzan arremolinadas como polillas en torno a una farola. En los inicios de su nueva vida en La Casa, Rodrigo se propuso iniciarse en la jardinería por considerarlo una afición acorde a sus hinchadas expectativas burguesas. Lo que sucedió, apenas pasados unos meses, fue lo que ahora Berta le recrimina a diario, y es que cualquier actividad —y en especial aquello de sudar a base de manguera,

azada, rastrillo o tijeras de podar— quedó enseguida eclipsada por su escalada corporativa y su peregrinación por simposios, convenciones y seminarios que pasaron a devorar su tiempo de ocio como ávidas termitas. Las nubes tupidas envuelven el cielo en una membrana por la que se filtra el fulgor mortecino de la luna, disuelto en los destellos de los chalets aledaños. Hoy el farol de la fachada lo saluda solitario y bamboleante, y el ventanal del salón lo recibe fundido a negro como la pantalla de un cine abandonado. No es tan tarde como para que Berta esté en la cama. Podría estar dormida, eso sí, arrullada por la letanía sincopada de la televisión, como ha acostumbrado a repetir durante una temporada que a Rodrigo le parece ya eterna. También es cierto que la radioterapia, aunque menos impertinente de lo que en un principio habían temido, se ha establecido dentro de Berta como un microclima travieso que arroja tormentas de granizo o impone fatigosas canículas cuando le viene en gana.

Ya dentro del garaje, repasa las palabras que le presan las paredes del cráneo como si le aguardara un examen inminente y crucial. Se baja del coche y, sin encender la luz, sortea los obstáculos de la terraza anexa hasta llegar a la cocina. Cada día, al salir de su BMW, le dedica un vistazo entre melancólico y jactancioso a sus guitarras. Haberlo hecho hoy habría sido un acto de masoquismo irónico.

Toma de la nevera una botella de agua pequeña y se la bebe casi entera de un trago. Suspira, eructa, deja la botella de cualquier manera en la encimera y se encamina hacia el salón, cuya penumbra horadada de resplandores timoratos y arbitrarios —el piloto rojo del televisor apagado y el verde del decodificador de la señal del cable, las costras plateadas sobre el cristal de la mesita de té, el perfil de las panzas de algunos de los adornos de cobre que refulgen al lamer una mísera tajada de luz— es suficiente para que con la simple ayuda de la costumbre atraviase la pieza principal, suspire una vez más, y se decida, ahora sí, a entrar en la alcoba donde yace Berta, recostada contra el cabecero de la cama y con la gruesa novela —según parece, felizmente indultada de su destierro— entre las manos. Debería ir al baño a asearse, pero sabe que si lo hace corre el riesgo de atemperar este impulso redentor, así que, tal como está, acorazado de ponzoña orgánica, rodea la cama, se sienta en el borde y besa a Berta, que suelta el libro abierto y panza abajo sobre sus piernas.

—¿Cómo ha ido? —pregunta, obviando cualquier comentario referente a la facha y el hedor de su marido.

—Buena pregunta —dice él, frenado de golpe en su ímpetu; también avergonzado, aunque ambos simulen esa monotonía cotidiana que tanto añoran, la de la era pre cáncer—. Cariño, escucha... —titubea, y peina el lado izquierdo de la cabeza de Berta con una delicadeza un tanto mórbida, igual que cuando se le cierran los párpados a un cadáver.

El halo de la lamparita tiñe los medicamentos amontonados de un barniz que los disfraza de mejunjes milagrosos de alquimista o de druida. No es una noche para la magia, sino para el dragado.

—Me ha pasado algo que, cuando te lo cuente, cuando lo diga en voz alta, puede que ni yo mismo me lo crea... como una película de esas de terror horribles, chapuceras, que en vez de miedo dan risa... y en realidad no es eso lo que quisiera... Perdona. Perdóname, cariño.

—Joder, Rodri —exclama Berta, que yergue la espalda hasta formar un ángulo recto perfecto con la pared—, no me asustes.

—Lo siento —se disculpa él, medroso—. No hay nada que temer. Eso lo primero.

—Cualquiera lo diría.

—Lo sé —concede Rodrigo, y repite el gesto de mesar los cabellos de ella, que ahora responde con un respingo no demasiado amistoso—. Déjame que te lo cuente, por favor.

Berta escruta ya sin disimulo la facha de su marido, que pese al calor de la calefacción no se ha quitado el chaquetón y deja entrever bajo el mismo un desaliño y un tufo impropios del personaje conspicuo y coqueto que regresa cada noche de la cima del mundo. Se muere por apostillar algo, pero decide no hacerlo, para dejarle hablar y que desvele este maldito misterio de una vez.

—He estado con ese tipo, el de la guitarra.

—Tu compañero de colegio.

—Ya no estoy tan seguro —duda Rodrigo, pero enseguida rectifica—. En fin, sí, lo es. O lo era. Ese tipo.

—¿Y bien?

—Nos vimos donde habíamos quedado. En su barrio. Fui a su casa, bueno, donde vive, pero no estuve en su casa.

—Con calma, Rodrigo. —Berta se percata de que debe invertir los papeles. Es ella quien lo toma ahora de la mano y le concede un asidero para que no se desmorone.

—Sí, perdona. Quiero ir al grano, ¿sabes? A lo que realmente importa.

—Yo te escucho. No sufras.

—Está bien —dice, y fuerza una sonrisa comprimida que no obstante le desfonda—. Quedé con él. Con Gustavo. —Pronunciar este nombre lo zarandea por dentro y reacciona aferrando con fuerza la mano que antes le ha tendido Berta—. Pasó algo raro.

—¿Te hizo algo? —se adelanta ella, alarmada. La espalda golpea contra el cabecero, que tiembla y protesta como para recordarle que no hay posibilidad de recomposición más allá del ángulo recto.

—No, no. No es eso —la tranquiliza él—. Pero fue extraño. Está claro que este tío no ha tocado la guitarra en su vida. ¿Recuerdas lo que siempre te digo? La forma de cogerla... ahí me di cuenta. Pero resulta que además es zurdo; por cómo cogió la guitarra para hacerme el paripé lo supe de inmediato, que era zurdo y que, además, no sabía tocar.

—Ya. Te quiso timar.

—Ojalá, pero es algo más turbio, me temo.

—¿A qué te refieres?

—Fue cuando se apagó la luz. Nos quedamos a oscuras porque tenía la guitarra guardada en el trastero. Era como un pasadizo donde están todos los trasteros, con una luz de esas que van con temporizador y no duran nada, ya sabes. La luz se apagó un par de veces. Fue la segunda vez. Cuando yo ya me había dado cuenta de que algo no iba bien. Ya estaba escamado por lo de la guitarra. Nos quedamos a oscuras y entonces yo quise salir corriendo. Y fue cuando él me dijo aquello... Un momento, Berta, cariño. Te lo estoy contando al revés.

—Vale. Estate tranquilo, porque, no sé si te has dado cuenta, pero me estoy asustando de verdad.

Después de cerrar el libro y ponerlo encima de la mesilla, Berta se desliza con un grácil aspaviento del culo y le deja más hueco a Rodrigo para que termine de aposentarse en la cama. Más que acomodarse, lo que él hace es invadir una franja mayor del territorio de colchón, pero continúa en esa postura ladeada y displicente, como de médico que va a reconocer rutinariamente a su paciente.

—Solo quiero dejar claro que esto te lo cuento porque te quiero, porque, además, en estos últimos días tan jodidos me has convencido de que la única manera de ayudar es decir la verdad. Tienes razón. Creo que eso lo he cumplido, ¿no? Con tu hermana no hemos podido, pero nosotros sí lo hemos conseguido. Así que, de la misma manera, me parece justo que yo comparta contigo lo que me preocupa o lo que me da miedo. Aunque la consecuencia no me deje en el mejor lugar. Es eso lo que quiero que entiendas. Y espero que no te haga daño.

De este modo, Rodrigo intenta anestesiarse el corazón de Berta, que está a punto de ser atravesado por los clavos arrancados de un ataúd donde no yacía un hombre muerto, sino un monstruo dormido. Se alegra —pero el verbo alegrar es quizá un invitado sin acreditación en esta ceremonia— de no haberse duchado, de no haber sucumbido al riesgo del aseo como ablución, porque esto tiene que contar así, apestando, rebajado a su expresión más zafia y aterradora. No tiene más remedio que recapitular y reanudar la narración de los hechos, o mejor dicho que retroceder y empezar de nuevo, situarse en el origen, en el campus y en las instalaciones del Colegio Mayor Cid Campeador,

hace dos décadas, cuando los novatos eran sacrificados, como esclavos en el circo romano, en exclusiva para el público que lo presenciara en directo, antes de los teléfonos móviles con cámara y los vídeos virales de internet.

—Te mentí —confiesa Rodrigo, aún en los arrabales de la pesadilla que está a punto de traducir en palabras—. Conocía a Fernando, el chico que murió. No era solo un antiguo alumno. Fue... bueno, no sé si llamarlo amigo. Algo parecido, como poco.

Y aquí sí; aquí comienza el descenso al desván privado, que huele a cerrado, a secreto mohoso y a aliento podrido por la hipocresía. Por supuesto, no se explaya con detalles escabrosos ni truculentos, no describe ninguna de las barrabasadas con las que castigaron a aquellos pobres muchachos cuyo único pecado era ser uno o dos años más jóvenes. Pasa por encima de los abusos, las palizas, los insultos, las quemaduras, las lesiones, los baños escatológicos, las felaciones y todo el inmundo etcétera abarcable saltando de un eufemismo a otro, como el que atraviesa un río plagado de pirañas pisando una hilera de piedras. Berta escucha en silencio, atónita hasta un punto que la atasca e impide que brote cualquier otra clase de emoción. El resumen, elusivo en lo concerniente a la vejación, aunque certero como documento y hasta prueba acusatoria, se empalma, ahora sí de forma natural, con la réplica también resumida de la anécdota del día, de lo sucedido en aquel trastero y del porqué de las sospechas de Rodrigo, que también ha omitido a propósito cualquier alusión a la tos o a los esputos sanguinolentos de Gustavo Gil.

—¿Has acabado? —dice Berta, que musita la pregunta entre interrogantes que parecen garfios.

—Supongo que sí —responde Rodrigo, exhausto. Aun así, no ha variado su postura. Aguanta la mirada de ella, como invitándola a replicar.

—Estoy hecha un lio.

—Lo entiendo.

—No —corta ella, rotunda—. No lo entiendes, Rodrigo.

—Yo tampoco sé qué más decir. —Y le tiende la mano, como símbolo de paz, o de arrepentimiento, o de claudicación, o de culpa, o de todo a la vez. Ella hace como que no lo ve.

—Solo dime una cosa —inquire, seria, aunque menos hostil de lo que sonaba hace tan solo medio minuto—. ¿Tan grave fue lo que le hicisteis...? Suponiendo que fuera él, me refiero.

—Gustavo.

—Quien sea. ¿Tan grave como para que, veinte años después, quiera matar...? —Un hielo insospechado ha congelado su lengua en la última sílaba. Necesita unos segundos para recuperar una temperatura que le permita articular nuevas palabras—. ¿Matar a Fernando? ¿Mataros a todos?

—No depende de eso. —Es un circunloquio, lo sabe. Pero debe apresurarse para que no le acorrale y le obligue a ser más explícito—. O sea, da igual el daño en sí. No matamos a nadie. Ni siquiera nos acercamos a eso, por Dios. Supongo que es el rencor. Eso sí dura siempre. E imagino que engorda con el tiempo.

—Rodrigo, no me jodas —gruñe ella, que agita las piernas medio entumecidas y hunde los puños en el oleaje manso del edredón y las sábanas—. Tiene que ser mucho más que eso.

—Pues te juro por nuestras hijas que no lo sé. Créeme —suplica, acongojado. Una masa espesa se le concentra en el pecho. Siente que va a ahogarse en sus propias lágrimas, pero aun así agota un último esfuerzo para no derramar ninguna—. Tal vez... Por eso, digo que tal vez me haya asustado de mi propio recuerdo, porque ese Gustavo me lo ha despertado. No es un secreto que te concierna a ti... a nosotros. Ni siquiera es un secreto, como tal. Si lo he omitido tanto tiempo es porque lo había borrado por completo.

—Pero, y perdona que insista —Berta ha sabido transformar el estupor inicial en una serenidad que para Rodrigo posee el tinte velado de una acusación—, yo creo que hay que hablar con la policía. Si tienes la más mínima sospecha de que puede haber alguna conexión... ¿me estás escuchando? —le

espeto. Rodrigo se había quedado como ausente, con la vista suspendida en algún lugar del espacio oscuro que se extiende desde la cama hasta la puerta del baño—. Esto es más grave que lo que me parezca a mí. Quiero decir, si es un secreto o un descuido o lo que demonios sea. No es cuestión de lo que yo piense; han matado a un hombre. Ese Fernando está muerto y aún no ha aparecido el que lo mató. Joder, si hay una remota posibilidad de que tengamos... de que tengas una pista, es tu deber facilitársela a la policía. Y me cago en la puta, Rodri, ahora que yo lo sé, me siento cómplice. O como se diga.

—Es lo primero que he pensado, cariño —dice Rodrigo. Sigue sonando algo quejumbroso, pero también parece más entero. Intenta de nuevo asir a Berta por la muñeca; necesita un punto de contacto físico para no sentirse tragado por el tornado de la soledad en su propia cama de matrimonio—. Pero luego lo he madurado. Y no estoy tan seguro. No hay ninguna prueba, en realidad. Si quisiera apoyar mis sospechas en algo sólido me vería obligado a contarle a la policía lo que acabo de contarte a ti. —Espera una respuesta, un signo de aprobación, pero Berta no dice nada, no hace ningún gesto favorable o reprobatorio; solo lo observa, como si se regodeara en este simulacro de catarsis que lo ha colocado inesperadamente en el banquillo de los acusados—. No quiero pasar por eso. ¿De qué serviría? Yo ya no soy así. Tampoco es del todo seguro que Gustavo me recuerde. Puede que me confundiera con otro. Yo qué sé... Si todo esto ha servido para que me arrepienta de algo que hice mal hace un siglo, de acuerdo, lo admito, pero aparte del susto que he tenido hoy, no sé, ¿de verdad piensas que es buena idea ir a la policía con tan poca cosa?

—No des tu nombre. No hace falta.

—¿Qué?

—Llama desde un teléfono público. O manda una carta anónima. No sé, Rodri. Alguna manera habrá de que se enteren —rezonga, y chasquea la lengua para ensalzar su fastidio—. A lo mejor te crees que yo estoy encantada. Maldita sea, no puedes venirme con esto ahora, de sopetón. Joder.

Joder. Sí, joder. Creyó que el mero hecho de confesar lo pondría a merced de su juez, en este caso Berta, y que aceptaría el veredicto como peaje necesario para la expiación. Pero nada más lejos. En cuanto ella ha puesto objeciones, él no ha hecho más que conraatacar, que acumular pretextos, que desviarse en circunloquios y eufemismos alambicados; se ha esforzado hasta el límite por eludir la concreción y el detalle.

Ya está. Se ha cansado. Hunde la cabeza en el valle de tela tibia que se tensa entre los montículos que forman las piernas de Berta bajo las sábanas. El trepa, el directivo aguerrido, la fiera de los despachos, el triunfador desaprensivo al que temen en las reuniones, al que vilipendian cuando se da la vuelta o sale del ascensor, el mayor generador de envidias y resquemores de la empresa en los últimos meses, ese hombre es Rodrigo, una piltrafa convulsa y plañidera postrada a los pies de su amada. Toda la sarta de grandilocuencias de los seminarios resuena ahora grotesca en su cabeza: las crisis son oportunidades, el pensamiento es la mejor medicina, majaderías por el estilo para embaucar a kamikazes engreídos como él. A Berta no se la va a llevar el cáncer, y lo que la cirugía y el tratamiento han evitado lo acaba de reactivar él de un empujón por la espalda. Su mujer ha superado la prueba más difícil, pero el miedo a que se aleje hasta perderse ha renacido. Y lo peor es que la culpa ahora la tiene él.

Un perito husmea en las entrañas mecánicas de un automóvil como el forense que escudriña los órganos de un ser humano difunto. A menudo el objetivo es determinar las causas de un accidente, saber si la responsabilidad penal y la carga económica que vienen de la mano de la desgracia recaerán sobre el fabricante, el conductor o la compañía aseguradora. El Opel que permanece retenido en las cocheras del cuerpo de policía solo tiene dañada su estructura superficial. El motor no está mal teniendo en cuenta la antigüedad del modelo, y los daños principales afectan a los bajos, una zona de por sí sensible y con una querencia especial por las abolladuras y las costras de óxido. También se le ha amputado la matrícula, aunque su identificación mediante el chasis ya ha sido incorporada a los ficheros y esta misma mañana dos agentes se han desplazado a las oficinas de la empresa donde se contrató la póliza de seguros del vehículo.

Cuando se ha enterado de que uno de los coches intervenidos en su reciente operación contra las carreras ilegales podría ser el causante del crimen mediático de Fernando Pardo Díaz del Río, el agente Herrera ha solicitado incorporarse de manera excepcional al equipo de este caso, ofreciendo a cambio sus conocimientos en el campo específico de la conducción y la mecánica, aparte de, por descontado, su apoyo incondicional y su no intromisión en nada que no le sea previamente requerido. Lo de salir como actor secundario en un reportaje sobre travesuras de estudiantes pijos ya es historia. El caramelo ahora es la posibilidad de lucir la jeta ante las cámaras de los informativos, tres o cuatro veces al día, hora punta, máxima audiencia.

En honor a la verdad, la función de Herrera hasta este momento se limita a hacer de chófer de sus colegas de homicidios. Los ha llevado a la sucursal donde fue contratada la póliza del Opel y luego ha completado el camino a la inversa para que los agentes encargados de entrevistar al director de la delegación y al comercial responsable de la zona dieran parte al comisario de los avances obtenidos. La posibilidad de que esta fase de la investigación depare persecuciones y otros imprevistos dignos de espectáculo por las calles de la ciudad es menos que remota, pero Herrera continúa subyugado por los cantos de una sirena llamada Publicidad. Que equivocó la vocación de maestro le quedó claro hace mucho. La de policía quizá le venga más a medida, aunque su físico y su talante vanidoso encajarían a la perfección en una profesión que exigiera exhibirse ante el público o dar la cara al otro lado de una pantalla.

No es que lo haya hecho pensando en las cámaras —igual aún es pronto para eso—, pero ya ha pasado por la peluquería y se ha sacado de la cabeza las churras de quinquí. No se le escapa que muchos lo despellejan a escondidas. La envidia de los feos es lo de menos. Es natural, de hecho, y hasta lo comprende. Lo que realmente les jode a los dinosaurios y los botarates de la hermandad del carajillo es que él tenga mejor puntería, conduzca más rápido y no necesite chantajear a prostitutas bálticas para follar una vez al mes. Por eso entiende que Cuevas no sea demasiado simpática, y menos aún amiga de piropos rupestres y caducos; que bufé como un novillo y ponga los ojos en blanco cada vez que algún fósil se defeca en su currículum por el mero hecho de tener diez centímetros más de carne colgando entre sus muslos peludos. A decir verdad, estaba convencido de que haría un buen equipo con Cuevas, y que cuando esta lo conociera mejor —tras compartir un par de charlas para estudiantes, y los tiempos muertos que ello conlleva— dejaría de mirarlo con ese recelo altivo con el

que se espanta al típico moscón que anida cada noche en las barras de las discotecas.

Antes de la hipotética gloria, no obstante, el caso debe resolverse. Es extraño cómo lo manejaron los medios de comunicación. Primero fue la madre de todas las noticias, con la consecuente oleada de agitación popular, pero la demora excesiva en hallar un nombre y un rostro a los que condenar como culpables terminó por dejar a Fernando solo ante el objetivo de la cámara, y a falta de actores de reparto, la fiera informativa sació su hambre devorando al protagonista, que en este caso era también la víctima. Herrera tiene su propia teoría sobre qué pasó. En los días de máxima difusión del suceso, era normal compartir impresiones con los compañeros. La mayoría de ellos se mantenían aferrados a la conjetura clásica, la del asesinato premeditado, la de la relación causa efecto, la de que quien fuera que condujera aquel coche quería cargarse a Fernando, a él y no a cualquier otro peatón que hubiera cruzado esa misma calle aquella misma noche. No es un caso de atropello con fuga porque el vídeo de vigilancia de aquel comercio cercano delataba la intención y el ensañamiento posterior. Esto, sin embargo, no es prueba fehaciente de premeditación, y por ahí van las sospechas de Herrera. Él se inclina más por la posibilidad de un crimen lúdico, que convertiría a Fernando en una víctima aleatoria. Han aumentado más de lo que la gente piensa los homicidios relacionados con juegos de rol, apuestas macabras y delirios provocados por la dificultad de distinguir entre el mundo real y la realidad virtual. Solo lo ha comentado con quienes le inspiran verdadera confianza. No desearía, entre otras cosas, que nadie lo acusara de ser un retrógrado pretecnológico —nada más lejos: que no le quiten su PlayStation ni sus juegos de *rallyes* y carreras de Fórmula 1—, y, más importante aún, no quiere meter la pata antes de tiempo y arruinar la oportunidad de colgarse una medalla merecida, si es que finalmente su operación en la carretera de El Pardo va a desembocar en el desenlace de este sonado episodio de la crónica negra.

De la entrevista en la compañía de seguros, los agentes han vuelto con un par de monedas en el bolsillo; ahora hay que introducirlas en la ranura y que la máquina las regurgite multiplicadas en forma de premio gordo. Para empezar, se confirma que no hay denuncia por la desaparición del vehículo, y además el último recibo fue devuelto por el banco, con lo que, en términos legales, el coche está sin cobertura, si bien la póliza continúa en vigor en espera de un intento de recobro. Quienes portaron el Opel para participar en la carrera clandestina lo sacaron de un desguace que en estos momentos está siendo investigado. La aseguradora se ha intentado poner en contacto varias veces con el titular del seguro, sin suerte. No les coge el teléfono. Por ello, han optado por llamar a la persona que figura como segundo conductor en la documentación, con quien sí lograron hablar y resultó ser la exesposa del titular. Según esta mujer, el coche se lo quedó su exmarido al separarse, y desde entonces ella se ha despreocupado por completo, hasta el punto de haber olvidado que, en efecto, su nombre fue incluido en su momento en la póliza. También asegura no saber nada de su ex desde hace meses. Lo que sí ha corroborado es el nombre. Menos es nada.

En paralelo a la investigación sobre el vehículo y sus derivaciones, como ese recinto de las afueras en el que, aparte de desmembrar coches parece que se despachan otro tipo de chanchullos relacionados con apuestas y narcóticos, la policía ha designado un equipo reducido —para el que Herrera actuará nuevamente de chófer— con el objetivo primordial de localizar al esquivo tomador del seguro.

Gracias también a la información facilitada por la exmujer, han confirmado que el tipo trabaja en una empresa de servicios telemáticos que es a su vez filial o delegación de una multinacional alemana y que presta soporte a distintos clientes en España, tanto del sector privado como del público. Tampoco han tenido suerte, pues aquí les han contado que el tipo lleva varias semanas enfermo, y que aunque se había reincorporado tras unos días en cama, lo cierto es que se lo veía peor y ayer mismo volvió a solicitar permiso para quedarse en casa y terminar de recuperarse. Han cotejado los datos de su domicilio particular con los que figuran en el dossier de personal de la empresa, y han resultado ser idénticos. Quizá tengan que hacerle una visita.

Mientras Herrera esperaba fuera, con el coche montado sobre un bordillo y escondiéndose del aburrimiento en los infinitos aposentos virtuales de su móvil, ha recibido un aviso en la radio para que regresen a la comisaría nada más concluir su visita a la empresa del misterioso hombre del Opel. Así que, cuando los dos agentes salen por la puerta giratoria de aquel edificio de esqueleto marrón y deprimentes cristales opacos, Herrera toca el claxon tres veces y les apremia para que suban. No van a perseguir al malo, pero las urgencias para un policía son como los aplausos para un artista. Siente la tentación de colocar la sirena para darle más empaque al paripé, y cambia de idea nada más tener a sus dos compañeros ya dentro del coche. No es que sean malos chicos. Solo un par de sosos y diligentes funcionarios.

Se plantan en comisaría en menos de ocho minutos. La premura no tiene que ver con ninguna novedad criminal que requiera intervención inmediata. Ocurre, simplemente, que los agentes encargados de rastrear datos han dado con un indicio de esos que desafían la naturaleza fortuita del azar. El hombre del Opel estudió un curso de Empresariales en el Colegio Mayor Cid Campeador. No perteneció a la misma promoción que el difunto Díaz del Río, pero sí se ha verificado que, aunque fuera en cursos distintos, ambos coincidieron durante esa temporada en el centro. No es una pista definitiva, claro; aún no hay nada por lo que acusar a ese hombre, y sin embargo se empieza a respirar en la comisaría ese ambiente mezclado de cólera y euforia que precede a las partidas de caza mayor. Ahora sí, Herrera anticipa el olor a neumático desollado en el asfalto, el ulular desquiciante de las sirenas en pie de guerra; puede ser uno de esos días de patada en la puerta y chaleco antibalas. No es una de polis de Hollywood, pero milagro será que no vaya a estar la tele.

Pueden ser dos horas lo mismo que veinte minutos el tiempo que ha pasado allí postrado, vencido contra el marco de la puerta como un mendigo borracho, adorando su propio vómito de sangre y respirando un fino hilo de aire sobre el que trota su aliento. Por un instante, ha sentido que era el final. Que iba a terminar su existencia así, derrotado y deshecho en la gélida galería de trasteros de un rincón impersonal de la ciudad, lo más parecido a la tumba de un Don Nadie. No sabe de dónde ha sacado las fuerzas, por qué sigue vivo a pesar de su naturaleza dañada y ya irreparable. El malestar es plenamente físico, y es tal la dimensión que hace imposible detenerse hasta en la reflexión más nimia. Puede que sea eso que llaman el instinto de supervivencia. No se parece a ese bochorno putrefacto que le corroía después de una novatada. Es diferente. Viene un acceso de tos, puntual como el tren de un país civilizado, y esta vez la mercancía que deja es más liviana, apenas un chorro de baba rosácea. Inspira lo más profundo que puede, y el aire, aunque araña la garganta y quema en el pecho, penetra decidido y lo inunda, lo rellena de vitalidad y le concede la fuerza mínima para recomponer la situación y animarse a planificar un primer movimiento. Está vivo. Mermado, pero vivo. Así debería sentirse alguien que resucita.

Incorporarse le cuesta un esfuerzo mayor del previsto, pero lo logra con la cooperación solidaria de la pared. Atrás, a sus pies, se acumula un montón de trastos que parecen vomitados por la puerta abierta del cuarto trastero. La guitarra panza arriba y su funda al lado, arrugada y flácida. Es lo que usa para limpiar el suelo y borrar el rastro de su excreción. Ha salido mal. Rodrigo se ha asustado demasiado, tal vez se lo ha olido todo antes de lo previsto. No está tan loco como para cargárselo ahí, en los bajos de su casa, pero es como si le hubiera adivinado las intenciones futuras. Y la puta tos, para acabar de rematar el fracaso. Repite por partida triple el ejercicio de respiración para estar seguro de que puede tenerse en pie y continuar la faena. La carne, las vísceras, las mucosas, todo en su interior arde y escuece, hasta el aire que devuelve por las fosas nasales abrasa, como si su nariz fuese una escopeta de doble caño al final de una animada cacería. Se agacha y mete todo en el cuarto de cualquier manera. La llave está colgando de la cerradura, así que primero cierra la puerta, luego da un par de giros y se guarda por último la llave en el bolsillo. Por buscar una buena noticia entre tanto infortunio y desatino, es mejor que no haya bajado nadie por aquí en todo este rato. Vivir en un mausoleo medio vanguardista como este implica que uno tenga la sensación de cohabitar con espíritus más que con vecinos de carne y hueso.

Otra cosa es Rodrigo. No sería raro que hubiese ido directo a la policía. Aunque ¿de qué lo iba a acusar? No ha llegado ni a venderle la guitarra, así que debe calmarse. Además, para Rodrigo él sigue siendo Gustavo Gil. Un hombre que no existe y que —más importante aún— no tiene coche. De todas formas, sabe dónde vive, y eso ya entraña que tendrá que estar alerta. Será complicado poder tenerlo otra vez cara a cara. Ahora mismo, lo ideal parece centrarse en encontrar a Eduardo, y mantener el ojo abierto por si Rodrigo trama algo para desenmascararlo o devolverle el susto. Qué desastre. Y qué iluso. Había llegado a creer que en efecto había prosperado como criminal. Sigue igual de verde y de inútil que aquella noche en la que casi convierte a Fernando en el mártir del siglo.

Sube también solo en el ascensor. Los ruidos que filtran las paredes y las puertas de los pasillos son como reminiscencias espectrales. Abrir la puerta de casa produce el paradójico efecto de estar

escapando hacia la libertad. Necesita una ducha, pero el regazo voluptuoso del sofá aparece ante sus ojos y cae rendido y desmadejado, como presa del truco de un hipnotizador. Entra enseguida en un duermevela arenoso. La lengua se desmenuza en ásperas escamas, y el paladar es como el lomo de un roedor peludo. Si se duerme, se olvidará de la sed. Querría levantarse y vaciar las cañerías de un trago, pero las extremidades no le responden. Justo antes de quedarse definitivamente dormido, lo agita un último pellizco de la consciencia, un pensamiento fugaz en el que Rodrigo regresa en su busca, y de inmediato se abandona de nuevo, despreocupado, a la lasitud, pues en esta colmena desabrida de almas anónimas no hay Gustavo Gil a quien reconocer. Ni siquiera figura ese nombre en los buzones. Está a salvo, se dice, y en esta ocasión el sueño le gana la carrera hasta a la persistente tos.

Despierta con la sensación de haber pasado treinta horas inconsciente. Nada de eso. Solo pasan unos minutos de las once. Una cabezada que alcanza con apuro la categoría de siesta. Juraría que ha oído un grito, y luego unas risas. No está seguro de si ha sido eso lo que le ha despertado, o bien si lo ha sentido nada más abrir los ojos. El final del sueño y el principio de la vigilia juegan a menudo a intercambiar sus rostros como dos gemelos traviesos. Debe de haberlo soñado, porque no hay ruido, como de costumbre, ni dentro ni fuera del piso.

Se arrastra sobre sus piernas de corcho hasta la cocina. Llena un vaso de agua y consigue engullirla en tres parsimoniosos sorbos. Adentro, todo es fuego. El oxígeno que respira lo aviva y una pizca de agua del grifo no basta para apagarlo. Vuelve al sofá, pero ya no se sienta. Lo observa de pie unos segundos, como si estuviera en la tienda de muebles y dudara si comprarlo o no. Se pasa la lengua por el interior de la boca y consigue una ilusión fugaz de alivio. Carraspea, y por alguna razón le viene Elena a la cabeza. Ha soñado con su ex. No recuerda bien el argumento del sueño, pero sí a la protagonista. Esta tía es capaz de ir a la televisión y hacerle quedar como sospechoso a cambio de unos miserables euros. Por puro rencor. ¿Cómo es posible que planearan tener un hijo y, de un día para otro, quedaran preñados solamente de odio? De querer crear una vida juntos a desearse la mutua muerte. O a lo mejor no es para tanto. Los sueños, en especial las pesadillas, tienen ese poder: su sombra se prolonga en la realidad durante un tiempo, igual que si fueran auténticos recuerdos.

Se ha vuelto a quedar chafado en el sofá. Su boca hiede como un cubo de desperdicios y la suciedad se reivindica extendiéndose en una ola de picor de la cabeza a los pies. Ducharse, dormir, eso antes que nada, y mañana se va a levantar temprano, a la misma hora que lo haría si no estuviera de baja. Irá a la comisaría y denunciará que al ir a buscar el coche se ha encontrado con un hueco sardónico de cuatro o cinco metros de ancho (pocas cosas tan ridículas como un conductor plantado frente al vacío donde debería estar su vehículo robado, igual que esos viajeros solitarios delante de una cinta transportadora que repite su enésima vuelta sin ninguna maleta encima). Luego llamará al plasta del seguro, se hará el tonto, dirá que quiere presentar la documentación de la denuncia porque le han robado el coche, y se marcará una sobreactuación de serial venezolano cuando le comuniquen que su póliza no está al corriente de pago. Y después, a quien le toque, que se ponga a buscar el auto fantasma. Mientras tanto, él se dedicará a rastrear a Eduardo. Por supuesto que se la suda la indemnización y que los de la compañía aseguradora sospechen lo que quieran. Y menos aún le importa Elena, que se pudra o que algún canalla le haga un hijo que sea su tortura. Él solo quiere un poco más de tiempo. Eduardo. Un nombre y una marca de nacimiento en la barbilla. Si consigue un apellido lo tendrá casi hecho. De Rodrigo debe olvidarse (y confiar en que Rodrigo se olvide también de él); dejar que pase un tiempo, que baje la guardia, y atacarlo otra vez por sorpresa. Pero está aquel otro, el idiota de Huete. Si Gustavo Gil le pide amistad por Facebook podrá después chatear con él en privado. A lo mejor se acuerda del apellido de Eduardo. Un paso más. Solo uno. Está cerca.

Con el párpado izquierdo todavía apresado por el pegamento del sueño, la rendija por la que se desperanza el ojo derecho le racanea una franja borrosa que tarda unos segundos en identificar como parte de la pared de su casa. Ese mínimo instante de desorientación es como un regalo, una ilusión de ignorancia primigenia o, en su defecto, de borrado total de memoria. El estímulo dura lo que tardan las imágenes en enfocarse con la debida nitidez, ya con ambos ojos en funcionamiento. ¿Qué hora será? De nuevo esa sensación, no del todo desagradable, que impide ubicar con rigor las fronteras de lo onírico y lo real. Es su casa, y lo que ha pasado mientras dormía no habrá sido mucho más que la simple y convencional noche de cada día. El sol atraviesa las lamas semicerradas de la persiana deshecho en calderilla, y reparte sus monedas doradas como lentejuelas por la estancia. Hasta dan ganas de levantarse y celebrar que es de día. Sin tanto entusiasmo, logra incorporarse y quedar sentado en el borde del sofá, que anoche consiguió a duras penas desplegar para darle forma de cama. De eso sí se acuerda. Y también de que se duchó, buscó el pijama de felpa que casi nunca usa, encendió la calefacción y se bebió un litro de agua antes de acostarse. Tenía pensado programar el móvil para que lo despertara temprano e ir, según lo planeado, a poner la denuncia del robo del coche. En el último momento, sin embargo, cayó presa del cansancio y la confianza, que lo arrullaron y lo empujaron a las profundidades del sueño convencido de que no iba a dormir más de seis o siete horas, y eso siempre con permiso de la puñetera tos. Ha sido pensar en ella y notar el hormigueo en el pecho, luego el oleaje espeso en la garganta y, por último, la sacudida general que le obliga a doblar la espalda y agitarse como el rabo de un animal inquieto. Logra retener el esputo tras la barrera de los dientes apretados, y trota raudo hasta el baño para arrojarlo al inodoro. El color es rosáceo, menos escandaloso que el que soltó ayer en el trastero, pero no sabría decir si eso significa que ha mejorado o que ha ido a peor.

Hace calor. Se nota que la calefacción ha estado toda la noche soplando sin descanso. Anoche estaba tan destemplado que se metió en la cama con los calcetines puestos. Cuando vuelve a la estancia principal sube un poco la persiana para ver mejor. La luz sigue siendo escasa; será otro día nublado, aunque es extraño, porque el sol sigue estampando la pared con sus lunares ambarinos. Luego va directo a la mesa extensible, en busca del móvil. La pantalla está oscura, y el piloto verde que luce en el extremo superior indica que la batería está a tope de carga. Desconecta la clavija del cargador, y el cable se pierde como una culebra escurridiza bajo las patas de la mesa. Pulsa el botón lateral y la pantalla se ilumina mostrándole una hora que parece prestada de otro hemisferio. Ahora entiende la paradoja de la poca luz y las pecas del sol. Son cerca de las cinco de la tarde.

No hay ninguna llamada perdida en el registro del móvil. Le resulta extraño que el del seguro haya dejado de insistir. Por otra parte, la imagen de Elena soltando injurias y venablos en un programa de televisión no se le termina de borrar, pero se repite para tranquilizarse que por mucha mierda que quiera airear, nunca aparecerá el coche. Da igual lo que digan en las noticias. Cualquier vehículo que la policía haya requisado como sospechoso será por fuerza otro.

Puede esperar un día más. Hoy va a quedarse encerrado en su guarida. Le va a venir bien para reponerse, para recuperar algo de energía. Dejará para mañana el teatrillo que lo terminará conduciendo a la comisaría. No le apetece ver a nadie ni comunicarse con el resto del mundo. Ha

caído presa de un agotamiento que lo debilita más allá de las carencias físicas. A estas alturas, se diría que está a las puertas de firmar un pacto vitalicio con la tos, que podría acarrearla consigo siempre y cuando no vuelva a importunarle en mitad de un acto de justicia.

Tiene pastillas en algún sitio. Busca en uno de los cajones del mueble, dentro de un neceser en el que guarda medicamentos y restos de ese menaje minimalista que dan en los hoteles: kits de costura, toallitas perfumadas, cepillos de dientes de un solo uso, pastillitas de jabón del tamaño de una onza de chocolate, ¿cuánto hace ya que no viaja?, desde que Elena se marchó. Encuentra un blíster empezado. No son somníferos potentes. Son unas píldoras relajantes que ayudan a conciliar el sueño. Las tomaba cuando subía a un avión. Lo mismo, hasta están caducadas. Dormir es la opción más atractiva, amén de la más sensata. La ilusión de dormir para siempre lo seduce durante un nanosegundo. Todavía no. Es solo descansar. Hoy es un día perdido, pero queda aún algo por hacer. Va a comer, y el postre se alargará en una prórroga de ibuprofeno, pastillas de doxilamina y una infusión de tila hirviendo. Ojalá el resto de las horas se le pasen igual que las últimas catorce o quince.

La noche de Rodrigo, por el contrario, discurrió como una de esas madrugadas de fatiga y sobresalto en una sala de urgencias. Su confesión y posterior derrumbe no ablandaron a Berta. Ella se comportó como si todo aquel relato execrable y patético fuera un cuento pervertido cuya finalidad, en contra de la costumbre, no fuese invitar al sueño, sino espantarlo. Pero eso no significaba que iba a acompañarlo a él en su vigilia tortuosa. De buena gana lo habría desterrado al sofá, pero era un gesto tan de sainete bufo, de viñeta rancia, que prefirió despacharlo con un rotundo «Ve a ducharte, anda», sabiendo además que aquello le dolería mucho más que iniciar una discusión o seguir indagando en los entresijos de sus miserias universitarias. Desde luego que verlo lloriquear de aquella manera no había sido un espectáculo agradable. Se le había revuelto el estómago. Y aun así no había sentido el instinto de consolarlo, menos todavía de compartir su dolor. Necesitaba tiempo para asimilarlo y digerirlo. No era tan sencillo. Era el hombre con el que se había casado y tenido dos hijas. Y todo aquello le explotaba encima cuando estaba dando el primer paso de un camino que se presumía largo y difícil, el de su recuperación, el de su vuelta a una normalidad en la que una migraña o un calambre representaban el mismo grado de preocupación que una mosca flotando en la taza del café con leche.

Cuando se metió en la cama, limpio de humores e inmundicias pero con la desazón interior multiplicada, Rodrigo no se molestó en corroborar si Berta dormía. Estaba echada de costado y le ofrecía su espalda arropada hasta la nuca. Él no hizo esfuerzo alguno por conciliar el sueño. Se acostó bocarriba y cerró los ojos porque la ceguera le ayudaba a controlar sus cavilaciones. Arreglarse con Berta iba a requerir tiempo, calma e intimidad. No era algo que pudiera despacharse en una conversación apresurada y casual. Ir a la policía le seguía pareciendo arriesgado. La justicia no importaba tanto como la vergüenza. Aunque, tal como había sugerido Berta, podría probar la baza del informador anónimo, ser el Garganta Profunda del caso Díaz del Río. De entre la niebla surgió entonces la figura borrosa de aquella agente de policía, la que había ido al colegio mayor el día que homenajearon a Fernando. La revelación le hizo abrir los ojos, como si ella fuera a presentarse allí, invocada como un hada de emergencia. Tenía que dar una conferencia o algo así, y era sobre las novatadas, eso sí lo recordaba bien. Aquel día hasta se hicieron los gallitos, él y los otros, quizá no Gustavo, que llegó después. Qué más daba. Una agente de policía encargada de prevenir el advenimiento de futuros Fernandos y Gustavos. Quién mejor que ella para acudir y ofrecerse como informador, para trasladarle sus presunciones, que tal vez ni siquiera alcancen el rango de auténticas sospechas. Ella sabrá cómo gestionarlo. No estaba entusiasmado, pero casi. De repente valoró hasta qué punto merecía la pena airear lo imperdonable, ensuciar su fachada de triunfador. Si con ello ayudaba a resolver el caso, quizá al final pesaría más la buena acción tardía que los pecados originales. A lo mejor con eso bastaría para que Berta le perdonase. De la mujer policía no poseía mucho más allá de la noción de su existencia, pero si volvía al Cid Campeador era seguro que allí tendrían los

datos. El nombre, la comisaría de donde procediera. Eso es. Iría a ver al director, y en su condición de antiguo alumno le pediría la información sobre la agente de policía, y le diría que necesitaba contactar con ella para que asesorara a la comisión contra el *bullying* que habían formado en el colegio de las niñas. Sonaba bien —los planes que se pergeñan entre las sábanas siempre suenan bien—, y además verosímil.

Sabe que durmió algo, aunque no desde cuándo. Al despertar, Berta seguía a su lado, en la misma postura. Por la cadencia de la respiración tuvo claro que ya no dormía, e igualmente entendió que no pensaba darse la vuelta para preguntarle, reprenderle, darle los buenos días, para nada. Expuestos a la luz prosaica del mundo real, los pensamientos nocturnos ya no parecían tan brillantes. Pero seguía sin ocurrírsele una solución mejor.

Se volvió a duchar, se vistió como para ir al trabajo y cogió el coche. Nada más abandonar la circunvalación y tomar la avenida que lo llevaría directo al distrito de la ciudad universitaria, buscó un lugar para aparcar. Si algo tiene Madrid es que se puede parar en cualquier sitio y en menos de veinte pasos encontrar un bar. En otro tiempo Rodrigo había frecuentado aquella zona. Ahora estaba distinta, o era él quien desentonaba. Se metió en la cafetería que le inspiró mayor confianza —había descartado por cutre el primer bar que localizó, a apenas dos zancadas de donde dejó el coche—, pidió un combo de café más zumo más cruasán, y allí mismo anuló desde el móvil los compromisos que tenía para aquella jornada.

En la secretaría del colegio mayor le comentaron que era difícil que Irigoyen pudiera recibirle sin haber concertado cita previa. Rodrigo insistió, comedido y a la vez decidido. La situación no le era ajena; el director del Cid Campeador se regía por los mismos códigos oficiosos que él aplicaba en su quehacer directivo. Hacerse rogar sirve para sacarle lustre al rango. A veces es verdad que uno está ocupado, claro, aunque el mito de la escasa disponibilidad no se refiere tanto a las tareas como al poder de elección. En este sentido, Rodrigo intuyó con acierto que era preferible asumir el papel de exalumno solícito que el de adulto casi homólogo. Le costó no darse demasiada importancia delante de aquellos administrativos devotos de la objeción y el reparo. Suerte que iba concentrado estrictamente en lo inmediato; si se acordaba del porqué, de las causas por las que hoy estaba ahí en vez de en la oficina, de Berta y de Gustavo Gil, se vería arrastrado a un extremo descontrolado que podría lo mismo hacerle llorar que volverlo irascible. Aseguró estar dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta, y antes de un cuarto de hora una joven le invitó a acompañarla hasta el despacho de Irigoyen. De la entrevista con el director esperaba obtener un doble premio. Había caído en ello mientras desayunaba, cuando ya se había quitado de encima el engorro de replanificar la agenda. Ya que iba a volver allí, qué mejor lugar para indagar sobre el paradero de Eduardo. Seguro que era una información que le debería facilitar el personal de la secretaría, pero si el trámite venía bendecido por el mandamás, todavía mejor, teniendo en cuenta la escasa predisposición hacia el servicio público que acababan de demostrarle sus esbirros.

El encuentro con Damián Irigoyen resultó tan escueto como productivo. En primer lugar, el director se excusó por el poco tiempo que iba a poder dedicarle —un calco del recurso que él mismo emplea con las visitas inesperadas, y aun con las concertadas—, y no puso objeción alguna en proporcionarle el contacto de la inspectora Ruth Cuevas cuando Rodrigo le explicó su intención de formar parte de una comisión de padres contra el acoso escolar en el colegio donde estudiaban Nieves y Virginia. Al rato de estar conversando, Rodrigo tuvo la impresión de que ambos se relajaron y fueron dejando atrás sus respectivas pantomimas. Pasa a menudo. Le ocurrió por última vez durante el viaje a la delegación de Londres. Cuando los iguales se reconocen, entra en vigor el acuerdo tácito de mutuo respeto, y esto incluye a los competidores y los adversarios. Coincidió en el vuelo con un alto directivo de una de las empresas rivales, y enseguida ambos establecieron comunicación de un modo natural. Comentaron noticias de la prensa, repasaron sin abundar en nombres propios el panorama empresarial de su sector y el económico global, y terminaron con una porfía casi

eufemística a costa de los recientes fichajes del Real Madrid y el Atlético. Esa conversación no solo los reafirmaba como semejantes en la élite, sino que, aún más importante, los distinguía de la purrela que se hacinaba al otro lado de la ridícula cortina que separa la clase Business de la Turista. Y por eso, antes de despegar, el comandante que pilotó el avión intercambió unas palabras con ellos en inglés. También él era un miembro de su estirpe. Más allá de uniformes o trajes milaneses, hay aspectos intangibles que se transmiten sin necesidad de palabras, casi como un instinto animal. Lo aprendió en una convención de la empresa y desde entonces lo aplica como si fuera una ocurrencia suya. El objetivo en la vida no es hacer lo que te gusta; es ser el mejor. Sabe que hubiera sido un músico mediocre, y aunque esta profesión que ejerce hoy le vino llovida y no responde a ninguna vocación forjada desde la infancia, de vez en cuando se divierte con el juego ególatra de repasar sus triunfos recientes y siente esa íntima satisfacción que lo coloca en armonía con su destino. Y sabe también que Berta no está muy de acuerdo, y menos ahora que parece empeñada como nunca en desafiar la lógica del tiempo, como si con ello fuese capaz de retroceder hasta el momento en que la primera célula se volvió maligna y entonces cambiar de rumbo, como esa fábula que le contaron en un seminario, el tipo que estaba en la intersección entre dos caminos y dependiendo de cuál eligiera el destino le deparaba un mundo ideal o el infierno absoluto, imposible acordarse del nombre. Y mejor no pensar tampoco en Berta para no derrumbarse y arruinar así aquel momento de máxima conexión y afinidad con el ilustre Irigoyen.

Tal como imaginaba, el director le instó a que solicitara cualquier tipo de información sobre antiguos alumnos al personal administrativo de la secretaría del colegio. En este caso, le pareció a Rodrigo advertir un asomo de suspicacia en el rostro de Irigoyen. Quizá su interlocutor sospechaba que era un periodista de incógnito, y no sería nada extraño. La televisión había hecho buena caja a costa de Fernando desde el día siguiente de su atropello. En ese momento reparó en algo que podría ser crucial para dar o restar crédito a sus temores: si en efecto Gustavo Gil era el presunto asesino vengador que había imaginado, era más que posible que hubiese pasado por ahí, igual que estaba haciendo él, para localizar a Fernando, a Eduardo, a él mismo, quién sabe a cuántos más. Sin embargo, nada en la actitud de Irigoyen —salvo aquella tímida reticencia— transmitía verdadera sospecha. O a lo mejor quienes deberían sorprenderse o escamarse eran los administrativos, los verdaderos currantes; sería a ellos a quienes, en caso de haber obrado así, Gustavo les habría pedido referencias sobre sus antiguos compañeros y futuras víctimas.

Lo primero que le recalcaron en la secretaría fue que no podían darle datos de índole privada sobre Eduardo, amparándose en esa misma ley de protección que no impide que las compañías telefónicas, los bancos, las bibliotecas, las boutiques de moda, los fabricantes de ordenadores, las webs de contactos o las pizzerías de reparto a domicilio puedan enviar publicidad personalizada a cualquier ciudadano que se les antoje, ya sea por correo ordinario, electrónico, o bien directamente al móvil. En cualquier caso, no necesitaba más que los apellidos. Una vez lo identificaran a él como exalumno en su promoción y se aseguraran de que no era un detective ni ninguna versión contemporánea del caballo de Troya, bastaba con que buscaran los Eduardos matriculados en aquella época y le dieran sus apellidos, si es que eso tampoco era material confidencial protegido por la ley de marras.

No hizo falta que le leyeran la lista entera. Al oír «Collado Soriano» en boca de aquel empleado que recitaba los nombres que veía desfilan por la pantalla de su ordenador, la memoria de Rodrigo recibió un fagonazo. Eduardo Collado Soriano. Estuvo a punto de pedirle al administrativo que le enseñara alguna fotografía, pero enseguida se dio cuenta de que había otras formas de conseguirlo sin tener que rebajarse a seguir lamiéndoles el culo a aquellos chupatintas. La más sencilla, el Facebook (lo de consultar la orla o el anuario quedaba para arreglarle los finales a las películas de intriga de la sobremesa del domingo).

Para almorzar, se apañó con un menú rápido de sushi que comió de pie en un local que ya conocía de otras veces y que quedaba a una manzana de la empresa. El trámite de deshacer la cara de

perplejidad de su secretaria lo solventó confirmándole que no debía reactivar la agenda del día, y de hecho le rogó que hiciera como si no lo hubiera visto entrar en su despacho. Estuvo a punto de enviarle un WhatsApp a Berta, una toma de temperatura, sin más, pero prefirió dejarlo estar. Era un impulso engañoso, como el primer empujón que da la cafeína por la mañana; parecía euforia, y no era sino la excitación nerviosa que le provocaba enfilar el camino hacia el reencuentro con Eduardo. La herencia que le había dejado era un escupitajo en el café. En otras circunstancias, no se merecería ni un segundo de su atención. Y así había sido, en realidad. Eduardo había estado para él tan muerto como lo estaba ahora Fernando. Además, ni siquiera apareció por el Cid Campeador el día del homenaje, y a buen seguro que lo habrían avisado igual que a los demás. Tecló el nombre y los dos apellidos en el buscador de Facebook y el menú desplegó seis o siete perfiles. Eran pocos, aunque él había imaginado que no habría más que uno. Enseguida descartó los tres primeros, el uno por demasiado joven, el otro por su nacionalidad y fisonomía (los años nos cambian, pero hasta un límite), y el tercero por demasiado mayor. La cuarta cuenta que consultó no tenía fotos de su propietario. La foto de perfil era una bandera española ondeando en lo que parecía la entrada de una embajada o un edificio oficial, y la de portada era una panorámica de calidad mediocre que mostraba un paisaje verde y frondoso, con una silueta de cumbres nevadas al fondo, podría ser lo mismo Cantabria que Ginebra. Rodrigo no recordaba de dónde era Eduardo; para ser exacto, desconocía si acaso lo supo alguna vez. Miró entonces el apartado de los datos personales, a la izquierda, y allí comprobó que el dueño del perfil había nacido en Guadalajara y vivía en Madrid. No había información visible sobre trabajo o estudios, y bajo la fotografía de portada figuraba un texto que advertía de que, para poder ver lo que Eduardo compartía con sus amigos, había que mandarle una solicitud de amistad. La publicación más reciente que aparecía en el muro de este Eduardo Collado Soriano era de casi tres años atrás, una fotografía de un perro pequeño y blanco encorvado a la orilla de un río, más un brazo humano desnudo que asomaba por el margen izquierdo. No se añadía ningún comentario escrito, aunque la foto había recibido más de treinta «Me gusta» de los internautas. Continuó curioseando la página, viajando hacia atrás en el tiempo con la simple ayuda de la barra de desplazamiento lateral. Solo encontró imágenes y montajes virales, todo impersonal y ordinario. Regresó al inicio de la página por dar un último vistazo antes de descartarla y seguir buscando, y clicó sobre la foto del perro para observarla ampliada, no fuera a contener algún detalle esclarecedor. Al verlo más grande, aquel brazo que parecía haberse colado en la instantánea sin permiso reveló un elemento nimio pero suficiente para que Rodrigo atribuyera aquel miembro intruso a una mujer: la uña del dedo pulgar era larga y estaba pintada de rojo. Ahora la foto ocupaba tres cuartas partes de la pantalla, y en el extremo derecho quedaba el recuadro con la información del perfil. Rodrigo colocó el cursor encima del texto que indicaba cuántas personas habían reaccionado con sus «Me gusta» a la publicación, y entre los nombres que aparecieron en la cajita flotante encontró uno que le llamó la atención por pura inercia: Juan Carlos Collado Soriano. ¿Tenía Eduardo hermanos? Ni puñetera idea. Pero, si así fuera, también podría resultar una manera de llegar hasta él. Así que escribió Juan Carlos Collado Soriano en el buscador y accedió al perfil. Estaba también restringido solo a amigos, pero, como sucedía con la cuenta que acababa de cotillear, cualquiera podía ver las publicaciones del usuario que no hubiera compartido con otros. El recorrido fue un remedo del anterior, mucho material mil veces difundido y reenviado, y entre medias algunas fotos de comidas en restaurantes y posados ante paisajes o monumentos. Ninguna cara conocida. Ningún comentario revelador. Al cabo de un rato, Rodrigo se percató de que estaba embebido de aquel galimatías de rostros y collages que, para ser franco, no le importaban lo más mínimo. Se suponía que estaba investigando para su beneficio, pero lo cierto era que ya llevaba un rato mirando por mirar, olisqueando lo ajeno igual que el portero chismoso de un tebeo antiguo. Creyó entender por qué se mantenía alejado de la fiebre del Facebook y las redes similares. Y al mismo tiempo comprendió que podría engancharse igual que los adictos a la ruleta o a las drogas.

Segundos después, supo que el instinto, o quizá el azar, le había conducido hasta el lugar

apropiado. Algo más abajo, el muro de Juan Carlos Collado Soriano enseñaba una fotografía que, por su colorido y la vestimenta de sus protagonistas, se adivinaba antigua. Era sin duda una imagen tomada con una vieja cámara analógica y escaneada posteriormente para colgar en internet. Dos chicos, uno más alto que otro, pero de edades aparentemente parejas, entre once y catorce años. Ambos miraban al frente, el alto con un brazo alrededor de los hombros del más bajo, en una actitud que parecía paternal o de protección más que amistosa. Los dos se veían serios, una seriedad impostada, de chavales que se las quieren dar de machotes. Vestían polos de manga corta, el más alto azul celeste y el más bajo blanco. El corte de pelo idéntico, con raya a la izquierda y un flequillo que, en el caso del más alto, se desarmaba y se desplegaba en abanico hasta casi tapar una de las cejas. El plano era medio, no mostraba las piernas, aunque la cintura del pantalón del más alto sugería que era un vaquero convencional. Todo esto lo vio y lo registró Rodrigo, pero pronto pasó a ser insignificante cuando reconoció en la perilla del muchacho más bajo un borrón que, si bien podría ser una secuela del escaneado o de la longevidad de la fotografía original, tenía toda la pinta de ser aquel antojo con forma de cabeza de caracol que caracterizaba más que cualquier documento o carné de identidad al Eduardo que él conoció. Se puso nervioso como si el propio Eduardo le estuviera observando desde aquella imagen congelada. Aparte de la mancha en su barbilla, la forma del entrecejo y la nariz sumaron a favor del test de identificación. Solo entonces reparó en que había también un texto que acompañaba a la publicación de la foto. Encima de esta, leyó el mensaje que había escrito aquel Juan Carlos Collado Soriano: «Un año ya, y parece que te hayas ido ayer. Te quiero, broder».

Como hiciera antes con la instantánea del perro a la orilla del río, Rodrigo amplió la fotografía. Ya lo tenía, no cabía duda; solo deseaba verlo agigantado, como para reafirmarse. Lo que no esperaba, desde luego, era la revelación que sugería aquel texto del supuesto hermano, y que enseguida vio corroborada por las lacónicas y casi siempre eufemísticas muestras de condolencia que vertían los comentarios de quienes, como él hacía en ese momento, se asomaron a aquella página virtual un año y pico atrás y contemplaron la foto de los jóvenes Collado Soriano. Nadie usaba la palabra *muerto*; tampoco la más aséptica y prudente *fallecido*. Únicamente alguien se había atrevido a maldecir «Putá enfermedad», sin por supuesto especificar si se trataba de puto cáncer o de puto sida o a saber qué otra posible putada, la que fuera que se había llevado a Eduardo a la tumba.

Como percibe un elevado nivel de excitación en su equipo, el comisario les recuerda que el individuo al que van a visitar no es todavía oficialmente sospechoso de nada. Aúna dos coincidencias —el modelo de coche y el colegio universitario en el que estudió— que lo postulan a figurar en las páginas del informe definitivo, pero deben ser cuidadosos. Los casos mediáticos benefician en la misma medida que perjudican. Cagarla con un inocente es carnaza fácil para los tertulianos voraces y los coleccionistas de titulares incendiarios. De paso, les recalca que ellos son meros escuderos, el grupo de apoyo, y que por tanto su función, si todo sale bien, se va a limitar a esperar en el coche por si la cosa se pone fea y los agentes de la comisaría del distrito norte —los verdaderos protagonistas de la película— necesitaran refuerzos. Así que insiste en que lo tomen con calma, y como para subrayar sus deseos de sosiego y prevención, cuela en mitad del discurso un recordatorio para Herrera, que no se olvide de hablar con Cuevas esta misma semana, a ver si arranca de una vez o se termina de ir al carajo lo de los colegios mayores. Herrera asiente en silencio y muy serio, con la mandíbula tensa como si le hubieran unido los dientes con pegamento. Se lo toma como un desaire, una falta de respeto; pareciera que, con esa alusión a aquella tarea rutinaria y menor, su superior quisiera remarcar delante de los presentes que Herrera es el último mono de la operación, el becario premiado por su esfuerzo pero sin voz ni voto en el cotarro. Un taxista con pistola.

Están reunidos en el aula creada en origen para impartir los cursos de formación, y que en la práctica funciona más como sala de juntas improvisada y, sobre todo, como centro de escaqueos diversos. A menudo los agentes cambian el corrillo alrededor de la máquina de bebidas por el refugio más tranquilo y cómodo del aula, donde el pésimo café puede animarse con un chorrillo de ginebra o anís sin temor a que un aguafiestas de Asuntos Internos aparezca por la espalda haciéndose el Pepito Grillo, o, peor aún, el simpático. El comisario está sentado sobre el tablero de la mesa que preside el aula. La pierna izquierda cuelga flexionada mientras que la derecha, estirada, roza el suelo con la puntera del zapato. Es una incomodidad calculada que quiere transmitir informalidad; los signos de puntuación de su discurso atemperado. Lleva una camisa amarilla remangada hasta los codos, que deja asomar sus antebrazos magros y chorreados de hebras canosas. No hace mucho ese atuendo habría actuado como antídoto contra su autoridad. Pero los tiempos han cambiado. A un costado tiene la pizarra blanca, que muestra un listado de nombres de calles escritos en negro y atrapados en una emboscada de flechas pintadas con rotulador rojo, y, abajo del todo, casi tocando el marco de madera, los restos de un rudimentario croquis de lo que parece un tramo de autopista que se bifurca en un desvío más estrecho y que culmina a su vez en una plaza o rotonda. En aquella charla estuvo también Herrera, hará ya cuatro o cinco días, pero se ve que nadie ha vuelto a necesitar la pizarra. Él está ahora sentado en una silla de la cuarta fila, la penúltima; es de hecho el único en esa hilera. Los otros dos están en la segunda, uno al lado del otro aunque separados por una silla, como los viajeros de primera clase en un avión. No se ha desmarcado por hostilidad o descortesía, sino por mera comodidad. Pero acaba de darse cuenta de que sus movimientos inconscientes le están dando la razón al comisario. Es un pelele. No pinta mucho ahí. De momento. Ya veremos cuando llegue la acción de verdad.

No hay mucho más que decir. El comisario chasquea la lengua, se incorpora arrastrando un

suspiro de hastío infinito y, tras sacudirse las manos como si acabara de amasar un pan o plantar un árbol, sale del aula dejando la puerta entornada. Le siguen los dos colegas de homicidios, que antes de abandonar la sala dirigen una mirada lánguida a Herrera. Se hace el duro aparentando ese desdén taciturno que los adolescentes suelen confundir con la trascendencia. Ha decidido que este va a ser su registro hasta que tenga oportunidad de resarcirse como lo hizo en la carretera de El Pardo. Mientras el comisario finiquitaba su charla, soporífera como la homilía de un párroco desganado, Herrera se ha entretenido fabulando una situación no del todo improbable: si la operación da en el centro de la diana y ese fulano resulta ser en efecto el tipo que asesinó a Fernando Pardo Díaz del Río, ¿qué pasará cuando venga una cámara buscando el rostro de la ley? ¿Qué decidirá el comisario? ¿Obrará igual que cuando lo eligió para acompañar a Cuevas? Seguro que esta vez no le importa tanto la buena imagen; cuando se trata de colgarse la medalla en la hora punta de audiencia, ya da igual que el poli sea guapo o feo. Pues si no chupa cámara con esto, que no cuente con él para perder el tiempo riñendo a gamberros con cuatro pelos en los huevos y más pasta en el banco que su sueldo de un año.

Atraviesa el pasillo en dirección a las escaleras. Los otros dos habrán bajado ya al aparcamiento por el ascensor. Que lo esperen. Allá al fondo divisa a Ruth. Está sentada frente a su escritorio y, al otro lado, de pie, Toribio gesticula con ese manierismo tan suyo, entre pasota y marcial. El calvo es de los que no lo miran bien. Eso se nota. Tienen que ser prejuicios, porque apenas si han hablado del tiempo y poco más en los años que llevan cruzándose por la comisaría. Es el rollo ese impostado de los bajos fondos, la pose del feo que va por la vida como si lo hiciera todo en defensa propia. Con Cuevas se entiende bien. A lo mejor hasta se han liado. Eso también es un cliché espantoso. El *sex appeal* del chico malo. Que se vayan todos a la mierda.

Baja el primer tramo de escaleras guiado por el radar de la costumbre. Va tan ofuscado que no se molesta en esquivar a la gente que se cruza subiendo en dirección contraria. Que se aparten ellos. Y eso hacen; todos, salvo Rodrigo, que sube también ensimismado, ensayando en su interior las palabras con las que se dirigirá a la inspectora Cuevas, si es que ella se aviene a recibirle. Herrera y Rodrigo chocan hombro con hombro, se miran —el primero con ceño de pitbull rencoroso y el segundo con el semblante alelado del que ha sido sorprendido durmiendo la siesta en horas de trabajo—, y continúan sus respectivos caminos como dos duelistas enfermos de procrastinación.

Rodrigo pregunta por la inspectora Ruth Cuevas al agente de uniforme que atiende el mostrador de información, y este lo invita a esperar en el espacio anexo, a mano derecha, tres paredes revestidas de pequeños azulejos cuadrados y salpicadas de aburridos pósteres con mensajes del ministerio del Interior que rodean una docena de asientos de plástico gris, lo más parecido a la antesala de una consulta médica. Rodrigo observa los gestos de la gente que aguarda, la mitad sentados en las incómodas sillas y el resto de pie, como él. Le sorprende no encontrarse con rostros desencajados por el miedo o la preocupación. Imaginaba que ese sería el ambiente que reinaría en una dependencia policial. Tal vez solo hagan cola para renovar el pasaporte o el carné de identidad. Aunque diría que para eso hay una sección específica. Al menos en la comisaría de su barrio era así —el barrio anterior a la urbanización de La Casa—; aquí no ha estado nunca, obviamente.

Se desabrocha el barbour y se entretiene repasando por centésima vez la fórmula de introducción y el relato compendiado con los que desea abordar y convencer a la inspectora, hasta que en un determinado instante la sombra de Eduardo —mejor dicho, su rostro amarillento estampado en aquella vieja foto del Facebook; es incapaz de recordararlo con los rasgos del joven estudiante que conoció en persona— se cruza en mitad del discurso y boicotea el monólogo interior, reclama atención de la misma manera que acostumbraba a hacer en el campus o en el comedor, encantado de interrumpir las rutinas ajenas y convertirse en el centro de las miradas. Desde ayer, desde que ha descubierto que Eduardo está muerto, Rodrigo siente hacia su excompañero un extraño sentimiento de reproche. Tantos años sin contacto ni intención de reencuentro, y con un gargajo como ritual de despedida; pero es ahora cuando le ha dejado solo. Ciertamente, cronológicamente hablando, Fernando

ha sido el último en marcharse. ¿Cómo podía imaginar él que Eduardo se había adelantado? El caso es que el trío está ya para siempre deshecho, destruido. Me has dejado solo, Edu, susurra en su mente Rodrigo; y enseguida matiza: solo ante Gustavo. Esta es la auténtica preocupación. Ni Edu ni Fernando pintaban ya nada en su vida, eran texto borrado, olvido, quizá no muerte en un sentido orgánico y clínico, pero sí una ausencia asumida y archivada, una muerte racional.

Reclaman a Rodrigo desde el mostrador. Otro agente uniformado lo aguarda para conducirlo hasta la inspectora Cuevas. Es la primera vez que serpentea por las tripas de una comisaría. Es una oficina insulsa y un tanto caótica; una con menos glamour que el espacio en el que trabajan los empleados a su cargo. El entorno es el idóneo para pavonearse, para restregarles a estos funcionarios de camisas baratas y axilas supurantes que él es el jefe, que el traje que lleva debería imponer mayor autoridad que cualquier uniforme, y sin embargo camina tras el agente que lo guía nervioso y en silencio, imitando sus pasos con una obediencia pueril, como si el profesor le hubiera pillado pintando un grafiti en el pupitre y lo mandara a rendir cuentas al despacho del director. No parece que lo vayan a llevar a ningún despacho. Aquí su estatus corporativo no concede privilegios, no importa una mierda. El policía lazarillo le ha pedido que se detenga un instante mientras él va a avisar a la inspectora. Rodrigo se queda parado ante un umbral sin puerta que da acceso a una zona delimitada por mamparas acristaladas, de aspecto algo menos embarullado que la sección que acaban de atravesar, aunque muy lejos aún de la ostentación arquitectónica y tecnológica de su departamento en la undécima planta del edificio de Vortex Spain. A su espalda queda un pasillo estrecho, en cuyo rincón más lejano se hacinan dos o tres máquinas expendedoras. ¿Qué les harán a los novatos de la policía? Es un pensamiento peregrino y tal vez absurdo, pero sabe que si se lo ha planteado es porque, de algún modo, intuye que, en aquel contexto, él habría sido Gustavo y no al revés. O seguramente serán los nervios. La ansiedad por hablar con la inspectora y la incertidumbre sobre qué pasará después.

Nadie lo invita a traspasar la frontera del umbral. Son apenas un par de minutos que vive a cámara lenta y con la impresión de que le observan a escondidas, igual que a los sospechosos escrutados al otro lado de lo que para ellos es un espejo. El agente que lo ha guiado regresa acompañado de la inspectora. Rodrigo cree reconocerla sobre todo por su vestimenta. No retenía apenas sus rasgos; el pelo corto y moreno, la complexión atlética y la ausencia aparente de coquetería. Tampoco es que pueda asegurar que hoy lleve puesta la misma ropa que el día del homenaje a Fernando. Es el estilo. Un jersey azul marino ceñido, sin logos ni adornos en la pechera, un pantalón vaquero y unas botas bajas, como para ir a dar paseos por la montaña.

—Buenos días. —Ruth le tiende la mano a Rodrigo. Luego ladea la cabeza y con un mohín de la nariz le indica a su compañero que puede retirarse.

—Inspectora... —Rodrigo titubea como si estuviera en el preámbulo de una cita a ciegas.

—Antes que nada, le aclaro que la investigación no nos corresponde aquí —dice Ruth, seria, despejando cualquier duda sobre quién es la autoridad y sobre lo poco o nada que le impresiona el traje hecho a medida de quien tiene enfrente—. Lo que tenga que decirnos lo escucharemos con todo interés, pero ya habrá visto que en su día se habilitaron teléfonos especiales para derivar la información sobre el caso. No es por no atenderle, ya digo; es una cuestión práctica.

—No sé si me recuerda —inquire Rodrigo, que ha entendido perfectamente lo que le acaban de decir pero parece ir por libre—. El Cid Campeador... El colegio. El homenaje...

—Sí, ya sé. —Y especifica—: En fin, creo que sí. Como comprenderá, vemos a mucha gente. Usted dirá.

—¿Aquí? —insiste él, moviendo la cabeza de un lado a otro, como un ciego que persigue el brochazo sonoro de una mosca en el aire—. ¿No sería mejor un sitio más... privado?

Ruth bufa, se frota las manos como si lo siguiente que le tocara hacer fuera levantar unas pesas, y luego traslada el punto de apoyo de una pierna a la otra. El gesto se le ha automatizado, aunque el dolor de la rodilla ya no es más que un perro ladrador. Hoy está borde. No solo con Rodrigo, que de

entrada no aparenta llevar el boleto ganador en la rifa para ganarse su simpatía; lleva así todo el día. Palencia y Toribio lo han advertido, y cada uno a su manera se lo ha insinuado —¿seguirá creyendo Toribio que anda metida en algún chanchullo indecente? —, tal vez Jotajota también, pero con él nunca queda clara la frontera entre la discreción y la indiferencia. Está nerviosa porque ya no puede demorar el momento de comunicar su decisión, su renuncia. Desea concluir el trabajo empezado, y al mismo tiempo es consciente de que no puede esperar al final para largarse de improviso. Los que huyen son los demás, aquellos a los que ella persigue. Así que no es el mejor día para que este pimpollo arrogante venga con su gesto ensayado de inofensivo corderito a hacerse el héroe o el importante. Vendrá, como todos los que han ido desfilando por la comisaría durante estos últimos meses, con el cotilleo de turno, con el dato superfluo o el indicio estéril que a él le parecerá la clave misma del misterio. Y una vez más tendrá que repetirle lo de las líneas telefónicas especiales habilitadas para gestionar el caso y, cómo no, confirmarle que no hay recompensas ni gratificaciones. Gracias por su interés y por su ejemplar conducta ciudadana, pero déjenos trabajar. Ojalá pudiera decirle esto también. Hablar en privado. Puede darse por satisfecho con que le preste atención. Ahora son los ojos de Ruth los que barren el espacio en busca de una respuesta, no tanto por satisfacer al visitante como por quitárselo cuanto antes de encima.

—Venga conmigo —ordena al fin, y conmina a Rodrigo a que la siga.

Da la impresión de que van a deshacer el camino que Rodrigo ha recorrido hace unos minutos siguiendo la espalda de aquel agente de uniforme, pero la inspectora se detiene a pocos pasos del umbral donde estaban parados y golpea con el puño una puerta blanca cerrada que carece de rótulo o identificación alguna. Aguarda unos segundos, y el silencio obtenido es la autorización para abrir dicha puerta sin mayor contemplación.

—Por ahí mismo —indica Ruth, con un gesto vago y desganado, alargando el brazo y dejándolo caer con pesadez, como si lo tuviera escayolado.

El lugar es como un aula. Una sala de formación, imagina Rodrigo. En el edificio de Vortex Spain hay una de estas en cada planta. Eso sin contar el entresuelo, cuyo espacio está dedicado íntegramente a las salas de conferencias y de reunión. La de la comisaría es más modesta. No se ven proyectores ni cañones de luz, tampoco altavoces ni mesas mezcladoras, equipos de videoconferencia o atriles. En vez una pantalla retráctil hay un vulgar papelógrafo. Solo la mitad de los fluorescentes del techo están encendidos. No parece que vayan a necesitar mayor iluminación. Más aun teniendo en cuenta la premura de la inspectora, que repite aquel ademán espasmódico, una bofetada al aire.

—Siéntese.

Rodrigo se da cuenta de que estaba esperando a que Ruth se sentara primero. Algunos códigos están tan arraigados que no entienden de coyunturas. La inspectora Cuevas, por si fuera poco, está resultando más hostil de lo que imaginaba. El día del colegio mayor se había mostrado incluso simpática. Cordial, como mínimo. A ello le suma Rodrigo el efecto de su debilidad, de su nerviosismo, de su incomodidad, de su temor, y los ojos de Berta, cuya presencia imposible advierte no obstante igual que cuando uno sospecha estar siendo filmado por una cámara oculta.

Inconscientemente, Rodrigo se ha desplazado hasta el fondo de la sala, la parte donde el fulgor lechoso del techo se derrama con mayor consistencia. Ruth, que no está para caballeros de antaño ni para remilgos, se aposenta en una de las sillas de la penúltima fila antes de que su invitado haga lo propio. Tiene prisa por acabar, aunque, de pronto, se pregunta si no será cierto que este tipo vaya a proporcionarle una información valiosa. Si así fuera, ¿qué mejor manera de dejar el cuerpo? O, bien pensado, ¿no será que es eso justo lo que teme? ¿Y si algo así le hace replantearse todo y recuperar la fe y el ánimo, el orgullo de ganarse la vida purgando escoria de las calles? No puede ser. No son más que las típicas dudas que preceden a toda decisión crucial. Saltar en paracaídas o decirle a tu pareja que se acabó. Se puede estar semanas o meses madurando los argumentos y ensayando las palabras, pero el instante previo de duda es innegociable, va en el precio, y es, quizá, la señal definitiva de que

se va a hacer lo correcto.

En este momento Ruth es consciente de que lleva unos segundos asintiendo con la cabeza aunque sin prestar la más mínima atención a lo que Rodrigo ha empezado a contarle. Por suerte, no es difícil reengancharse al discurso, que está aún encallado en la orilla de los prolegómenos y se demora demasiado en zarpar.

—Disculpe —ataja Ruth, estratégicamente; va a obligar a Rodrigo a reiniciar el relato—. Su nombre, ¿me ha dicho...?

Es raro estar manteniendo así esta conversación. Herencia del celuloide, o simple y llana ignorancia, Rodrigo esperaba una charla confidencial envasada al vacío protector de un despacho policial. Pero están ahí, en un par de sillas sintéticas y deslustradas por su dieta exclusiva de culo de funcionario. Ni siquiera el uno frente a la otra, sino mal acomodados de medio lado para mirarse a la cara mientras hablan. Y para colmo ella, la anfitriona, la inspectora, amén de poco simpática, ahora se muestra distraída o desconcentrada. En otro lugar, en otras circunstancias, cualquier otro día, Rodrigo se habría levantado y, además de su ausencia y la estela menguante de su espalda, le habría dejado como regalo una amenaza y un usted no sabe con quién está hablando de los de la época del UHF. Pero el seminario de hoy va de aprender de nuestros errores, de obligarnos a caer para ser más fuertes al levantarnos, de arriesgar lo individual para el beneficio global, Dios, qué ridículo suena todo aquí dentro, como un texto de otro idioma mal traducido, o como la letra de una canción trufada a la fuerza en la melodía de otra.

Antes de presentarse oficialmente a la inspectora, Rodrigo corrige la postura para enfrentarla mejor y, acomodando el cuerpo, tratar asimismo de equilibrar el ánimo. Se yergue contra el respaldo y asienta el trasero sobre la misma superficie plástica de la que hace menos de una hora se ha levantado Herrera, que está al volante del coche aparcado en el único sitio libre de la calle, obstaculizando una salida de garaje. Los otros dos, sentados detrás, intercambian miradas y muecas de impaciencia sazonadas de una complicidad algo bobalicona, sobre todo porque —eso cree advertir— pareciera que se esfuerzan en constituir un código particular y por tanto inaccesible para Herrera. Secretitos de niños repelentes. Cuchicheos de la hora del recreo. Está jodido. Al margen del supuesto desaire del comisario, mientras conducía ha ido forjando una conclusión que se le había escapado. Lleva días esperando algún tipo de reconocimiento específico por el éxito de su operación contra las carreras clandestinas. Lo ha dejado caer de pasada mientras tomaba café y un compañero le ha soltado aquello de que la poli no es una empresa privada, que es lo mismo que decirle que se vaya olvidando de premios, medallas o remuneraciones extraordinarias. Y no es esto lo peor; de algún modo, ya lo sabía, siempre lo ha sabido. Lo más jodido, lo que ha creído entender mientras transportaba a este par de cretinos hasta el domicilio del sospechoso para cumplir como comparsas de los agentes de la zona norte, es que *esto* es el premio. Te dejamos formar parte de un caso que no es de tu jurisdicción ni de tu incumbencia, que ya es mucho, pero es que además vas a ser testigo de la crónica de sucesos con la que abre el telediario cada noche. Si es cierto su presentimiento, si es verdad que esto es el premio por haber arriesgado el pellejo para trincar a aquellos mamarrachos que se jugaban la pasta montando *rallies* por El Pardo, entonces ya sabe el nivel de respeto que infunde a sus superiores. O quizá su compañero tenga razón y no sea nada personal, lo que no evitaría que siga estando jodido, y además en crescendo. Herrera el guaperas, el que se muere por lucir palmito delante de una cámara. Pues sí. A lo mejor coincide que este tipo es en realidad el sospechoso que buscan y todo trasciende. ¿Y qué? Él no habrá pasado de ser el chófer del coche escoba de los auténticos héroes.

Suena un claxon. Herrera disuelve su abstracción con una sacudida de la cabeza y un carraspeo que suena sardónico aunque no lo pretende. Los de atrás se vuelcan al unísono contra el costado derecho del coche y contemplan a través de la ventanilla cómo, en la acera de enfrente, del vehículo que han traído los de la comisaría norte se bajan dos agentes. Uno se gira con disimulo hacia donde están ellos y alza una mano. La barriga se le escapa del torso y traspasa la frontera del abrigo, que sin

duda hace tiempo que no se abrocha. Tiene mofletes de San Bernardo y un bigote que se marchita en las puntas tapando las comisuras de la boca (los labios entre paréntesis), más una perilla rala que parece un descuido más que un adorno. Los ojos, acobardados por el poder taimado del sol invernal, se esconden tras una cortina de guiños y parpadeos. A este nunca lo habría elegido el comisario para acompañar a Cuevas, piensa Herrera, aferrado al volante, y aun así podría llegar a ser el rostro que se asome esta noche a los comedores desde la pantalla de plasma para anunciar la resolución del misterio Díaz del Río. Su puta madre. El otro es más espigado y más joven. El pelo rapado al uno para quitarle protagonismo a la calvicie, que no obstante se explaya por el cráneo en una tonsura tan grande como un continente en un globo terráqueo. Gafas de sol estilo Ray-Ban, un plumas negro que parece inflado como un neumático y unos vaqueros que ciñen un par de zancas de garza. Van a entrar. De momento, se aproximan al portal; han visto salir a un vecino. El edificio es un armatoste construido con presupuesto abundante y escaso cariño. Parece el típico lugar concebido para estar de paso o para que los solitarios y los despechados consuman su obligado periodo en el purgatorio; una mole de vidrios restallantes tras los cuales es difícil imaginar escenas que remitan al significado convencional de la palabra hogar.

El agente rollizo del bigote aborda al vecino que acaba de abandonar el edificio, un tipo de unos cuarenta y tantos, una cabeza pelada y cerúlea que emerge del cuello de una parka color caqui envuelta en la aureola peluda que chorrea por el borde de la capucha. El poli le escupe unos buenos días cargados de café y chicle de nicotina, y pronuncia el nombre y el apellido de la persona que han ido a buscar.

—¿Me enseñan su placa? —pregunta el hombre calvo, inclinándose medio metro a la izquierda para contactar visualmente con el otro policía, que está un paso por detrás de su compañero, y dejar claro que la petición va para los dos.

—La placa, dice —refunfuña el bigotón, ahogando una risa envenenada y agitándose de una forma rara y casi imperceptible, como si solo sus vísceras hubieran dado un respingo que no ha sido secundado por el esqueleto. Luego se gira hacia el otro agente—. Ya apareció el cinéfilo.

—Por favor —insiste el hombre, apurando el aire en la última sílaba.

—?

—Lo siento. No lo conozco.

—¿Podría enseñarme su documentación, por favor? —pide ahora el agente panzón. El otro se ha situado a su derecha, formando una barrera como en el parchís—. *Quid pro quo* —dice, con retintín, saboreando el latinajo—. Yo también veo películas. —Y concluye con un guiño que podría haberle copiado igualmente a Hannibal Lecter.

Desde dentro del portal, el sospechoso vigila los movimientos de los tres tipos. Todos le son desconocidos, aunque se supone que uno de ellos, el de la parka, es vecino suyo. La enorme cristalera, que es en sí misma la fachada del edificio, le permite simultanear dos escenas, espejo y ventana a la vez. Encapsulado en el vidrio, el reflejo gelatinoso y bidimensional de su cuerpo hierático y en alerta; más allá, al otro lado, tres hombres discuten o conspiran, sea lo que sea huele a peligro. El más corpulento, el del bigote de mariachi y la panza de orgulloso cervecero, canta a madero; la conclusión surge espontánea y le sorprende haberla armado de esa manera, incluso de haberla formulado en esos términos: «cantar a madero» no es una construcción gramatical popular (probablemente inédita) en los círculos de donde él procede. A fuerza de prolongar el personaje, este se ha terminado fusionando con su ego genuino, con el que era antes de triturarle los huesos a Fernando con las ruedas de su difunto coche. Va a tener que improvisar de nuevo. Sin duda, estaba equivocado. Creía que el delincuente experto era el que lo organizaba todo tan bien que no tenía que improvisar nunca. Pero ahora empieza a comprender que improvisar es parte del juego y que el delincuente sabio se diferencia del diletante, precisamente, en su capacidad para planear sobre la marcha.

Tampoco es eso, se dice mientras da media vuelta en dirección a la puerta de acceso a los trasteros;

tampoco debería tener miedo a la policía. Y por descontado que no le conviene aparentarlo. Va a esquivar a esos dos de la entrada por si acaso, pero su plan no debe variar. El plan principal seguirá según lo establecido. Antes que nada, ir a la comisaría a denunciar el robo del coche. Después de lo que acaba de ver a la puerta se ha puesto nervioso, pero si lo analiza con detenimiento no hay nada que temer. No van a detenerle ni pueden acusarle de nada. Ni su ex ni Rodrigo ni nadie tienen nada consistente contra él; todo lo que podrían argumentar en su contra pertenecería a la familia impalpable y abstracta de las manías y los rencores. Siguiendo la lección del manual del perfecto fugitivo: una cosa es estar libre, a secas, y otra estar libre de sospechas. A esto último va a tener que acostumbrarse.

Desde el pasillo de los trasteros accede al garaje, que tiene una salida para peatones en el costado oriental, con lo que podrá esquivar la mini asamblea de la entrada. Hasta podría darse el gusto de, una vez en la calle, tirar a la derecha y pasar frente al edificio como un transeúnte más. En fin; una cosa es asumir su graduación como meritorio en el gremio del hampa y otra pasarse de temerario. El plan. Eso es lo primordial. Así que da un rodeo para alejarse un par de manzanas y enfilar el camino a la comisaría, donde la sala de espera se va colmando progresivamente de ciudadanos que contribuirán a engordar la carga de tarea administrativa, pero rara vez traerán consigo la pista clave para la resolución de un caso abierto. Esta era la esperanza de Rodrigo, su manera de redimirse siendo útil. La inspectora Cuevas ha escuchado su relato con atención y sin manifestar ningún tipo de emoción, salvo, en todo caso, la incomodidad de la postura en la silla. Así ha estado Ruth, inquieta, corrigiendo la posición sobre el asiento cada medio minuto. No es el mejor día para conocer gente y mostrar su faceta más sociable. Hoy no le duele la pierna ni el brazo; una migraña inoportuna se divierte correteándole el entrecejo, pero si no la ha frenado aún ha sido más por su renuencia a visitar el botiquín que por la verdadera dimensión del dolor. El aire fresco y una buena chocolatina siguen siendo, hasta nuevo aviso, su mejor analgésico para las jaquecas.

La confesión de Rodrigo no es del todo desdeñable. El episodio grotesco del cuarto trastero podría ser hasta una broma de pésimo ingenio, pero la relación entre el propio Rodrigo y Fernando Pardo Díaz del Río posee un ingrediente que no está de más considerar. La razón por la que Rodrigo sospecha que ese tal Gustavo Gil podría ser el conductor no identificado que sentenció la vida del pipiolo de los Díaz del Río se apoya en una base lógica, quizá la más antigua del mundo: la venganza, el talión, el mal ajeno para restañar el daño propio. Y el precio por ser útil es la antipatía, que ha pasado de ser una primera impresión a confirmarse como un obstáculo insalvable para Ruth. Antes ya de saber que tenía un pasado como comparsa de matón de colegio, Rodrigo no había encajado bien en la mirada instintiva de la inspectora, quien, por mucho que a cada segundo que pasa se sienta un metro más afuera de la institución, no tiene pinta de que vaya a librarse de esa deformación profesional que escruta y puntúa automáticamente a cada individuo que se le presenta por primera vez ante sus ojos. Ha expresado su arrepentimiento y ha intentado aligerar la gravedad de aquellas vejaciones pretéritas amparándose en la inmadurez de entonces. Comprensible y aun loable, aunque insuficiente para ablandar a Ruth. Sigue habiendo, por lo que se ve, gente que consagra su vida a arruinar la existencia de otros. Por eso hay programas de televisión que le piden al comisario un par de agentes en préstamo; por eso ella tiene que exponerse ante un auditorio de energúmenos que, como este que tiene delante, serán ejecutivos o empresarios en el futuro, y reñirles como a mocosos para que, a su vez, se le rían en la cara. Pandilla de cobardes, hipócritas, borregos. De buena gana lo encerraría, como escarmiento, una noche en el calabozo sin móvil. Maldita sea. No sabe la suerte que tiene de que ella deba aún actuar como una agente de la ley.

Le pide a Rodrigo que aguarde a la salida, en el mismo espacio donde antes esperó a ser llamado, mientras ella va a verificar algunos datos. Cuando Rodrigo empezó a hablar, Ruth se dio cuenta de que no llevaba encima papel y bolígrafo para apuntar. Tomó un folio de la resma embutida en la bandeja de la fotocopidora y un rotulador de punta fina que sacó de un cubilete abandonado en la

mesa sobre la que estuvo sentado esta misma mañana el comisario. En ese folio doblado por la mitad que sostiene entre las manos hay nombres y fechas, aunque el dato que más le urge contrastar es la zona urbana donde, según Rodrigo, se ubica la vivienda de Gustavo Gil —la dirección exacta no la conoce, pues ha confirmado que se encontró con él en la terraza de una cafetería—, pudiera ser que el barrio coincidiera con el lugar en el que, en este mismo instante, Herrera mira cómo se acerca a su coche el agente espigado de la comisaría norte, el del plumas negro y las gafas negras, que menea la mano con la palma hacia arriba. Herrera entiende que debe abrir la ventanilla, pero por si acaso los de atrás corean la orden como dos gemelos repelentes, «abre, abre», ni que fuera imbécil; estos se creen que conducir el coche es una tarea de servicio doméstico.

—Id tirando para la comisaría, si queréis —dice el de afuera, deslizando una pizca las gafas hacia la punta de la nariz para dejar ver la mitad superior de sus ojos—. Aquel no era el fulano, y en el piso no responde nadie —añade, señalando a su espalda sin volverse. Al fondo, su compañero aguarda pegado al inmenso panel de botones del portero automático.

—Podemos intentarlo otra vez en el trabajo —propone uno de los de atrás—. A lo mejor hoy ha ido.

—Ya vamos nosotros —responde el del plumas, tajante, y acto seguido se reajusta las gafas.

Herrera duda si activar el elevallunas por sorpresa y pillarle los dedos a este arrogante aprendiz de Harry el Sucio. Lo peor es que le encantaría hacerles lo mismo al par de listillos que acarrea en el asiento trasero. Demasiado trabajo a la vez, y difícil de cumplir un deseo sin sacrificar el otro.

—Está bien —concede Herrera, tomando la iniciativa sin encomendarse al consenso del grupo—. Cualquiera cosa, estamos preparados.

El del plumas negro menea la cabeza y golpea el techo del coche con la precisa combinación de energía y gentileza que acostumbra a descargar los amos sobre sus perros después de una demostración de fidelidad. Dice adiós mostrando la palma de la mano y camina a encontrarse con su compañero. Tras unos segundos de silencio, seguidos de un intercambio de gruñidos ininteligibles para Herrera, uno de los de atrás le pide que arranque. Obedece, y antes de penetrar en las entrañas de la ciudad por el túnel de acceso a la circunvalación, una voz a su espalda murmura que un cafelito por lo menos, que no hay prisa.

Desde luego que en la comisaría no los esperan aún. Ruth ha ido directa a ver al comisario. Este asunto está fuera de sus competencias, para lo bueno y para lo malo. Mejor tratarlo con él. El jefe tiene una visita. Le va a tocar esperar. Regresa a su escritorio y coloca el folio doblado debajo de una pila de carpetas. Tendría que ir a la entrada y decirle a Rodrigo que ya puede marcharse. Reprime un deseo infantil de putearle, de hacerle perder el día entero en esa antesala angosta y abarrotada.

Rodrigo, ya sin el barbour, que cuelga ahora doblado del brazo, la ve acercarse por el pasillo. Supone que viene a encontrarse con él, pero de momento no se mueve. Está algo más tranquilo. Será eso de la satisfacción del deber cumplido. Ojalá hubiera sentido lo mismo la otra noche, delante de Berta. De pronto, un sonido sucio distrae su atención de la estampa de la inspectora Cuevas. Desvía la vista del pasillo y fija sus ojos tensos en el mostrador, donde la espalda de un hombre delgado se convulsiona y reproduce otra vez ese ruido como de combustión fallida o materia estrujada.

Tos.

Tos.

No es que la tos sea una enseña inconfundible, pero hay algo en ese gorjeo espeso y accidentado que sobresalta a Rodrigo antes aún de ponerlo en un contexto más definido. A ciertas personas se las reconoce de espaldas lo mismo que de frente, con lo que la suma de ambos elementos —tos percutiva y voraz, anorak gris tembloroso— lo traslada de golpe a la oscuridad de un pasillo donde ese mismo sonido se expande, reverbera, se rasga al deslizarse por el gotelé y se precipita como un confeti siniestro sobre su cabeza.

Rodrigo se abre paso entre el gentío de la sala de espera sin controlar la fuerza de su embestida. Ello le acarrea improperios y un conato de agresión que logra esquivar por puro desprecio, hasta que, situado lo más cerca que puede de la franja de suelo que hace de frontera entre el mostrador y la sala de espera, reclama la atención de Ruth meneando un brazo en el aire, mientras con el otro intenta señalar esa espalda acrílica y gris, ahora inmóvil. Pero un agente, tomándolo a buen seguro por un agitador o un detenido revoltoso, le sale al paso y lo placa.

—¡Gustavo! —acierta a gritar Rodrigo, antes de desplomarse y sentir el peso de aquel policía sobre la frágil parrilla de su costillar.

Todos los presentes se giran en dirección al grito, sin saber qué significado encierra más allá de un simple nombre de pila. Ruth sí que entiende a qué se refiere Rodrigo, aunque no sabe cómo encajarlo en la escena presente. El grito se repite desde el suelo, puede ser la última bocanada de aire que le quede a Rodrigo hasta dentro de un buen rato. El policía lo tiene inmovilizado y amenaza con desengancharse las esposas del cinto. El barbour ha salido volando con la caída y ha aterrizado en el borde de una vieja papelera, de esas que todavía conservan un cenicero en la parte superior. Nadie más parece responder al supuesto reclamo. Es obvio que no hay ningún Gustavo entre los presentes. De otro modo, el agente apostado tras el mostrador se habría esforzado por retener al tipo que tiene delante, que por supuesto también se giró al oír aquel nombre entre signos de exclamación, pura inercia —mucho tiempo con el personaje a cuestas—, aunque ha sido capaz de no perder los estribos y simular perplejidad, como el resto, en vez de temor, que es el visitante que ha llamado de verdad a las puertas de su sistema nervioso.

Hay dos posibilidades. Una, que la inspectora —sí, es ella, la misma que saludó en el Cid Campeador— entienda por qué Rodrigo ha gritado aquel nombre y se acerque hasta ahí para trincarlo. Dos —y sí, está de suerte—, que vaya a comprobar qué demonios le pasa a Rodrigo, por qué monta este escándalo —y que por tanto no lo haya reconocido; es bastante normal que ella no lo recuerde—. La inspectora se agacha, rodilla en tierra, le espeta algo a Rodrigo que él no acierta a oír desde donde está, ya un paso alejado del canto del mostrador. Da un último vistazo de reojo al busto del policía que lo estaba atendiendo cuando se ha producido el incidente. Ahí continúa, vencido contra el tablero, como un suicida a punto de dar el impulso para encaramarse en la cornisa, concentrado en ese punto del recibidor en el que un compañero forcejea con el alborotador —que patalea con furia, aunque la otra mitad de su cuerpo esté bien apresada— y la inspectora intenta tomar el mando y restablecer la calma.

No sabe si la orden le ha surgido desde dentro un segundo antes o si bien ha pensado en ella

cuando ya estaba corriendo. El caso es que en un par de zancadas alcanza el pasillo, trastabilla cuando se da cuenta de que es mejor torcer a la izquierda para ir directo a la breve escalera que comunica de forma casi directa con la calle, supera el primer tramo de un brinco y luego los últimos peldaños de tres en tres, ya está, ahí está la puerta de salida como una boca hambrienta, el aliento de la calle le refresca la cara y las ideas, juraría que ha vuelto a oír su nombre, no el verdadero, Gustavo, o mejor dicho ¡Gustavo!, así, entre exclamaciones, la voz de Rodrigo como un desgarró en la atmósfera densa y viciada de la comisaría, pero es como si el aire libre le recargara el depósito y le limpiara la mente de pensamientos inútiles.

Corre acera arriba, sin más brújula que su instinto; de algún modo confía en que la ruta correcta se le irá revelando a medida que avance, lo importante es no desfallecer, seguir pase lo que pase y oiga lo que oiga a su alrededor, como el claxon de ese coche que circula en paralelo a su carrera pero en la dirección opuesta, pegado a la acera, que aminora la velocidad hasta casi detenerse. Alguien le da la voz de alto desde dentro del coche. Es el agente Herrera. Ha recibido una llamada por radio cuando estaban ya a una manzana de la comisaría. El fugitivo, por supuesto, no ha hecho caso y ha seguido corriendo. Herrera no sabe qué hacer. Los de atrás tampoco. Entonces ve pasar a Cuevas. No hay duda de que se ha recuperado de su lesión. Detrás de ella, otros dos agentes de uniforme siguen su estela, y le ha parecido que también Toribio, esa cabeza bruñida admite pocas dudas. No hay más que hablar. Da un volantazo, coloca el coche en perpendicular a la acera y a continuación repite el movimiento. Avisa por radio que se une a la persecución, y queda a la espera de indicaciones. Sus acompañantes babean de gusto, chillan como fans cuando se apagan las luces del auditorio y el cantante está a punto de aparecer en el escenario. Uno de ellos, incluso, saca la pistola y comprueba el cargador. Y como si un ojo omnisciente los observara, suena de pronto la voz del comisario por la radio, recordándoles que los de la comisaría norte están también al tanto de las novedades. Cómo no. Pero ya veremos quién llega antes. Herrera da un acelerón y sortea a un taxi que se había parado en el carril bus. No le es difícil alcanzar al grupo de Cuevas y Toribio. Lo malo es que en ese momento también cree ver cómo la silueta del perseguido desaparece tragada por la boca del metro.

Cuando uno nace abocado a ser un chico bueno, es incapaz de imaginar que un día, muchos años después del colegio y del acné, en esa edad en la que sus preocupaciones deberían oscilar entre los méritos para un ascenso profesional y el estreno o la reincidencia en la paternidad, una mañana cualquiera como esta, la duda de si llegará o no a cumplir los cuarenta puede depender de una gamberrada venial que jamás se le pasó por la cabeza: tiene que colarse en el metro.

Es un milagro que haya vuelto a superar el lance de bajar una escalera al trote sin traspiés ni torceduras. El vestíbulo de la estación está concurrido, pero ofrece el espacio suficiente para correr sin chocar y abrirse paso sin crear un efecto dominó. Tampoco se ven guardias ni personal de vigilancia. A la izquierda, al final de la hilera de las máquinas de venta automática, hay una taquilla. Es posible que el empleado que despacha billetes lo vea desde la garita. Tendrá un interfono o un botón de alarma. No gana nada pensando en ello. Si titubea, ese segundo de más puede resultar decisivo. A escasos dos metros de la línea de tornos aún duda si salvarlos saltando por encima o doblando el espinazo y sorteándolos por debajo. Gana una opción intermedia: impulso, salto y deslizar el culo a lo largo de la superficie del torno. Ya está. Ya está en el otro lado. Es asombroso comprobar que el resto de la gente parece ajena, indiferente. Nadie le recrimina el gesto ni, mucho menos, intenta frenarle. Es como si la excitación le otorgara poderes de superhéroe. De pronto crece en él la sensación de que hará cualquier cosa que se proponga. Engancharse al tren en marcha, saltar de un andén a otro, lo que sea. Antes, debe decidir entre dos rutas. El andén dirección sur está más cerca. De nuevo debe descender una escalera de no más de una docena de peldaños. Por primera vez en todos estos minutos frenéticos, mira a su espalda. Le tranquiliza no reconocer a ninguno de sus perseguidores. De hecho, no hay nadie que corra. Consulta el luminoso atornillado al techo. Próximo tren en cuarenta segundos. Mira otra vez a su espalda. Despejado. Avanza hasta la otra punta del andén. Estar lejos es el objetivo. Treinta segundos. Veinte. Diez. Entra.

El vagón va bastante cargado. Huele al guiso recalentado de infinitos días calcados y monótonos, a calcetín de deporte y pelo apelmazado, a humo de freidora alojado en los tejidos, a halitosis y películas de desodorante sobre superficies sin lavar, a gases del subsuelo y metales desubicados, a falta de aire. Como puede, se las apaña para quedarse apoyado contra una barra, pegado a la puerta. La barra no es cilíndrica, sino aplanada, y exuda una humedad tibia que viene a ser el perfume concentrado del censo completo de la ciudad. Ha obligado a una mujer con un carrito de bebé a que se aparte a un lado. Qué importa ya que lo miren mal o que los demás viajeros conviertan su mala educación en el entretenimiento silencioso a falta de lecturas, móviles u otras distracciones. Es un decir lo de los móviles. De todos los rincones brotan pitidos, melodías y silbidos. Una cacofonía a la altura del rango olfativo del convoy. Le inquieta no saber con certeza si finalmente los policías han podido entrar en la estación antes de que llegara el tren y subir a uno de los vagones delanteros. Ahora que se ha parado y que su respiración pelea por recuperar su rutinaria disciplina, el sindicato de sus vísceras declara la rebelión y protesta, la saliva que traga serviría para preparar un cóctel molotov, y el aire que ingiere se lo devuelven los pulmones concentrado en una flema incandescente, una brasa que escala por la tráquea, el tubo respiratorio encarnado y llameante como una bengala. Tiene que decidir en qué estación bajar, pero si la tos se muestra indomable, no quedará otra opción

que apearse en la próxima. Consigue que el golpe de tos estalle dentro, como una detonación controlada por los artificieros. No hay onda expansiva ni daño colateral. Espera poder aguantar. De ser así, lo ideal es bajarse en Sol, arrastrado por la muchedumbre que seguro abandonará el vagón para confundirse después con la aún mayor turbamulta que se extenderá apretujada por los confines de la enorme estación y aún más allá, en la desembocadura de la plaza, y se prolongará en riadas incontenibles por todos los canales urbanos del centro histórico.

Y pese a que es lo último que desea, debe tener presente también que su huida puede fracasar. Qué casualidad que sea esa inspectora, justo ella, quien esté probablemente siguiendo sus pasos. Una idea romántica aprovecha la tregua que ha concedido la tos para colarse en sus cavilaciones inmediatas. Desconoce por qué la policía la designó a ella para ir al colegio mayor; tal vez porque es buena conocedora de la materia que imparte en esas conferencias. De ser así, quién mejor que ella para que comprenda sus motivos y su sufrimiento. El cansancio y el interludio de paz que concede el trayecto pendiente —deben de quedar todavía tres o cuatro paradas hasta Sol— lo llevan a elucubraciones, más que románticas, directamente inverosímiles, sacadas del manual de clichés de una rata de filmoteca: si esto sale mal, se dice, que sea ella; si me tienen que pegar un tiro, que la bala provenga de su arma. El valor que no he tenido yo para quitarme la vida —y no por falta de ocasiones; la primera vez, ante el espejo del baño del colegio mayor, cuando le afeitaron de arriba abajo y contempló su reflejo lampiño, como un marciano asustado o un feto monstruoso—, ese arrojo para colgarse del cuello o saltar al vacío, que lo compense ella, que haga de verdugo y a la vez de mano piadosa.

La mujer del cochecito de bebé lo atropella y le castiga las espinillas con un golpe de las ruedas. La mirada que le dedica al salir del vagón es de las que envasarían etiquetadas con el dibujo de una calavera flotando sobre dos huesos cruzados. Advierte idénticos o muy parecidos matices en las pupilas de otros viajeros que también se apean. Un momento. No se trataba de esto. Licenciarse como delincuente común no tenía que ver con convertirse en el rostro del odio. Nadie podía adivinar adónde iba a llegar, dónde terminaría sus días y adónde le arrastraría su suerte a partir de aquella noche lluviosa. Lo de la televisión, las manifestaciones, los homenajes multitudinarios, todo eso ha sido producto del descontrol. En su fuero interno nunca concibió sus planes más allá de una odisea intimista, intrascendente si se miraba desde la perspectiva del resto del mundo. A estas alturas, de hecho, hasta duda de si el origen de lo que ocurre se remonta únicamente al Cid Campeador, a Fernando, a Eduardo, a Rodrigo, a toda la patulea de niños hijos de puta mimados por sus familias y consentidos por las autoridades del campus. O es que a lo mejor todo es tan simple como que necesitaba encontrar una justificación para su destino aquejado de fracaso crónico, para su vida de mierda.

Viviría cien años si supiera que iba a pasarlos eliminando a todo el que sobra. Pero es absurdo, inútil. Ya sabe que no es un asesino. Ha podido atropellar a Fernando, pero una vez liberado se ha quedado vacío y renqueante. No ha podido hacerlo con Rodrigo y no podrá con nadie más. La prueba de que no sirve es que ni siquiera ha tenido arrojo para matarse. La idea, después de aquella primera vez pelado frente al espejo, se le fue apareciendo de forma intermitente, pero ni siquiera llegó a sentir la mano temblorosa sujetando el cuchillo, ni el impulso de agarrar un puñado aleatorio de medicamentos; no se ha asomado a la ventana y ha balanceado medio cuerpo, ya fuera solamente por sentir el frenesí, por entender dónde reside esa atracción enfermiza que a otros no se les resiste. Él no. No puede. La única manera sería que lo matase otro. Tal vez la inspectora. Aunque lo más probable es que, cuando se abran las puertas del vagón en la estación de Sol, su naturaleza primaria tome otra vez el mando y lo empuje a correr, a escapar, no importa hacia dónde o para qué.

A Ruth ni se le pasa por la cabeza ser la verdugo de nadie. Usar el arma es de por sí una parcela oscurecida, un proyecto de olvido bastante avanzado. Se ha generado un tapón en torno a la boca del metro que urge desatascar. Los viajeros a los que transportaba Herrera se han bajado del coche y se han sumado al corro que forman Ruth, Toribio y los dos agentes que los han acompañado en la

carrera. Uno de ellos se ha apresurado a contactar con efectivos de las comisarías diseminadas por el trayecto que cubre la única línea de metro que enlaza con esa estación. La inspectora muestra su aprobación y, consciente de que será imposible desplazar agentes a todas las estaciones, insiste en que intenten montar dispositivos de alerta en las paradas de la Gran Vía y la Puerta del Sol, que presume las más masificadas y, por tanto, las que elegiría un fugitivo para diluir su individualidad en el tumulto. Toribio da a entender con su silencio que otorga validez a todo lo dicho por su jefa, pero no significa que su mente haya permanecido apática mientras escuchaba. Antes de que los otros dos puedan reaccionar o añadir lo que sea, Toribio se da la vuelta, supera el bordillo de la acera y atraviesa de perfil el espacio exiguo entre dos coches aparcados, todo ello para acercarse al coche en el que continúa Herrera en espera de que se reanude la acción. Abre la puerta del lado del copiloto y se sienta.

—Tira para Sol —dice, por todo saludo.

—¿Es una orden? —replica el conductor, endulzando su ofensa con un terrón de sarcasmo.

Entre Toribio y Herrera existe esa falta de afinidad que produce en parte la falta aún mayor de verdadero contacto. Ambos se escudan y hasta repelen mutuamente usando como parapeto una armadura de prejuicios que nacen, en un número considerable, de un seno tan poco fidedigno como las reuniones alrededor de la máquina de café.

—Si quieres bajo y te traigo a la jefa.

Herrera no dice nada, aunque pone cara de «te obedezco porque me da pereza discutir». Antes de arrancar, por si acaso, fuerza un escorzo para tratar de cruzar una mirada con Ruth. En vez de eso, sus ojos se estrellan contra los de uno de sus expasajeros, que continúa con la pistola en la mano, el muy fantasmón, y temiendo que decida regresar al coche en vez de continuar la persecución con el grupo de la inspectora, acelera y provoca un empujón que parece un residuo no purgado de la última carrera ilegal. A Toribio, a uno solo, podrá aguantarlo. Pero si se unen los otros dos serían tres contra uno. Demasiado.

Afuera, ya unas decenas de metros por detrás del coche que maneja Herrera, uno de los agentes uniformados propone recoger su moto, aparcada a la puerta de la comisaría.

—Vamos, corriendo —apremia Ruth—. Tendrás un casco para mí, ¿verdad?

Varados frente a la boca de metro, igual que besugos atolondrados en el secano, la pareja abandonada por Herrera —el uno pistola en ristre, y el otro, un saco de nervios sudoroso— parece esperar a que el agente que se ha quedado con ellos ofrezca su moto, su coche o el medio de transporte que sea. Lejos de ello, lo que hace el policía de uniforme es agarrar el *walkie-talkie* y comunicar que procede a bajar a la estación de metro para tomar el primer tren que llegue y vigilar la retaguardia.

—¿Venís? —ofrece.

Ya pueden darse prisa, porque el tren en el que va su sospechoso está a punto de asomar por el túnel que comunica las estaciones de Gran Vía y Sol. Ha conseguido conservar su posición junto a la puerta pese a las avalanchas. Y por fin ha llegado el momento de no resistirse, de dejar que la turba lo arrastre y lo escupa hacia el andén cuando el convoy se detiene en Sol y el vagón abre sus puertas. Hasta una reina del carnaval o un torero embutido en su seda pirotécnica pasarían desapercibidos en este barullo inconmensurable. Nadie va a fijarse en un tirillas como él, en su insípido anorak gris, en sus patas de cigüeña forradas en tela vaquera negra y que avanzan a trompicones y a golpe de punterazo, buscando a cada paso una imposible porción de suelo donde plantar sus playeras negras de imitación piel y suela de goma blanca.

La muchedumbre trepa por la escalera de salida y alcanza la calle. Choques violentos, tropezones, estupor, blasfemias. Correr continúa siendo la prioridad, pero es una quimera cuando se está atrapado en semejante follón. Yo puedo hacerlo, sé que puedo porque ya lo he hecho; huir es una habilidad intrínseca al delincuente experto, no depende de las condiciones del entorno sino de la pericia del

individuo. Correr sin conocimiento, eso es, no se trata de pensar, es solo dejarse llevar. La adrenalina, por fin lo descubre (a buenas horas), es la mejor de las medicinas. Nota el pecho inesperadamente limpio y vacío. La garganta, como adormecida; el escozor ha remitido para ceder su lugar a un soportable rescoldo, como el mordisco diminuto de una chispa de aceite que ha saltado desde la sartén.

Antes de emprender la carrera necesita orientarse. Eleva la vista por encima del trasiego de cabezas humanas e intenta recomponer el plano en su mente. No frecuenta el centro tanto como cuando era un chico de instituto, cuando ignoraba lo que le estaba esperando en los pasillos, los aseos y los jardines de la universidad. Remotos hasta rozar lo inverosímil han quedado los episodios de borracheras de sidra y atracones de calamares rebozados y gomosos. Sin embargo, la Puerta del Sol es inconfundible. Lo era hasta hoy. Puede ser por el cansancio o la sobredosis de excitación, pero el escenario no cuadra: luce el sol, aún no es día 31. Hoy es 30, de eso no puede estar más seguro, y no obstante la plaza está llena de gente tocada con ridículos gorros de fiesta, cucuruchos acharolados de colores vivos y moteados de purpurina, diademas coronadas por orejas gatunas de fieltro y pelucas hiperbólicas que imitan rizados afro o alisados psicodélicos sacados de un tebeo japonés para frikis. Las bocas expulsan gritos agudos, risas histriónicas y cánticos beodos; también algún que otro matasuegras que se desenrolla y se reivindica con su pitorreo infantil. Ve a niños y mayores que sostienen pequeñas bolsas de plástico, transparentes, de esas que crujen y te joden la declaración de amor o la confesión del criminal en el cine. Son uvas. Las bolsitas están llenas de uvas; no muchas, y no hace falta pararse a contarlas para deducir que cada paquetito crujiente contiene doce. Se reiría si eso no significara un reconocimiento explícito de su demencia. No puede ser. ¿Qué demonios está ocurriendo? Ahora va a resultar que el metro lo ha llevado al hemisferio opuesto, que van a mencionar su extraño caso en uno de esos programas de charlatanería parapsicológica (el túnel que conecta dos mundos o dos dimensiones), que toda esta gente se va a tomar las uvas con las campanadas del mediodía, y la víspera de la víspera de Año Nuevo.

Y eso no es todo. Juraría también que han cambiado la publicidad del vino, el logotipo gigantesco de la botella con sombrero cordobés y brazos en jarras que observa la plaza desde una azotea. Diría que antes estaba en frente, y no a un costado. ¿Tanto hace que no venía por aquí?

Un pisotón violento deshace el puzzle de sus cavilaciones. El talón de Aquiles. Su puta madre, qué daño. Aunque quisiera es imposible darse la vuelta para reprobar o encarar al agresor. Bien pensado, lo raro es no estar recibiendo más. Es un territorio fértil para los codazos y los empujones, para los puntapiés y los pisotones como el que acaba de recibir. También para los carteristas y los descuideros, y cómo no, para los perversos y los sobones. En realidad, quienes le interesan a él son los policías. No debe olvidar que está huyendo, aunque ahora esté lejos de donde se ha iniciado la persecución. Más que una huida, es una búsqueda. Necesita encontrar un lugar tranquilo para pensar, para calcular con el debido temple los pasos a seguir. Se siente como la célebre aguja escondida en el pajar, o mejor aún, como una brizna de heno en el corazón de un montón de agujas. Y pese a ello, no confía. Todavía no. Tiene que correr.

Corre. Mejor dicho, avanza trazando con torpeza un sucedáneo de zigzag, regalando empujones y recibiendo invectivas y topetazos. Da igual. Nada lo va a parar. El extremo norte de la plaza es la desembocadura de las calles peatonales que comunican con la Gran Vía y Callao. El trasiego es igualmente fluido, pero la maraña de peatones es menos tupida que en la zona de la boca del metro. Ya no se ven paquetes de celofán llenos de uvas; la gente porta bolsas de grandes almacenes, tiendas de moda, puntos de venta oficiales de ropa deportiva, jugueterías. La mínima descompresión le permite cambiar el paso atropellado por el trote. Atraviesa el espacio de respeto entre un corro de curiosos y un artista callejero hierático y tiznado de bronce para parecer una estatua. De milagro no patea el sombrero que alberga la paupérrima recaudación, y al esquivarlo se tuerce el tobillo. Es el mismo pie que le han pisado antes. Si tiene que doler, ya lo hará después, en frío. Trotar. Un poco más

deprisa ahora. Esto empieza a ser de verdad una carrera.

Más veloz y expeditivo, con el ímpetu recobrado, obliga a partirse en dos la cola que nace de la administración de lotería, y salvado este último obstáculo enfila una de las peatonales —imposible pararse a determinar si es El Carmen, Preciados o Montera—, y aunque ya puede correr con razonable holgura, la sensación es la de que todo el mundo viene de frente y él es el único que avanza en su dirección. A medida que gana metros, el tránsito se dificulta. Gente y más gente, de cara y en paralelo, delante y detrás. La ilusión de la carrera ha sido efímera. De nuevo toca rectificar el rumbo. Tampoco puede pararse si no quiere ser arrollado por la marabunta. Otea aquí y allá, puro nervio, poca atención. Pero sí. Eso es. A su izquierda cree detectar una posible solución.

Si progresar en línea recta es complicado, moverse en diagonal tiene pinta de misión suicida. Allá va. Una nueva cosecha de insultos y contusiones, sabe que ha hecho llorar a una niña —rodillazo en la barbilla—, y ha notado algo que bien podría ser el puño colérico del padre atizándole en la nuca. Esto ha resucitado el cadáver de la tos, aunque no con la suficiente intensidad como para obligarle a parar. Vamos. Ya queda menos. Un slalom de quince, diez metros en oblicuo. Dos o tres encontronazos, la burla patética de una pandilla de niños borrachos, y ya está, ya nota la vaharada de calor artificial, el ancho umbral sin puertas que ocupa todo el chaflán, la entrada de los grandes almacenes. No oye «¡Alto!», ni «¡Deténgase!», ni nada que le suene a madero pisando los talones. No hay que confiarse. Solo un segundo para recuperar el aliento y la calma.

Dentro hace calor. Hay tanta gente como fuera. Ingenuo. Creía que iba a ser más fácil atravesar el local que perforar la muralla humana por la calle. El plan no es esconderse en el comercio, sino usarlo de atajo. Cuando salga por la puerta del extremo opuesto estará a un paso de la plaza de Callao. Luego tocará cruzar la Gran Vía, y si lo consigue estará cerca de su propósito, de perderse en algún barrio menos convulso, descansar y sopesarlo todo. Confía en que la claridad le sobrevendrá por sí sola. Para pasarse la vida huyendo hacen falta, aparte de medios financieros, experiencia y arrojo. Aún no sabe si valdrá para ello. Lo han reconocido. Rodrigo estaba allí. Esto ya no es una misión clandestina. Ya no puede contemplar su obra como un testigo exclusivo y anónimo. Ha mostrado su rostro, la policía ya sabe a quién perseguir. Por eso correr. Por eso no pararse hasta que aguanten las fuerzas. Porque huyendo no da tiempo a pensar.

Bordea las escaleras mecánicas y camina a paso ligero por el flanco derecho del comercio. De un manotazo se saca de encima a una dependienta que le ofrece una muestra de perfume. Otro insulto más para la colección. Acelera un poco, esquiva expositores y clientes, la mayoría deambulan torpones y desnortados como zombis. Malditos sean. Quitaos de en medio. A un par de metros, la sonrisa de otra dependienta amenaza con una nueva intromisión en su fuga, así que cambia radicalmente el rumbo, y con ello atropella a una pareja de ancianos que están a punto de desplomarse sobre una vitrina. Una voz femenina le insulta con vehemencia, tal vez la dependienta, la primera de todas. Le resbala. Sabe que si continúa recto se va a encontrar con la otra puerta de salida. Y de pronto algo le frena. Dos manos como garras le apresan los hombros y tiran hacia atrás, hasta hacerle dar media vuelta. ¿Será payasa? ¿Será posible que esta tía, con el sueldo de mierda que le pagan, se vaya a enfrentar a mí por rechazarle un chorro de colonia?

—Hijo de puta. Te voy a matar, hijo de la gran puta. Mi niña. Tú no tocas a mi niña, montón de mierda, hijo de puta.

Furia y amenazas. Espera resignado un puñetazo, un golpe cualquiera. No hay nada. Supone que es el padre de aquella niña a la que le ha estampado la rodilla en la cara. Por suerte, el tipo tarda en decidirse, o es que acaso ahí termina todo. Bravura para la galería, ostentación de su decencia, bla bla bla. Jódete. Aunque tengas razón, te vas a joder por no haber sido más listo y más rápido. Cabezazo. No es un golpe dirigido sino aleatorio. Asume que puede hacerse tanto o más daño que el propio agredido; esto no es una película de superhéroes. Hueso contra hueso. El suyo, la frente; el del otro, tal vez el tabique nasal, o un pómulo. Ha dolido menos de lo temido. El tipo chilla, suena a rabia más

que a dolor, suficiente para que la presión remita sobre sus hombros y se deshaga de su opresor con un empujón que lo lanza contra el hatajo de testigos, clientes y trabajadores del centro comercial, ahora todos gritando, escandalizados y asustados, ahí os quedáis.

Nadie interviene, lo dejan escapar. Puede ser por miedo o por la prioridad de atender al otro hombre. Huida, segunda parte. Con el rabillo del ojo detecta la presencia de un guardia de seguridad, uniforme marrón cacao, cordón blanco que cuelga de la hombrera y se pierde en el interior del bolsillo pectoral, placa dorada en el otro lado del pecho, cinturón negro, no hay atisbos de cartuchera ni de otra arma que no sea la porra que bambolea dentro de la funda mientras el guardia corre. Está bastante lejos, y con la gente de por medio. Él tiene la puerta a cuatro pasos, no lo va a pillar. Por si acaso, alarga la zancada, se quita de en medio a una mujer menuda que revuelve en uno de los cajones de saldos, y al reiniciar el braceo hace tambalearse un estante repleto de perfumes, los frasquitos caen al suelo, se hacen añicos. Nunca ha sonado tan ridículo el hilo musical navideño, las vocecillas repelentes y agudas como agujas hipodérmicas, las mismas canciones de cada año desde hace cien años, campanillas y zambombas, todo eclipsado durante unos segundos por la tormenta de cristales rotos. Por separado, seguro que esos perfumes expelen fragancias sublimes, pero en acumulación y todos mezclados causan el efecto de haber lanzado un arma química; puede que la gente se quede desmayada en grupo, como en el suicidio colectivo de una secta, qué bien le vendría ahora.

La puerta, la ráfaga densa de calor, y otra vez la calle. Se supone que aquí termina la jurisdicción del vigilante. Mira atrás sin detenerse. ¿Le habrá partido la nariz a aquel hombre? Esta noche se hablará de huesos maltrechos en esa casa, el padre y la hija; bien sabe Dios, o quien sea que tenga que saberlo, que no era su intención. Cree ver al tipo del uniforme marrón aún tras sus pasos. Un contratiempo mínimo. Si consigue alejarse unos metros más de los grandes almacenes, el otro desistirá. Bendita aglomeración. Qué alivio volver a ser un Don Nadie en medio de un rebaño de anónimos clones.

Arriba, apenas a una manzana de distancia, ya asoma la plaza de Callao, donde la gente se apiña a la salida de las tiendas y alrededor de la pista de patinaje sobre hielo. Hay otro corrillo en torno a una furgoneta con una especie de antena parabólica en el techo, la unidad móvil de la tele. Un reportero con auriculares color butano y un abrigo entallado de corte gangsteril ofrece su micrófono a los viandantes, mientras son filmados por una cámara sujeta a un trípode, orientada para captar como fondo una panorámica idílica de la pista helada y las grandiosas marquesinas luminosas de los cines. Aquí también suenan incansables los villancicos, si bien encuentran un competidor igual de estridente y testarudo en los éxitos de radiofórmula que amenizan los gráciles paseos y las grotescas costaladas de los patinadores sobre hielo. Aunque ahora mismo es el sonido de una sirena el que reclama protagonismo. Viene de la otra punta, del cruce con la Gran Vía. No es un coche patrulla. Parece un turismo corriente al que alguien le ha colocado una sirena —ahora ya enmudecida— encima. Toribio se ha bajado el primero, con la radio en la mano para no perder la comunicación con la comisaría. Le sigue Herrera, que antes se ha ocupado de aparcar el vehículo de forma que no obstaculice el carril bus. Los agentes que han seguido al sospechoso por el metro acaban de informar de que han llegado a Sol, pero que tienen problemas para atravesar la plaza, infestada hasta lo inhumano porque a la suma habitual de turistas y curiosos hoy se le agrega el gentío que convoca la reciente —maldita la ocurrencia— costumbre del ensayo general de las doce campanadas en la víspera de Nochevieja. De Ruth no saben nada, pero Toribio imagina que, con la moto, su acompañante y ella habrán llegado antes y andarán por aquí cerca, si es que no han dado caza ya al perseguido.

Herrera no lo ha visto. No sabe cómo es. Que recuerde, nunca le había sucedido; es la primera vez que va de caza sin conocer a la presa. Está a expensas de Toribio, de que este lo localice entre la masa. Así que no busca caras, sino señales, gestos, movimientos extraños. Un brazo sobresale de la marea, una extremidad que emerge en un océano de rostros.

—¡Allí! ¡Eh! ¡Ahí!

Es Cuevas. El brazo que se agita es el suyo. Apenas puede ver su cara, pero sin duda es ella quien grita. Toribio también se ha dado cuenta y retrocede hasta donde está él. La mano alzada de Ruth se inclina hacia su izquierda, la derecha de ellos. La fila de gente que aguarda su turno para la pista de hielo. La mayoría, niños. Unos de la mano de un adulto y otros reunidos en grupos que rompen la linealidad de la cola. Algunos parecen prestados de una tarjeta de felicitación: gorros de lana rematados en borla, botas hasta las rodillas, jerséis de cuello alto con motivos navideños bordados (copos de nieve, cabezas de reno, campanillas), patines colgados al hombro. Es fácil identificar el elemento discordante. El hombre que mira a su espalda mientras corre, o lo intenta, en dirección contraria a la fila. La chupa gris plastificada, desabrochada, el jersey amarillo y los pantalones negros.

—¡Allí! —repite Ruth, a punto de sobrepasar por fin el colapso, la primera línea de peatones de la calle que termina en la misma plaza de Callao.

Herrera lo tiene al alcance, aunque necesitaría una cadera de bailarín cubano para completar con éxito el giro que corregiría su posición y lo guiaría en la dirección correcta. Consciente de sus limitaciones, decide imitar la estirada de un guardameta. Toma impulso y se abalanza contra las piernas del fugitivo para placarlo, pero de sus diez dedos solo seis o siete acarician el objetivo, un tobillo y parte del calzado del pie contrario, insuficiente para derribar al sospechoso, que no obstante trastabilla, se dobla hacia delante, posa las palmas de las manos en el pavimento para no besarlo, y al incorporarse pierde la estabilidad y termina incrustado en la hilera de chiquillos impacientes que bordea la pista de hielo.

Solo hay una manera de dispersar la multitud. Toribio asume la bronca que le caerá después, ya sabe lo que le reprochará Ruth y lo que dirán las víboras envidiosas de la comisaría. A la mierda todos. Desenfunda la pipa, apunta al cielo y dispara.

Todo el mundo grita aunque casi nadie sabe bien por qué. No es tan raro oír el sonido de un petardo en estas fechas y en esa zona de la ciudad, y no todos tienen el oído tan fino como para reconocer la detonación de una Heckler-Koch. De hecho, gran parte del griterío lo ha provocado la caída del fugitivo. Tampoco a él lo han reconocido, claro. Si supieran que el tipo que se revuelca a sus pies y que ha derribado a tres o cuatro chavales como en una jugada mediocre de bolos es el conductor que aplastó los huesos de Fernando Pardo Díaz del Río, entonces ya veríamos. Pero nada es muy distinto de lo que acaba de vivir hace unos minutos en los grandes almacenes. Interjecciones e imprecaciones, la fuerza por la boca. Cuidado, que hay niños, mira por dónde vas gilipollas, ¿qué te pasa, subnormal?, más de lo mismo. Ni puto caso. Sentado en el suelo, sin dolores nuevos —los cuerpos blandos de los niños han amortiguado el impacto de la caída—, forma parte de un vertedero de daños colaterales: un paquete de palomitas de maíz volcado, una mochila rosa, un gurrúño de lana que podría ser una bufanda, un patín diminuto. Tiene que reconfigurar su radar, levantarse rápido, continuar corriendo. No hay tiempo. El hombre alto y jadeante que se le viene encima no es un paseante cualquiera ni otro padre dispuesto a vengar el honor de su hijo. Ya es capaz de identificar a un policía sin necesidad de vestirle de uniforme ni de prenderle una placa en la pechera. Es como si le hubiera leído la mente, como si ese agente que se yergue ante él fuera el presentador de un concurso y estuviera a punto de mostrarle la evidencia de su acierto. Respuesta correcta. Claro que soy un poli. La mano derecha se ha perdido medio segundo en el forro de la cazadora, y cuando asoma otra vez empuña la pistola reglamentaria. Premio para el caballero.

Respuesta: alarga su mano izquierda, con el dorso nevado de palomitas, hasta tomar el patín huérfano, y lo lanza hacia arriba, sin apuntar a ningún sitio concreto. Herrera está tan cerca que es difícil no acertarle. El filo de la cuchilla se ha estrellado contra el mentón. ¿En el mismo sitio que el antojo de Eduardo? ¿De verdad? ¿Así va a ser a partir de ahora? ¿Como cuando dentro de un sueño uno aún duda de si está despierto o no?

Herrera cae de rodillas, chillando rabioso (en el futuro afirmará que esa cicatriz es lo mejor que le ha pasado, que su rostro marcado fue el punto de inflexión para que en el cuerpo lo empezaran a

tomar en serio, que lo que ha logrado no ha sido por su cara bonita, sino por sus santos cojones; pero en ese momento está a punto de perder la cabeza, de llorar y patalear como un mocoso, de desmayarse, y no porque le dé grima la visión de la sangre, de su propia sangre, goteando sobre el suelo gris de la plaza). No han pasado más de cinco segundos. Suficiente; más que suficiente para detectar que algo va mal. Si sus dos manos están en este preciso instante presionando la herida de la barbilla es porque hay algo que falta, que ha descuidado. Mierda.

La pistola.

El arma de Herrera está abandonada en el suelo, como el plato principal al que las palomitas sirven de guarnición. Toribio y Ruth aparecen juntos —los reproches para después—, ambos empuñando sus pistolas y avisando al sospechoso de que la próxima bala no irá a parar a las nubes.

—¿Todo bien, Herrera? —se preocupa Ruth.

—¡Su puta madre! ¡Joder!

—Quédate tranquilo ahí —le ordena a continuación.

—¡Vamos a matar a ese hijo de puta! —exclama Herrera, obedeciendo a su compañera, aunque se incorpora para presenciar la escena de pie.

—Si él quiere —añade Toribio, que no puede contenerse—, dalo por hecho.

El tipo sigue sentado en el suelo. El espacio a su alrededor se ha liberado. Ya no es un elemento más de la congregación, sino el punto aislado en el centro del corro. Vaya. ¿De qué me suena esto? La historia de mi vida, cuánto tiempo sin verte. Ahí tirada, apenas a medio metro, está la pistola del poli herido. Piensa. A Michael Douglas le bastó con una de juguete para obligar al madero a dispararle. Piensa, piensa. ¿Es eso lo que quieres? ¿Inmolarte? ¿Cómo un puto terrorista?

Y Ruth, el arma encañonada, otra vez hay demasiada gente, la posibilidad de la bala perdida... El hormigueo es familiar, casi igual a ese que la ha acompañado como un pretendiente baboso durante las últimas semanas por culpa del tatuaje infectado. En este caso, no se conforma solo con un brazo; se extiende por la columna y baja por las piernas hasta el suelo, cree advertir que es la misma fuerza eléctrica que la mantiene paralizada. El sospechoso está a punto de efectuar un movimiento imprevisible. Mira de reojo la pistola de Herrera. Ruth no va a tener tiempo para considerar nada antes de decidir. Es bastante probable, de hecho, que Toribio se le adelante. Aun así le queda espacio para prever que las consecuencias de disparar mal serán peores que las de no disparar. Si opta por lo segundo, el resultado solo va a concernir a su papel en el cuerpo de policía, y a estas alturas ya se siente más fuera que nunca. Ríete ahora de los clichés de película, de la maldición del madero el día de su jubilación o de la pareja artística poli bueno-poli malo. Y mira a este desgraciado, tirado como un despojo. A este no le harán un homenaje. No es como los que le acompañaban aquel día en el colegio mayor, los que le restregaron su fatua facha de niños bien y sus modales untuosos para dejar bien clara la altura que los eleva por encima de la chusma. ¿Tiene hijos, inspectora? Nadie quiere ser un chivato. Para esta gente, la policía es también chusma, una extensión, acaso una pizca más digna, del servicio doméstico.

A lo mejor es una idea forzada por la necesidad de hallar justificación y consuelo a su cobardía. Tal vez se trate de eso, pero acaba de darse cuenta de que este fulano no supone ninguna amenaza. Es sin duda culpable de lo que carga a sus espaldas, y al mismo tiempo irradia el carisma inverso de las víctimas, la torpeza suicida del que actúa en defensa propia. Es capaz de escuchar lo que aquel individuo se guarda para sí; aunque el tipo no hable, ella lee sus palabras ocultas por medio de otros códigos (igual que quien puede tararear una melodía con tan solo mirar una partitura). Ahí es donde se esconde el enemigo más poderoso, el más sibilino y esquivo. Silencio. El alimento de lo injusto y de lo abyecto. Ya se lo dijo el comisario, no hace mucho, en su despacho: siempre llegamos tarde, actuamos contra las consecuencias, no contra las causas. ¿Cómo ayudar a las víctimas que encuentran en el mismo silencio que les condena su refugio para sobrevivir? ¿Cómo conquistar ese lugar donde los abusos, las palizas, las enfermedades mentales o terminales permanecen impunes, donde las

víctimas se esconden de sus verdugos pero también de la censura de sus vecinos, donde el poder de la vergüenza es muy superior al de la justicia?

El dedo índice se relaja y se desliza inerte por el contorno del gatillo. Esta vez no habrá días de inquieta espera, ni informes ambiguos, ni citas con Mad. Esta vez no habrá bala perdida, porque la última bala de la inspectora Cuevas ya fue disparada.

A él el rollo este de las cámaras y el famoseo nunca le ha ido, que conste. Pero todo tiene un límite. Desde que estar indignado es un estado de ánimo equiparable a una cátedra o una nacionalidad, a poco que ha podido, ha sido ver un micrófono y atacarlo como si fuera a devorarlo. Sin suerte. Hasta hoy. Qué pena que esté de vacaciones y no pueda pavonearse mañana con los colegas del curro. Bueno, alguno le llamará, y seguro que le van a bombardear el móvil a mensajes —tiene que acordarse de preguntar cuándo lo emiten—, que salir en la tele, aunque sea así, porque te pilla de casualidad paseando con la familia, no pasa todos los días ni a todo el mundo.

Buena planta tiene. Da bien en cámara, seguro. Y en su vida ha pisado un gimnasio. El mejor estado de forma lo da el trabajo, el de verdad. Madrugar y no parar prácticamente hasta que te acuestas. Desgasta por fuera, claro; es el precio. En cuanto empezó a perder pelo de la coronilla y constató que las entradas de los lados crecían cada día al mismo ritmo que las uñas, se agenció la maquinilla eléctrica y rapado al uno que te crio. La calvicie es sinónimo de virilidad; lo ha leído en una página de internet. De todas formas, apenas si se le va a notar en pantalla, porque se ha colocado las gafas de sol —aparatosas, de marca, con cristales tintados de azul plateado, una de sus escasas concesiones a la modernidad, junto con el plumas amarillo y las playeras de baloncesto con cámara de aire y tiras reflectantes— ahí encima, como una visera. Si hay que hablarle a España, que se le vean bien los ojos, que nadie dude de que es él.

El reportero le ha pedido por favor que deje de golpetear el manajo de llaves que lleva prendido a una de las trabillas del vaquero, que interfiere en el sonido y después resultaría muy molesto para los espectadores. Es un tic nervioso, ni se había dado cuenta. Menuda colección de metal. Las de casa son solo cuatro, el portal, las dos de arriba y la diminuta del buzón, pero es que acarrea también las del curro, casi una docena. No es por obligación, sino por responsabilidad. A falta de tarjetas de visita rimbombantes o de flamantes coches de empresa, aquella ristra de llaves es su mejor credencial. Oír su campanilleo mientras camina o sentir su tacto metálico igual que ahora le reconforta, le marca bien marcada, en negrita y con trazo gordo, la casilla del cumplimiento del deber. Y esto no quiere decir que se avergüence; cuidado con eso. Pero hay cosas que no conviene decir nunca en voz alta, que quedan mal. Él odia íntimamente a los oficinistas. Y no es envidia, que conste. Siempre ha despreciado el trabajo sedentario. No va con él. Un mal necesario, si acaso, pero para otros. Los de los callos en las manos contra los de las tendinitis en la muñeca. Gracias a los que cavan, podan, aprietan, aplastan, agujerean y atizan tienen empleo los que teclean y telefonean. Ellos piensan que es al contrario; allá cada cual. Él ha hecho de todo. Ha montado marquesinas, persianas y cabinas telefónicas. Ha repartido y repuesto extintores, tragaperras, calefactores y neveras. La misma furgoneta que lleva de vacaciones a su familia ha hecho mudanzas y ha transportado maquinaria industrial. Su familia, sí. Es la palabra clave. ¿Hay otra?

Su mujer es la culpable de que no se casara antes. Dicho así parece un acertijo. Por eso le gusta contarle de esta manera. Ellos no se han podido permitir, como otros, viajes al extranjero y una vida nocturna demasiado movida. Así que el podio de las anécdotas lo ocupa la boda no consumada que dio lugar a la suya. Porque él estaba a punto ya del altar, con otra, y entonces reapareció ella, como salida de las viejas páginas de un cuaderno de la EGB, y el mundo tembló, y no hubo más que hablar.

Si alguien piensa que fue un error, ahí están Ángela y Héctor, mellizos, dieciséis años. Justo ahora es una edad difícil, pero basta con recordar lo anterior para convencerse de que merece la pena atravesarla. El chico, que folle todo lo que pueda, que nunca se sabe; eso sí, con condón, no jodamos. La chica, si tiene que ser ya, que sea, pero a ser posible un novio de verdad, fijo, una relación con todas las letras, no jodamos tampoco; y todos tranquilos y contentos.

Sí, claro, es tradicional. ¿Está prohibido? Sencillo y tradicional. También liberal, que una cosa no quita la otra. Liberal, pero sin pasarse. Conservador, tal vez, pero no un carca. Al que no le cuadre, es su problema. No le gustan los banqueros; tampoco los perroflautas. Tan difícil de entender no es. La primera vez votó a los que tocaba, pero hoy todo ha cambiado y cuando se tienen hijos tus valores y prioridades son otras. Se considera patriota —aunque lo que él llama patriotismo es más bien xenofobia—; llama titiriteros a los actores por puro remedo de los latiguillos que procesa de la tertulia política que ve cada noche mientras cena. Si es de derechas o de izquierdas, no lo sabe. Mejor dicho, cree que no es de derechas porque sabe que tiene mala prensa. Justifica su voto por el bien del país y de su familia; no es un voto egoísta (él asegura estar por encima de eso), sino para garantizar la seguridad y el futuro de sus hijos. Y basta ya de política, que esto iba de la Navidad, ¿no?

Es campechano, visceral, auténtico. Esto significa que puede arrancarse a contar chistes lo mismo que interesarse por un enfermo desconocido o socorrer a un animal herido. Es el que habla más alto a partir de la segunda ronda de copas, pero con la misma facilidad que secunda una broma se le dispara el pronto violento cuando le llevan la contraria. Y a sus hijos, que no se los toquen.

Desde que terminó la mili —las guardias eran aún más aburridas que la literatura— no ha leído más de cuatro o cinco libros. Con todas las películas se queda dormido antes de llegar al final. Música, la que pone en el coche, una emisora de radio perezosa en la selección y aún más en la variedad del repertorio; el objetivo prioritario es aislarse del exterior, de los tubos de escape, las bocinas y los berridos. El fútbol, ni fu ni fa; si acaso, los domingos por la mañana ve las carreras de motos o de fórmula 1 en la televisión, con más galbana que entusiasmo. Despotrica de todos los programas de la tele —cotillas, ladrones, mentirosos, chabacanos—, aunque sueña secretamente con verse sentado en el sillón de invitados en hora punta, porque él tiene el mismo derecho que todos esos charlatanes. Si no, mira aquel, el tío del que mataron, el tío Jaime, ni periodista ni artista ni nada que se le parezca. Tan solo tuvo la desgracia y la suerte a la vez de que la prensa se fijara en su tragedia. Si a él le dejaran media hora delante de la cámara, con eso iba a bastar, los iba a poner a todos firmes, a cantar las cuatro verdades, menudo es, ya lo sabe todo el mundo, su familia, su jefe, sus amigos, no se calla y dice las cosas a la cara, sin pelos en la lengua.

Hoy, esto, es lo más cerca que va a estar. Eso cree. No es el sillón de invitados de un programa de máxima audiencia, qué más quisiera él. Hay una cámara delante, que no es poco. Aprovechalo, no seas tonto. Le han preguntado sobre la Navidad, sobre el aspecto familiar de las fiestas, sobre las compras y los excesos gastronómicos, tópicos para rellenar nichos televisivos que todavía no han sido conquistados por la publicidad. Aprovecha, se ha dicho por enésima vez. No se ha atrevido. Ha reprimido el impulso de lanzar algún mensaje a los políticos, de postularse como portavoz de la indignación ciudadana. Entonces se ha oído una explosión, como un petardo. Uno nunca piensa que puede ser un tiro, no en la vida real. Después gritos y alboroto general. Alguna gente corriendo, otros buscando refugio por donde la pista de hielo o ahí mismo, donde está él con su familia, al otro lado de la unidad móvil de la televisión. Un hombre con la cabeza pelada tiene el brazo en alto y una pistola en la mano que juraría que aún humea como un habano. Con la otra mano está mostrando una placa a la concurrencia. Un poli. Joder, ha sido un disparo. Una mujer se le une, lleva pistola, será otra agente de policía. Un poco más allá hay otro hombre de rodillas que grita y se echa las manos a la cara. ¿Le habrá alcanzado la bala? Sin embargo, no... no es este el objetivo. El poli calvo y la mujer apuntan a otro con sus armas. El tío que está sentado en el suelo, delante del otro que sigue quejándose. Hay una pistola. Ahí, joder, en el suelo. Y diría que el tío ese está intentando... sí, estira

la mano, quiere cogerla. ¿Por qué no dispara la policía? Entonces piensa en sus hijos, no tanto en las cámaras, aunque un poco sí; en vez pensar que todo el mundo lo va a ver disparando un arma que no es suya, lo que presagia es que la televisión lo va a convertir en el representante de todo el pueblo, en la mano armada que va a impartir la justicia que todos desean. Porque si algo puede la tele es eso; la pantalla filtra, depura, transforma, y lo erige en héroe justiciero sin necesidad de toga o uniforme.

Con dar un cuarto de vuelta le basta para ganarle la partida al sospechoso. Se agacha, coge la pistola, dispara, como si lo hubiera hecho antes cien veces —la memoria cinematográfica, los videojuegos de sus hijos—, le da en el cuello, o en la nuca, más o menos por ahí, y ya está, no salpica la sangre, el ruido tampoco es como para que revienten cristales, esto es la vida real, joder si lo es. El herido grita y rueda hacia el otro costado, vencido. Dios, qué fácil ha sido. Ahora el acto reflejo, también algo teatral, las manos arriba y la pistola que vuelve al suelo, rebota dos o tres veces, de milagro no se ha disparado. Menos mal. El policía pelado viene hacia él, cara de menos que pocos amigos (de no haber tenido uno solo en su vida); dientes apretados, nariz arrugada —«¿Qué coño has hecho, imbécil?»—, le arrea un codazo en la cara, puede ser lo mismo un golpe barriobajero que un movimiento sofisticado de defensa personal. El caso es que lo tumba, K.O. Da igual. Mientras cae, se dice que mejor así, más épico, este es tu campeón, cariño; hijos, este es vuestro padre.

Mientras la ambulancia se lo lleva y lo traslada al hospital, sigue siendo todavía Gustavo Gil para muchos. Ingresará con vida, aunque no será una vida muy larga. Tampoco su agonía será tan popular y mediática como la de Fernando. El tío Jaime, no obstante, regresará a las mesas de debate durante ese corto periodo. Será para quedarse. En adelante, los muertos de la discordia ya no serán parientes, ni asesinos de parientes, ni maldita falta que hace. En el lado opuesto de algunas de esas mesas se van a sentar a menudo los familiares, el abogado defensor y algún periodista repentinamente afín a la causa de Jesús R. T., el individuo que ostenta el récord actual de personificación de los lugares comunes de la decencia ciudadana (padre de familia ejemplar, trabajador responsable, amigo de sus amigos, marido fiel, compañero honesto, hombre sincero, de firmes principios, con buen fondo pero hipersensible a la injusticia, cachondo como el que más y serio cuando toca, y sí, claro, campechano). Jesús sabe que no puede ampararse en la fórmula jurídica de la defensa propia. En cambio, enarbola —a instancias de su representante legal— el concepto de defensa común: el bien colectivo por encima del individual. Con su acto —valiente, espontáneo— ha defendido a la sociedad, la ha liberado de futuros crímenes. De momento, la argucia dialéctica le va funcionando.

Poco importa que, conocidas por fin las motivaciones del asesino de Fernando Pardo Díaz del Río, esa hipotética amenaza común solo resista como argumento sensacionalista. El episodio del trastero nunca va a abandonar la memoria oculta de Rodrigo ni el archivo confidencial de la inspectora Cuevas. Ahí sí que había un caso de legítima defensa. Solo de imaginar que podría ser él quien estuviese ocupando el lugar de ese tal Jesús R. T. en la tele y en las conversaciones de la gente, a Rodrigo le hormiguean los veinte dedos y se le encharca el cuello de la camisa. El nudo de la corbata lo lleva flojo; ya se lo apretará cuando suba al despacho. Hoy va a llegar más tarde porque no es un día cualquiera. Hoy han desayunado los cuatro, en familia. Hoy la casa ha sido otra vez La Casa. Hoy han salido todos juntos, en el coche de papá. Virginia y Nieves, sentadas detrás; mamá y papá, delante. Hoy las niñas (Nieves, un poco avergonzada) se han despedido de Rodrigo y Berta con un beso a la puerta del colegio. Porque hoy ella se reincorpora al trabajo. Se acabó el periodo de baja, la tortura de la radioterapia y la condena aún peor de las horas en soledad saciando los tétricos caprichos de la imaginación ociosa.

—Nos vemos a la noche —le dice a Rodrigo. Un beso desabrido en los labios, se desabrocha el cinturón de seguridad y se gira para abrir la puerta del coche.

—Hasta luego —es lo que se le sale a él, por decir algo, por no quedarse pasmado, como un idiota. Aún es imposible decidir si está acabando algo que fue bueno o si es el comienzo de algo peor que lo de antes. O si va a ser esto para siempre.

Ya ha recorrido los tres metros de acera. A punto de entrar en el portal, Berta oye el motor del coche de su marido que se pone en marcha. Está nerviosa, y no creyó que le pasaría. Se asoma por el cristal de la puerta del ascensor. Oscuro. El indicador digital le chiva que está en el cuarto. Prefiere no esperar. No está segura de poder aguantar la compañía durante la subida, y eso que son solo dos pisos. Necesita un último instante para recomponer las piezas en soledad, para recuperar el ritmo normal de la respiración, para blindarse contra lo que podría esperarle. Teme, por encima de todo, descomponerse, que la situación se desborde, conmovirse con una intensidad desmesurada.

Sube los dos pisos a pie y se detiene ante la entrada de las oficinas. Tiene que engullir una bocanada generosa de aire, un poco por el esfuerzo de la subida y otro tanto para que los nervios no la dominen. Apenas si se ha movido, pero el sensor ha detectado su presencia, y la hoja de cristal con el logo de la empresa serigrafiado se desliza a la izquierda, deja el paso franco. Esto también hace que algunas miradas se despeguen de las pantallas de ordenador y de los escritorios y se dirijan hacia ella. Cielo Santo, Berta, tienes que ser capaz de controlar esto.

La oficina está inusualmente poco poblada. No es así como ella la recuerda. Es demasiado temprano para que la gente haya salido a desayunar. Traspasa el umbral y saluda con una sonrisa a la chica sentada a una mesa, no es una recepción oficial, aunque quien ocupa ese puesto cuenta con que le tocará ejercer de conserje o ventanilla de información. Es nueva; Berta no la conoce. Le da los buenos días, y la joven se los devuelve fingiendo que se alegra de verla otra vez. ¿Qué habrá sido de la otra, Yolanda?, a lo mejor está de baja, o la han trasladado. Si el recorrido va a ser así todo el rato, hasta llegar al despacho de Joaquín, su director, seguro que no aguanta. Antes de dar el siguiente paso hace otro barrido visual. No hay más de nueve o diez en toda la planta. Nadie se levanta.

Por fin un rostro familiar. Ahí viene Macarena, sonriente, trotando de emoción, las uñas y los labios pintados de morado, casi el mismo color que el vestido, taconazos y melena negra, se acerca un beso histriónico y sonoro.

—Bienvenida, guapísima —le dice, efusiva, los labios prácticamente dentro de la oreja; el abrazo ha sido apretado y prolongado.

—¿Dónde están todos? —pregunta Berta. No es una desagradecida. Es solo que tiene que cambiar de registro con urgencia porque si no se va a derrumbar.

—Bah, unos plastas. Ahora les ha dado por ir al café a primera hora. A alguien se le ha ocurrido que el trabajo cunde más así. —Toma a Berta del brazo y deja claro que a partir de ese momento va a ser, más que su anfitriona, su perro lazarillo—. Ven.

Enfilan hacia la parte más alejada. Supone Berta que van primero a saludar a Joaquín, es lo lógico y lo obligado. Por el camino, intercambia inclinaciones de cabeza y sonrisas con los que continúan sentados en sus puestos. Juraría que a un par de ellos les brillaban los ojos. Dios.

—Te queda fantástico el pelo así —dice Macarena, que vuelve a marcarle la dirección a seguir, esta vez con un tirón más brusco.

El despacho de Joaquín, al fondo, tiene la puerta entreabierta. La porción que deja a la vista muestra la parte trasera de una pantalla, un sillón vacío con una chaqueta colgada del respaldo y una franja del ventanal que da al parque, las vistas privilegiadas que las obligaciones del cargo impiden disfrutar. Pero ya sabe que no van ahí. Macarena ha dejado claro que tocaba pararse. A mano derecha, la puerta de la sala de reuniones grande. Está cerrada. Siempre está ocupada.

—Ay, Berta.

Macarena se adelanta medio paso, estira el brazo y abre la puerta. Con delicadeza esta vez, le pone a Berta la palma de la mano sobre las lumbares. No es un empujón, sino una caricia. Berta obedece temiendo ya lo que le espera. Avanza. Un paso tímido. Otro tembloroso. Ya está dentro.

El golpe de efecto da paso a la sinestesia. La tormenta de aplausos le nubla la vista. Imposible hacer recuento, reconocer quién está y quién no. Cincuenta o sesenta, como mínimo. En medio del clamor de las palmadas identifica vítores y voces de ánimo, parece que haya ganado un premio, que estén celebrando un ascenso. Hasta hay cosas de picar, acaba de verlas, al desviar la mirada y tratar de restablecer el equilibrio. Hay canapés, cruasanes diminutos, bebidas. La mano de Macarena continúa ahí, aferrada a su cintura. Si esperan que diga unas palabras, los va a decepcionar. Por un momento le gustaría ser su hermana, tener la facilidad que posee Lidia para escenificar la congoja, llorar sin balbucear, poder hablar sin tartamudeo mientras te supera la angustia, sentirte a gusto estando destrozada. Queda peor aguantarse el llanto que llorar. A la postre resulta más patético. Ojalá pudiera.

Aparece Joaquín por detrás. En mangas de camisa. La abraza y la besa en la mejilla, qué bien te queda el pelo —¿lo habrán acordado en una reunión, en esa misma sala?—, qué guapa. Los compañeros se acercan, cuidadosos, aprensivos, más besos y más abrazos, ánimo, qué alegría volver a verte, qué delgada estás cabrona, las bromas se agradecen, y de pronto alguien, una voz de mujer, lo grita de esa forma en que se exclama algo para obtener un eco que subraye y reafirme la consigna: «¡Campeonal!».

Nadie repite la palabra, pero el grito ha desencadenado una nueva oleada de aplausos, también silbidos, y Berta agradece por una vez en su vida estar tan débil, no tener fuerzas para rebatir aquello, para discutir como ha discutido durante todo este tiempo con Rodrigo y con Lidia, para proclamar por enésima vez que ella no ha ganado ningún campeonato, que no ha competido contra nadie, que ha tenido mala suerte primero y buena suerte después, que se puede luchar contra el mal tiempo, contra la mala gente, pero no contra la mala suerte. Metéoslo en la cabeza.

Aunque podría haber sido peor. Por ejemplo, que al abrir aquella puerta se hubiera encontrado a todo el mundo rapado al uno como muestra de solidaridad. Da igual que no haya perdido nunca el pelo; estas cosas se hacen igual, cada vez más. ¿Cómo convencerles de lo contradictorio que habría resultado? ¿Cómo hacerles entender que con ese gesto, en vez de lograr que los enfermos sean aceptados por su diferencia, lo que habrían hecho es darles la razón a los intransigentes que solo te aceptan si eres igual a la mayoría? El racismo no se cura pintando a los negros de blanco. No se trata de todos calvos para que ella se sienta bien. Se trata de que la acepten calva, flaca, arrugada, fea, de que la miren al margen de la enfermedad y no a través de ella.

Llora. Por fin. Lo último que ve antes de que todo se vuelva borroso es la sonrisa de Macarena, que la aprieta de nuevo contra su costado, un beso cariñoso que enjuga las primeras lágrimas que descienden por sus pómulos, y unos dedos de uñas moradas que serpentean por su nuca, hacen cosquillas, regalan una pizca de calma.

Todo pesa menos. El cuerpo, liberado además de molestos dolores; pero principalmente la cabeza, como si los pensamientos hubieran sido sometidos a una dieta estricta y eficaz. Siguen correteando por ahí dentro, aunque ya no se oyen sus pasos al trotar, ya no son el molesto vecino de arriba ni el inoportuno camión de la basura que boicotea la entrada en el primer sueño. El portal huele como siempre, a humedad y a madera barnizada, a solera y a limpiacristales. No es de los que huelen a cocido, ya apenas quedan de esos. Ruth ni se detiene a comprobar si el ascensor está ahí, en el bajo. Enfila el tramo de escaleras que lleva al entresuelo. La madera gime bajo la alfombra que cubre esos primeros diez peldaños. El encanto termina aquí. También la alfombra. La esperan cuatro series de ocho escalones de piedra granítica, grises y pulidos por el trasiego de millones de suelas en tres cuartos de siglo de historia. La baranda de forjado pintada de negro se mantiene con sobrada dignidad, aunque en el pasamanos se delatan los fragmentos sustituidos por el desgaste o el deterioro, de madera más lustrosa pero menos noble que la de las piezas originales.

Se va a parar en el descansillo del segundo solo para recrearse, para tentar al diablo. A partir del primero necesita dar la luz porque los ventanucos sucesivos que dan al patio de luces son estrechos como la ranura de una hucha y obligan al sol a un ejercicio de puntería condenado al fracaso. Bien. Ya está. Hace la parada de rigor en el segundo. Se planta a dos pasos de la puerta del energúmeno. No va a hacer nada más. Solo quedarse un instante ahí. No puede ver lo que hay tras la puerta; Ruth solo cuenta con el instinto y los cuatro sentidos restantes. La intuye. Puede intuir la presencia del vecino al otro lado de la mirilla, la puntera de sus zapatos o sus pantuflas roñosas rozando la base de la puerta, su bigote adherido a la madera, el barniz nauseabundo de su baba. Vamos, sal. Abre. Sal si tienes huevos, alégrame el día. O mejor déjalo. Espera un poco. Aguanta unos días en tu madriguera. En nada voy a pasar de nuevo por aquí, pero ya sin responsabilidades, sin tener que rendir cuentas; ya no voy a representar a la ley, voy a poder patearte el careto en mi propio nombre, y voy a hacer que te vuelvas a tragar tus dientes después de haberlos cagado.

Se ríe. Ojalá de verdad la esté viendo el malnacido. Ojalá un día se atreva a abrir la puerta y se le ponga farruco. Esperaremos; no hay prisa. Por hoy ya basta.

Termina la subida sin que la rodilla lesionada se resienta. Esta semana vuelve al gimnasio. Para abrir le basta con media vuelta de llave. Eso quiere decir que el cerrojo no está echado y que por tanto Guillermo ha llegado antes y ha abierto con su copia.

—¡Estoy en cinco minutos! —grita él desde el baño, nada más oírlo entrar.

—Tranquilo, no hay prisa. — Ruth se saca la cazadora y la aparca donde le dicta la costumbre, en el respaldo del sofá cama—. Y antes voy a enseñarte algo.

—¡Bueno, qué! ¡¿Vais al japonés, al final?!—

En vista de que Guillermo quiere mantener la conversación, Ruth se acerca a la puerta del baño y se queda ahí de pie, para no tener que hablar a gritos.

—Ya ves, ahora a Palencia le ha dado por hacerle caso a su mujer.

—Igual es para impresionarte. O sea, para quedar bien.

—Bueno, no hacía falta.

—Pero no te van a hacer una comida de despedida en el tugurio ese donde desayunáis.

—Claro. Si yo lo agradezco igual. La cosa es que me parece que la que menos va a desentonar soy yo. Tampoco quiero que fuercen algo así solo por mí.

—No es para tanto, mujer. —El ruido del grifo abierto cesa de pronto, y las palabras se oyen más nítidas. Debe de estar afeitándose.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que, que yo sepa, ninguno de ellos me ha contado nunca que le guste la comida japonesa. A Jotajota igual, pero como no habla. A Toribio ni me lo imagino sujetando los palillos. Y Palencia, en fin, si él se fía de su mujer, pues nada.

—Cómo te pasas. Ni que fueran trogloditas.

—No es eso. Me extraña solo que en todo este tiempo a nadie se le hubiera ocurrido antes. Hemos ido a pizzerías, a gallegos —cuenta con los dedos, como cuando la niña Ruth aprendía a sumar—, a comer paellas y asados, alguna mariscada barata, y al chino, de vez en cuando.

—Es que está de moda. Nada más.

—Ya, ya...

—Pero ¿sabes lo mejor? Lo mejor de todo es que la moda esta del sushi no viene de Japón. Viene de los *yuppies* de Wall Street. Tiene huevos... Pero a tu compañero no se lo digas.

—Estoy por llamar a su mujer —bromea Ruth—. Bueno, qué, ¿preparado?

—Un segundo.

Ruth se desabrocha el puño de la manga derecha de la camisa. Es sencillo, un corchete, clac, mucho más rápido que el clásico botón con ojal. Empieza a remangarse.

Guillermo ha tanteado varias posibilidades a lo largo de este tiempo. Una pistola, una bala, una agente de policía en miniatura, una placa. Esas fueron las primeras. Luego, tras conocer los verdaderos planes de Ruth respecto a su futuro, la variedad imaginable se desplegó y multiplicó de tal manera que terminó desistiendo de jugar a las adivinanzas. Puede ser cualquier cosa, un animal, un motivo vegetal rococó, unos caracteres orientales, un elemento simbólico, quizá un ancla, o unas alas, o un volcán. Espera, eso sí, que no sea un nombre. Ni el suyo ni el de ella ni el de nadie. Seguro que no. No cuadra con cómo es ella.

Con tres vueltas más de la manga habrá llegado ya al hombro. La parte inferior del apósito asomará tras el siguiente doblez. Se da cuenta de que le ha puesto demasiado misterio, y no es para tanto. La maldita infección ha tenido parte de culpa; lo que ha costado terminarlo no se corresponde con la escasa complejidad del dibujo. A ver si es que se está obligando a entusiasmarse por lo nimio. Es esto lo que deseaba, lo que la descomponía cada día al guardarse la placa en el bolsillo y ceñirse la cartuchera al pantalón. Volver a casa y alegrarse por lo que hay de cena, porque a las diez ponen el programa que le gusta en la tele, porque el sábado van a ir de excursión al pantano o a tomar el vermut a la tasca frente al mercado. Aislarse de un mundo repleto de cobardes, de pervertidos, de corruptos, de abusones, de torturadores que van a seguir libres, y también de niños a los que no va a oír llorar más, de mujeres a las que nadie oye gritar, de cuerpos tendidos en las aceras, de cadáveres flotando en el agua, de hambre e intemperie, de pánico y de silencio. Mi frustración no va a salvar a nadie; me paso al bando de los resignados, de los decepcionados, con Guillermo y tantos otros. Es inocencia postiza. Es egoísmo también. Es supervivencia.

El apósito se ve ya entero. Una última mirada, párpados entornados.

—¿Sales ya?

—¡Voy!

Ruth apresa con dos dedos una esquina de la gasa y la retira despacio. El tatuaje se va descubriendo, con ver la base del dibujo uno ya adivina el resto, se llamaba *muffin_07(Black)* en el catálogo del tatuador, una de esas a las que Toribio diría Cuqui o Caqui, nada mejor que algo así para definir quién es ella.